DIOSES DE MARTE

Ciclo de Marte/2

Edgar Rice Burroughs

Título original: Gods of Mars
Traducción: Román Goicoechea
© 1912 Edgar Rice Burroughs
© 2001 Ediciones Río Henares
ISBN: 84-957-4100-8
Edicion digital: Librodot
R5 05/03

PREFACIO

Doce años han pasado ya desde que puse el cadáver de mi tío carnal, el capitán John Carter, de Virginia, fuera de la vista de los hombres, en aquel extraño mausoleo del viejo cementerio de Richmond.

He meditado a menudo acerca de las extrañas instrucciones que me había dejado mientras dirigía la construcción de su resistente tumba, y con especial hincapié la de las partes que habrían de permitirle yacer en un casquete abierto, asunto que le preocupaba en extremo, así como que el poderoso mecanismo destinado a mover los cierres de la enorme puerta de la cripta, sólo se pudiera manejar desde dentro.

Doce años han pasado desde que leí el extraordinario manuscrito de aquel extraordinario hombre, de aquel hombre que no recordaba su niñez y que no sabía ni remotamente la edad que tenía, pues siempre poseía una apariencia joven, no obstante haber mecido en sus rodillas al bisabuelo de mi abuelo; de aquel hombre que pasó diez años en el planeta Marte, que había combatido por los hombres verdes de Barsoom y luchado contra ellos, que fué amigo y enemigo de los hombres rojos, que desposó a la siempre hermosa Dejah Thoris, princesa de Helium, y que durante casi diez años había sido el príncipe de la casa de los Tardos Mors, Jeddak de Helium.

Doce años han transcurrido ya desde que encontramos su cuerpo en el despeñadero tras su mansión sobre el Hudson, y con frecuencia, en el curso de estos largos años, he dudado sí John Carter estará muerto realmente, o de si andará vagando de nuevo por los abismos del mar muerto de aquel planeta agonizante, si habrá vuelto a Barsoom a fin de abrir las amenazadoras puertas de la increíble planta atmosférica a tiempo de salvar los incontables millones que perecían de asfixia en aquel remoto día que se había visto lanzado repentinamente por el espacio a través de cuarenta y ocho millones de millas para regresar otra vez a la Tierra. También me pregunto si podrá haber hallado a la princesa de los negros cabellos y al apuesto hijo, que había soñado le aguardaría junto a ella en los reales jardines de la mansión de Tardos Mors.

¿O habría encontrado que era demasiado tarde, y habría retrocedido así a una muerte viviente sobre un mundo agonizante? ¿O estará en verdad muerto, después de todo, y no volverá j amas ni a su madre la Tierra, ni a su amado Marte?

Así me encontraba, una calurosa tarde de agosto, perdido en inútiles cavilaciones, cuando el viejo Ben, mi antiguo ayuda de cámara, me entregó un telegrama. Rasgué la solapa para abrirlo y leí:

«Te espero mañana en el hotel Raleigh, de Richmond.» «John Carter.»

Al día siguiente, temprano, tomé el primer tren hacia Richmond, y dos horas después, penetraba, una vez anunciado, en los aposentos ocupados por John Carter.

Cuando entré se levantó para recibirme, su antigua sonrisa cordial de bienvenida le iluminó hermoso rostro. En apariencia, no había envejecido ni un solo minuto, sino que aún demostraba poseer el vigor y la agilidad propios de un genuino luchador de treinta años. Sus penetrantes ojos grises se mantenían aún claros, y las únicas líneas que marcaban su cara eran las propias de un carácter de hierro y de una determinación que siempre le descubrí desde que le vi por primera vez, hace de esto treinta y cinco años.

-Bien, sobrino-dijo saludándome-, ¿te sientes como si estuvieras con un espectro, como si estuvieras sufriendo los efectos de haber abusado de los julepes del tío Ben?

-Reconozco que han sido los julepes-reconocí-, a pesar de todo, me siento completamente bien, a pesar de que todo se deba a los efectos de verle otra vez. ¿Ha regresado a Marte? Cuéntemelo. ¿Y Dejah Thoris?... ¿La encontró con buena salud y esperándole?

-Sí, he estado en Barsoom de nuevo y... Pero es una historia muy larga, demasiado larga para contársela en el poco tiempo que me queda antes de regresar allá. He aprendido el secreto, sobrino, y puedo atravesar el impenetrable vacío por mi voluntad,

yendo y viniendo entre los incontables astros a mi antojo; aunque mi corazón pertenece a Barsoom y mientras permanezca en el hogar de mi Princesa Marciana, dudo mucho que alguna vez abandone ese planeta agonizante donde mi vida ha echado raíces tan hondas.

«He venido ahora porque mi afecto hacia ti me ha inducido a volver a verte antes de que pases para siempre a esa otra vida que yo jamás conoceré, y en la que, a pesar de que muera por tres veces (y aún cuando moriré esta noche, como tú sabes que hago), jamás seré capaz de sumergirme del modo que tu podrás hacerlo.

Aun los más sabios y misteriosos *therns* de Barsoom, ese antiguo culto que durante innumerables edades se enorgullecía de poseer el secreto de la vida y la muerte, con su inquebrantable firmeza, en las laderas exteriores de las Montañas de Otz, son tan ignorantes como nosotros. Yo lo demostré, aunque casi perdí la vida en el empeño; pero tú lo leerás todo en las notas que he escrito durante los tres últimos meses que llevo residiendo en da Tierra.

Dio un golpe con la mano a una abultada cartera que reposaba sobre la mesa al lado de su codo.

-Sé que te interesa y que crees, y se que el mundo entero, también, está interesado, a pesar de que la gente no creerá durante muchos años todavía; sí, durante muchos años aún, porque no puede entender. Los hombres de la Tierra no han progresado aún lo suficiente como para poder abarcar las cosas de que he escrito en estas notas.

Entrégales lo que quieras de ellas, lo que a tu juicio no les perjudique, pero no te molestes si se ríen de tí.

Aquella noche fui paseando con él hasta el cementerio. Al llegar a la puerta de su panteón se volvió y me estrechó la mano.

-Adiós, sobrino dijo-. Puede que ya no te vuelva a ver, pues creo que me faltará decisión para separarme de mi mujer y mi hijo mientras vivan, y en Barsoom la duración normal de la existencia suele ser superior a los mil años.

Entró en la cripta. La enorme puerta se cerró lentamente. Los poderosos cerrojos se encajaron. La cerradura rechinó. Desde entonces, no he vuelto a ver al capitán John Carter, de Virginia.

Pero ésta es la historia de su regreso a Marte en aquella ocasión, tal como la he leído de la gran cantidad de notas que dejó en la mesa de su cuarto en el hotel de Richmond.

He omitido muchas cosas, muchas cosas que no me atrevo a contar; pero aquí encontraréis la historia de su segunda búsqueda de Dejah Thoris, princesa de Helium, aún más notable que las de su primer manuscrito, que ofrecí a un mundo incrédulo hace poco tiempo y en el que seguimos al luchador virginiano por los abismos del mar muerto bajo las lunas de Marte.

Edgar Rice Burroughs

CAPITULO I - Los Hombres Planta

Mientras permanecía en pie sobre el despeñadero de delante de mi casa en una clara y fría noche de principios de marzo, en 1886, con el noble Hudson fluyendo ante mi como el espectro silencioso y gris de un río muerto, sentí de nuevo la extraña e impulsante influencia del poderoso dios de la guerra, mi amado Marte, al que durante diez largos y tediosos años había implorado en vano, tendiéndole los brazos, que me llevase junto a mi perdido amor.

Jamás desde aquella otra noche de marzo de 1866, en que me encontré tirado fuera de aquella cueva en Arizona, donde yacía mi cuerpo inmóvil y sin vida, arropado por algo parecido a la muerte terrestre, había sentido la irresistible atracción hacia el dios de mi profesión.

Con los brazos tendidos hacia el ojo rojo de la gran estrella, permanecí inmóvil rogando

por el regreso de aquel extraño poder que en dos ocasiones me había hecho atravesar la inmensidad del espacio, rezando como había rezado durante un millar de noches anteriores, durante los diez largos años en los que aguardé y esperé.

De improviso noté un desfallecimiento acompañado de náuseas, mis sentidos se debilitaron, se me doblaron las rodillas y caí al suelo de bruces, en el borde mismo del aterrador precipicio.

Pronto se me aclaró la mente y surgieron y fueron pasando por mi memoria los vivos cuadros de la horrible y lúgubre cueva del Arizona; una vez más, como en aquella remota noche, mis músculos se negaron a obedecer a mi voluntad, y una vez más, en la ribera del plácido Hudson, pude oír los tétricos lamentos y los sordos ruidos del horrible ser que me acechaba y amenazaba desde los oscuros rincones de la caverna, hice el mismo poderoso y sobrehumano esfuerzo para romper las ligaduras de la extraña anestesia que me dominaba, y de nuevo sentí un agudo chasquido como si un alambre tirante que súbitamente se soltara, y de pronto me vi en pie, desnudo y libre, junto a aquella cosa quieta e inanimada que hacía poco había palpitado con la cálida y roja sangre de John Carter.

Apenas le dirigí una mirada de despedida y volví los ojos otra vez hacia Marte, levanté las manos hacia los pálidos rayos del astro y permanecí esperando.

No tuve que esperar mucho tiempo, porque casi de inmediato a fijar en él la vista, fui precipitado con la rapidez del pensamiento hacia el horrible vació que se abría ante mí. Experimenté el mismo e inexplicable frío y la total oscuridad que veinte años antes, y entonces abrí los ojos a otro mundo, bajo los ardientes rayos de un sol abrasador, que me golpeaban por una estrecha abertura en la cúpula del enorme bosque en que me encontraba.

El espectáculo que se presentó a mis ojos era tan poco marciano, que el corazón se me subió a la garganta con violencia mientras un repentino temor me recorría ante la posibilidad de que hubiera sido implacablemente lanzado a un extraño planeta por una suerte cruel.

¿Por qué no? ¿Con qué guía había contado para cruzar el vasto vacío del espacio interplanetario? ¿Qué seguridad tenía de no haber sido enviado a alguna remota estrella de otro sistema solar, en vez de serlo a Marte?

Me encontraba tumbado sobre una pradera de tupida y rojiza vegetación, y en tomo mío se extendía un bosque de extraños y preciosos árboles, cubiertos de enormes y vistosos capullos y poblados por brillantes y silenciosos pájaros. Los llamo así porque tenían alas, si bien jamás los ojos de un mortal repararon en formas tan extrañas y extraterrestres.

La vegetación era similar a la que crece en los campos de los marcianos rojos de los grandes canales; pero los árboles y las aves no se parecían a cuanto había visto antes sobre Marte, y entonces, por entre los árboles más distantes, pude contemplar la menos marciana de las vistas: un mar abierto de aguas azules brillando bajo un sol abrasador.

Mientras me levantaba para investigar más, experimenté el mismo y espantoso ridículo que sufrí al intentar andar por primera vez bajo las condiciones marcianas. La atracción menor del pequeño planeta y la menor presión del aire en la atmósfera excesivamente rarificada, ofrecían tan poca resistencia a mis músculos terrestres, que el mero esfuerzo necesario para ponerme en pie me hizo elevarme varios metros sobre el suelo y caer boca abajo sobre la suave y reluciente hierba de tan extraño mundo.

Sin embargo, esta experiencia me proporcionó un poco más de seguridad, pues, después de todo, probaba que debía hallarme en algún rincón desconocido de Marte, y era muy probable ya que durante los diez años que viví en el planeta no había explorado más que una parte, relativamente pequeña, de su extensa superficie.

Me levanté de nuevo, riéndome de mi descuido, y pronto recobré el dominio sobre mis músculos terrestres bajo las circunstancias que me rodeaban.

A medida que caminaba despacio, bajando hacia el mar por la imperceptible ladera, no pude por menos de apreciar el parecido con un parque que mostraban la pradera y el bosque. La hierba, por lo espesa y uniforme que era, recordaba a un antiguo césped inglés, y los árboles mostraban la evidencia de una esmerada poda a una altura uniforme de cinco metros, por lo que, al mirar en cualquier dirección del bosque, éste presentaba el aspecto de una amplia estancia dotada de altos techos.

Todas esas manifestaciones de un sistemático y cuidadoso cultivo me convencieron de que había sido lo suficientemente afortunado de entrar en Marte, en aquella segunda ocasión, a través de los dominios de un pueblo civilizado, y de que cuando encontrara a sus pobladores me recibirían con la cortesía y me ofrecerían la protección a que me daba derecho mi rango de príncipe de la casa de Tardos Mors.

Los árboles del bosque provocaron mi más profunda admiración mientras iba aproximándome al mar. Sus grandes troncos, algunos de ellos de un centenar de pies de diámetro, daban testimonio de su prodigiosa altura, que sólo podía adivinar, puesto que no me era posible penetrar con la mirada en el denso follaje, a más de sesenta u ochenta pies de altura.

Hasta la distancia que alcanzaba mi vista, los troncos, las ramas y los ramajes eran tan lisos y estaban tan bien pulidos como pianos recién fabricados en América. La madera de algunos de esos árboles era tan negra como el ébano, mientras la de sus vecinos más cercanos parecía resplandecer a la tamizada luz del bosque, tan diáfana y blanca como la de la más hermosa de las porcelanas, o, por el contrario, mostraba un colorido azul, escarlata, amarillo o púrpura intenso.

Igualmente, el follaje era tan variado y alegre como los troncos, mientras que las flores que se apiñaban apretadamente en ellos no podían describirse con ningún lenguaje terrestre, e igualmente desafiaban al lenguaje de los propios de dioses.

Mientras llegaba a los confines del bosque miré delante de mí y, entre el bosque y el mar abierto, me fijé en unos anchos pastizales, y mientras me disponía a abandonar la sombra del bosque descubrí un panorama que desvaneció cuantas románticas y poéticas reflexiones me habían inspirado las bellezas del extraño paisaje.

A mi izquierda se extendía el mar hasta donde podía alcanzar la vista, ante mí sólo una línea vaga y turbia indicaba su costa más lejana, mientras que a mi derecha un caudaloso río, ancho, plácido y majestuoso discurría entre riberas escarlatas para morir en el calmo mar.

A corta distancia, río arriba, se alzaban unos impresionantes precipicios rocosos, de cuya base parecía surgir el solemne curso de agua.

Pero no fue aquel magnífico e inspirador testimonio de la grandeza natural lo que sustrajo mí atención inmediata a la hermosura del bosque. Fue la visión de unas figuras que se movían lentamente por la pradera próxima a la orilla del enorme río.

Tratábase de unas formas extrañas y grotescas, nada parecidas a las que hasta entonces había visto en Marte, y que, sin embargo, desde lejos tenían un aspecto bastante humano. Los ejemplares más grandes parecía medir, estando de pie, diez o doce pies y sus proporciones eran las de un hombre terrestre en lo que respecta al torso y a las extremidades inferiores.

Sin embargo, sus brazos eran muy cortos, y desde donde me encontraba me parecieron de una apariencia similar a la trompa de un elefante, ya que los movían con pronunciadas ondulaciones y serpentinas, como si careciesen por completo de estructura ósea o como si sus huesos estuviesen vertebrados como una espina dorsal.

Cuando les observaba, guarecido detrás de un enorme tronco, una de las criaturas se dirigió lentamente hacia mi posición, dedicado a lo que parecía ser la principal ocupación de cada uno de ellos, y que consistía en deslizar sus extrañas manos sobre el herboso suelo, con un propósito que no conseguí determinar por entonces.

A medida que se iba aproximando, obtuve una excelente visión de la criatura, y aunque

más tarde llegué a familiarizarme con las de su clase, puedo decir que fue suficiente un rápido examen de aquella parodia de la Naturaleza para colmar mis deseos de ser naturalista. La nave más veloz de la Marina Heliótica no habría sido lo suficiente rápida para llevarme lejos de tan espantosa criatura.

Su cuerpo lampiño tenía una coloración azul espectral, excepto por un ancho cerco blanquecino que rodeaba su único y saltón ojo; un ojo enteramente de un blanco mortecino; pupila, iris y globo.

Su nariz era un agujero redondo, inflamado y de bordes carcomidos, situado en el centro de su rostro carente de expresión; un agujero que no podía ser comparado, a mi juicio, más que a una herida de bala que aún no había empezado a sangrar.

Bajo ese repulsivo orificio, el rostro seguía sin relieve alguno hasta la barbilla, porque la cosa carecía de boca por lo que yo pude observar.

La cabeza, con excepción de la cara, estaba cubierta por una maraña de pelos negros como el azabache, de unas ocho o diez pulgadas de largo. Cada pelo tenía el grueso de un gusano de los usados para pescar, y cuando la cosa movía los músculos de su testa, la espantosa pelambrera parecía retorcerse, enroscarse y arrastrarse sobre el espantoso rostro, cual si cada pelo poseyera vida propia.

El torso y las piernas eran tan simétricamente humanos como la Naturaleza había querido hacerlos, y los pies también presentaban una apariencia humana, aunque de monstruosas proporciones. Del talón al final del dedo gordo muy bien medirían unos tres pies y eran completamente planos y anchísimos.

Una vez que el monstruo estuvo a corta distancia de mí, descubrí que sus extraños movimientos de pasar las indefinibles manos por la superficie del prado, eran el resultado de su peculiar manera de alimentarse, que consistía en segar la tierna hierba con sus talones en forma de navaja chupándola luego con dos bocas situadas en la palma de cada mano, sirviendo los brazos de gargantas.

Además de estos rasgos que ya he descrito, la bestia disponía de una cola maciza, de unos seis pies de longitud, completamente redonda donde se unía al cuerpo, pero que terminaba formando una hoja plana y afilada que araba en ángulo recto el terreno.

Pero, sin embargo, característica más notable de tan notable criatura consistía en las dos pequeñas reproducciones de ella misma, cada una de seis pulgadas de largo y que se balanceaban a ambos lados de su tronco. Estaban colgadas de un pequeño tallo que parecía crecer a partir exactamente de la coronilla de su cabeza y por el que se comunicaban con el cuerpo del adulto. No sé si eran crias o simplemente extremidades de una criatura compuesta.

Mientras procuraba observar aquella grotesca monstruosidad, un movimiento del rebaño lo acercó tanto a mí que me permitió ver cómo muchos de los individuos que lo componían tenían ejemplares más pequeños colgando de ellos, no todos estaban así pertrechados, y pude observar que aquellos apéndices variaban de tamaño, desde los que aparentaban ser diminutos capullos sin abrir de unos centímetros de diámetro hasta varios estadios de desarrollo, e incluso hasta criaturas perfectamente formadas de varios centímetros de largo.

Había muchas crías alimentándose con la manada, no mayores que aquellos que permanecían unidos a sus padres, y de las criaturas de ese tamaño se desarrollaba paulatinamente el grupo hasta llegar a los inmensos adultos.

Debido a su aspecto terrorífico, no sabía si temerles o no, porque no parecían estar particularmente bien equipados para combatir, así que estaba a punto de abandonar mi escondite y de mostrarme ante ellos para observar el efecto que les produciría la vista de un hombre, cuando, por fortuna para mí, mi propósito se vió detenido por un gemido extraño y desgarrador, que parecía provenir de los riscos situados a mi derecha.

Hallándome desnudo y desarmado, mi fin hubiera sido rápido y horrible a manos de aquellas crueles criaturas si hubiera tenido tiempo para poner mi plan en ejecución; pero

en cuanto se oyó el gemido, cada miembro del rebaño se volvió en la dirección de la que parecía provenir el sonido, y en el mismo instante cada uno de los pelos semejantes a serpientes de sus cabezas se pusieron de punta, como si cada uno hubiera sido un órgano sensible que mirase o escuchase la causa o el significado del gemido. A la postre, esto resultó ser cierto, porque estas increíbles protuberancias que brotan en los cráneos de los hombres planta de Barsoom representan los miles de oídos de estas espantosas criaturas, último resto de la rarísima raza que surgió del Arbol de la Vida original.

Instantáneamente los ojos se dirigieron a uno de los miembros de la manada, un gran individuo que indudablemente era el jefe. Un extraño ronroneo salió de la boca situada en la palma de una de sus manos, y al mismo tiempo echó a correr velozmente hacia el precipicio, seguido por el resto de la manada.

Su velocidad y sistema de locomoción eran realmente extraños; pues marchaban dando grandes saltos de diez o doce metros, del modo que lo hacen los canguros.

Estaban a punto de desaparecer, cuando se me ocurrió seguirles, y así, elevándome con precaución en el aire, me puse a cruzar la pradera tras ellos con saltos y brincos aún más prodigiosos que los suyos, puesto que de los músculos de un atleta terrestre pueden realizar magníficas hazañas si cuenta con la menor gravedad y presión atmosférica de Marte.

Su camino les llevaba directamente hacia la supuesta fuente del río en la base del precipicio, y al acercarme a ese punto hallé la pradera salpicada de enormes peñascos que los estragos del tiempo habían sin duda arrancado de los altísimos peñascales de más arriba.

Por esta razón casi averigüé la causa de aquel disturbio antes de que la escena surgiera ante mis horrorizados *ojos.* Mientras me detenía pude ver que la manada de hombres planta rodeaba a un grupo de quizá cinco o seis hombres y mujeres verdes de Barsoom.

No cabía duda ahora de que me encontraba en Marte, por que allí había varios miembros de las hordas salvajes que pueblan los fondos del mar muerto y de las ciudades desiertas del moribundo planeta.

Aquí estaban los grandes machos irguiéndose con toda la majestad de su imponente estatura; aquí estaban relucientes colmillos destacándose de sus macizas mandíbulas inferiores, hasta un punto próximo al centro de sus frentes; aquí estaban los saltones *ojos* situados lateralmente, de modo que podían mirar hacia adelante o hacia atrás o hacia ambos lados sin volver la cabeza; las orejas parecidas a antenas, surgiendo de lo alto de sus frentes, y el par de brazos adicional que surgían a mitad de distancia entre los hombros y las caderas.

Aun sin la lustrosa piel verde y los adornos de metal que indicaban a qué tribu pertenecían, yo hubiera reconocido en seguida quiénes eran, porque ¿en qué lugar del universo existe algo semejante a ellos?

El grupo constaba de dos hombres y cuatro mujeres, y su atavío demostraba que formaban parte de distintas hordas, hecho que me sorprendió extraordinariamente, ya que las varias tribus de los hombres verdes de Barsoom se encuentran eternamente en mortífera lucha unas con otras, y nunca, con excepción de un único caso histórico en que el Gran Tars Tarkas de Thark reunió unos millares de guerreros verdes de diferente procedencia para marchar sobre la siniestra ciudad de Zodanga, a fin de liberar a Dejah Thoris, princesa de Helium, de las garras de Than Koris, había visto a los marcianos verdes, de tribus enemigas, asociados para combatir por un interés general a todos.

Pero entonces aguardaban espalda contra espalda, haciendo frente, con los ojos muy abiertos por el asombro, a las demostraciones evidentemente hostiles de un adversario común.

Tanto los hombres como las mujeres estaban armados con espadas largas y dagas, pero era evidente que carecían de armas de fuego ya que de haberlas tenido, hubieran

acabado rápidamente con los grotescos hombres planta de Barsoom.

En aquel instante, el cabecilla de los hombres planta cargó contra el pequeño grupo, y su sistema de ataque fue tan curioso como efectivo, debiendo su poderosa eficacia a su propia rareza, ya que la manera de combatir de los guerreros verdes era inútil para defenderles de tan singular agresión. De ello me convencí sin tardar, notando que se preparaban a resistir desorientados y sin saber con quién tenían que enfrentarse.

El hombre planta se lanzó contra el grupo y, a unos doce pies de él, dio un salto para pasar exactamente encima de sus cabezas. Llevaba la poderosa cola levantada y erecta hacia un lado, y al pasar sobre los guerreros verdes la dejó caer con un terrible impulso y aplastó el cráneo de un guerrero como si se tratara de una cáscara de huevo.

El grueso del horroroso rebaño iba rodeando con decisión y enorme velocidad al reducido grupo de sus víctimas. Sus prodigiosos saltos y el chillido, o mejor dicho, escalofriante alarido de sus extrañas bocas estaba calculado para confundir y aterrorizar a sus contrarios, así que en cuanto dos de ellos saltaron simultáneamente a ambos lados, el tremendo golpe de sus horribles colas no encontró resistencia y otros dos marcianos verdes cayeron, sufriendo una ignominiosa muerte.

No quedaban en pie más que un guerrero y dos hembras, y pensé que sería cuestión de poco tiempo el que también ellos perdieran la vida sobre el suelo escarlata.

Pero cuando dos nuevos hombres planta atacaron, el guerrero, ya preparado por la experiencia de los anteriores ataques, lanzó una rápida estocada hacia arriba y alcanzó la masa que brincaba con un golpe tan limpio que rajó al hombre planta de la barbilla a la ingle.

Sin embargo, el otro monstruo asestó con su mortífera cola un solo golpe y las dos mujeres se desplomaron agonizantes sobre el terreno.

Cuando el guerrero verde vio que sus dos últimos compañeros se desplomaban y reparó en que el tropel entero de aquellas alimañas iba a cargar contra él, se precipitó valientemente a su encuentro, manejando la larga espada de tan feroz manera que me recordó las muchas ocasiones en que contemplé a los seres de su raza esgrimirla con análogo brío e igual ferocidad en sus continuos enfrentamientos.

Cortando y tajando a derecha e izquierda, se abrió un camino entre los acometedores hombres planta, y luego comenzó una loca carrera para ganar el bosque, al abrigo del cual esperaba indudablemente hallar un refugio seguro.

El guerrero había girado hacia la parte del bosque que concluías en el precipicio, con lo que la alocada carrera se iba alejando cada vez más del peñasco detrás del que me ocultaba.

Mientras presenciaba la noble pelea sostenida entre el gran guerrero y sus enormes adversarios, mi corazón palpitó emocionado y lleno de admiración por él, y procediendo como yo solía hacerlo, más por impulso que por madura reflexión, salí de repente de mi pétreo escondrijo y salté rápidamente hacia los caídos cuerpos de los marcianos verdes, con un plan ya formado.

Media docena de descomunales saltos me situaron donde yo quería estar, y en otro instante me vi persiguiendo velozmente a los repulsivos monstruos que iban ganando terreno al fugitivo guerrero, pero entonces ya blandía en la mano una espada larga y en mi corazón hervía la antigua sed de sangre del luchador y una neblina rojiza se había alzado ante mis ojos y sentí que mis labios respondían a mi corazón con una sonrisa que me era habitual en los trances de la alegría de la batalla.

A pesar de mi rapidez estuve a punto de llegar tarde, pues el guerrero verde estaba a punto de ser alcanzado cuando le faltaba la mitad del camino para ganar el bosque, y en ese momento se encontraba de pie, de espaldas a un peñasco, mientras que la manada, momentáneamente desilusionada, gritaba y chillaba en tomo suyo.

Debido a que tenían un solo ojo en el centro de la cabeza y a que no apartaban la mirada de su presa, no notaron mi silenciosa aproximación, por lo que caí entre ellos con

mi espada, y cuatro hombres planta cayeron muertos antes de que se dieran cuenta de qué los atacaba.

Durante un momento retrocedieron ante mi terrorífica matanza, y en aquel instante el guerrero verde aprovechó la ocasión y se apresuró a colocarse a mi lado, girando su espada a derecha e izquierda de manera que no había contemplado si no en otro guerrero. La espada del marciano describía en el aire la figura de un ocho y no se detuvo hasta que nadie quedó con vida frente el, pues la cortante hoja atravesaba los huesos, la carne y el metal, como si se tratara de aire.

Cuando nos inclinábamos sobre la carnicería, de encima de nosotros surgió un salvaje alarido, un grito aterrador que ya había oído antes, y que sirvió para alentar a la manadas a que de atacasen a sus víctimas. Una y otra vez se repitió extraño ruido; pero tan ocupados nos hallábamos con aquellas bestias feroces, que no podíamos indagar, ni siquiera con la mirada, la causa de las horribles notas.

Las grandes colas de los monstruos nos azotaban con frenético odio; sus talones, como afiladas navajas de afeitar, nos cortaban las extremidades y el cuerpo, y un humor verdoso y pegajoso, parecido al limo de una oruga aplastada, nos chorreaba de la cabeza a los pies, puesto que cada tajo o estocada de nuestras largas espadas, al desgarrar las dañadas arterias de los hombres planta, por las que circula esa baba viscosa en lugar de sangre, echaba sobre nosotros grandes cantidades de la fétida sustancia.

Una vez sentí en la espalda el enorme peso de una de las fieras y sus afilados talones se hundieron en mi carne, experimentando la espantosa sensación de que unos labios húmedos me chupaban la sangre que manaba de las heridas que sus garras me habían hecho.

Yo me encontraba luchando desesperadamente con el feroz ser que pretendía degollarme, mientras que otros dos congéneres suyos, uno a cada lado, me azotaban cruelmente con sus cortantes colas.

El guerrero verde defendía su vida con admirable denuedo, sin preocuparse de otra cosa, y comprendí que la desigual lucha no podría prolongarse mucho más; pero, afortunadamente, mi poderoso compañero descubrió mi apuro, y, separándose de los que le rodeaban, me libró con un solo mandoble del peligroso asaltante que tenía en la espalda, por lo que, desembarazado de él, apenas me costó trabajo deshacerme de los demás.

Ya juntos, apoyamos espaldas contra espalda en el gran peñasco, evitando así que los hombres planta saltasen sobre nosotros para asestarnos sus mortíferos golpes, y como nos era fácil resistirlos mientras permanecían en el suelo, nos fue fácil acabar con el resto de ellos. En ese momento llamó nuestra atención el gemido espantoso que sonó encima de nuestras cabezas.

Esta vez miré hacia arriba, y a lo lejos, en un pequeño balcón natural frente al acantilado, la extraña figura de un hombre repitió la desgarradora señal, mientras que con una mano señalaba en dirección a la boca del río como pidiendo a alguien que viniese, y con la otra nos señalaba y gesticulaba.

Una mirada al sitio que él indicaba bastó para mostrarme sus propósitos y al mismo tiempo para producirnos el más grande temor, porque extendiéndose a todo lo ancho de la pradera, desde el bosque y desde la llanura al otro lado del río surgían y convergían hacia nosotros centenares de filas compuestas por salvajes monstruos saltadores como los que nos acosaban, y con ellos llegaban algunas criaturas aun más raras, que corrían con suma rapidez, ya erguidas, ya a cuatro patas.

-Será una gran muerte-dije a mí compañero-. ¡Mira!

Este echó una ojeada fugaz al sitio que yo le indiqué y me contesto sonriendo:

-Sucumbiremos como corresponde a grandes guerreros, John Carter.

Acabábamos de matar al último de nuestros inmediatos contrarios mientras así hablaba, y me volví asombrado al oír pronunciar mi nombre.

Y allí ante mis asombrados ojos se presentó el más grande de los hombres verdes de Barsoom, el estadista más astuto, el general más poderoso, mi querido y buen amigo Tars Tarkas, Jeddak de Thark.

CAPÍTULO II - Una batalla en el bosque

Tars Tarkas y yo no tuvimos tiempo para intercambiar impresiones y nos mantuvimos allí, delante del gran peñasco, rodeados por los cadáveres de nuestros grotescos asaltantes; ya que de todas las direcciones bajaban al ancho valle verdaderos torrentes de pavorosos seres como contestación a la grotesca llamada del extraño personaje situado encima de nosotros.

-Ven-gritó Tars Tarkas-. Debemos llegar a los precipicios. Allá está nuestra única y remota esperanza de salvación, si conseguimos encontrar una cueva, o un borde estrecho donde los dos podamos defendernos de esa horda desalmada e implacable.

Ambos corrimos por la pradera escarlata; yo, aminorando la velocidad para no distanciarme de mi más lento compañero. Tendríamos quizá que recorrer trescientas yardas que separaba al peñón de los acantilados, y luego nos faltaba buscar un abrigo conveniente que nos permitiera hacer frente a las terroríficas bestias que nos perseguían.

Iban casi a alcanzarnos, cuando Tars Tarkas me gritó que me apresurase y le dejara atrás y me apresurara para descubrir, si era posible, el refugio que deseábamos encontrar. La sugerencia me pareció buena, porque nos proporcionaba unos cuantos minutos valiosos, y así, poniendo en acción toda la energía de mis músculos terrestres, crucé a grandes saltos y brincos el espacio que existía entre mí y el precipicio a cuya base llegué en un momento.

El acantilado se levantaba casi perpendicularmente desde el mismo nivel de la herbosa pradera. No había allí ninguna acumulación de desprendimientos que formara un acceso más o menos precario hasta él, como sucede en la mayoría de los que he visto. Las escasas rocas que se habían desprendido de las alturas, y que estaban en su mayoría medio enterradas en la hierba, eran la única prueba de que en el macizo amontonamiento de rocas alguna vez había tenido lugar un ligero desprendimiento.

Una primera y breve inspección de los acantilados me llenó el corazón de malos presagios, porque hasta donde me alcanzaba la vista era imposible divisar un solo paraje propio para estar en él en pie, ni siquiera precariamente, salvo el saliente desde el que el terrible heraldo continuaba lanzando sus apremiantes alaridos.

A mi derecha, el pie del acantilado se perdía en el espeso follaje del bosque, que terminaba junto a la base del mismo, de modo que la exuberante vegetación se extendía en unos cien pies contra su recio y enorme vecino.

A mi izquierda, el acantilado corría, aparentemente sin interrupción, a través de la parte superior del ancho valle, y se perdía en los perfiles de lo que aparentaba ser una cordillera de altísimas montañas que rodeaban y limitaban el valle en todas direcciones.

Aparentemente a unos cien pies de mí el río brotaba precisamente en la base de la mole rocosa, y considerando que no teníamos la menor probabilidad de escapar en aquel sentido, fijé mi atención de nuevo en el bosque.

Los precipicios se alzaban sobre mí sus buenos cinco mil pies. El sol todavía no los bañaba y mostraban un color amarillo oscuro destacándose de su propia sombra. Aquí y allí resaltaban rayas y manchas rojas y verdes de tonos sombríos, y en trechos, porciones de cuarzo blanco.

Aunque eran muy hermosos, temo que no los aprecié por completo la primera vez que los vi.

En aquel momento solamente buscaba en ellos un medio de salvarnos, y así, mientras mi mirada recorría una y otra vez su vasta extensión en busca de alguna grieta o

hendidura, incluso llegué a maldecirlos, como el prisionero maldice los crueles e insalvables muros de su prisión.

Tars Tarkas se acercaba con rapidez, y a su zaga venía, pisándole los talones, la horrible horda de nuestros enemigos.

Parecía ser que no nos quedaba más refugio que el bosque, y estaba a punto de indicar a Tars Tarkas que me siguiese a él, cuando el sol pasó por el cenit de los acantilados tocando con sus brillantes rayos su oscura superficie, de la que surgieron una miríada de chispeantes fulgores deslumbradoramente áureos, vivamente rojos, suavemente verdes y relucientes blancos; el más fascinante e interesante espectáculo que ojos humanos puedan contemplar.

La cara de los acantilados, estaba según lo demostró una inspección posterior, tan plagada de vetas y trozos de oro sólido, que presentaba el aspecto de una muralla maciza de ese precioso metal, excepto donde se hallaban las entalladuras de rubíes, esmeraldas y diamantes, una pequeña pero asombrosa muestra de las inagotables y jamás adivinadas riquezas enterradas hondamente debajo de su increíble superficie.

Sin embargo, lo que atrajo mi mayor atención en el instante en que los rayos solares iluminaban de lleno el acantilado, fueron las manchas negras que inequívocamente aparecieron surcando la magnífica muralla cerca del extremo del bosque, y que se prolongaban por abajo y más allá de las ramas de éste.

Casi en inmediatamente reconocí que eran: sombrías bocas de entrada a las cavernas situadas dentro de la roca: posibles caminos de huida o refugios transitorios si lográbamos llegar a ellos.

Había un solo camino, y éste pasaba por entre los corpulentos y altos árboles. Que yo podría conseguirlo lo sabía muy bien; pero para Tars Tarkas, con su enorme cuerpo y gran peso, sería una tarea realmente ardua, a pesar de su decisión y destreza, ya que los marcianos no son precisamente buenos escaladores. En toda la superficie de aquel antiguo planeta nunca había visto una colina o montaña que excediera, en cuanto a altura, los cuatro mil pies contando a partir del fondo de los mares muertos, y como la subida solía ser gradual, la mayoría de ellas ofrecían pocas oportunidades para practicar la escalada. Tampoco los marcianos hubieran aceptado tal reto, en caso de presentárseles en circunstancias más normales, porque siempre siguen una senda tortuosa que arranca de la base de cualquier monte en lugar de enfrentarse a caminos más cortos pero más arduos.

No obstante, no había otra elección que escalar los árboles contiguos al precipicio, a fin de alcanzar las cavernas de arriba.

El de Thark comprendió las posibilidades y las dificultades del plan a la vez, y como no existía otra alternativa, nos dispusimos a ponerlo en ejecución.

Nuestros incansables perseguidores estaban ya cerca de nosotros, tan cerca que me parecía totalmente imposible que el Jeddak de Thark llegase al bosque antes que ellos y tampoco había en los esfuerzos de Tars Tarkas por salvarse la suficiente decisión, ya que a los hombres verdes de Barsoom no les gusta huir, y jamás tuve ocasión de ver a ninguno tratar de escapar de la muerte cualquiera que fuera el aspecto bajo el que se presentara ésta. Pero este era Tars Tarkas era el más valiente de los valientes, según lo tenía demostrado miles de veces; sí, miles de veces en innumerables combates a muerte con hombres y bestias. También sabía yo que existía otra razón, distinta del miedo a la muerte en su huida, ya que le constaba que un impulso más poderoso que el orgullo o el honor me acuciaba a librarme de aquellos fieros destructores. En mi caso era el amor, el amor a la divina Dejah Thoris; y si la causa del Thark era un enorme y repentino amor por la vida me resulta difícil de concebir, ya que aquella gente extraña, cruel, sin amor e infeliz, busca más a menudo la muerte que la vida.

Finalmente, sin embargo, alcanzamos las sombras del bosque, mientras que detrás de nosotros surgió el más veloz de nuestros perseguidores: un gigantesco hombre planta con

las garras tendidas para cogemos y las bocas dispuestas a chuparnos la sangre.

Diré que se hallaba a cien yardas de distancia de sus compañeros más próximos, por lo que llamé a Tars Tarkas para que subiera a un gran árbol que rozaba la cara del precipicio, mientras yo quitaba de en medio al monstruo, dando así una oportunidad al menos ágil Thark para que trepase a las ramas superiores antes de que la horda entera cayera sobre nosotros dejándonos sin probabilidades de huir.

Pero calculé mal, no apreciando con exactitud tanto la astucia de mi inmediato enemigo, como la velocidad con que los suyos recorrían la distancia que les separaba de allí.

Cuando alcé mi larga espada para dar muerte al gigante, éste se detuvo en su carga, de manera que el arma cortó inútilmente el aire, mientras que mi enemigo me asestó un golpe con toda la fuerza de su membruda cola, y me derribó al suelo. En un instante la bestia semi humana se lanzó sobre mí, mas antes de que pudiera poner sus repugnantes bocas en mi pecho y mi cuello conseguí sujetarle sus retorcidos tentáculos con cada mano.

El hombre planta era fuerte, pesado y muy musculoso; pero mis tendones terrestres y mí mayor agilidad, en unión con el estrangulamiento que le estaba practicando, pienso que me hubieran valido una victoria instantánea si hubiéramos tenido tiempo ambos para contrastar los méritos de nuestras proezas. Pero ocurrió que mientras luchábamos con furia alrededor del árbol al que se subía Tars Tarkas con infinitas dificultades, *eché* de improviso una ojeada sobre el hombro de mi contrario y observé el enjambre de asaltantes que iba a acometerme.

Entonces vi al fin la naturaleza de aquellos monstruos que acudían en auxilio de los hombres planta, contestando al apremiante alarido del ser que estaba sobre el precipicio. Eran el más terrible de los pobladores de Marte: los grandes monos blancos de Barsoom.

Mis anteriores experiencias en Marte me habían familiarizado plenamente con ellos y sus métodos y puedo afirmar que de todos los pavorosos y terribles, horrendos y grotescos habitantes de aquel extraño mundo, los monos blancos eran los que consiguieron familiarizarme más con la sensación del terror.

Pienso que la causa de este sentimiento que tales monos engendraron en mi interior se debía a su notable parecido en cuanto a forma con los hombres terrestres. que les presta un aspecto humano aún más sorprendente comparándolo con lo enorme de su tamaño.

Derechos miden de alto quince pies y andan erectos sobre sus patas traseras. Al igual que los marcianos verdes, poseen un juego intermedio de brazos entre los miembros superiores y los inferiores. Tienen muy juntos los ojos, pero no saltones como los hombres verdes; llevan las orejas tiesas, aunque colocadas más al lado que los primeros, mientras que sus dientes y narices se parecen mucho a los de los gorilas africanos. En la cabeza les brota un enorme mechón de erizados pelos.

Había en sus miradas y en las de los terribles hombre planta, cuando les contemplé por encima del hombro de mi adversario, una expresión de rabia indefinible, y en ese momento saltaron sobre mí mientras chillaban, silbaban y gritaban con frenesí; pero de todos los ruidos que me asaltaban a medida que se aproximaban a mí, ninguno me resultó tan horrible como el horrible ronroneo de los hombres planta.

De repente una infinidad de crueles garras y afilados talones se hundieron en mi carne, y unos labios fríos y succionadores se precipitaron sobre mis arterias. Luché para librarme, y aunque estaba enterrados bajo sus inmensos cuerpos, conseguí ponerme en pie donde, con la espada aún asida, la utilicé a modo de daga, provocando tal carnicería entre ellos que por un instante me vi libre.

Lo que he tardado minutos en describir sucedió en unos cuantos segundos, pero durante ese tiempo Tars Tarkas había presenciado el riesgo que yo corría y se dejó caer de las ramas inferiores, a las que había trepado con extraordinario trabajo, y mientras yo luchaba contra el último de mis antagonistas, el gran Thark se puso a mi lado y de nuevo

peleamos espalda con espalda como tantas veces lo habíamos hecho antes.

Una y otra vez los feroces monos nos acometieron y una y otra vez los rechazamos con nuestras espadas. Las grandes colas de los hombres planta nos azotaban con tremenda fuerza mientras nos atacaban de desde diferentes direcciones o saltaban por encima de nuestras cabezas con la agilidad de sabuesos; pero cada ataque tropezaba con la muralla de unas brillantes espadas que durante veinte años habían sido las más famosas de Marte: por que Tars Tarkas y John Carter, eran nombres que todos los combatientes de aquel mundo de guerreros mencionaban con respeto.

Pero incluso las dos mejores espadas de un mundo de guerreros no pueden luchar incansablemente contra una inacabable turba de bestias feroces y salvajes que ignoran el significado de la derrota hasta que el acero clavado en sus corazones les arranca la vida, y así, paso a paso fuimos forzados a retirarnos. Al fin, nos apoyamos en el colosal árbol que habíamos elegido para nuestra ascensión, y luego, como carga tras carga los enemigos nos abrumaban con su peso, fuimos cediendo poco a poco hasta ser empujados a medio camino en tomo de la enorme base del colosal tronco.

Tars Tarkas estaba más bajo, y de repente le oí lanzar un ahogado grito de júbilo.

-Aquí hay un escondrijo para al menos uno, John Carter-me dijo, y mirando donde él se hallaba y vi una oquedad en la base del árbol como de tres pies de diámetro.

-Entra, Tars Tarkas-grité, pero no se movió, alegando que su corpulencia le impediría pasar por la abertura, mientras que yo me escurriría fácilmente por ella.

-Moriremos ambos si nos quedamos fuera, John Carter; aquí hay una pequeña oportunidad para uno de nosotros. Aprovecha la ocasión y podrás vivir para vengarme. A mí me resultaría inútil meterme en un hueco tan pequeño con esa horda de demonios sitiándonos por todos los lados.

-Entonces muramos juntos, Tars Tarkas-repliqué-. Por que no marcharé solo. Déjame que defienda la abertura mientras entras, y después mi corta estatura me permitirá seguirte antes de que puedan evitarlo.

Continuábamos luchando furiosamente mientras hablábamos con breves frases que subrayamos con violentos golpes e iracundas estocadas a nuestros tenaces enemigos.

Al fin cedió, ya que le pareció que era la única manera de uno de los dos se salvara del número cada vez mayor de atacantes, que aún llegaban hasta nosotros de todas las direcciones del valle.

-Siempre ha sido tu estilo, John Carter, el preocuparte el último por tu vida-exclamó-e incluso el que mandase en actos y la voluntad de los demás, aunque se trate del más grande de lo Jeddaks que han regido a Barsoom.

Una leve sonrisa apuntó en su rostro duro y cruel, mientras que el más grande de los Jeddaks, se veía obligado a obedecer las órdenes de una criatura de otro mundo; un hombre cuya estatura era casi la mitad de la suya.

-Si fracasas, John Carter-dijo-, sabe que el cruel y despiadado Thark, al que enseñaste el significado de la amistad, saldrá a morir a tu lado.

-Como desées, amigo mío contesté-; pero ahora date prisa, mete primero la cabeza, mientras yo cubro tu retirada.

Vaciló un instante al oír mis palabras, porque jamás en el curso de su vida, tan llena de azares, había vuelto la espalda más que a un enemigo derrotado o muerto.

-Pronto, Tars Tarkas-Le insté-, o nos sacrificaremos sin provecho. Yo solo no podré aguantarles mucho tiempo.

Cuando se tiró al suelo para meterse en el árbol, la muchedumbre rugiente de horribles e infernales monstruos se precipitó sobre mí. Mi centelleante espada iba de derecha e izquierda tiñéndose ya de verde, con el zumo espeso de loa hombre planta, ya de rojo con la sangre púrpura de los enormes monos blancos, y yendo de enemigo en enemigo, no tardaba sino una fracción de segundo en beber la esencia vital del corazón de algún salvaje.

Y así luché, cual nunca había combatido hasta entonces, resistiendo impávido los embates de esos seres tan horribles como anómalos, siéndome ahora difícil comprender cómo mis músculos humanos no flaquearon en tan sanguinaria matanza y soportaron el terrorífico peso de tantas toneladas de carne rabiosa y palpitante.

Con el miedo a que nos escapáramos, los monstruos redoblaron sus esfuerzos para derribarme, y aunque el terreno alrededor de nosotros estaba sembrado de sus agonizantes compañeros, consiguieron al fin dominarme y hacerme caer debajo de ellos, por segunda vez aquel mismo día, por lo que de nuevo sentí en mi cuerpo la horrible impresión de sus labios succionantes.

Pero apenas caí me di cuenta de que unas vigorosas manos me agarraban los tobillos para arrastrarme en seguida al refugio del interior del árbol. Un instante hubo una tenaz lucha entre Tras Tarkas y un enorme hombre planta que obstinadamente se aferraba a mí pecho; pero al finalmente pude servirme de mi larga espada, y con un violento mandoble acabé con su vida.

Maltrecho y sangrando por muchas y crueles heridas, quedé tumbado en el suelo dentro del hueco del árbol, mientras que Tras Tarkas defendía la abertura de la furiosa masa.

Durante una hora alborotaron en tomo del árbol, pero después de varios intentos para cogernos, redujeron sus esfuerzos a chillar y aullar de forma espantosa los grandes monos blancos y a producir su característico e indescriptible ronroneo los hombres planta.

Por último, todos, excepto unos cuantos dedicados en apariencia a evitar nuestra fuga, se fueron, con lo que la aventura para nosotros pareció convertirse en un asedio, con el resultado inevitable de que moriríamos de hambre, ya que aunque fuésemos capaces de deslizamos fuera del árbol después de que anocheciera, ¿a dónde dirigiríamos nuestros pasos con objeto de salvamos en aquel valle hostil y desconocido?

Como los ataques de nuestros enemigos habían cesado y nuestros ojos se hallaban ya habituados a la semioscuridad del interior de nuestro extraño escondite, aproveché la oportunidad para explotar sus rincones.

El árbol estaba hueco en una extensión de unos cincuenta pies de diámetro, y por su suelo, llano y firme, juzgué que antes de que nosotros lo ocupáramos ya lo habían hecho otros. Al levantar los ojos hacia arriba para apreciar su altura vi encima de mí un tenue resplandor luminoso.

Existía una abertura allí arriba. Si podía llegar a ella, no sería difícil ganar más tarde la protección de las cuevas del precipicio. Mis ojos no se hallaban aún acostumbrados del todo a la desvanecida luz del interior; pero no obstante, al continuar con mis investigaciones, descubrí una tosca escala en el lado más alejado escondrijo.

Rápidamente subí por ella, sólo para averiguar que se conectaba en lo alto con la más inferior de una serie de barras de madera colocadas horizontalmente en el entonces estrecho interior en forma de tubo de aquel árbol. Tales barrotes estaban puestos unos sobre otros, separados por una distancia aproximada de tres pies, y formaban una perfecta escala en toda la extensión que mi vista podía alcanzar.

Descendí hasta el suelo una vez más y le conté mi hallazgo a Tars Tarkas, quien me sugirió que explorase la subida hasta donde me fuera posible mientras no corriese peligro, entre tanto él guardaría la entrada de un posible ataque.

Mientras me apresuraba a trepar por los escalones del singular tronco encontré que la escalera llegaba hasta donde me llegaba la vista, y que a medida que ascendía por ella, la claridad que surgía de arriba se iba haciendo cada vez más brillante.

Continué subiendo unos quinientos pies, hasta que finalmente llegué a la abertura del tronco por la que pasaba la luz. Tendría poco más o menos igual diámetro que el del pie del árbol y daba directamente a una rama larga y plana, cuya superficie, curiosamente desgastada, demostraba que se la usaba con frecuencia como camino por alguna persona que iba y venía del acantilado al tronco del árbol.

No me atreví a andar por la rama, temiendo que pudiera ser descubierto y que se nos cortase la retirada en aquella dirección, por lo que di prisa en volver al lado de Tars Tarkas.

Pronto estuve junto a él, y sin perder tiempo emprendimos ambos la ascensión por la larga escalera que terminaba en el boquete de la parte superior.

Tars Tarkas iba delante, y. cuando yo alcancé la primera de las barras horizontales, tiré de la escala que quedaba debajo de mí y se la entregué a él, que la trasladó cien pies más arriba, donde la metió entre una de las, barras y la pared de la chimenea. De idéntico modo desprendí los barrotes inferiores, a medida que pasaba por ellos, de manera que no tardamos en dejar el interior del árbol desprovisto de cualquier medio de persecución o ataque por retaguardia.

Más tarde supimos que esa precaución nos libró de un dificilísimo trance y que significó nuestra salvación.

Cuando alcanzamos el agujero de lo alto Tars Tarkas se echó a un lado para que yo saliese afuera a ver lo que ocurría, puesto que mi menor peso y mi mayor agilidad me hacían más apto para el peligroso tránsito por el vertiginoso y oscilante pasadizo.

La rama por la que avanzaba subía hacia el acantilado, formando un ligero ángulo, y como a continuación descubrí, terminaba a corta distancia encima de un estrecho borde que sobresalía de la roca a la entrada de una angosta cueva.

Al aproximarme al extremo más delgado de la rama ésta se dobló con mi peso, de manera que me balanceé peligrosamente y mi débil sostén se inclino suavemente, separándose del borde rocoso cerca de un par de pies.

A quinientos pies debajo de mí se extendía la brillante alfombra escarlata del valle, y casi quinientos pies sobre mi cabeza se alzaba la brillante e impresionante cara de los acantilados.

La caverna ante la cual me encontraba no era de las que había visto desde el llano y estaba mucho más alta que ellas, quizá a cien pies; pero, por lo que pude comprender, nos sería tan útil para nuestro propósito como las otras, por lo que volví al árbol, junto a Tars Tarkas.

Los dos nos arrastramos a lo largo del ondulante paso, pero cuando llegamos al extremo de la rama notamos que nuestro peso acumulado la hacía bajar en tal forma que la boca de la cueva quedaba encima de nosotros, lo bastante lejos para no poder subir a ella.

Acordamos por último que Tars Tarkas volviese al tronco, dejándome la correa de cuero más larga de su arnés, para que, cuando la rama recobrase su posición y me permitiera entrar en la cueva, lo hiciera, y ya allí, por medio de da correa, facilitase la ascensión del marciano al seguro saliente de la roca.

Realizamos el plan sin tropiezos, y pronto tuvimos la satisfacción de vernos reunidos en el borde de un mirador, desde el que se disfrutaba del magnífico espectáculo del valle que se extendía a nuestros pies.

Hasta donde alcanzaba la mirada, unos lozanos bosques y unas púrpuras praderas bordeaban un mar silencioso, y todo ello aparecía dominado por la enorme mole de los deslumbradores acantilados. De repente creí divisar un minarete dorado refulgiendo al sol entre las ondulantes copas de los distantes árboles; pero pronto abandoné la idea, convencido de que se trataba de una alucinación nacida de nuestro deseo de descubrir los atisbos de la civilización en aquellos parajes tan hermosos como aterradores.

Debajo de nosotros, en la orilla del río, los grandes monos blancos devoraban los despojos de los guerreros compañeros de Tars Tarkas, mientras que las manadas de hombres planta pastaban en círculos de creciente amplitud por la pradera, que segaban con tanta eficiencia como la mejor de las segadoras.

Sabiendo que un ataque por el árbol era casi imposible, decidimos explorar la caverna, la cual pensábamos que no sería más que una prolongación del camino que habíamos

recorrido ya y que conduciría adonde sólo los dioses sabían, pero que sin duda nos alejaría de este valle de brutal ferocidad.

Mientras avanzábamos nos encontramos con un túnel bien proporcionado cortado del macizo acantilado. Sus paredes se alzaban, unos veinte pies sobre el suelo, que tenía cinco pies de ancho. El techo estaba abovedado. Como nos faltaba con qué alumbrarnos, caminamos despacio en la cada vez más densa oscuridad. Tars Tarkas tanteaba una pared y yo la otra cogidos de la mano con objeto de que si había ramas divergentes no nos separásemos o perdiésemos en aquella intrincada y laberíntica galería.

Ignoro cuánto tardamos en atravesar el túnel de ese modo, pero al fin llegamos a un obstáculo que impidió que siguiéramos adelante. Parecía más un tabique que el repentino final de la cueva, porque estaba construido de una materia distinta a la de la montaña, ya que al tacto parecía ser una madera muy dura.

Silenciosamente palpé su superficie con cuidado y finalmente hallé recompensados mis esfuerzos con el hallazgo de un botón, que en Marte indicaba la existencia de una puerta como en la Tierra lo indica la existencia de un picaporte.

Lo apreté suavemente y tuve la satisfacción de sentir que la puerta cedía con lentitud delante de mi, y en el instante siguiente estábamos contemplando un aposento tenuemente iluminado que, por lo que pudimos vislumbrar, estaba desocupado.

Sin más demoras abrí por completo la puerta, y, seguido por el enorme Thark, penetré en la estancia. Mientas permanecíamos mudos y algo perplejos, echando una ojeada en torno nuestro, un ligero ruido a mi espalda hizo que me volviese con rapidez, observando, en el colmo del asombro, que la puerta se cerraba con agudo chasquido como empujada por una mano invisible.

Instantáneamente me precipité a ella para abrirla otra vez, porque algo en aquel extraño incidente y en el intenso y casi palpable silencio del lugar, me daba a entender que un mal nos acechaba escondido en la rocosa cámara situada en las entrañas del Dorado Acantilado.

Mis dedos se clavaron en vano en el persistente portón, mientras mis ojos buscaban inútilmente un duplicado del botón que nos había dado acceso allí.

Y entonces, de unos labios invisibles, salió una macabra y burlona risotada que recorrió la abandonada cámara.

CAPÍTULO III - La Cámara del Misterio

La estridente carcajada dejó de resonar en los muros del pétreo aposento, y Tars Tarkas y yo guardamos un profundo y expectante silencio, pero ningún ruido volvió a romper la quietud del sitio, así como tampoco nada se movió al alcance de nuestras miradas.

Al fin Tars Tarkas se rió quedamente de la manera extraña que solía hacerlo cuando se hallaba en presencia de algo horrible o aterrador. No era una risa histérica, sino la genuina expresión del placer derivado de lo que en la Tierra mueve al hombre a odiar o llorar.

A menudo le había visto revolcarse en el suelo en locos accesos de irreprimible regocijo al presenciar las mortales agonías de las mujeres y los niños bajo la tortura de la infernal fiesta de los marcianos verdes, denominada los Grandes Juegos.

Miré al Thark, con una sonrisa en mis labios, porque allí, en verdad convenía más mostrar cara risueña que unas facciones temblorosas.

-¿Qué pasa? -le pregunté-. ¿Dónde diablos estamos?

Me devolvió mi mirada, sorprendido.

-¿Que dónde estamos? -repitió-. ¿Me estas diciendo, John Carter, que no sabes dónde estamos?

-Que me hallo en Barsoom es todo lo que puedo adivinar, y eso gracias a tu presencia y a de los grandes monos blancos, pues todo cuanto he presenciado hasta ahora, en nada me recuerda al amado Barsoom que conocí hace diez largos años y que tan distinto es del mundo donde nací. No, Tars Tarkas; no sé dónde estamos.»

-¿Dónde has estado desde la fecha en que abriste las poderosas puertas de nuestra planta atmosférica, después de que muriera el guardián y se detuvieran las máquinas provocando la agonía de Barsoon por asfixia cuando aún no estaba muerto? Tu cuerpo no fue encontrado nunca, aunque los hombres de un mundo entero le buscasen años y años, y aunque el Jeddak de Helium y su nieta, tu princesa ofrecieron tan fabulosas recompensas, que hasta los príncipes de sangre real tomaron parte en la búsqueda.

Sólo quedó una conclusión que obtener cuando todos los esfuerzos por encontrarte fracasaron, ésta es que emprendiste una la larga y última peregrinación por el misterioso río Iss para aguardar en el Valle de Dor, en las costas del Mar Perdido de Korus, a la bellísima Dejah Thoris, tu princesa».

Cuando partisteis, nadie podía aún suponer que tu princesa viviera todavía.»

-Gracias a Dios-le interrumpí-. No me atrevía a preguntarte porque temía que fuese demasiado tarde para salvarla. Estaba tan lejos de mí cuando la dejé en los reales jardines de Tardos Mors aquella remota noche; tan abajo, que casi dudé en poder llegar a la planta atmosférica, adonde su adorado espíritu había huido de mí para siempre. ¿Y vive aún?

-Vive, John Carter.

-Pero aún no me han dicho dónde nos encontramos -le recordé.

-Estamos donde esperaba encontrarte a tí, John Carter... y a otro. Hace tiempo que oíste la historia de la mujer que me enseñó aquello a lo que todos los marcianos verdes se nos enseña a odiar, la mujer que me enseñó a amar. Conoces los espantosos tormentos y la horrible muerte que sufrió a causa de su amor a manos de la bestia Tal HaJus.

Pensé que me aguardaría junto al Mar Perdido de Korus.

Sabes también que fue abandonada por un hombre de otro mundo, por ti, John Carter, para enseñar a este cruel Thark lo que es la amistad y ello bastó para que pensase que debíais vagar sin duda por el peligroso Valle del Dor.

He aquí por qué he implorado tanto el fin de la larga peregrinación que debo realizar algún día, y como había transcurrido el tiempo calculado por Dejah Thoris para que regresases a su lado, pues siempre se obstinó en creer que habríais vuelto transitoriamente a vuestro planeta, yo di rienda suelta a mi aflicción y hace un mes comencé el viaje, cuyo fin acabas de presenciar. ¿Comprendes ahora donde estas, John Carter?»

-¿Y éste es el río Irs, que desemboca en el Mar Perdido de Korus, por el valle del Dor? -pregunté.

-Este es el valle del amor, la paz y el reposo, por el que cada barsoomiano suspira desde tiempo inmemorial y al que anhela ir al fin de una vida de odios y luchas y sangrientos crímenes-me respondió-. Este, John Carter, es el Cielo.

Su tono era frío e irónico; su amargura reflejaba el terrible desengaño que había experimentado. Semejante desesperada desilusión, semejante derrumbamiento de las esperanzas y las aspiraciones de toda una vida, semejante desarraigamiento de las más antiguas tradiciones hubieran disculpado incluso mayores demostraciones por parte del Thark.

Puse mi mano en su hombro.

-Lo siento dije, y me figuré que no tenía más que decir.

-Acuérdate, John Carter, de los incontables miles de millones de barsomianos que han emprendido voluntariamente la peregrinación, bajando por este río cruel desde el principio de los tiempos, sólo para caer en las feroces garras de los terribles monstruos que hoy

nos han asaltado.

Hay una antigua leyenda, según la cual un hombre rojo volvió de las orillas del Mar Perdido de Korus, regresó del valle del Dor y retrocedió siguiendo el misterioso río Irs. Y la leyenda dice que el peregrino contó una terrible blasfemia de espantosas bestias que habitaban en el valle del Prodigioso Agrado, feroces criaturas que caían sobre cada barsomiano que finalizaba su peregrinación y le devoraban en las orillas del Mar Perdido, adonde había ido a buscar amor, paz y felicidad; pero los ancianos mataron al blasfemo, porque la tradición ordenaba que pereciese todo el que regresara de lo hondo del Río del Misterioso.

Pero ahora sabemos que el viajero no mintió, que la leyenda es cierta y que el hombre sólo contó lo que había visto; ¿Pero de qué nos sirve, John Carter, puesto que aunque nos escapáramos, seríamos tratados como blasfemos? Nos hallamos entre la salvaje realidad de lo cierto y el frenético «zitidar» de la realidad, no podemos escapar de ninguna.»

-En la Tierra, diríamos que estamos entre la espada y la pared, Tars Tarkas-le contesté sonriendo ante su dilema-. Lo mas razonable será que tomemos las cosas como vienen, y al menos tendremos la satisfacción de saber que quien nos masacre contará un número muy superior de muertes en sus filas de las que se provocará. Monos blancos u hombres planta, barsoomianos verdes o hombres rojos, cualquiera que nos arrebate la existencia sabrá lo que cuesta acabar con John Carter, príncipe de la Casa de los Tardos Mors, y con Tars Tarkas, Jeddak de Thark al mismo tiempo.

No pude por menos de reírme de su mal humor, y él, por último, prorrumpió en una de esas carcajadas de auténtico gozo que resultaban una de las característica del altivo jefe tharkiano y lo que le distinguía de los demás de su clase.

-Pero ¿y tú, John Carter? -exclamó al cabo-. ¿Si no has estado aquí estos años, dónde has estado y cómo es que hoy te encuentro aquí?

-Volví de nuevo a la Tierra-repuse-. Durante diez lardos años recé y esperé el día que me condujese otra vez a este lúgubre y viejo planeta tuyo, al que, a pesar de sus costumbres crueles y terribles, me une un lazo de amor y simpatía más fuerte que el que me ligó al mundo donde nací.

Diez años sufrí la muerte en vida que provocan la incertidumbre y la duda en cuanto a si Dejah Thoris vivía y ahora que por primera vez, después de esos años, he visto atendidas mis oraciones y saciadas mis dudas, me hallo, por una cruel burla del destino, arrojado al único sitio de Barsoom del que en apariencia no hay escape, y aunque lo hubiera, sería a un precio igual a la muerte, y las esperanzas que abrigaba de volver a reunirme con mi princesa en esta vida han sido barridas. Estás contemplando la lastimosa futilidad con que el hombre se afana por un porvenir material.

Una media hora escasa antes de que os viera batallando con los hombres planta, estaba a la luz de la luna en la ribera de un ancho río que desagua en la costa oriental de la más bendita de las tierras terrestres. Ya te he contestado, amigo mío. ¿Me crees?

-Te creo-replicó Tars Tarkas-, aunque no puedo entenderte.

Mientras hablábamos exploré con los ojos el interior de la cámara. Tenía, quizá, doscientos pies de largo por la mitad de ancho, y una cosa que parecía ser una puerta en el centro de la pared opuesta directamente a la que nos había dado entrada.

El aposento estaba tallado en el material del acantilado, mostrando con profusión el oro incrustado gracias a la tenue claridad que un pequeño iluminador de radio, en medio del techo, difundía por su gran extensión.

Aquí y allí unas superficies pulimentadas de rubíes, esmeraldas y diamantes se destacaban de los áureos muros y techumbre. El suelo era de otra sustancia, muy dura y desgastada por el uso, hasta haber adquirido la textura del vidrio. Fuera de las dos puertas no conseguí distinguir ninguna señal de otras aberturas, y como nos constaba que una estaba cerrada, me dirigí resueltamente a la del lado opuesto.

Cuando tendí la mano para tocar el botón de la puerta, la lúgubre carcajada sonó una vez más, tan cerca de nosotros esta vez que involuntariamente me estremecí, retrocediendo mientras echaba mano a la empuñadura de mi espada.

Luego, en el rincón más apartado de la vasta cámara, una voz hueca cantó: «No hay esperanza, no hay esperanza; los muertos no regresan, los muertos no regresan; no hay resurección. No esperes, porque no hay esperanza.»

Aunque nuestras miradas se volvieron instantáneamente al sitio de donde la voz parecía salir, no distinguimos a nadie, y tengo que reconocer que sentí escalofríos a lo largo de la espina dorsal y que se me erizaron los cortos cabellos, igual que los de un sabueso cuando en la oscuridad sus ojos percibe extrañas cosas ocultas a los de los hombres.

Rápidamente me dirigí a la lastimosa voz, pero cesó al llegar yo al muro. Y en ese momento, del otro extremo de la pieza salió una voz chillona y penetrante:

-¡Locos! ¡Locos!-exclamo-. ¿Pensáis desafiar la leyes eternas de la Vida y la Muerte? ¿Queréis privar a la misteriosa Issus, Diosa de los Muertos, de sus justos derechos? ¿No os ha puesto su poderoso mensajero, el anciano Iss, en su implacable seno al traeros por vuestra propia voluntad al valle del Dor?

¿Pensáis, oh locos, que Issus abandonará lo que le pertenece? ¿Pretenderéis escapar de donde en incontables eras ni una sola alma ha logrado huir?»

Volved por el camino que vinisteis hacia las compasivas mandíbulas de los hijos del Arbol de la Vida o a las relucientes garras de los grandes monos blancos, porque allí dejaréis de sufrir en seguida; pero si insistís en vuestro audaz propósito de atravesar los laberintos del Farallón Aureo de las Montañas de Otz y de franquear las murallas de su inexpugnable fortaleza de los Sagrados Thems, la Muerte caerá sobre vosotros en su forma más espantosa, y pereceréis de una manera, tan horrible que hasta los mismísimos Sagrados Therns, que perciben tanto la vida como la muerte, separarán la vista de esos horrores y se taparán los oídos para no oír los gemidos de sus víctimas.»

Atrás, desgraciados; desandad vuestro camino.»

Y luego la horrísona carcajada vibró en otra parte de la estancia.

-De lo más sorprendente-dije volviéndome a Tars Tarkas.

-¿Qué debemos hacer? -me preguntó-. No podemos luchar con el vacío. Preferiría seguir el consejo que nos dan y regresar para pelear con unos enemigos reales, en los que por lo menos puedo hundir mi hoja en su carne y vender caro mi cadáver antes de sucumbir a este eterno olvido que sin duda es cuanto de deseable tiene derecho a esperar el ser humano en la eternidad.

-Si, como dices, no podemos luchar contra el vacío, Tars Tarkas -repliqué-; tampoco el vacío puede luchar con nosotros. Yo, que antaño he hecho frente y vencido a millares de poderosos guerreros y a sus templadas hojas de acero, no huiré delante del viento y tú tampoco.

-Pero las voces que oímos pueden emanar de seres invisibles que manejen invisibles armas- me contestó el guerrero verde.

-Tonterías, Tars Tarkas-grité-; esas voces provienen de seres tan reales como tú y yo. Por sus venas correrá sangre tan fácil de derramar como la nuestra, y el hecho de que permanezcan invisibles es la mejor prueba, a mi juicio, de que se trata de simples mortales que no poseen el valor necesario para atacarnos. ¿Piensa, Tars Tarkas, que John Carter huirá al primer alarido de un adversario cobarde que no se atreve a salir al descubierto y enfrentarse a una buena hoja?

Hablé en voz alta para que no pudiera dudarse de que deseaba ser oído por nuestros supuestos antagonistas, pues empezaba a cansarme de este engaño con el que pretendían amedrentarnos. Además se me ocurrió que todo aquello tal vez fuese un plan para obligamos a retroceder por miedo, al valle de la Muerte, del que habíamos escapado, para que fuéramos rápidamente liquidados por las salvajes criaturas que nos esperaban.

Durante un largo rato se produjo un profundo silencio y luego un ruido repentino suave y sutil, detrás de mí, hizo que me volviera de prisa para mirar un gran banth de muchas patas que se arrastraba sinuosamente hacia mí.

El banth es una bestia carroñera que vaga por las colinas bajas que rodean los mares muertos del antiguo Marte. Como casi todos los animales marcianos, apenas tiene pelo, presentando sólo una espesa cerda en forma de crin alrededor de su abultado cuello.

Su largo y flexible cuerpo está sostenido por diez fuertes patas; sus enormes mandíbulas se hallan provistas de varias filas de colmillos, punzantes como agujas e iguales a los del calote o sabueso marciano; la boca le llega hasta más allá de sus pequeñas y puntiagudas orejas, mientras que sus dilatados y saltones ojos verduscos añaden el último toque terrorífico a su pavoroso aspecto.

Cuando se arrastró hacia mí, se flageló con la poderosa cola los amarillentos lomos, y al notar que había sido descubierto lanzó un sordo rugido con el que a menudo deja a su presa momentáneamente paralizada en el instante en que va a arrojarse sobre ella.

De esa manera lanzó hacia mí su pesada mole, pero su rugido hipnotizador no había conseguido paralizarme de terror, por lo qué sus ávidas fauces se encontraron el frío acero en lugar de la tierna carne propicia para ser devorada.

Un instante después saqué el arma del ya paralizado corazón del gran carnívoro barsomianio, y al volverme hacia Tars Tarkas, me sorprendió verle haciendo frente a un monstruo análogo.

Apenas había acabado con él, cuando me di la vuelta acuciado por mi instinto, para observar que otro de los salvajes moradores de las montañas marcianas cruzaba saltando por la estancia para acometerme.

Desde entonces, en el transcurso aproximado de una hora, fueron lanzados contra nosotros, como si en apariencia surgiesen del aire, varios horribles criaturas.

Tars Tarkas debía estar satisfecho; allí había seres tangibles a los que podía rajar y despedazar con su enorme espada, mientras que yo, por mi parte, puedo decir que el giro de los acontecimientos me agradaba mucho más que el fúnebre canto de los labios invisibles.

Que en nuestros nuevos enemigos no existía nada de sobrenatural lo demostraban sus gritos de dolor y sus aullidos de rabia cuando sentían el filo del acero en sus vísceras y la sangre que brotaba de sus tajadas arterias cuando morían eran verdaderamente real.

Observé, en el curso de aquella nueva persecución, que las bestias aparecían sólo cuando estábamos de espaldas a una de las paredes; nunca vimos que una sola se materializara en el tenue aire, y como ni un instante siquiera se me debilitaron las facultades de razonar, no creí que las fieras llegaban al aposento por otro medio que no fuera por alguna puerta oculta o bien disimulada.

Entre los adornos del arnés de cuero de Tars Tarkas, que es la única prenda usada por los marcianos, aparte de las capas y los trajes de seda y piel para protegerse del frío después de anochecer, había un pequeño espejo, como del tamaño de los de mano utilizados por las damas, el cual colgaba entre los hombros y su cintura en la ancha espalda del guerrero.

Una vez que éste se inclinaba hacia adelante para mirar a otro enemigo que acababa de vencer, mis ojos acertaron a fijarse en el espejo, y en su brillante superficie vi retratada una imagen que me obligó a exclamar en voz baja:

-¡Quieto, Tars Tarkas! ¡No muevas ni un músculo siquiera!

El no me preguntó por qué y permaneció inmóvil como una estatua sepulcral, mientras que mi vista contemplaba un extraño espectáculo que para nosotros significaba tanto.

Lo que vi fue el rápido movimiento detrás de mí de una sección de la pared. Giraba sobre pivotes, y con ella la sección del piso correspondiente giraba también. Era como si se colocase una tarjeta de visita, por uno de sus extremos, sobre un dólar de plata puesto de plano en una mesa, de modo que el borde de la tarjeta separase en dos partes la

superficie de la moneda.

La tarjeta podía representar la sección de la pared que giraba, y el dólar de plata la del suelo. Ambas estaban tan perfectamente adaptadas a las partes adyacentes del suelo y los muros, que no se notaba ninguna juntura a la débil luz de la estancia.

Cuando el movimiento iba por la mitad, aparecía una enorme bestia que descansaba sobre sus ancas en la porción del piso giratorio situada en el lado opuesto, antes de que la pared comenzara a moverse, y cuando dicha sección se paraba, la fiera estaba frente a mi, en nuestro lado del tabique. Era un truco muy simple.

Lo que más me interesó fue el espectáculo que la sección a medio girar me permitió ver por el boquete entreabierto: una gran habitación, bien iluminada, en la que había varios personas hombres y mujeres encadenados a la pared, y delante de ellos, dirigiendo evidentemente la maniobra de la puerta secreta, un hombre de rostro cruel, ni rojo como los hombres rojos de Marte, ni verde como los hombres verdes, sino blanco como yo y con una flotante melena de color amarillento.

Los prisioneros de detrás de él eran marcianos rojos. Encadenadas junto a ellos había cierto número de bestias feroces iguales a las que tan infructuosamente venían atacándonos y otras de aspecto igualmente feroz.

Cuando me dispuse a afrontar a mi nuevo enemigo, lo hice con el corazón más aliviado que antes.

-Mira el muro de la más distante a nosotros, Tars Tarkas -le dije-; hay allí una puerta secreta hecha en la pared por la que nos sueltan las fieras que nos atacan.

Yo estaba muy cerca de él y le hablé en tono casi imperceptible para que mi descubrimiento del secreto no llegase a oídos de nuestros atormentadores.

Por último, como continuábamos de cara al extremo opuesto del aposento, no prosiguieron las embestidas de las fieras, lo que me convenció de que los tabiques estaban perforados de algún modo con objeto de que nuestros actos se pudieran observar desde fuera.

Inmediatamente se me ocurrió un plan de acción, y colocándome junto a Tars Tarkas, se lo conté en un bajo murmullo sin apartar la vista del extremo de la habitación.

El gran Thark manifestó su asentimiento a mi propuesta con un gruñido, y, de acuerdo con mi plan, empezamos a dar la espalda al muro giratorio, mientras yo avanzada despacio hacia él.

Cuando alcancé un punto situado a unos diez pies de la puerta secreta, le indiqué que se quedase quieto por completo hasta que yo hiciese la señal convenida, y rápidamente volví la espalda a la puerta, a través de la cual casi sentía el aliento jadeante de nuestro presunto verdugo.

Instantáneamente busqué con los ojos el espejo usado por Tars Tarkas, y en un segundo me preparé a presenciar cómo giraba la parte de la pared que volcaba sobre nosotros sus salvajes terrores.

No tuve que esperar mucho, ya que en seguida empezó a moverse con velocidad la dorada superficie. Apenas se inició el movimiento hice la seña a Tars Tarkas, saltando simultáneamente a la mitad de la puerta, que se separaba de mí girando. De igual modo, el Thark brincó con presteza sobre el hueco dejado por la sección que se apartaba.

Un solo salto me hizo pasar por completo a la habitación adyacente y me puso cara a cara con el individuo cuyo rostro cruel acababa de entrever. Tenía aproximadamente mi estatura y era muy musculoso y, a juzgar por los detalles externos, estaba constituido como un terrestre.

Llevaba al costado una espada larga, una espada corta, una daga y uno de esas destructoras pistolas de radio, tan comunes en Marte.

La circunstancia de que yo estuviera armado solo con una espada y de que la ley y la ética de las batallas en Barsoom prohibieran pelear con elementos desiguales, no produjeron efecto alguno en el sentido moral de mi contrario, quien echó mano a su

revólver apenas toqué el suelo a su lado; pero a un certero tajo de mi espada larga envió el arma de fuego volando al otro extremo de la habitación antes de que pudiera dispararla.

Instantáneamente desenfundó su espada larga, y armados los dos de igual manera, nos enzarzamos con denuedo en el combate más igualado que jamás tuve.

El sujeto era un maravilloso espadachín, sin duda acostumbrado a batirse, mientras que yo no había cogido una espada en mi mano a lo largo diez años hasta aquella misma mañana.

A pesar de eso, recobré en seguida mi perdida destreza, así que a los pocos minutos mi adversario empezó a comprender que había dado con su horma.

Su rostro se puso lívido de rabia al encontrar que mi guardia era impenetrable mientras su sangre brotaba de una docena de pequeñas heridas que recibió en la cara y el cuerpo.

-¿Quién eres, hombre blanco? -murmuró-. Que no eres un barsoomiano del mundo exterior lo demuestra tu color, y tampoco eres de los nuestros. Su última afirmación fue casi una pregunta.

-¿Y si fuera de los del Templo de Issus? -exclamé con atrevida decisión. -¡Maldita sea la suerte!-replicó palideciéndole el semblante bajo la sangre, que lo cubría casi por entero.

No sabía cómo continuar por ese camino, pero conservé con cuidado la idea por si más adelante las circunstancias la hacían necesaria. Su contestación indicaba que, por lo que él sabía, yo podía venir del Templo se Issus, en el que habitaban por lo visto hombres parecidos a mí. Tampoco cabía duda de que aquel hombre temía a los moradores del Templo o que les profesaba a ellos o a su poder, tal devoción que temblaba al pensar en los daños y los castigos que podían devenirle por haberse enfrentado a uno de ellos.

Pero mi tarea por entonces respecto a él era de naturaleza distinta de las que requieren un determinado razonamiento abstracto, pues consistía en hundirle cuanto antes mi espada entre las costillas, y esto lo conseguí al fin a los pocos segundos, por cierto con asombrosa facilidad.

Los prisioneros encadenados asistían al combate sumidos en profundo silencio, y en la estancia no se oían más ruidos que el del choque de nuestros espadas, el del roce en el suelo de nuestros pies desnudos y el murmullo de las escasas palabras que ambos pronunciamos con los dientes apretados sin interrumpir nuestro mortal duelo.

Pero mientras el cuerpo de mi contrario se derrumbó en el suelo como una masa inerte, un grito de aviso salió de una de las mujeres prisioneras.

-¡Gírate! ¡Gírate! ¡Detrás de ti!-exclamó, y mientras me giraba a la primera nota de su agudo grito me encontré frente a otro hombre de la misma raza del que yacía tendido a mis pies.

El recién llegado había salido con cautela de un oscuro corredor y estaba casi sobre mí con la espada en alto cuando le vi. Tars Tarkas no se encontraba a la vista, y el panel secreto de la pared por el que había entrado estaba cerrado.

¡Cuánto deseé que estuviera a mi lado en aquel momento! Había peleado durante largas horas casi de continuo, había pasado por riesgos, experiencias y aventuras capaces de destruir la vitalidad de un hombre y, por añadidura, no había comido ni dormido en casi veinticuatro horas.

Me sentía extenuado, y por primera vez en años llegué a dudar de mi habilidad para deshacerme de mi enemigo; pero, sin embargo, aún me quedaban arrestos para enfrentarle y me dispuse a acometer al nuevo contrarío con toda la rapidez y el brío que me mantenía aún, consciente de que la salvación para mí consistía en la impetuosidad de mi ataque... podía esperar ganar una lucha de larga duración.

Pero el individuo aquel pensaba, evidentemente, de otro modo, puesto que eludió mis asaltos retrocediendo, parando y parando mis estocadas y esquivándome hacia un lado u otro hasta que finalmente me encontré totalmente agotado en mis intentos de matarlo.

Era un espadachín más hábil si cabe que mi anterior contendiente, y debo admitir que jugó conmigo como quiso y al final se hubiera precipitado sobre mí convirtiéndome en un

cadáver más.

Cada vez me notaba más agotado, hasta que los objetos empezaron a desvanecerse ante mis ojos y comencé a vacilar y a tambalearme, más dormido que despierto, y en ese momento se aprovechó para darme el golpe de gracia que casi me arrebata la vida.

Me había hecho girar hasta que me hallaba delante del cadáver de su compañero, y entonces se lanzó sobre mí por lo que me vi obligado a retroceder, lo que provocó que mis en su ímpetu mis pies tropezaran con el cadáver y cayera cruzado sobre él.

Mi cabeza chocó contra el duro pavimento con retumbante ruido, y a eso precisamente debí la vida, porque el dolor me aclaró los sentidos y me devolvió la energía, haciéndome capaz por el momento de destrozar a mi enemigo con las manos desnudas, lo que creo que hubiera intentado de no haber tropezado con la derecha, al ir a levantarme, con un objeto de frío metal.

Como los ojos de un lego es la mano de un combatiente cuando se encuentra en contacto con su herramienta de trabajo, así que no necesité pensar ni razonar para comprender que tenía a mi disposición, cogiéndolo de donde había caído al soltarle su dueño, el revolver de mi antiguo enemigo.

Mi enemigo, cuya astucia me había derribado, dirigía directamente a mi corazón la punta de su reluciente espada, y entonces salió de sus labios la carcajada cruel y lúgubre que oí antes en la Cámara del Misterio.

Y así murió, con los finos labios fruncidos por la crispación de su odiosa risa y una bala de la pistola de su compañero muerto alojada en su corazón. Su cuerpo, arrastrado por el ímpetu con que iba a traspasarme se desplomó de bruces encima de mí. El puño de su espada debió pegarme en la frente, pues sentí un agudo dolor que me hizo perder de repente el conocimiento.

CAPITULO IV - Thuvia.

El estruendo de una pelea me devolvió de nuevo a las realidades de la vida. Durante un momento no pude situar el lugar ni localizar los sonidos que me habían despertado. Luego sentí más allá del liso muro, ante el que me hallaba tendido en el suelo, ruido de pisadas, gruñidos de bestias feroces, rechinamientos de cadenas y la respiración jadeante de un hombre.

Me puse de pie y eché de prisa una mirada por la estancia en la que me habían dispensado tan caluroso recibimiento. Los prisioneros y las fieras seguían atados con cadenas a la pared de enfrente, contemplándome con variadas expresiones de cólera, sorpresa y esperanza.

Esta última emoción me pareció completamente marcada en el rostro agraciado e inteligente de la joven marciana roja cuyo grito de aviso había sido esencial para salvarme la vida.

Era el tipo perfecto de esa raza extraordinariamente hermosa, cuyo aspecto externo es semejante a la de los seres humanos más hermosos, con la excepción de que esta raza marciana superior posee un ligero color cobrizo. Como se encontraba completamente desnuda, no pude averiguar la posición que ocupaba en la vida, si bien resultaba evidente que a la era una cautiva o una esclava en aquel antro.

Pasaron pocos segundos antes de que el estrépito producido al lado opuesto del tabique acuciara a mis embotadas facultades para que me diese cuenta de su probable importancia, y de repente tuve la convicción de que tales ruidos los causaba Tars Tarkas, luchando desesperadamente con hombres o bestias salvajes.

Con un grito de aliento lancé todo mi peso contra la puerta escondida, con igual resultado que si hubiese hecho lo mismo con una montaña. Entonces busqué febrilmente el secreto del tabique giratorio, pero sin resultado, y estaba a punto de golpear el maldito

muro con mi espada, cuando la joven prisionera me llamó.

-Guarda la espada, oh poderoso guerrero, pues te será muy útil para realizar nuevos propósitos... no la despedaces contra el insensible metal que cede mejor a la ligera presión del dedo que conoce sus secretos.

-¿Lo conoces? -le pregunté.

-Sí; suéltame y te daré paso a la otra cámara de los horrores, si así lo deseas. Las llaves de mis grilletes están en el cadáver de tu primer enemigo. ¿Pero por qué pretendes volver a pelear contra el fiero banth, o contra cualquier otra forma de destrucción que han liberado en esa espantosa trampa?

-Porque mi amigo lucha allí solo contesté mientras me apresuraba a coger las llaves del cadáver del que fue guardián de esta lúgubre cámara de los horrores.

Había muchas llaves en el ovalado anillo, pero la preciosa doncella marciana escogió con rapidez la que abría la argolla ceñida a su cintura y, ya libre, corrió hacia el panel secreto.

Entonces buscó otra llave en la argolla. Esta vez se trataba de una cosa pequeña y fina como una aguja, que metió en un agujero casi invisible de la pared. Inmediatamente la puerta giró sobre su quicio y la parte contigua del piso en la que yo me hallaba me situó en la cámara donde Tars Tarkas combatía.

El gran Thark se mantenía de pie con la espalda contra una esquina de la estancia, mientras se enfrentaba a un semicírculo formado por media docena de enormes monstruos que encogidos, aguardaban a que se abriera su guardia. Sus cabezas y hombros sanguinolentos mostraban la causa de sus dudas, así como la pericia guerrera del guerrero verde, quien en lo sudoroso de la piel revelaba con muda elocuencia la agresividad de los asaltos que había resistido.

Afilados talones y crueles colmillos le habían desgarrado los brazos, las piernas y el pecho, haciéndoselos materialmente tiras. Estaba tan débil por el continuo ejercicio y la pérdida de sangre, que sin apoyarse en el muro, dudo que no hubiera conseguido mantenerse en pie. Pero con la tenacidad y el valor indomables peculiares de los suyos, proseguía aguantando aquel cruel y continuado acoso. Era la personificación del antiguo proverbio de su tribu: «Dejad a un Thark su cabeza y una mano y aún así os conquistará.»

Al verme entrar se dibujó en sus labios una retorcida sonrisa, pero si significaba alegría o pura diversión al contemplar mi propia sangre y mi aspecto fatigado, lo ignoro.

Cuando iba a intervenir en la pelea con la espada en alto, sentí que una mano suave me tocaba el hombro, y al volverme, quedé sorprendido al ver que la joven me había seguido hasta allí.

-Esperad-murmuró-, déjamelos a mí.

Y empujándome a un lado, avanzó, indefensa y desarmada, hacia los furibundos banths.

Cuando estuvo junio a ellos les dijo una sola palabra en lenguaje marciano en voz baja pero con tono conminatorio. Con la velocidad del rayo las fieras la rodearon. Yo pensé que iban a destrozarla antes de que me colocara a su lado; pero me engañé, pues los animales se echaron a sus pies como perrillos que aguardan un merecido latigazo.

De nuevo les habló en voz tan baja que no me permitió oír lo que les decía, y luego se dirigió al lado opuesto de la estancia con las seis monstruosas criaturas dándola escolta. Una a una las mandó pasar por la abertura secreta a la habitación próxima, y cuando salió la última de donde nosotros estábamos contemplándola indescriptible asombro, se volvió sonriéndonos y se marchó también, dejándonos solos.

Por. un momento los dos permanecimos mudos. Luego Tars Tarkas dijo:

-Oí el ruido de lucha detrás del tabique que te dio paso, pero no temí por tu vida, John Carter, hasta que sonó un tiro de pistola. Sabía que no hay hombre en Barsoom capaz de enfrentarse a ti con el acero desnudo y que pueda salir con vida; pero el disparo me quitó

toda esperanza respecto a ti, ya que carecías de armas de fuego. Cuéntame.

Así lo hice a petición suya, y luego ambos nos dedicamos a buscar el sitio secreto por el que yo había entrado hacía un instante, precisamente enfrente de la parte giratoria del muro, traspuesta por la joven y sus salvajes compañeros.

Para desilusión nuestra, el panel eludió nuestros esfuerzos por revelar su cerradura secreta comprendimos que, a pesar de nuestros afanes, nos sería imposible hallar un paso al mundo exterior.

No obstante, el hecho de que los prisioneros estuvieran fuertemente encadenados nos condujo a creer que, con seguridad, habría una vía de escape de aquellas terribles criaturas que habitan tan incalificable lugar.

Fuimos repetidas veces de una puerta a otra y de un engañoso muro dorado a su opuesto, igualmente falaz.

Cuando ibamos a abandonar toda esperanza, uno de los tabiques se movió lentamente hacia nuestro lado, y la joven que se llevó fuera las fieras se nos presentó de nuevo.

-¿Quiénes sois? -nos preguntó- ¿y qué misión os trae aquí, cometiendo la temeridad de querer huir del Valle de Dor y de la muerte que habéis elegido?

-Yo no he elegido ninguna muerte, doncella-repuse-. Yo no soy de Barsoom. ni he emprendido voluntariamente la peregrinación por el río Iss. Este amigo mío es el Jeddak de todos los Tharks, y aunque no ha expresado aún el menor deseo de volver al mundo de los vivos, le llevaré conmigo de esta farsa que os liga a este espantoso lugar.

Soy de otro mundo, me llamo John Carter, Príncipe de la Casa de Tardos Mors, Jeddak de Helium. Quizá algún eco de mi habrá llegado a los confines de vuestra infernal mansión.

Ella sonrió.

-Sí-me contestó-, nada de lo que sucede en este mundo es desconocido aquí. Sé quién eres desde hace muchos años. Los therns se preguntan a menudo dónde volasteis, puesto que jamás emprendiste la peregrinación, ni se te encontró sobre la faz de Barsoon.

-Dime-la dije-y tú quién eres, y por qué eres una prisionera, pese a que tu condición demuestra tener tal dominio y familiaridad con las bestias terribles que guardan estas guaridas. Eso resulta asombroso en una esclava.

-Esclava soy-Me respondió-. Durante quince años he sido esclava en este sombrío lugar, y ahora que se han cansado de mi y temen el poder que el descubrimiento de sus secretos me ha concedido acaban de condenarme a morir la muerte.

La doncella se estremeció.

-¿A morir la muerte? -pregunté.

-Los Sagrados Therns comen carne humana-me respondió-; pero sólo la de los que mueren chupados por los hombres planta... carne de la que ha sido extraída hasta la última gota de sangre vital. A este cruel final he sido sentenciada. Esto sucederá dentro de unas pocas horas, a menos que vuestra imprevista llegada no haya interrumpido sus planes.

-¿Eran Sagrados Therns entonces los que sintieron el peso de la mano de John Carter? -interrogué.

-Oh, no; los que tú derribaste eran therns menores, aunque de la misma cruel raza. Los Sagrados Thems moran en las laderas externas de estas tétricas colinas, frente al ancho mundo del que obtienen sus víctimas y sus botines.

«Unos pasadizos laberínticos conectan estas cuevas con los fastuosos palacios de los Sagrados Therns y por dichos túneles transitan cumpliendo sus deberes los therns menores, y hordas de esclavos y cautivos, y manadas de bestias feroces: los tenebrosos habitantes de un mundo sin sol.»

«Hay dentro de esta vasta red de tortuosos pasajes e innumerables estancias hombres, mujeres y bestias que, nacidos en estos subterráneos lóbregos y tristes, jamás han vistosa luz del día... y jamás la verán.»

«Están destinados a proporcionar la diversión y sustento de la raza de los therns.»

«De vez cuando, algún desventurado peregrino vagando sobre el silencioso mar hasta el frío Iss, escapa de los hombres planta y de los grandes monos blancos que guardan el Templo de Issus, y caen en las implacables garras de estos seres, o, como me sucedió a mi para mi desgracia es codiciado por el Sagrado Therns si por casualidad éste está asomado al balcón que da al río, por donde sale de las entrañas de los montes, a través del áureo acantilado, para desaguar en el Mar Perdido de Korus.»

«Todo el que llega al valle de Dor suele ser por costumbre presa inevitable de los hombres planta y de los monos mientras que sus armas y ornamentos pasan a formar parte del botín de los them; pero si uno se escapa de los terribles pobladores del valle, al transcurrir unas cuantas horas los therns lo reclaman como cosa propia, y de nuevo el Sagrado Them toma a su atalaya, y con frecuencia atropella los derechos de los irracionales brutos del valle, y les arrebata su conquista por las malas, si por las buenas no se la entregan.»

Se dice que en cierta ocasión alguna engañada víctima de la superstición barsoomiana, se librará del poder de los innumerables enemigos que se opondrán a su paso desde el instante que surja del túnel por el que se desliza el Iss a un millar de millas antes de penetrar en el valle del Dor hasta alcanzar las mismas murallas del Templo de Issus; pero lo que le aguarda ni aun los Sagrados Therns pueden saberlo, porque quien se ha internado en su inexpugnable fortaleza jamás ha vuelto para desvelar los misterios que ocultan desde el principio de los tiempos.»

«El Templo de Issus es para los therns lo que el valle de Dor es para las gentes del mundo externo, el último lugar de paz, el refugio y la felicidad al que pasan después de la vida y donde una eternidad de eternidades transcurre entre los goces de la carne que es lo que más fuertemente atrae a esa raza de gigantes mentales y de enanos morales.»

-El Templo de Issus significa, si no me engaño, un cielo en otro cielo dije-. Esperemos que allí se medirá a los therns como ellos a miden aquí a los demás.

-¿Quién sabe? -murmuró la joven.

-Los therns, a juzgar por lo que has dicho, no son menos mortales que nosotros, y aún así, he oído siempre hablar de ellos con el mayor fervor y reverencia por el pueblo de Barsoom, como si en realidad se tratara de los mismísimos dioses.

-Los therns son mortales-me respondió-. Mueren por las mismas causas que tú o yo; aquellos que no consumen el período de vida que tienen concedido, unos mil años, debe emprender por la fuerza de la costumbre la marcha, tranquilos y dichosos, por el largo túnel que conduce al Issus.

«Los que mueren antes se supone que completan el tiempo de su existencia en el cuerpo de un hombre planta, y a eso se debe que éstos son considerados sagrados por los thems, toda vez que creen firmemente que en cada una de esas odiosas criaturas fue anteriormente un them.

-¿Y puede morir un hombre planta? -pregunté.

-Puede morir antes de que expiren los mil años desde el nacimiento del them cuya inmortalidad reside en él, entonces su alma pasa a un gran mono blanco; pero si el mono también muere sin cumplirse con exactitud el plazo de los mil años, su alma se pierde para toda la eternidad y pasa al cadáver húmedo de un asqueroso siliano de los que con sus millones de furiosos movimientos hacen hervir el mar silencioso debajo de las centelleantes lunas cuando el sol se ha ido y unas extrañas formas vagan por el valle de Dor.

-Pues hoy hemos mandado a los silianos una buena provisión de Sagrados Thems-dijo Tras Tarkas riendo.

-Sí, y por eso vuestra muerte será más terrible cuando os llegue-contestó la doncella-. Y llegará... no tenéis escapatoria.

-Ya me escapé hace siglos-la recordé-y lo que se ha hecho una vez puede repetirse.

-Será inútil incluso intentarlo-repuso la joven desesperanzadamente.

-¡Aún así, lo intentaremos! -Le grité- y vendrás con nosotros, si lo deseas.

-¿Para morir a manos de mi propio pueblo y que mi recuerdo sea una mancha para mi familia y mi raza? Un príncipe de la Casa de Tardos Mors no debiera ni siquiera proponerme tal cosa.

Tars Tarkas escuchaba en silencio, pero sentí sus ojos clavados en mí y sabía que aguardaba mi respuesta como si un procesado esperara la lectura de la sentencia dictada por un jurado.

Lo que yo aconsejara hacer a la muchacha sellaría nuestro destino también de modo irrevocable, porque si me inclinaba ante el inevitable decreto de una antigua superstición, deberíamos quedarnos para soportar los más crueles martirios en aquella bóveda de horror y crueldad.

-Tenemos derecho a huir si podemos-contesté-. Nuestro propio sentido moral no se ofenderá si lo logramos, porque sabemos que esa fabulosa vida de paz y amor en el bendito valle de Dor es realidad ilusión falaz y cruel. Sabemos que el valle no es sagrado; sabemos que los Sagrados Thems no son sagrados; que son una raza de mortales despiadados y crueles, que desconocen tanto como nosotros su porvenir.

«No sólo tenemos derecho a procurar escaparnos de aquí... tenemos la obligación de hacerlo, aunque no ignoremos que seremos humillados y torturados por los nuestros cuando volvamos a su lado.»

«Sólo así conseguiremos llevar la verdad a los que no la conocen, y aunque la creencia en nuestra narración, os lo anticipo, sea escasa; pero a pesar de que esos desventurados, arraigados neciamente a unas supersticiones disparatadas, descargaran en nosotros todo el peso de su imposible superstición, seríamos unos indignos cobardes si no afrontásemos las responsabilidades de nuestro deber.»

«Aún así hay una remota posibilidad de dar peso a nuestro testimonio si lo presentamos varios de nosotros, y puede que se lleve a cabo una expedición para investigar la realidad de esta celestial farsa.»

Tanto la muchacha como el guerrero verde permanecieron silenciosos y meditabundos un breve instante. La primera fue la que antes rompió el silencio.

-Nunca he considerado el asunto bajo este aspecto-añadió-. Realmente daría mi vida mil veces con tal de salvar a una sola de estas desventuradas almas que viven lo que yo he vivido en este cruel lugar. Sí, tienes razón; iré con vosotros hasta donde seamos capaces de llegar, si bien dudo de que consigamos escapamos.

Dirigí al Thark una mirada interrogante.

-A las puertas de Issus, o al fondo del Korus -exclamó el guerrero verde, a las nieves del norte o a la nieves del sur. Tars Tarkas seguirá a John Carter a donde lo lleve. He hablado.

-Vamos, pues-grité-, conviene que comencemos sin demora ahora, ya que no podemos estar en situación más apurada, en el corazón de la montaña y dentro de las cuatro paredes de esta cámara de la muerte.

-Vamos, pues-repitió la Joven-; pero no te engañes pensando que no vas a encontrar sitios peores que éste dentro del territorio de los therns.

Expresándose así empujó el trozo de pared que nos separaba de la habitación en que estuve antes y nos pusimos de nuevo delante de los otros prisioneros.

Eran en conjunto diez marcianos rojos, hombres y mujeres, y cuando les explicamos brevemente nuestro plan decidieron unir sus fuerzas a las nuestras, si bien no podían desprenderse por completo de su arraigada superstición, aun sabiendo de sobra y por triste experiencia lo falso de tales creencias.

Thuvia la muchacha a la que di primero la libertad, la devolvió pronto a sus compañeros. Tars Tarkas y yo despojamos de las armas a los cadáveres de los dos thens, lo cual nos proporcionó espadas, dagas y dos pistolas, de esos modelos raros y

mortíferos, fabricados por los marcianos rojos.

Distribuimos las armas entre parte de nuestros seguidores entregando las de fuego a dos de las mujeres, siendo Thuvia una de ellas.

Con esta última como guía, pasamos rápida y cautelosamente por un laberinto de corredores, cruzamos vastas cámaras hechas en el metal macizo del acantilado, dejamos otros tortuosos corredores, subimos empinadas escaleras y de cuando en cuando nos ocultamos en oscuros rincones al oír cualquier ruido de pisadas.

Nuestro destino- según dijo Thuvia-era un distante almacén en el que había gran cantidad de armas y municiones. Desde allí nos conduciría a la cima del farallón y a partir de este sitio tendríamos que hacer destreza de toda nuestra entereza y astucia para atravesar por completo la fortaleza de los Sagrados Therns a fin de abandonar su recinto.

-Y aun entonces, oh príncipe, correremos peligro, porque el brazo de los therns es largo y llega a cada nación de Barsoom. Sus templos secretos están escondidos en las entrañas de cualquier comunidad. Dondequiera que vayamos hallaremos que la noticia de nuestra fuga nos ha precedido y la muerte nos silenciará antes de que ensuciemos el aire con nuestras blasfemias.

Llevaríamos andando próximamente una hora sin serios tropiezos y Thuvia acababa de murmurarme que nos acercábamos a nuestro primer destino, cuando al entrar en una gran habitación vimos un hombre, evidentemente un them.

Usaba además de sus correajes de cuero y sus adornos enjoyados un brillante aro de oro que le ceñía la frente en el cual, justo en su centro, tenía engastada una enorme piedra, imitación exacta de la que vi en el pecho del anciano cuando entré en la planta atmosférica, hacía unos veinte años.

Es una de las joyas más valiosas de Barsoom. Sólo sabía que existiesen dos: las usadas como insignias de su rango y categoría por los dos viejos encargados del manejo de las dos grandes máquinas que envían la atmósfera artificial a todas las partes de Marte desde la inmensa planta atmosférica, y que gracias a la averiguación del enigma de aquellas colosales máquinas me proporcionó la capacidad para salvar de una inmediata y definitiva catástrofe a todo un mundo.

La piedra ostentada por el them que nos estorbaba el paso, tenía el mismo tamaño de la que yo había visto anteriormente; una pulgada de diámetro, a mi parecer. Irradiaban de ella nueve distintos y característicos rayos; los siete colores, elementales de nuestro prisma terrestre y otros dos desconocidos en la Tierra y cuya maravillosa belleza se resiste a la más fantástica descripción.

El them, al vemos, entornó los ojos hasta convertirlos en dos insignificantes rayitas.

-¡Alto!-grito-. ¿Qué significa esto, Thuvia?

Por toda respuesta la joven levantó la pistola y le disparó un tiro a bocajarro. Sin emitir un sonido, el them cayó al suelo, muerto.

-¡Bestia!-exclamó ella-. Al cabo de tantos años por fin, me he vengado.

Luego se volvió hacía mí, evidentemente con intención de explicarse, mas de repente sus ojos se ensancharon al fijarse en mi persona y con una exclamación ahogada, me habló con rapidez.

-Oh, príncipe!-exclamó-. La Suerte nos favorece. El camino aún es difícil, pero ese ser repugnante que yace en el suelo quizá nos sirva para abrimos camino hacia el mundo exterior. ¿No notas el extraordinario parecido que tenéis con este Sagrado Them?

El hombre era precisamente de mi estatura, y el color de los ojos y sus rasgos eran semejantes a los míos, aunque su pelo era una masa de flotantes mechones amarillos, como los de mis dos víctimas precedentes, mientras que el mío es negro y lo llevaba cortado al rape.

-¿Y qué importa eso? -pregunté a la doncella-. ¿Querréis que con mi pelo negro y corto haga el papel de un sacerdote rubio de este culto infernal?

Ella sonrió, y para contestarme se acercó al cuerpo del hombre que acababa de matar,

se arrodilló junto al cadáver, le quitó el aro de oro ceñido a su frente, y con profunda sorpresa mía arrancó todo el cuero cabelludo de la cabeza del muerto.

Después se levantó, vino a mi lado, y poniendo sobre mi pelo negro una magnífica peluca amarilla me coronó con el aro de oro enriquecido por la fastuosa gema.

-Ahora ponte su arnés, príncipe-me dijo-, y podrás caminar por donde desees a través reino de los therns, ya que Sator Throg era un Sagrado Them del Décimo Círculo, poderosísimo entre los suyos.

Mientras me inclinaba sobre el muerto para hacer lo que me indicaba, observé que el hombre aquel no tenía ni un pelo en la cabeza, pues estaba completamente calvo.

-Nacen todos así-me explicó Thuvia, observando mi sorpresa-. La raza de la que proceden poseía una abundante cabellera dorada, pero desde tiempo inmemorial la raza actual es completamente calva. Por eso la peluca constituye una parte importante de su atavío; tanto es así que si un them apareciera en público sin ella, caería inmediatamente en desgracia.

En un abrir y cerrar de ojos quedé convertido en un Them Sagrado.

Por consejo de Thuvia, dos de los prisioneros liberados, cargaron sobre sus hombros el cuerpo del muerto, y luego continuamos nuestra marcha hacia el almacén al que llegamos sin más contrariedades.

Allí las llaves de las que Thuvia despojó al them muerto en la cámara del calabozo, nos facilitaron la entrada inmediata a la sala, donde rápidamente nos abastecimos por completo de armas y municiones.

Por entonces me hallaba tan agotado de fuerzas que no podía ir más lejos y me eché en el suelo, incitando a Tars Tarkas para que me imitase y disponiendo que una pareja dos de los esclavos liberados se quedaran de guardia.

CAPITULO V - Los pasadizos del peligro

Ignoro cuánto tiempo estuve dormido, pero debieron ser varias horas. Me desperté sobresaltado por unos gritos de alarma, y apenas había abierto los ojos y había reunido la suficiente fuerza de voluntad para reconocer dónde me hallaba, cuando una descarga cerrada de disparos resonó por las paredes de los subterráneos, produciendo ensordecedores ecos.

Inmediatamente me puse en pie. Una docena de thems menores nos miraba desde una ancha arcada abierta en el lado del almacén opuesto a la puerta que nos había dado acceso a él. Alrededor mío yacían sin vida los cuerpos de mis compañeros, con excepción de Thuvia y Tars Tarkas, que, como yo, se habían echado sobre el suelo para descansar escapando así de los efectos de la descarga.

Mientras me levantaba con ímpetu los thems bajaron los mortíferos rifles y en sus rostros se mezcló la pena, consternación y la alarma.

Inmediatamente aproveché la ocasión.

-¿Qué significa esto? -grite en tono de fiera ira-. ¿Va a ser Sator Throg asesinado por sus propios vasallos?

-Ten compasión, ¡oh Señor del Décimo Círculo!-exclamó uno de aquellos individuos, mientras que los otros se agruparon en la puerta, como buscando una manera furtiva de eludir huyendo la cólera de un poderoso.

-Pregúntales qué misión les trae aquí-murmuró Thuvia a mi oido.

-¿Qué hacéis aquí, siervos? -dije.

-Dos del otro mundo se encuentran en los dominios de los thems. Los buscamos por orden del Padre de los therns. Uno es blanco con pelo negro, y el otro, un enorme guerrero verde.

Entonces el que hablaba dirigió a Tars Tarkas una mirada de sospecha.

-Este es uno de ellos-interrumpió Thuvia, señalando al Thark- y si os hubierais fijado en el muerto que hay junto a la puerta, quizá habrías reconocido al otro. Ha tenido que ser Sator Throg junto a sus pobres esclavos el que ejecutara lo que los therns menores de la guardia fueron incapaces de hacer; hemos matado a uno y capturado al superviviente. Por eso Sator Throg nos ha concedido la libertad. Y ahora, en vuestra estupidez, habéis matado a todos menos a mí y habéis estado a punto de acabar con el mismo Sator Throg en persona.

El hombre me miró tímido y asustado.

-¿No sería preferible, oh poderoso, que arrojaran esos cuerpos a los hombres planta y que volvieran luego a sus cuarteles? -me preguntó Thuvia.

-Sí; haz lo que Thuvia te ordena-contesté.

Los subalternos recogieron los cuerpos y noté que al que le tocó cargar con el verdadero Sator puso especial cuidado al fijarse en el rostro del cadáver, lanzándome luego, de soslayo una mirada retorcida.

Hubiese jurado que sospechaba algo de la verdad, si bien se trataba sólo de una sospecha vaga que no se atrevió a vocear dado su silencio.

De nuevo, mientras sacaba el cuerpo de la estancia, me echó una rápida y escudriñadora mirada y una vez más sus ojos cayeron sobre la cabeza calva del cadáver que llevaba en sus brazos. Cuando lo miré por última vez, pude observar que una sonrisa de triunfo bailaba en sus labios.

Quedamos solos Thuvia, Tars Tarkas y yo. La mortal puntería de los therns había arrebatado a nuestros camaradas la tenue esperanza que pudieron abrigar en cuanto a conquistar la peligrosa libertad en el mundo exterior.

Apenas desapareció el último individuo del fúnebre cortejo, la chica nos apremió a que huyéramos sin tardanza.

Ella también había observado la actitud del them que transportaba el cuerpo de Sator Throg.

-Eso no auguraba nada bueno para nosotros, oh príncipe-me dijo- porque aunque ese malvado no se atreva a acusarnos por miedo a cometer un error, los hay por encima de él que pedirán un detenido examen de tu persona, y eso, Príncipe, resultaría fatal.

Me encogí de hombros. Me daba la sensación de que cualquier acto que lleváramos a cabo nos encaminaba hacia la muerte. El sueño me había descansado, pero seguía muy débil por la pérdida de sangre. Mis heridas eran muy dolorosas y no podía esperar alivio de ninguna medicina. Cuánto eché de menos el casi milagroso poder sanatorio de las extraños bálsamos y ungüentos de las mujeres verdes marcianas. En una hora me hubieran dejado como nuevo.

Me desanimé. Jamás me había abatido un sentimiento de tan plena desesperación por los peligros que se avecinaban. Luego los flotantes y largos mechones amarillos de la peluca del thern, agitados por alguna ráfaga de aire me dieron en la cara.

¿Por qué no habrían de abrirme aún el camino de la libertad? Si actuábamos a tiempo ¿acaso no nos sería posible escapar antes de que sonase la alarma general? Al menos lo intentaríamos.

-¿Qué hará primero ese subalterno, Thuvia? -pregunté-. ¿Cuánto pasará antes de que vuelvan a por nosotros?

-Irá directamente al Padre de los Therns, el anciano Matai Shang. Tendrá que esperar a que le conceda una audiencia, pero como posee un rango superior entre los therns menores, ya que de hecho es un thorian entre ellos, no pasará mucho tiempo esperando a que Matai Shang le reciba.

«Entonces, si el Padre de los Thems presta crédito a su historia, en una hora los aposentos, las galerías, los patios y los jardines se llenarán de gente dedicada a buscamos.»

-Lo que hayamos de hacer, debemos hacerlo durante esta hora. Dime, Thuvía, ¿cuál

es el camino mejor y más corto para salir de este celestial Hades?

-El que conduce directamente a la cima de los acantilados, príncipe -me respondió-, y luego, atravesar los jardines para llegar a los patios interiores. Desde nuestro camino nos conducirá a los templos de los therns, y cruzándolos, ganaremos los patios de afuera. A continuación tropezaremos con las murallas. ¡Oh, príncipe!, todo es en vano. Diez mil guerreros no podrían abrirse paso hacia la libertad a través este horrible lugar.

«Desde el principio de los tiempos, poco a poco, piedra a piedra, los thems han ido formando las defensas de su fortaleza. Una continua línea de inexpugnables fortificaciones circunda las laderas exteriores de las montañas de Otz.»

«Dentro de los templos que se alzan tras las murallas, un millón de guerreros está siempre listo. Los patios y los jardines rebosan de esclavos y de mujeres y niños.»

«Nadie podría tirar en ellos una piedra sin ser descubierto.»

-Si no hay otro camino, Thuvia, que nos enfrentaremos a todas esas dificultades. Hagámosles frente.

-¿No sería mejor-opinó Tars Tarkas-aplazar la fuga para después de anochecer? Parece que no existe ninguna posibilidad durante el día.

-Quizá la oscuridad nos favorezca algo, pero incluso entonces las murallas están tan bien guardadas como de día, y puede que incluso más. Sin embargo, en los patios y en los jardines no hay tantos centinelas contestó Thuvia.

-¿Qué hora es? -pregunté.

-Era media noche cuando me soltaste de mis cadenas-dijo Thuvia-. Dos horas más tarde, llegamos al almacén. Allí dormisteis catorce horas. Ahora, pues se debe estar poniendo el sol. Venid; iremos a alguna ventana próxima para aseguramos de ello.

Diciendo esto, nos guió por unos tortuosos corredores hasta que, tras un brusco recodo, llegamos a una abertura desde la que se dominaba el Valle del Dor.

A nuestra derecha se ponía el sol, un enorme disco rojo, más allá de la estribación occidental de los Otz. Algo debajo de nosotros se hallaba un Sagrado Them vigilando desde su atalaya su traje de oficial, color escarlata, le ceñía el cuerpo, como anticipo al frío que llegaría con rapidez en cuanto empieza a anochecer. La atmósfera de Marte es tan tenue que absorbe muy poco calor solar. Durante las luminosas horas del día hace un calor excesivo, pero por la noche reina un frío intenso. Tampoco su tenue atmósfera refracta los rayos del sol, ni difunde la luz de éste como la de la Tierra. Marte carece de crepúsculos. Cuando el gran astro del día desaparece detrás del horizonte, el efecto es precisamente como el de apagar la única lámpara de una habitación. De la claridad más brillante se pasa sin transición a la más densa oscuridad. Luego salen las lunas; esas misteriosas y mágicas lunas de Marte, que se arrastran cual monstruosos meteoros que cruzan a muy escasa altura la superficie del planeta.

El sol declinante iluminaba con brillantez el margen oriental del Korus, la pradera púrpura y el lujurioso bosque. Entre los árboles vimos que pastaban muchos rebaños de hombres planta. Los adultos se mantenían levantados sobre la punta de los pies y las fuertes colas, y con los talones devoraban todas las hojas y los brotes aprovechables. Entonces fue cuando comprendí la cuidadosa disposición de los árboles, que me hizo formar la errónea idea al contemplar por primera vez aquel espectáculo de hallarme en el territorio de un pueblo civilizado.

Mientras observábamos, nuestras miradas se fijaron en el ondulado Iss, que salía de la base de los acantilados que nos servían de pedestal. Por entonces surgió de la montaña una canoa cargada de almas perdidas y procedentes del otro mundo. Había una docena de ellas y todas pertenecían a la muy culta y civilizada raza de los hombres rojos que dominaban en Marte.

Los ojos del heraldo asomado al balcón debajo de nosotros cayeron sobre el condenado grupo al mismo tiempo que los nuestros. Levantó la cabeza e inclinándose sobre el recortado pretil que bordeaba la altísima atalaya, lanzó el salvaje y escalofriante

alarido que llamaba al ataque a los demonios del infernal paraje.

Los brutos permanecieron un instante con las orejas erectas y luego se desbordaron del bosque hacia la orilla del río, recorriendo la distancia a descomunales y torpes zancadas.

El grupo ya había desembarcado y se hallaba de pie en la pradera cuando la horrible horda llegó a su vista. Hubo un breve e inútil conato de defensa. Luego, en medio del más espantoso silencio, unos enormes y repulsivos bultos taparon los cuerpos de sus víctimas y millares de bocas chupadoras se cebaron en la carne de sus presas.

Aparté la vista con disgusto.

-No han durado un instante-exclamó Thuvia-. Los grandes monos blancos reclaman la carne una vez que los hombres planta han drenado las arterias de los cadáveres. Mirad, ya llegan.

Dirigí la mirada en la dirección que la muchacha me indicaba y vi una docena de grandes monstruos blancos que atravesaban corriendo hasta la ribera del río. El sol se ocultó por completo y unas tinieblas que casi podían tocarse nos rodearon, impidiéndonos ver nada.

Thuvia no perdió el tiempo y nos condujo por el corredor que subía y bajaba a través de la masa rocosa hacia la superficie, situada a mil pies de altura sobre el nivel en que habíamos estado.

Dos veces unos grandes banths que andaban sueltos por las galerías nos interceptaron el paso; pero en cada caso Thuvía les dirigió en voz baja una palabra de mando y las rugientes bestias se apartaron apaciguadas.

-Si traspasas todos los obstáculos con la facilidad que amansas a estas fieras, no veo obstáculo alguno que nos impida avanzar-dije a la muchacha sonriendo-. ¿Cómo lo haces?

Ella se echó a reír y luego se estremeció.

-Ni yo misma lo sé-añadió-. Cuando vine aquí por primera vez enojé a Sator Throg porque rechacé sus caricias. Ordenó que me arrojasen a uno de los grandes pozos de los jardines interiores. Estaba lleno de banths. En mi país estaba acostumbrada a mandar. Algo en mi voz, ignoro qué, acobardó a las bestias cuando se lanzaron a atacarme.

En lugar de destrozarme en pedazos, tal y como Sator Throg deseaba, vinieron a lamerme los pies. Tanto divirtió aquello a Sator Throg y a sus amigos, que me dedicaron a cuidar y domar las terribles criaturas. Las conozco a todas por sus nombres. Hay un gran número de ellas vagando por estas sombrías regiones inferiores. Son carroñeros. Muchos prisioneros mueren en las mazmorras. Los banths solucionan el problema de la limpieza, por lo menos en ese aspecto.

En los jardines y los templos superiores están encerrados en pozos. Esto se debe a que los therns les temen y rara vez se aventuran en parajes subterráneos, excepto cuando el deber les obliga a hacerlo.

Se me ocurrió una idea, sugerida por lo que Thuvia acababa de decir.

-¿Por qué no juntas unos cuantos banths para que nos precedan sueltos mientras vayamos bajo tierra? -dije.

Thuvia rió abiertamente.

-Es cierto, esto distraerá la atención de nosotros-me contestó.

Y, sin mas, empezó a llamarlos con un canturreo lento que más parecía un ronroneo. Continuo así mientras continuábamos nuestro tedioso camino por aquel laberinto de estancias y pasadizos subterráneos.

En aquel momento, unas blandas y pausadas pisadas sonaron tras nosotros y al volverme observé un par de enormes ojos verdes que brillaban en las oscuras sombras a nuestra espalda. De túnel divergente salió un bulto sinuoso y oscuro arrastrándose silenciosamente hacia nosotros.

Unos ahogados aullidos y unos gruñidos rabiosos asaltaron nuestros oídos desde

ambos lados, a medida que avanzábamos con premura, y una a una, las feroces criaturas iban respondiendo a la llamada de su dueña.

A cada una que se nos unía le decía una frase incomprensible que producía efecto de convertirla en una dócil mascota. De esta suerte nos acompañaron por los corredores llenos de sombras; a pesar de todo, no dejaba yo de notar que a Tars Tarkas y a mí nos miraban con expresión de hambre, enseñándonos con frecuencia sus pavorosas bocas.

Pronto estuvimos rodeados por unos cincuenta de aquellos seres monstruosos. Dos no se separaban de Thuvia, constituidos en guardianes de su paseo. Los sedosos lomos de los otros rozaban a menudo mis desnudas piernas. Fue una extraña experiencia; una marcha casi silenciosa de pies humanos descalzos y de acolchadas garras; en los doradas paredes fulgían las piedras preciosas; había una tenue claridad proyectada por unos pequeños bulbos de radio puestos en el techo a considerable distancia unos de otros; las enormes y amansadas bestias nos daban escolta entre leves rugidos; el gigantesco guerrero verde se elevaba de todo el grupo; yo iba coronado con la principesca diadema del Sagrado Them, y Thuvia, la hermosa doncella, dirigía la marcha.

No lo olvidaré jamás.

En aquel momento, nos aproximamos a una vasta cámara, iluminada con más brillantez que los corredores. Thuvia nos detuvo. Silenciosamente se deslizó hacia la entrada y miró adentro. En seguida nos indicó con un gesto que la siguiéramos.

La estancia estaba llena de especímenes de seres extraños que habitaban aquel mundo subterráneo; una heterogénea colección de híbridos: la descendencia de los prisioneros del mundo exterior; marcianos verdes y rojos y la raza blanca de los therns.

El constante confinamiento en las regiones subterráneas había creado en la piel de tales gentes extrañas marcas. Más parecían cadáveres que seres vivos. Muchos estaban deformados, otros mutilados, mientras que la mayoría, nos explicó Thuvia, eran ciegos.

Como estaban tendidos en el suelo, a veces unos sobre otros, y a veces revueltos en confusos montones, me recordaron instantáneamente las ilustraciones grotescas que había visto en ejemplares del *Infierno,* de Dante, y ¿qué comparación más adecuada que ésta? ¿No era aquél en realidad un verdadero infierno poblado por almas condenadas y perdidas sin la menor esperanza de salvación?

Caminando con extremo cuidado, nos abrimos un camino tortuoso a través de la estancia, mientras que los grandes banths, olisqueando con hambre la tentadora presa, se desplegaban delante de tantos infelices sumiéndolos en el consiguiente pavor.

En varias ocasiones pasamos frente a las entradas de otras cámaras parecidas y dos veces nos vimos obligados a cruzar por ellos. En algunas de ellas había prisioneros y fieras atadas con cadenas.

-¿Cómo es que no encontramos a ningún thern? -pregunté a Thuvia.

-Raras veces atraviesan de noche el mundo inferior, porque es entonces cuando los grandes banths pululan por los corredores sombríos buscando sus presas. Los therns temen a los horribles moradores de este cruel e implacable mundo que han poblado y desarrollado bajo sus pies. Incluso los prisioneros suelen acecharles y darles muerte. El them nunca puede saber de qué rincón oscuro saldrá el asesino que le matará por la espalda.

«De día es muy distinto. A esas horas los corredores y las cámaras están llenos de guardias que van de aquí para allá; de esclavos de los templos superiores que acuden a los graneros y almacenes. Entonces todo es vida. Tú no lo verás, porque no os llevaré por esos sitios; sino por pasajes de poco tránsito que los rodean. Sin embargo, es probable que tropecemos con algún thern, pues, a pesar de todo, les es necesario venir aquí después de ponerse el sol. Por todo ello debemos movernos con gran precaución.

Pero llegamos a las galerías superiores sin el menor entorpecimiento y entonces Thuvia se detuvo al pie de una corta rampa.

-Encima de nosotros -dijo- hay un arco que comunica con los jardines interiores. Hasta

aquí hemos llegado. Desde es punto, y durante las cuatro millas que nos separan de las murallas exteriores, hallaremos en el trayecto innumerables peligros. Las patrullas armadas recorren los patios, los templos y los jardines. Cada pulgada de los muros se halla bajo la mirada de un centinela.

Yo no acertaba a comprender la necesidad de tan enorme fuerza de hombres armados en tomo a una fortaleza envuelta en el misterio y superstición, hasta el extremo de que ningún ser viviente de Barsoom se hubiera atrevido a acercarse a ella aún en el caso de conocer su situación exacta. Se lo pregunté a Thuvia, pidiéndola que me explicase a qué enemigos temían tanto los thems, aún dentro de su impenetrable fortaleza.

Habíamos alcanzado el arco y Thuvia se disponía a abrirlo.

-Tienen miedo a los piratas negros de Barsoom, oh, príncipe-Me dijo de los que nuestros antepasados nos preserven.

La puerta se abrió de par en par; un olor a vegetación exuberante me llegó a la nariz y el aire frío de la noche sopló contra mis mejillas. Los grandes banths husmearon las para ellos desconocidas fragancias, y con loco impulso nos dejaron atrás, lanzándose a corretear por los jardines, bajo los lúgubres rayos de la luna más próxima.

De repente surgió un grito estridente de la techumbre de un templo; un grito de alarma y de aviso, que repetido de punta a punta, fue de este a oeste, de los templos a los patios y de los torreones a los jardines hasta que se extinguió a lo lejos como un amortiguado eco.

La larga espada del gigantesco Tark salió de su vaina, y Thuvia a mi lado, se encogió de espanto.

CAPITULO VI - Los piratas negros de Barsoom.

-¿Qué sucede? -pregunté a la muchacha.

Por toda contestación me señaló el cielo.

Miré y allí, sobre nosotros, vi unos cuerpos oscuros que volaban con rapa L por encima de los templos, los patios y los Jardines.

Casi inmediatamente salieron unos chispazos luminosos de aquellos extraños objetos. Hubo el ruido de una descarga y a continuación, desde el templo y las murallas, respondieron a ésta con detonaciones y rugidos.

-¡Los piratas negros de Barsoom¡Oh, príncipe!-dijo Thuvia.

Describiendo grandes círculos en el aire, las naves de los merodeadores se iban acercando cada vez más hacia las fuerzas defensoras de los them.

Descarga tras descarga, los piratas vomitaban sin cesar metralla sobre los guardianes del templo; descarga tras descarga la metralla atravesaba el aire buscando a las sinuosas y veloces naves.

Cuando los piratas se disponían a tocar tierra, los soldados them se desbordaron de los templos hacia los patios y los jardines. Su presencia al aire libre hizo que varias naves de los asaltantes, se dirigieran a nosotros desde distintas direcciones.

Los them disparaban contra ellas parapetados detrás de unos escudos fijados en sus fusiles; pero a pesar de todo, las tétricas y negras embarcaciones prosiguieron su avance. En su mayor parte eran unos pequeñas naves construidas para dos o tres hombres. Las había algo mayores, pero aquéllas se mantenían distanciadas y desde lo alto dejaban caer sobre los templos una granizada de bombas por medio de sus baterías situadas en las quillas.

Al fin, con un impulso concertado, y sin duda obedeciendo a una señal de mando, los piratas más próximos a nosotros saltaron resueltamente al suelo en el verdadero centro de las tropas defensoras.

Casi sin aguardar a que las embarcaciones llegasen a tierra, los tripulantes que las

manejaban se arrojaron sobre los therns con furia demoníaca. ¡Qué combate! Jamás había presenciado hasta entonces nada que se le pareciese. Yo pensaba que los marcianos verdes eran los guerreros más feroces del universo; pero el horrible abandono con que los piratas negros acometían a sus enemigos trascendía a cuanto llevaba visto.

Bajo la brillante luz de las dos gloriosas lunas de Marte, el conjunto de la escena se presentaba con viva claridad. Los them de piel blanca y pelo dorado, resistían con desesperado valor en lucha cuerpo a cuerpo a sus adversarios, color de ébano.

Aquí, un pequeño grupo de enfurecidos combatientes pisoteaban un arriate de flores; allí, el sable curvo de un hombre negro buscaba el corazón de un them, y, encontrándole, dejaba un cadáver a los pies de una maravillosa estatua tallada en un rubí palpitante; más lejos, una docena de them empujaban a un pirata aislado contra un banco fabricado de esmeraldas, sobre cuya iridiscente superficie había trazada con diamantes incrustados una rara y fascinante inscripción barsoomiana.

Thuvia, el Thark y yo contemplábamos la batalla apartados a un lado. La marea de la batalla no nos había alcanzado aún; pero los combatientes, de cuando en cuando, se nos acercaban lo bastante para que pudiéramos distinguirlos con todos sus detalles.

Los piratas negros me interesaban enormemente. Había oído de ellos rumores vagos, y casi los tenía por seres legendarios durante mi anterior existencia en Marte; pero nunca tuve la oportunidad de verlos, ni de hablar con quien lo hubiera hecho.

Era creencia popular que habitaban en la luna inferior, desde la que caían sobre Barsoom de tarde en tarde. Cuando esto sucedía, cometían las más horrorosas atrocidades, y al retirarse se llevaban con ellos como botín armas de fuego, municiones y no pocas muchachas como cautivas. El rumor popular aseguraba que estas desgraciadas eran sacrificadas a alguna terrible divinidad en una orgía que terminaba en un banquete en el que eran devoradas.

Tuve una excelente oportunidad para examinarlos, porque los diferentes incidentes de la lucha les condujo a muy corta distancia del sitio en que yo me hallaba. Eran hombres altos y corpulentos tal vez de seis pies y más de estatura. Poseían facciones regulares y resultaban sumamente guapos; sus ojos, grandes y bien colocados, producían buena impresión aunque su peculiar manera de entornarlos les prestaba un aspecto astuto. El iris, por lo que pude divisar a la luz de la luna, era de una extraordinaria negrura, mientras que el globo del ojo llamaba la atención por su blancura perfecta. La estructura física de sus cuerpos me pareció idéntica a la de los them, los hombres rojos y la mía. Sólo en el color de la piel se diferenciaban materialmente de nosotros, y he de reconocer, por raro que pueda parecer el juicio en boca de un sureño, que su tez, indeciblemente atezada y como bruñida, aumentaba más bien que disminuía lo maravilloso de su belleza.

Pero si sus cuerpos eran de factura divina, sus corazones, a juzgar por las apariencias, resultaban todo lo contrario. Nunca presencie tan malvada ansia de sangre como la de estos demonios del espacio, evidenciada en su frenética lucha contra los them.

Muy cerca de nosotros, en el jardín, había descendido su siniestra nave, que los therns, por alguna razón entonces incomprensible para mí, se abstenían de atacar. De cuando en cuando, un guerrero negro salía corriendo de un templo próximo llevando en los brazos una mujer, por lo regular joven y bella, y a toda prisa penetraba en la embarcación, mientras que aquellos de sus compañeros que peleaban más cerca de él acudían a proteger su retirada.

Los *thern,* por su parte, se apresuraban a rescatar a la muchacha; pero en el mismo instante los dos se sumían en un vertiginoso remolino formado por criaturas que gritaban enfurecidas y se maltrataban y golpeaban unas a otras como verdaderos seres enloquecidos.

Pero me pareció que siempre obtenían el triunfo los piratos negros de Barsoom y que al fin la muchacha, traída milagrosamente ilesa del peligroso trance, se perdía en la oscuridad interior que existía debajo de la cubierta de una esbelta nave.

De ambas direcciones, y hasta donde nos permitía alcanzar el oído, se luchaba de manera parecida, y Thuvia me dijo que los ataques de los pirabas negros solían tener lugar simultáneamente a lo largo de todo el territorio dominado por los therns y que rodea el valle de Dor en las laderas externas de las montañas de Otz.

Como el combate se desvió de nuestra posición un momento, Thuvia se volvió a mí con una pregunta:

-¿Comprendes ahora, oh príncipe -dijo- por qué un millón de guerreros guarda de día y noche los dominios de los Sagrados Them?

«La escena que estás presenciando no es más que una repetición de la que yo he visto varias veces en los quince años que llevo aquí prisionera. Desde tiempo inmemorial, los piratas negros de Barsoom han saqueado a los them.»

«Sin embargo, jamás llevan sus fechorías hasta el punto, como de primera intención pudiera creerse, de exterminar la raza de los them, ya que tienen sobrado poder para hacerlo. Parece como si utilizan esta raza para jugar y satisfacer con ella sus feroces instintos batalladores, recogiendo a su costa armas, municiones y prisioneros.»

-¿Y por qué los them no asaltan y destruyen las naves? -interrogué-. Con eso pronto cesarían los ataques, o al menos los negros se mostrarían más cautos. Mira con qué tranquilidad dejan sin defensa sus naves, como si estuvieran guardadas en los hangares de su país.

-Los therns no se atreven. Lo intentaron una vez hace siglos, y la noche siguiente, y durante toda una luna, mil grandes acorazados negros rodearon las montañas de Otz, arrojando toneladas de proyectiles sobre los templos, los jardines y los patios hasta que todo them que quiso salvarse tuvo que buscar un refugio en las galerías subterráneas.

«Los thern saben que sólo viven por la tolerancia de los hombres negros. Entonces estuvieron al borde del exterminio, y nunca se aventurarán a correr de nuevo tal riesgo.»

Acabó Thuvia de hablar y un nuevo elemento intervino en el conflicto. Llegó sin que lo pidieran ni los them ni los piratas. Los grandes banth que habíamos soltado en el jardín, debieron espantarse al principio con el estruendo de la refriega, los alaridos de los guerreros, el sordo retumbar de las bombas y las descargas de los rifles.

Pero más tarde, tal vez excitados por el continuo ruido y el olor de la sangre fresca, irrumpieron cual una tromba rugiente, en medio de aquella combatiente masa humana. Un espantoso aullido de bestial ira surgió de uno de los banth cuando sintió la carne palpitante debajo de sus poderosas garras.

Como si aquel grito fuese una señal obedecida por los demás, la manada entera acometió con furia a los combatientes de ambos bandos. El pánico reinó al instante. Los them y los hombres negros se unieron contra el enemigo común, porque los banth no manifestaban preferencias por ninguno.

Las espantosas bestias derribaron un centenar de hombres con el solo peso de sus enormes cuerpos, cuando se arrojaron enfurecidas al remolino de la lucha. Brincando y desgarrando se abrieron paso entre los guerreros con sus poderosas patas, mientras que en un instante destrozaban a sus víctimas con las afiladas garras.

La escena resultaba fascinante a causa de lo horrible que era, pero, de repente, me di cuenta de que estábamos malgastando un tiempo precioso presenciando el combate, que en sí mismo significaba nuestra vía de escape.

Los thems se hallaban tan ocupados con sus terribles asaltantes, que sólo en aquella ocasión se nos ofrecería una oportunidad favorable para huir. Me volví con intención de buscar un espacio libre entre las hordas contendientes. Si conseguíamos llegar a las murallas podríamos encontrarnos con que los piratas habrían acabado con las fuerzas que las guardaban, y nos habrían dejado un camino franco que nos conduciría a la libertad.

Mientras mis ojos vagaban por el jardín, el espectáculo de centenares de embarcaciones aéreas abandonadas sin vigilancia en torno nuestro me sugirió la forma

más sencilla de escapar. ¡Cómo no se me había ocurrido aquello antes! Yo estaba completamente familiarizado con el mecanismo de cualquier aeronave fabricada en Barsoom, pues durante nueve años navegué y peleé en la escuadra de Helium. Mil veces surqué el espacio en una frágil nave de exploración individual y además había tenido el honor de mandar el mayor de los acorazados que hasta entonces había flotado en el tenue aire del moribundo Marte.

Para mí, pensar es actuar. Cogí a Thuvia por un brazo, murmuré a Tars Tarkas que me siguiera y rápidamente nos deslizamos hacia una pequeña nave situada mas allá de los guerreros que combatían. Nos bastó un instante para subimos a la reducida cubierta. Apreté con el pulgar el botón que controlaba los rayos impulsores, ese espléndido invento de los marcianos que les permite navegar a través de la tenue atmósfera de su planeta en enormes buques, comparados con los cuales los más impresionantes navíos de nuestras flotas terrestres son unos ridículos cascarones.

La embarcación osciló ligeramente, pero no se movió. Entonces un nuevo grito de alarma llegó a nuestros oídos. Me volví y vi una docena de piratas negros que se precipitaban hacia nosotros apartándose del lugar de la lucha. Habíamos sido descubiertos. Con alaridos de rabia, aquellos demonios cayeron sobre nosotros. Yo continuaba oprimiendo el botoncito que debía enviarnos a surcar el espacio, pero la nave se negó a partir. De improviso comprendí el motivo de que sucediera tal cosa.

Estábamos a bordo de una nave para dos personas. Sus depósitos de rayos estaban cargados con sólo la energía de empuje suficiente para elevar dos hombres de corpulencia corriente, y el gran peso del Thark nos tenía anclados a nuestro fin.

Los negros se iban acercando a nosotros. No había un instante que perder en dudas y vacilaciones.

Apreté de nuevo el botón y lo bloqueé. A continuación puse la palanca a la velocidad máxima, y cuando los piratas se disponían a acometemos aullando salté de la cubierta de la nave esperando el ataque con mi espada en alto.

En el mismo instante el grito angustioso de una muchacha sonó a mí espalda, y tras breve intervalo, cuando los negros me atacaban, oí que sobre mi cabeza Thuvia me decía con voz amortiguada por la distancia: «Oh príncipe, Oh, príncipe mío, preferiría quedarme para morir con...» Pero lo demás se perdió en el estruendo de mis asaltantes.

Supe así que mi treta había dado resultado al menos temporalmente Thuvia y Tars Tarkas estaban a salvo, y poseían un medio seguro de evasión.

Por un momento pensé que no podría resistir la masa de enemigos que me atacaban, pero de nuevo, como en tantas otras ocasiones en las que hice frente a las más peligrosas contingencias en aquel planeta de guerreros y bestias feroces, noté que mi fuerza terrestre aventajaba a la de mis contrarios, de manera que las cosas no eran tan peligrosas como en un principio habían parecido.

La cortante hoja de mi espada tejió una red mortífera a mi alrededor. Por un momento, los negros se apiñaron para alcanzarme con sus espadas cortas, pero no tardaron en retroceder, y pronto aprendieron a mantenerse a distancia de mi brazo armado.

No ignoraba que era sólo cuestión de minutos el que me hiciesen prisionero debido a su mayoría, o a que consiguieran desarmarme. Debía morir inmediatamente ante ellos. Me lamenté por tener que morir así, en aquel terrible paraje, sin que jamás se enterase de ello mi Dejan Thoris. Morir a manos de una muchedumbre de negros en los jardines de aquellos malditos them.

Entonces mi antiguo ánimo resurgió en mí. La sangre batalladora de mis antepasados virginianos corrió caliente por mis venas. Los bríos de antaño y el júbilo ante la batalla me traspasaron. La sonrisa belicosa que causó en otras ocasiones la consternación de mis enemigos apareció en mis labios. Deseché de mi mente la idea de morir y me lancé contra mis antagonistas con tal furia que nunca lo olvidarán mientras existan los que escaparon de sus efectos.

Bien sabía que acudirían otros en apoyo de los que me acometían, y por eso mientras luchaba, no cesaba de buscar una manera de salir vivo de tan espantoso trance.

Me la ofreció la inesperada circunstancia, a pesar de la oscuridad densa que había detrás de nosotros. Acababa precisamente de desarmar a un enorme negro que me resistió con desesperada tenacidad, y aquello motivó que los suyos retrocedieran un momento para tomar aliento.

Me contemplaban con malvada furia, aunque se vislumbraba un atisbo de respeto en su modo de mirarme.

-Them-me dijo uno-, peleas como un Dátor. Pero si no fuera por tu detestable pelo amarillo y tu piel blanca honrarías a los Primeros Nacidos de Barsoom.

-Yo no soy them-contesté; y estaba a punto de explicar que venía de otro mundo, pensando que entrando en tratos con aquella gente y combatiendo a su lado contra los them alcanzaría su ayuda para recobrar la libertad, cuando en el mismo instante un pesado objeto me dio en la espalda un golpe tan violento que casi me hizo caer al suelo.

Mientras me volvía para encontrarme con mi nuevo enemigo, el objeto pasó sobre uno de mis hombros, pegando en la cara a uno de mis contrarios que se desplomó en tierra sin sentido. En seguida vi que lo que nos había golpeado era el ancla colgando de una nave de regular tamaño, quizá de un crucero de diez hombres.

El buque flotaba despacio sobre nosotros, a unos cincuenta pies escasos de nuestras cabezas. Inmediatamente comprendí que se me presentaba una ocasión única para huir. La nave se elevaba con lentitud y ya el ancla se hallaba más allá de los negros que me observaban y a varios pies de altura sobre sus cabezas.

De un salto que les dejó con la boca abierta y los ojos desorbitados de asombro, pasé por completo por encima del grupo. Un segundo salto me puso a la distancia necesaria para cogerme al ancla, que ya subía con rapidez.

Conseguí mi propósito, y sujetándome con una mano crucé entre las ramas del alto follaje de los jardines, mientras que mis absortos enemigos aullaban enfurecidos debajo de mí.

Entonces la nave viró hacía el Oeste y luego se dirigió directamente al Sur. Un momento después fui conducido más allá de las crestas de los Acantilados Aureos, meciéndome sobre el tétrico valle del Dor, donde, abajo a seis mil pies de distancia, el Mar Perdido de Korns brillaba a la luz de la luna.

Cuidadosamente trepé para adoptar una postura cómoda sentado entre los brazos del ancla. Me pregunté si la embarcación no estaría abandonada, o si tal vez perteneciese a gente amiga, llevada por casualidad en medio de los feroces piratas y los desalmados them. El hecho de que se retirase del campo de batalla prestaba verosimilitud a tal hipótesis.

Decidí averiguarlo sin demora, y acto seguido, con la mayor prudencia, comencé a trepar despacio, subiendo por la cadena del ancla hacia la cubierta, situada encima de mí.

Acababa de poner una mano en la barandilla de la nave, cuando el rostro de un negro se giró hacia mí y unos ojos llenos de odio me miraron con gesto triunfal.

CAPITULO VII - Una diosa rubia.

Durante un instante permanecimos inmóviles el pirata negro y yo, mirándonos a los ojos. Luego, una sonrisa malvada crispó los finos labios de mi nuevo enemigo, y una mano de ébano, vino a ponerse lentamente en la barandilla de la cubierta, mientras que el vacío ojo del cañón de una pistola buscaba el centro de mi frente.

De repente, mi mano libre cogió por el cuello al negro que se hallaba a mi alcance, en el preciso momento en que éste apretaba con el dedo el gatillo. La exclamación del pirata «Muere, maldito them» quedó medio ahogada en su garganta, por obra de mis fuertes

dedos. El martillo del arma cayó con inútil chasquido en una recámara vacía.

Antes de que disparase de nuevo tiré de él, separándole tanto del borde de la cubierta, que tuvo por fuerza que arrojar su pistola para agarrarse a la barandilla con ambas manos.

La furia con que le apretaba el cuello impidió que pudiera lanzar ni siquiera un quejido, y así luchamos en el más tétrico de los silencios; él procurando librarse de mi presa y yo precipitarle hacia su muerte.

Su cara iba adquiriendo un matiz lívido, y los ojos se le salían de las órbitas. No le cabía duda de que moriría pronto, a menos que se librarse de los dedos de acero, que le estaban arrancando la vida. Con un esfuerzo final, se tiró de espaldas sobre la cubierta y a la vez soltó las manos de la barandilla, llevándolas a mis dedos a fin de apartarlos de su cuello.

Aquel fugaz segundo era lo que yo aguardaba, y con un poderoso movimiento hacia abajo, logré sacarle por completo de la cubierta. Su cuerpo se precipitó al vacío y mientras caía estuvo a punto de hacerme soltar la cadena del ancla, a la que me sujetaba difícilmente con la mano izquierda, y precipitarme con él a las aguas del mar.

Sin embargo, no aminoré la fuerza con que le apretaba, ya que sabía que un solo grito de aquellos labios, mientras se precipitaba hacia la muerte en las aguas, haría que sus compañeros de arriba acudiesen a vengarle.

Por eso proseguí ahogándole más y más, mientras que sus frenéticas contorsiones me bajaban poco a poco hacía el final de la cadena.

Paulatinamente sus movimientos se fueron haciendo más espasmódico debilitándose poco a poco hasta que cesaron por completo. Entonces aflojé mi presa y en un minuto desapareció, devorado por las negras sombras que había a nuestros pies.

Una vez más subí a la barandilla de la nave. Esta vez conseguí poner los ojos al nivel de la cubierta, desde donde podría echar una rápida ojeada a las condiciones que a continuación debería enfrentarme.

La luna más próxima se había ya puesto en el horizonte, pero el claro resplandor del otro satélite bañaba la cubierta del crucero, destacando con marcado relieve los cuerpos de seis u ocho hombres sumidos en un pesado sueño.

Junto a la base de un cañón de tiro rápido estaba firmemente atada una bella muchacha blanca. Sus ojos estaban completamente abiertos en una expresión de terror por lo que habría de sucederle y me miró con fijeza en cuanto aparecí ante su vista sobre la superficie de la cubierta.

Un indecible alivio llenó instantáneamente sus ojos al observar la mística joya que refulgía en el centro de mi robada corona. Pero no habló, y en vez de ello sus ojos me señalaron a las dormidas figuras que la rodeaban.

Gané la cubierta en silencio. La muchacha me indicó con un gesto que me acercara, y cuando me incliné hacia ella me pidió voz baja que la soltase.

-Puedo ayudarte-dijo-, y necesitaréis toda la ayuda posible en cuanto se despierten.

-Algunos de ellos despertarán en Korus-repuse sonriendo.

La rubia comprendió el significado de mis palabras, y la crueldad de la sonrisa con que me contestó me dejó aterrorizado. A nadie le asombra la crueldad en un rostro horrible, pero si se refiere a los rasgos de una diosa de facciones finamente trazadas, verdadero retrato de lo adorable y lo bello, el contraste resulta abrumador en realidad.

Pronto la desaté.

-Dame una pistola-murmuró-, la podré utilizar contra los que tu espada no pueda silenciar a tiempo.

Hice lo que me pidió y luego me dispuse a emprender la ingrata tarea que me aguardaba. No había tiempo para miramientos ni para caballerosidades que aquellos demonios no hubieran sabido apreciar ni devolver.

Sigilosamente me acerqué al durmiente más próximo. Cuando despertó estaba en

camino de su viaje al fondo del Korus. Su desgarrado gemido al recobrar la conciencia, llegó débilmente a nosotros desde la negras profundidades de más abajo.

El segundo despertó cuando le toqué, y aunque conseguí arrojarlo de la cubierta del crucero su salvaje grito de alarma puso en pie a los restantes piratas. Quedaban cinco.

Al levantarse éstos, la pistola de la muchacha lanzó su aguda nota y uno de los negros cayó de nuevo de espaldas en la cubierta para no levantarse más.

Los otros se precipitaron sobre mí como locos blandiendo las espadas. La chica no se atrevía a disparar evidentemente por miedo a herirme, pero la vi deslizarse silenciosamente cual si fuera un felino hacia el flanco de mis atacantes, que sólo se ocupaban de mí.

Durante unos cuantos minutos libré una de las luchas más salvajes de todas en las que he tomado parte. El sitio apenas permitía moverse, por lo que yo aguantaba a pie firme dando y recibiendo golpes. Al principio recibí más de lo que di, pero después logré traspasar la guardia de uno de los piratas y tuve la satisfacción de verle desplomarse en el suelo, muerto.

Sus compañeros redoblaron sus esfuerzos. El choque de sus armas con la mía producía un terrorífico ruido que quizá se oyera a muchas millas de distancia a través del silencio de la noche. Salían chispas del batir de los aceros y tampoco faltaba algún chasquido seco y pavoroso, señal indudable de que el cortante filo de mi espada marciana había encontrado el hombro de uno de mis enemigos.

Ya sólo me hacían frente tres, pero la chica trabajaba con tanto celo, que pronto quedaría el grupo reducido a un solo y enfurecido enemigo. Entonces se sucedieron las cosas con tan vertiginosa rapidez que aún ahora apenas puedo comprender lo que ocurrió en aquel breve instante.

Los tres se arrojaron contra mí con el evidente propósito de obligarme a retroceder los pocos pasos que me llevarían a precipitarme sobre la barandilla y caer al vacío. En el mismo instante la muchacha disparó, y mi arma hizo dos movimientos. Un hombre cayó con una bala en el cerebro; una espada cayó a cubierta con un ruido metálico y quedó al borde de la barandilla, mientras yo desarmaba a uno de mis contrarios, y el tercero se desplomaba con la espada clavada en el pecho hasta la empuñadura, saliéndole por la espalda tres dedos de su hoja.

Este pirata al caer me arrancó la espada del puño. Desarmado yo también, tuve que hacer frente a mi restante enemigo cuya espada había ido a parar varios miles de pies debajo de nosotros, a lo hondo del Mar Perdido.

Esta nueva situación debió agradar a mi adversario, porque una sonrisa de satisfacción puso al descubierto sus blancos dientes, mientras se me acercaba con las manos desnudas. Los grandes músculos que se marcaban debajo de su negra y lustrosa piel tal vez le convencieran de que yo era una fácil presa, por lo que no se preocupó en el puñal de su vaina.

Le dejé acercarse a mi, y luego agachando la cabeza, pase por bajo de sus brazos tendidos, desviándome al mismo tiempo hacia la derecha, para girar a continuación sobre el talón izquierdo, dándole en la mandíbula un terrible golpe, que le tumbó boca arriba, como un buey abatido por un mazazo.

Una risa argéntea y franca sonó detrás de mí.

-No eres thern-dijo la dulce voz de mi compañera-, pese tus mechones dorados y a los adornos de Sator Throg. Jamás ha vivido nadie en Barsoom capaz de pelear como has peleado esta noche. ¿Quién eres?

-Soy John Carter, príncipe de la Casa de Tardos Mors. Jeddak de Helium -repliqué-. ¿Y a quién tengo el honor de servir ahora?

Ella vaciló un momento antes de hablar. Después me preguntó:

-No eres thern. ¿Eres un enemigo?

-He estado en su territorio día y medio, y durante ese tiempo mi vida ha corrido

constantes peligros. Durante todo ese tiempo me acosaron y persiguieron, lanzando sobre mí hombres armados y feroces bestias. Hasta ese momento, los them me habían sido indiferentes pero a nadie sorprenderá que con su conducta se hayan granjeado mi antipatía. He hablado.

Me miró atentamente un largo rato sin decidirse a contestarme. Parecía que intentaba leer en lo más íntimo de mí y juzgar mi carácter, así como mis dotes de caballero, con aquella fina y escrutadora mirada.

En apariencia el examen la satisfizo.

-Soy Phaidor hija de Matai Shang. Sagrado Hekkador de los Sagrados Them, Padre de los Thern, Señor de la Vida y la Muerte en Barsoom, Hermano de Issus, Príncipe de la Vida Eterna.

Inmediatamente observé que el negro a quien había derribado de un puñetazo empezaba a dar señales de recobrar el conocimiento. Me puse junto a él y quitándole sus correajes le ate las manos a la espalda, le amarré los pies y le sujeté firmemente a la cureña de un pesado cañón.

-¿Por qué no lo haces de una manera más simple? -pregunto Phaidor.

-¿Cómo que una manera más simple? -contesté-. No te entiendo.

Con un ligero encogimiento de sus preciosos hombros, la joven hizo un gesto con las manos indicando el acto de tirar a alguien por la borda.

-No soy un asesino-dije-. Sólo mato en defensa propia.

Entonces ella frunció el ceño y movió la cabeza. Indudablemente, no me entendía.

Bueno, tampoco mi amada Dejah Thoris hubiera sido capaz de comprender la que habría estimado peligrosa y desatinada conducta con un adversario de tan peligroso. En Barsoom ni se da ni se pide cuartel y cada cadáver significa un alivio dentro de los menguados recursos del moribundo planeta para repartirlos entre los que le sobreviven.

Pero había, sin duda, una sutil diferencia entre el modo como la doncella contemplaba la destrucción de un contrario y el pesar, realmente sincero, de mi joven princesa ante una exigencia ineludible en toda guerra.

Pienso que Phaidor echaba de menos el estremecimiento que el espectáculo la habría proporcionado, y no que la extrañase mi decisión perdonando la vida a un enemigo de los suyos.

El hombre se hallaba ya en la plena posesión de sus facultades y nos miraba atentamente desde el sitio de la cubierta donde estaba atado. Era un muchacho guapo, apuesto y vigoroso, de rostro inteligente y de facciones tan exquisitamente modeladas que el mismo Adonis las hubiera envidiado.

La nave sin guía, se movía lentamente encima del valle; por lo que me pareció conveniente coger el timón y dirigir su marcha. Sólo de un modo muy vago podía calcular la situación del valle del Dor. Era evidente que se hallaba al sur del Ecuador, viendo las constelaciones; mas no conocía lo suficiente la astronomía marciana como para prescindir por completo de los magníficos mapas y los delicados instrumentos con los que, como oficial de la escuadra de Helium, determiné antes las posiciones de los buques en los que navegué.

Seguro de que con rumbo al Norte iría rápidamente a las comarcas más pobladas del planeta, decidí inmediatamente la dirección que debía seguir. Bajo mi mano, el crucero oscilaba graciosamente. Luego, el botón que actúa en los rayos impulsores nos lanzó volando a la lejanía del espacio. Con la palanca de la velocidad puesta en la última muesca, corrimos hacia el norte, elevándonos cada vez más sobre el terrible valle de la muerte.

Cuando pasamos a vertiginosa altura encima del estrecho dominio de los them, el humo de la pólvora a larga distancia de nuestra nave, atestiguó con muda certeza la ferocidad de la batalla que se reñía en la maldita frontera. Ningún ruido de lucha llegó a nuestros oídos, porque en la tenue atmósfera de tan gran altitud era imposible que

penetrase ninguna onda sonora, disipadas en el aire de las capas inferiores.

Reinaba un frío intenso y respirábamos con dificultad. Phaidor y el pirata negro no apartaban de mí la vista. Al fin, la muchacha habló.

-A esta altura pronto quedaremos inconscientes-habló tranquilamente-. A menos que estés invitando a la muerte, harás bien en descender, y de prisa.

Su voz no denotó el menor miedo. Me dijo aquello como si me dijese: «Llevate paraguas, que va a llover.»

En seguida llevé la nave a un plano más bajo. Y lo hice a tiempo. La joven se había desmayado.

El negro también estaba inconsciente, y yo mismo me figuro que conservé la consciencia gracias a un alarde de voluntad. Quien tiene la responsabilidad del mando, debe dar ejemplo de resistencia.

En ese momento volábamos sobre las escarpadas márgenes del Otz. Hacía un poco de calor, y nuestros exhaustos pulmones llegaba el aire que necesitaban, por lo que no me sorprendió ver que se abrían los ojos del negro y un poco después los de la muchacha.

-Eso ha sido un aviso-dijo ésta.

-Que me ha enseñado dos cosas-repliqué.

-¿Cuáles?

-Que incluso Phaidor, hija del Amo de la Vida y la Muerte, es mortal añadí sonriendo.

-Sólo Issus es inmortal-me contestó-. Y ten en cuenta que Issus pertenece exclusivamente a la raza de los them. Por eso yo soy inmortal.

Sorprendí una fugitiva expresión de asombro en las facciones del negro al oír tales palabras. Entonces no comprendí por qué sonreía. Más tarde lo supe, y ella también, de la manera más horrible.

-Si la otra cosa que has aprendido-continuó-te conduce a deducciones tan erróneas como la primera, en nada aumentarás tu sabiduría.

-La otra-repliqué-es que a nuestro oscuro amigo aquí presente no le gusta, ni un poco, la luna más próxima, pues probablemente hubiera muerto a unos cuantos miles de pies encima de Barsoom. No me cabe duda de que si hubiésemos continuado recorriendo las cinco mil millas que separan a Thuria del planeta, sólo habría quedado de el un débil recuerdo.

Phaidor miró al negro con evidente sorpresa.

-Si no eres de Thuria, ¿de dónde entonces? -preguntó.

El se encogió de hombros y separó la vista a un lado; pero no respondió.

La muchacha golpeó el suelo con uno de sus pequeños pies, revelando su enojo.

-La hija de Matai Shang está acostumbrada a que la contesten cuando pregunta. Cualquiera de una casta tan inferior como la tuya se honraría de que un miembro de la raza sagrada, nacida para heredar la vida eterna, se digne dirigirse a él.

De nuevo sonrió el negro, con la expresión astuta del hombre que lo sabe todo.

-Xodar, Dátor del Primer Nacido de Barsoom, está acostumbrado a mandar y no a obedecer-repuso el pirata negro. Y luego, encarándose conmigo:

-¿Cuáles son tus intenciones respecto a mí?

-Pienso llevaros a los dos a HelÍum -dije.

«Nadie os maltratará. Allí encontraréis a los hombres rojos, raza bondadosa y magnánima, que si me escucha no volverá a hacer peregrinaciones río Iss abajo y renunciará a la disparatada creencia con que ha venido ilusionándose siglos y siglos, rompiéndola en mil pedazos.

-¿Eres de Helium? -interrogó.

-Soy un príncipe de la Casa de Tardos Mors, Jeddak de Helium-repuse-; pero no soy de Barsoom. Soy de otro mundo.

Xodar me miró atentamente durante unos segundos.

-Bien puedo creer que no eres de Barsoom-dijo al fin-. Nadie de ese país hubiera sido capaz de matar, sin armas, a ocho Primeros Nacidos. Pero ¿cómo es que tienes el pelo dorado y que usas la enjoyada corona de un Sagrado Them? Y recalcó la palabra sagrado con matiz de ironía.

-Ya no me acordaba -contesté-. Son el botín de mi conquista.

Con brusco movimiento me quité el de mi cabeza.

Cuando los ojos del negro se fijaron en mi pelo oscuro, cortado al rape, se abrieron de par en par de puro asombro. Indudablemente, esperaba que yo le hubiera mostrado la cabeza pelada de un them.

-Sí, eres de otro mundo-exclamó con cierto temblor en la voz-. Bien puede el propio Xodar reconocer en tal caso tu valor y coraje, puesto que posees la tez de un thern, el pelo negro de un Primer Nacido y los músculos del más fuerte de los Dátor. Otra cosa sería si fuerais un barsoomiáno maldito-agregó.

-Ya sabes más que yo, amigo mío-le interrumpí-. Se que te llamas Xodar; pero no sé qué quiere decir el Primer Nacido, ni qué significa eso de Dátor, ni por qué, si fueras vencido por uno de Barsoom, te negarías a reconocerlo.

-Los Primeros Nacidos de Barsoom-me explicó-son la raza de los negros, de la que soy Dátor, o, como diría un miserable barsoomiano, Príncipe. Mi raza es la más antigua del planeta. Nuestro linaje arranca directamente, y sin interrupción, del Arbol de la Vida, que floreció en el centro del Valle de Dor hace veintitrés millones de años.

«Durante incontables períodos, el fruto del árbol soportó los cambios normales de la evolución, pasando por grados de vida vegetal exclusivamente, a la combinación de planta y animal. En las primeras fases, el fruto del árbol poseía sólo el poder de la acción muscular independiente, mientras que el tallo permanecía unido a la planta paterna, hasta que más tarde se desarrolló en el fruto un cerebro, de suerte que, aunque colgando todavía al final de sus largos tallos, pensaban y se movían como seres independientes.

«Luego, con el desarrollo de las percepciones, vino la comparación de ellas, se estimuló la inteligencia y por consecuencia, nacieron en los de Barsoom la razón y la facultad razonadora.

«Pasó el tiempo. Vinieron al Arbol de la Vida y se fueron de él numerosas formas de vida, todas ligadas a la planta paterna por tallos de variadas longitudes. Al fin, el fruto del árbol consistió en diminutos hombres planta, tales como los que ahora hay reproducidos a mayor tamaño en el Valle del Dor, pero que aún colgaban de las ramas y los nudos del árbol por tallos que les crecían lo alto de las cabezas.

«Las yemas de las que florecían los hombres planta se parecían a grandes nueces, de un pie de diámetro, divididas por una doble pared, en cuatro partes. En una crecían los hombres planta; en otra, un gusano de dieciséis patas; en la tercera, el progenitor del mono blanco, y en la cuarta, el primitivo hombre negro de Barsoom. Cuando el capullo floreció, los hombres planta siguieron colgando del extremo de sus tallos, y las otras tres porciones cayeron al suelo, donde los esfuerzos de sus encerrados ocupantes para escaparse los enviaron disparados en distintas direcciones.

«Mientras pasaba el tiempo, todo Barsoom se cubrió de esos encarcelados seres, que en el curso de incontables edades vivieron penosamente dentro de sus duros cascarones, brincando y saltando por el vasto planeta o precipitándose en los mares, ríos y lagos, sin dejar de extenderse por la superficie entera del nuevo mundo.

«Innumerables miles de millones de ellos perecieron antes de que el primer hombre negro rompiera los muros de su prisión para ver la luz del día. El recién nacido, impulsado por la curiosidad, abrió los otros cascarones, y así empezó a poblarse Barsoom.

«La pureza de sangre del primer negro permaneció incólume, sin mezclarse con la de otras criaturas, y de esa raza inmaculada soy miembro; pero del gusano de dieciséis, del primitivo hombre mono y del negro renegado, surgieron en Barsoom otras formas de la vida animal.

«Los them -añadió maliciosamente- no son más que el resultado de una dilatada evolución a partir del puro mono blanco antiguo, y se hallan a un nivel aún más bajo. En Barsoom sólo existe una raza inmortal y verdaderamente humana. La de los negros.

«El árbol de la Vida ha muerto; pero antes de que muriese, el hombre planta aprendió a desprenderse de él y a pacer en la faz de Barsoom con los demás hijos del Primer Padre.

«Ahora su bisexualidad les permite reproducirse a modo de las verdaderas plantas, pues de otra manera hubieran, progresando muy poco durante las edades de su historia. Sus actos y movimientos son principalmente cuestión de instinto y no están inspirados, en lo que a inteligencia se refiere, por la razón, dado que el cerebro de un hombre planta apenas es mayor que la punta de nuestro dedo meñique. Viven de vegetales y de la sangre de los animales, y su cerebro casi no basta para dirigir sus movimientos en busca de alimento y trasladar las sensaciones nutritivas que les llegan desde los ojos y los oídos. No tienen instinto de conservación, por lo que, como desconocen el peligro, lo afrontan sin el menor temor. Por eso son en el combate tan terribles enemigos.

Me chocó que el orgulloso negro se molestara tanto en hacer saber a sus enemigos del génesis de la vida barsoomiana. Parecía que aquélla era una ocasión sumamente inoportuna para que un miembro tan arrogante de una raza tan altiva se dedicara a conversar con quien le había apresado, sobre todo teniendo en cuenta que el negro seguía firmemente atado a la cureña del cañón.

Sin embargo, bastó una fracción de segundo, en la que le sorprendí echando una mirada de soslayo a mi espalda, para explicarme el motivo que le inducía a distraerme con su verdaderamente interesante relato.

Se hallaba algo delante del sitio donde yo manejaba las palancas, de manera que daba frente a la popa del buque mientras se dirigía a mi. Fue al final de su descripción de los hombres planta cuando le sorprendí mirando fugazmente algo cosa que debía encontrarse a mi espalda.

Me amenazaba un grave peligro. No podía equivocarme en vista del resplandor de alegría triunfal que iluminó un instante sus negras pupilas.

Un momento antes había disminuido la velocidad, ya que habíamos dejado muchas millas atrás el tétrico valle de Dor, y me sentía relativamente en salvo.

Volví la cabeza con aprensión hacia el sitio del que veníamos y lo que vi mató la recién nacida ilusión de libertad que hasta entonces había alimentado.

Un gran acorazado surgía silencioso, y con las luces apagadas, de la tenebrosa oscuridad nocturna, a popa de nuestra nave y a muy corta distancia.

CAPITULO VIII - Los abismos de Omean.

Entonces comprendí por qué el pirata negro me había estado entre teniendo con su extraño cuento. Durante millas había estado presintiendo la proximidad del socorro, y de no ser por aquella mirada a hurtadillas echada por el parlanchín al acorazado, éste nos hubiera abordado al cabo de un momento, y la tripulación, que a bordo suyo sin duda se ponía las armaduras en aquel instante, habría caído desde la quilla de la nave sobre nuestra cubierta, haciendo que mi esperanza de fuga sufriese un imprevisto y total eclipse.

Yo era muy diestro en materias aéreas para no realizar en seguida la única maniobra adecuada; así que simultáneamente paré las máquinas y dejé que la nave se precipitara hacia tierra de manera suicida un centenar de pies.

Vi encima de mi cabeza las vacilantes formas de los tripulantes del acorazado cuando éste pasó sobre nosotros. Luego me elevé en ángulo recto, poniendo mi palanca de velocidad en la última muesca.

Como el dardo de una ballesta mi espléndida embarcación salió disparada, con su

espolón de acero enfilado a los zumbantes propulsores del gigante que nos dominaba. Bastaba con que consiguiera tocarle en su enorme mole para estropearle durante unas horas, haciéndonos de nuevo posible la huida.

En ese mismo instante, el sol apareció en el horizonte, descubriendo un centenar de rostros negros y hoscos que nos observaban desde la proa del buque enemigo.

Al divisarnos, un grito de rabia salió de aquel centenar de gargantas. Aunque quisieron evitarlo con voces de mando dadas apresuradamente, ya era demasiado tarde para salvar los gigantescos propulsores, a los que embestimos con violencia.

Coincidiendo con el retroceso del choque di marcha atrás, pero la proa de mi nave se quedó enganchada al agujero que hizo en la popa del acorazado. Sólo permaneció un segundo allí antes de desprenderse, pero ese segundo bastó para que invadiese mi cubierta un enjambre de demonios negros.

No hubo lucha por la sencilla razón de que me faltó sitio para combatir. Fuimos sencillamente arrollados por su número. Después, cuando las espadas de los negros me amenazaban, una orden de Xodar detuvo las manos de sus compañeros.

-Atadlo -dijo-, pero no le hagáis daño.

Varios de los piratas habían soltado ya a Xodar, quien personalmente se ocupaba en desarmarme y ver si estaba fuertemente atado. Finalmente pensó que mis ligaduras eran sólidas. Lo hubieran sido si yo hubiese sido marciano; pero tuve que sonreír ante la fragilidad de las cuerdas con que me habían atado las muñecas. Cuando llegase el momento podría desprenderme de ellas como si fuesen hilos de algodón.

Ataron también a la muchacha, y luego nos amarraron uno al otro. Mientras, pusieron nuestra embarcación junto al costado de su averiado buque, y pronto fuimos trasladados a la cubierta de este último.

Casi un millar de negros tripulaban aquella máquina de destrucción. Las cubiertas del coloso se hallaban atestadas de ellos, que se acercaban a nosotros tanto como se lo permitía la disciplina, para echar una ojeada a sus nuevos cautivos.

La belleza de la joven suscitó muchos comentarios brutales y gestos de mal gusto. Sin duda alguna, aquellos superhombres de mentalidad propia, eran inferiores a los hombres rojos de Barsoom en refinamientos y caballerosidad.

Mi pelo negro cortado al rape y mi complexión de them fueron objeto de numerosas conversaciones. Cuando Xodar contó a sus nobles compañeros mi destreza para combatir y mi extraño origen, me rodearon, acosándome materialmente a preguntas.

El hecho de que usase el correaje y las insignias metálicas de un them que había sido muerto por uno de los de mi grupo, les convenció de que yo era enemigo de sus hereditarios rivales y me colocó en mejor situación respecto a su opinión.

Sin excepción los negros eran guapos y bien formados. Los oficiales se destacaban sin dificultad por la lujosa magnificiencia de su resplandeciente atavío. Muchos de los arneses que llevaban estaban tan recargados de oro, plata, platino y piedras preciosas, que apenas se veía el la piel del guerrero.

La armadura del comandante era una sólida masa de diamantes. Contra el marco de ébano de su piel, brillaban con fulgores particularmente acentuados. Toda la escena resultaba hechizadora. La varonil hermosura de los hombres; el bárbaro esplendor de sus adornos; el lustroso piso de madera de las cubiertas; el lujo indescriptible de los camarotes, notable por la estupenda voladura y sus incrustaciones de gemas de incalculable valor y metales preciosos formando bellísimos y complicados dibujos; el oro bruñido de los pasamanos; la materia reluciente de los cañones.

A Phaidor y a mí nos llevaron bajo las cubiertas y, siempre fuertemente atados, fuimos arrojados a un pequeño compartimento iluminado por una sola ventanilla. Cuando nuestros escoltas nos dejaron, atrancaron la puerta detrás de ellos.

Oímos trabajar a los hombres en los propulsores rotos, y por la ventanilla pudimos ver que el navío marchaba lentamente hacia el Sur.

Por un rato ninguno de los dos hablamos. Ambos estábamos ocupados en nuestros propios pensamientos. Por mí parte, no cesaba de preocuparme la suerte de Tars Tarkas y de la joven, Thuvia.

Aunque hubieran conseguido eludir la persecución de los piratas probablemente habrían caído en manos de los hombres rojos o de los verdes, y como fugitivos del valle de Dor, se hallarían a punto de sufrir una rápida y terrible muerte.

Cuánto deseaba haber podido acompañarlos. Me parecía que sólo yo era capaz de borrar de los inteligentes hombres rojos de Barsoom el maldito prejuicio que, por una superstición insana y despiadada, tenía en ellos tan hondo arraigo.

Tardos Mors me hubiera creído. No me cabía duda, ni tampoco que obedecería a sus convicciones pues así me lo aseguraba el conocimiento de su carácter. Dejah Thoris también me habría creído. No me cabía la menor duda. Además, contaba con un millar de guerreros rojos y verdes todos amigos míos que afrontarían resueltos la condenación eterna con alegría, a fin de salvarme. Como Tars Tarkas, irían donde yo les llevase.

El único riesgo consistía en que, en caso de que pudiera escaparme de los piratas negros, no debía caer en las manos de hombres rojos o verdes enemigos. Eso supondría mi muerte segura.

En aquel momento de poco valía inquietarme por tal cosa, puesto que la probabilidad de mi fuga era extraordinariamente remota.

La muchacha y yo estábamos atados juntos con una cuerda que sólo nos permitía movemos hasta tres o cuatro pies uno de otro. Cuando entramos en el compartimento, los dos nos sentamos en un banquillo delante del ojo de buey del camarote. En el cuarto no había más muebles que el banco, hecho de madera de sorapo.

El suelo, el techo y las paredes eran de aluminio carborundum, composición ligera e impenetrable, ampliamente utilizada en la construcción de naves de combate marcianas.

Yo me hallaba sentado meditando acerca del porvenir, con los ojos fijos en la ventanilla, colocada precisamente al nivel de mi cabeza, cuando de repente eché una mirada a Phaidor. Esta me contemplaba con una extraña expresión que nunca había observado en su rostro hasta aquel momento. En realidad, me pareció muy hermosa.

Instantáneamente veló los ojos con los blancos párpados y me pareció descubrir que un delicado rubor teñía sus mejillas. Pensé que sin duda la había avergonzado haber sido sorprendida en el acto de mirar fijamente a un ser inferior.

-¿Encuentras interesante el estudio de seres criaturas humildes? -la pregunté riendo.

Phaidor me miró de nuevo y me dijo con tono jovial pero que revelaba nerviosismo:

-¡Oh, mucho! Especialmente cuando tienen un buen perfil.

Yo debería haberme sonrojado; pero no fue así, comprendiendo que quería burlarse de mí y admiré la entereza de un corazón que conservaba las ganas de bromear camino de la muerte. De manera que uní a su risa la mía.

-¿Sabes a dónde vamos? -me interrogó.

-A resolver el misterio del eterno más allá, supongo -repuse.

-A mí me aguarda una suerte peor que ésa -añadió ella estremeciéndose un tanto.

-¿Qué quieres decir?

-Sólo puedo adivinarlo -me contestó-, pero ninguna doncella them de cuantos millones de ellas han sido raptadas por los piratas negros en el curso de las edades, ha vuelto a nuestros dominios para narrar sus experiencias entre esa gente. El que nunca hagan prisionero a un hombre lleva a la creencia de que la suerte de las muchachas que raptan es peor aún que la muerte.

-¿Y no será un justo castigo? -exclamé sin poder contenerme.

-¿De qué?

-¿Acaso los them se portan de otro modo con los infelices que emprenden voluntariamente la peregrinación Río del Misterio? ¿No fue Thuvia durante quince una esclava y un juguete? Entonces ¿por qué te quejas y te parece injusto sufrir lo que por

vuestra culpa otros han sufrido?

-No me entiendes-replicó ella-. Nosotros, los them, somos de una raza sagrada. Para una criatura inferior constituye un gran honor servimos. Si a veces no salvásemos a unos cuantos de la clase inferior que estúpidamente baja flotando por un río desconocido hacia un fin no menos ignorado todos serían presa de los hombres planta y de los monos.

-¿Pero no alentáis por todos los medios la superstición entre todos los que componen el mundo externo? -argüí-. Esa es la peor de vuestra crueldades ¿Puedes decirme por que fomentáis tan cruel engaño?

-Toda vida sobre Barsoom-dijo Phaidor-ha sido creada únicamente para sostén de nuestra raza. De otra manera ¿como podríamos vivir si el mundo externo no nos proporcionara trabajo y sustento? ¿Piensas que un them es capaz de humillarse trabajando?

-¿Y es verdad que coméis carne humana? -la pregunté horrorizado.

Ella me miró con lastimera conmiseración, a causa de mi ignorancia.

-Comemos la carne de las especies inferiores. ¿Vosotros no?

-Carne de animales, sí-respondí-; pero no la carne del hombre.

-Pues si los hombres pueden comer carne de animales, los dioses pueden comer carne de hombres. Los Sagrados Them son los dioses de Barsoom.

Me hallaba enfadado y me imagino que se lo hice ver.

-Ahora eres un incrédulo-añadió delicadamente-; pero si tuviéramos la suerte de escapar con vida de las garras de estos piratas y volver a la corte de Matai Shang, creo que allí encontraríamos argumentos para convencerte de esos errores. Y quizá -agregó vacilando un poco- lograríamos incluso que te quedaras con nosotros, como... como... uno de los nuestros.

De nuevo bajó los ojos clavando la mirada en el suelo, y un ligero matiz dio color a sus mejillas. Entonces no comprendí su significado y tardé bastante en averiguarlo. Con razón solía decir Dejah Thoris que en ciertas cosas yo era un completo ignorante.

-Temo que sería mal acogido si solicitase la hospitalidad de tu padre- contesté-, porque lo primero que haría cuando fuera them consistiría en montar una guardia en la desembocadura del río Iss para escoltar a los pobres viajeros ilusos de vuelta al mundo exterior. También dedicaría mi vida al exterminio de los repugnantes hombres planta y de sus horrendos compañeros, los grandes monos blancos.

La joven them me miró verdaderamente espantada.

-No, no-gritó-; no digas tan terribles sacrilegios, y ni siquiera los pienses. Bastaría con que sospechasen que abrigabas tales espantosas ideas para que, en el caso hipotético de poder regresar a los templos de los them, éstos te dieran un muerte horrible, sin que ni siquiera mi... mi... sin que ni yo pudiera salvarte.

Y otra vez enrojeció, manifestando su turbación.

No dije más. Evidentemente era inútil, puesto que en Phaidor estaban las supersticiones todavía más arraigadas que en los marcianos del otro mundo, los cuales sólo adoraban la hermosa esperanza de una vida de amor, paz y felicidad en el más allá. Los them adoraban a los odiosos hombres planta y a los monos o, por lo menos, los reverenciaban como encarnaciones de los espíritus pertenecientes a sus propios muertos.

En este punto se abrió la puerta de nuestro calabozo para dar entrada a Xodar.

El negro me sonrió con jovialidad, y, al hacerlo, su expresión me pareció especialmente amistosa... todo menos cruel o vengativa.

-Puesto que de ninguna manera os será fácil escaparos -dijo-, no veo la necesidad de teneros encerrados aquí abajo. Voy, pues, a cortar vuestras ataduras para que podáis subir a la cubierta. Allí presenciaréis algo muy interesante, y como jamás volveréis al otro mundo, en nada nos perjudicará permitiros verlo. Sabréis así que nadie más que el Primer Nacido y sus esclavos conoce la existencia de mi acceso subterráneo a la Tierra Santa al verdadero cielo de Barsoom.

«Será una lección excelente para esta hija de los them -continuó- porque, además de contemplar el Templo de Issus, tal vez consiga que con suerte que la misma Issus la abrace.»

Phaidor levantó la cabeza.

-¿Qué blasfemas, perro pirata? -exclamó-. Issus barrerá a toda tu casta para siempre en cuanto avistéis su templo.

-Mucho te queda por aprender, thern-replicó Xodar con una fea sonrisa-, y no te envidio la manera en que vas a aprenderlo.

Al llegar a la cubierta observé con sorpresa que la nave pasaba sobre un vasto campo de hielo y nieve, y que en todo el alcance de la vista, en cualquier dirección, nada se podía distinguir.

No había más que una solución para aquel misterio. Nos hallábamos encima del casquete helado del polo sur. Sólo en los polos de Marte existía nieve y hielo. Ningún signo de vida aparecía debajo de nosotros. Indudablemente, tales regiones australes ni siquiera estaban pobladas por las grandes bestias peludas, a las que tanto gusta cazar a los marcianos.

Xodar permanecía a mi lado, mientras que yo miraba por encima de la barandilla de la aeronave.

-¿Qué rumbo? -pregunté.

-Un poco hacia el sudoeste -me contestó-. Pronto se verá enfrente a nosotros el Valle del Oitz. Le surcaremos durante irnos cientos de millas.

-¡El valle del Otz! -exclamé-; pero hombre, ¿no es en él donde dominan los them de los que acabamos de escapar?

-Sí-respondió Xodar-. Cruzaste este desierto helado la última noche en que escapaste de nosotros. El valle del Otz se extiende por una gran depresión en el polo sur. Está hundido a mil pies por bajo del nivel de los países que le rodean, como un gran cuenco redondo. A cien millas de su frontera septentrional se alzan los montes del Otz, que circundan el valle interno del Dor, en el centro exacto del cual se extiende el Mar Perdido de Korus y, en la costa de ese mar, correspondiente a la Tierra del Primer Nacido, se levanta el Templo Dorado de Issus. A él nos dirigimos.

Contemplando aquel espectáculo comencé a comprender por qué, durante todas las edades, sólo uno había escapado del siniestro valle. Mi asombro consistía en que incluso ese hubiera podido lograrlo. Me parecía imposible cruzar en solitario y a pie el enorme espacio de hielo barrido por los vientos.

-Sin una nave aérea nadie conseguiría atravesarlo-terminé diciendo en voz alta.

-Así fue como se escapó aquél de los them en tiempos remotos; pero nadie se ha escapado aún al Primer Nacido-exclamó Xodar con un matiz de orgullo en su voz.

Habíamos llegado entonces a la extremidad más meridional de la gran barrera de hielo. Concluía bruscamente en un muro liso y de miles de pies de altura, y en cuya base se extendía un liso valle, interrumpido aquí y allá por redondeadas colinas y espesos bosques, entre los que corrían pequeños ríos formados por el deshielo de la helada muralla en su base.

En seguida pasamos a gran distancia sobre lo que parecía ser un profundo cañón que, partiendo del muro de hielo del norte, cruzaba el valle hasta donde nos alcanzaba la vista.

-Esa es la cuna del río Iss-dijo Xodar- que va mucho más allá del campo de hielo y bajo el nivel del valle del Otz, aunque su cañón se abre ahí.

En aquel momento divisé algo que me pareció una aldea y que señalé a Xodar, preguntándole qué era.

-Es un poblado de almas perdidas-me contestó riendo-. La faja entre la barrera helada y las montañas se considera terreno neutral. algunos desisten de su voluntaria peregrinación Iss abajo, y escalando las tremendas escarpas de su cañón, de ese que está allí en el fondo, se detienen en el valle. Además, de cuando en cuando se les escapa

a los them algún esclavo que se establece en el mismo sitio.

«Ellos no intentan recobrarle, porque nadie puede salir de este valle interno y porque, en realidad, temen demasiado la vigilancia de los cruceros del Primer Nacido para arriesgarse a abandonar sus propios dominios.

«Las pobres criaturas de este valle exterior no son molestadas por nosotros, puesto que no tienen nada que podamos desear y carecen de fuerza numérica para ofrecernos una resistencia seria; así que las dejamos en paz.

«Han constituido varias aldeas, cuya población apenas ha aumentado durante muchos años porque siempre andan peleando unos con otros.»

A continuación nos dirigimos un poco hacia el noroeste, separándonos del valle de las almas perdidas, y pronto distinguimos a estribor una negra montaña que se levantaba en la desolada y blanca estepa. No era muy alta y parecía poseer una cumbre plana.

Xodar nos había dejado para atender algún deber, y Phaidor y yo nos hallábamos solos y de pie junto a la barandilla. La muchacha no había hablado desde que nos trajeron a la cubierta de la aeronave.

-¿Es verdad lo que me ha dicho? -la pregunté.

-En parte, sí-me contestó-. Lo que dijo acerca del valle interno es cierto; pero en lo referente a la situación del Templo de Issus, en el centro de ese país, miente. Si no mintiera...-añadió vacilando-. Pero no puede ser cierto, no puede ser cierto. Porque, si lo fuera, los míos habrían sufrido durante innumerables edades horrendas torturas y terribles muertes a manos de sus crueles enemigos, en vez de disfrutar de la hermosa Vida Eterna, que, tal y como se nos ha enseñado, nos tiene preparada Issus.

-Entonces, como los barsoomianos inferiores del otro mundo han sido engañados por vosotros para ir a parar al valle de Dor, tal vez los mismos them también lo habrán sido por el Primer Nacido a fin de imponerles tan espantoso sino-indiqué-. Sería un castigo horrible y despiadado, Phaidor; pero justo.

-No puedo creerlo-dijo ella.

-Ya veremos-contesté, y de nuevo permanecimos silenciosos, porque nos acercábamos con rapidez a la montaña negra, la cual, de una forma indefinida, parecía estar ligada a la respuesta de nuestro problema.

Al aproximamos al oscuro y truncado cono, fue disminuyendo la velocidad de la nave hasta que apenas nos movimos. Luego coronamos la cresta del monte y debajo vi la rugiente boca de un enorme pozo circular, cuyo fondo se perdía en las más densas tinieblas.

El diámetro de este extraordinario abismo pasaba de los mil pies. Las paredes eran lisas y debían estar compuestas por una roca negra y basáltica.

Durante un instante, la nave flotó directamente encima centro de la abierta sima, y luego, lentamente, empezó a penetrar en el tenebroso abismo. Poco a poco fue descendiendo, hasta que, envuelta por completo en sombras, se desvanecieron sus luces, y en el tenue halo de su propio resplandor, el monstruoso acorazado bajó cada vez más hacia lo que parecían ser las verdaderas entrañas de Barsoom.

Cerca de media hora estuvimos descendiendo, y luego el pozo terminó abruptamente en la bóveda de un increíble mundo subterráneo. A nuestros pies se encrespaban y aquietaban las olas de un mar enterrado. Un fulgor fosforescente iluminaba la escena. Millares de buques punteaban la superficie de ese océano. Aquí y allá surgían pequeñas islas, sostenes de la vegetación extraña e incolora de aquella región espectral.

Despacio y con majestuosa gracia, el acorazado cayó hasta posarse en el agua. Sus grandes impulsores habían sido quitados y guardados durante la bajada por el pozo y sustituidos por pequeños y poderosos motores acuáticos. Al comenzar éstos a funcionar, el buque emprendió de nuevo su viaje, surcando el nuevo elemento con la misma decisión y seguridad que si estuviera en el aire.

Phaidor y yo no salíamos de nuestro asombro. Ni ella ni yo habíamos nunca oído

hablar de semejante mundo, situado debajo de la superficie de Barsoom.

Casi todos los buques que vimos eran de guerra; había algunas barcazas y transportes ligeros, pero no había barcos mercantes, tales como los que se desplazan de puerto a puerto a través de la capa de aire superior, allá en el mundo externo.

-Este es el puerto de la marina de los Primeros Nacidos-dijo una voz a nuestras espaldas y girándonos vimos a Xodar, que nos contemplaba, sonriendo divertido.

-Este mar-añadió-es mayor que el de Korus y recibe las aguas de los mares menores que hay encima de él. Para evitar que se llene sobre cierto nivel, disponemos de cuatro grandes instalaciones con bombas que llevan el agua sobrante a unos depósitos construidos al norte y muy lejos de aquí, de los que los hombres rojos sacan las aguas con que riegan sus granjas.

Aquella explicación trajo a mi mente nuevas luces. Los rojos siempre habían considerado un milagro el hecho de que de tarde en tarde brotasen de las sólidas y rocosas paredes de sus depósitos grandes columnas de agua que aumentaban la provisión del precioso líquido, tan escaso en el mundo marciano externo.

Jamás habían sido capaces sus intelectuales de averiguar la causa secreta de aquel enorme volumen de agua, y en el curso del tiempo se habituaron sencillamente a aceptar el hecho por sí mismo, cesando de preguntarse por su origen.

Pasamos varias islas en las que había unos edificios raros, de forma circular, en apariencia sin tejados, perforados a la mitad de la distancias del suelo a su parte superior con unas ventanas pequeñas, dotadas de fuertes barrotes. Servían para vigilar desde ellos las prisiones que también estaban custodiadas por guardias armados, guarecidos en garitas situadas en la parte de afuera o que patrullaban a lo largo de las líneas costeras.

Algunas de esos islotes tenían un acre de extensión, pero no tardamos en divisar frente a nosotros uno mucho mayor. Este resultó ser nuestro destino, porque el acorazado se dirigió velozmente a su abrupta costa.

Xodar nos hizo una seña para que le siguiéramos, y con media docena de oficiales y marineros abandonamos el buque de guerra, para aproximarnos a una enorme estructura oval, que se alzaba a doscientas yardas de la costa.

-Pronto veras a Issus-dijo Xodar a Phaidor-. Los escasos prisioneros que cogemos les son presentados. En ocasiones elige esclavas de entre las cautivas para completar las filas de sus doncellas. Nadie sirve a Issus más de un año -manifestó el guerrero negro dibujando en sus labios una lúgubre sonrisa que prestaba un cruel y siniestro significado a una frase tan vulgar.

Phaidor, aunque resistiéndose a creer que Issus estuviera relacionada con los piratas, comenzó a sentir dudas y temores y se pegó a mí no pareciendo ya la altiva hija del Señor de la Vida y la Muerte en Barsoom, sino una niña amedrentada en poder de sus implacables enemigos.

El edificio donde acabábamos de entrar carecía por completo de techumbre. En su centro había un gran estanque de agua, colocado debajo del nivel del suelo, a modo de una amplia piscina para la natación. Cerca de uno de los lados del estanque flotaba un objeto extraño y negro. En ese momento no pude averiguar si se trataba de un monstruo propio de aquellas aguas estancadas o de una extraña balsa.

Sin embargo, pronto lo supimos, porque llegamos al borde del estanque directamente encima del extraño objeto y entonces Xodar gritó unas breves palabras en un idioma desconocido. Inmediatamente se abrió en el objeto la tapa de una escotilla y un marinero negro surgió de las entrañas de la extraña nave.

Xodar se dirigió al marinero:

-Transmite a tu oficial -dijo- las órdenes del Dátor Xodar. Dile que el Dátor Xodar, con gente de sus oficiales y marinería, escolta a dos prisioneros, que serán trasladados a los jardines de Issus, detrás del Templo Dorado.

-Bendita sea la cascara de vuestro primer antepasado, noble Dátor replicó el hombre-.

Se hará como disponéis.

Y levantando ambas manos, con las palmas hacia fuera sobre su cabeza, que es el saludo común a todas las razas de Barsoom, el negro volvió a desaparecer en el vientre de su nave.

Al cabo de un momento, apareció en la cubierta un oficial lujosamente uniformado, que lucía las insignias de su graduación, y dio la bienvenida a Xodar, invitándonos después a entrar en el buque.

El camarote al que nos llevaron se extendía por completo a todo lo largo del barco; tenía ventanillas a los dos lados debajo de la línea de flotación. Poco después de hallarnos a bordo de la nave oímos unas voces de mando, y de acuerdo con ellas, cerraron y aseguraron la escotilla y empezó a vibrar la nave con el rítmico murmullo de su maquinaria.

-¿A donde iremos en esta bañera? -preguntó Phaidor.

-Hacia arriba, no-respondí-; porque he notado que aunque al edificio le falta el techo, se halla cubierto con una tupida tela metálica.

-Entonces, ¿adonde? -insistió la joven.

-Por la apariencia de la embarcación juzgaría que vamos a bajar contesté.

Phaidor se estremeció. Durante incontables eras las aguas de los mares de Barsoom habían motivado gran número de tradiciones e incluso la propia hija de los them, nacida a la vista del único mar que quedaba en Marte, sentía igual terror al agua profunda que el más común de los marcianos.

En aquel momento se hizo más fuerte la sensación de que nos hundíamos. En efecto, descendíamos con rapidez. Nos lo demostraba el ruido del agua al chocar contra los cristales de las ventanillas y los vertiginosos remolinos de la masa líquida entrevistos a la pálida luz que se filtraba por los ojos de buey.

Phaidor me de cogió un brazo.

-¡Sálvame!-murmuró-. ¡Sálvame!, y te concederé todo lo que me pidas. Será tuyo cuanto está en poder de los Sagrados Thern. Phaidor... -Balbució un poco y agregó en voz más baja- Phaidor te ama.

Me dio pena la pobre niña y puse mi mano en la suya, que descansaba en mi brazo. Creo que mi conducta fue mal interpretada, pues ella, después de lanzar una mirada furtiva a la sala para convencerse de que estábamos solos me echó los brazos al cuello y atrajo mi cara hacia la suya.

CAPITULO IX - Issus diosa de la Vida Eterna.

La confesión amorosa que el miedo había arrancado a la muchacha me conmovió profundamente, pero también me humilló porque temí haberla hecho creer con cualquier palabra o acto irreflexivo que sentía por ella el mismo afecto.

Nunca había sido un hombre enamoradizo, siendo más aficionado a las empresas bélicas y a las luchas que al coqueteo, y según mi opinión era ridículo que uno suspirase apretando en su mano un guante perfumado, cuatro tallas más pequeño que los suyos, o besando una flor marchita que ya empezaba a oler como un repollo. Por eso no supe qué hacer en aquella ocasión. Realmente hubiera preferido afrontar mil veces la furia de las hordas salvajes, que habitan en las simas del mar muerto, a sostener la mirada de la hermosa joven y decirle lo que le debía decir.

Y como no tenía más remedio que hacerlo, lo hice.

Es cierto que un tanto rudamente.

Suavemente me desprendí de sus brazos, que me ceñían el cuello, y luego, aún sujetándola por una mano, la conté la historia de mi amor a Dejah Thons. Le revelé que de todas las mujeres que había conocido y admirado de los dos mundos durante mi larga

vida, sólo a ella amaba.

Mi relato no pareció complacerla. Como una tigresa se irguió frenética y jadeante. Se desfiguró el hermoso rostro, que adoptó una expresión de horrible maldad, y al propio tiempo me lanzó una mirada fulminante.

-¡Perro!-vociferó-. ¡Perro blasfemo! ¿Crees que Phaidor, hija de Matai Shang, suplica? ¡Ella ordena! ¿Que significa para ella tu ruin pasión por una puta del otro mundo, a la que elegiste en una vida anterior?

«Phaidor te ha ensalzado con su amor y tú la has despreciado. Diez mil muertes atroces e incomprensibles, no bastarán para borrar la humillación que de ti acaba de recibir. Y esa a la que llamas Dejah Toris perecerá de la manera más espantosa. Tú mismo has firmado su irrevocable sentencia.

«¡Y tu! Tu serás un vil esclavo al servicio de la diosa que en vano has tratado de humillar, y caerán sobre tu cuerpo las torturas y las ignominias, hasta que te arrastres a mis pies implorando la muerte.

«Con mi graciosa generosidad atenderé al fin tus ruegos, y del más alto balcón del Acantilado Dorado veré cómo te desgarran los grandes monos blancos del valle.»

Ella lo tenía todo previsto. Había programado todo del principio al fin. Me sorprendió pensar que una criatura tan divinamente bella pudiera mostrarse a la vez tan ferozmente vengativa, y se me ocurrió, además, que en su venganza prescindía de un pequeño factor, por lo que, sin ánimo de regodearme en su desgracia y sí con el del permitirla reformar sus planes en un aspecto más práctico, la señalé una de las vantanillas del camarote.

Evidentemente, se había olvidado por completo de lo que la rodeaba y de las circunstancias en que se hallaba, pues al reparar en las oscuras y revueltas aguas por las que el buque descendía, la doncella se desplomó sobre un banquillo, y tapándose la cara con las manos sollozó mas como una niña desgraciada que como una diosa arrogante y omnipotente.

Continuamos descendiendo hasta que el grueso cristal de las ventanillas se calentó sensiblemente a causa del calor de las olas que lo golpeaban. Sin duda estábamos muy por debajo de la superficie de Marte.

En ese momento cesó el descenso y pude oír que los propulsores impulsaban a la nave en línea recta a toda velocidad. Había allí una oscuridad densa, pero el resplandor de nuestras ventanillas y el reflejo de lo que debía ser un poderoso foco montado en la proa del submarino, mostraban que nos abríamos paso a través de un largo y estrecho pasaje rocoso.

Después de unos minutos los propulsores dejaron de impulsamos; quedamos totalmente quietos y luego empezamos a elevamos rápidamente hacia la superficie. Pronto aumentó afuera la claridad y nos detuvimos.

Xodar entró en el camarote con sus hombres.

-Venid-nos dijo, y nosotros le seguimos pasando por la escotilla que uno de los marineros había abierto.

Nos hallábamos en una pequeña bóveda subterránea, en cuyo centro se encontraba el estanque donde flotaba nuestro submarino, como le habíamos visto antes, mostrando sólo su ennegrecido lomo.

Rodeando el borde de la piscina había una plataforma elevada y las paredes de la cueva se elevaban perpendicularmente hasta una altura de varios pies, arqueándose después hacia el centro formando un techo bajo. Los muros en su parte inferior estaban jalonados por varias entradas a pasadizos tenuemente iluminados.

A uno de ellos nos condujeron nuestros captores, y al cabo de un corto paseo nos detuvimos ante una jaula de acero puesta en el fondo de un pozo que se elevaba mucho más lejos de donde nos alcanzaba la vista.

La jaula resultó ser del modelo corriente de ascensores usados en diferentes partes de

Barsoom. Se movía por medio de enormes magnetos suspendidos en lo alto del pozo. Por medio de un aparato eléctrico se regulaba el volumen del magnetismo generado y se variaba la velocidad ascensiorial.

En largos trechos el ascensor subía con mareante rapidez, especialmente al acercarse a la superficie porque la escasa fuerza de gravedad inherente a Marte ofrecía una muy débil resistencia a la poderosa fuerza que tiraba de el.

Apenas se cerró la puerta de la jaula detrás de nosotros y ya el ascensor se había parado en el rellano de arriba; tan rápida fue nuestra ascensión por el largo pozo.

Cuando salimos del pabellón que alojaba la estación superior del ascensor, nos encontramos en medio de un paisaje verdaderamente maravilloso. Ningún idioma terrestre posee palabras para expresar las increíbles bellezas de la escena.

Se podría hablar de árboles con follaje escarlata y ramas de marfil, plagados de brillantes capullos purpúras; de sinuosos senderos empedrados con rubíes, esmeraldas, turquesas y diamantes triturados; de un magnífico templo de oro pulido que ostentaba unos maravillosos dibujos hechos a mano; ¿pero dónde están las palabras para describir los fascinantes colores desconocidos para los ojos terrestres? ¿y dónde la mente o la imaginación capaz de recoger voluptuosos fulgores de unos rayos tan inverosímiles como los que irradian de las millares de indescriptibles joyas de Barsoom?

Incluso mis ojos, acostumbrados durante años enteros a los salvajes esplendores de la corte de un Jeddak de Marte, se asombraron al presenciar la gloria de tal espectáculo.

Phaidor no pudo disimular su estupefacción.

-El templo de Issus -murmuró, casi para ella.

Xodar nos observaba, sonriendo maliciosamente, entre divertido y aburrido.

Los jardines rebosaban de la más brillante multitud compuesta de hombres y mujeres de raza negra vistosamente ataviados. Entre ellos, iban y venían doncellas rojas y blancas dispuestas a cumplir sus más mínimos deseos. Los palacios del mundo exterior y los templos de los them, saqueados por los piratas, habían sido despojadas de sus princesas y diosas, convertidas en esclavas.

A través de esta escena nos dirigimos al templo. Frente a la entrada principal fuimos detenidos por un cordón de guardias armados. Xodar habló unas palabras con el oficial que se acercó a nosotros para interrogamos, y juntos penetraron en el templo, donde permanecieron un largo rato.

Cuando volvieron nos anunciaron que Issus deseaba conocer a la hija de Matai Shang y a la extraña criatura de otro planeta que había sido Príncipe de Helium.

Lentamente anduvimos por interminables corredores de inexpresable belleza y atravesamos magníficas estancias y suntuosos vestíbulos. Al fin nos detuvieron en una espaciosa cámara situada en el centro del templo. Uno de los oficiales que nos acompañaban, se adelantó hacia una gran puerta que estaba situada en el extremo más apartado de la sala. Allí debió hacer alguna especie de señal, porque inmediatamente se abrió la puerta y salió otro cortesano lujosamente vestido.

A continuación nos llevaron junto a esa entrada y nos mandaron que nos pusiéramos de rodillas, con las manos apoyadas en el suelo, dando la espalda a la habitación a la que íbamos a pasar. Las puertas se abrieron de par en par, y después de advertirnos que no volviéramos la cabeza bajo castigo de una muerte instantánea, se nos consintió a comparecer en presencia de Issus.

Jamás había estado durante toda mi vida en tan humillante postura, y sólo mi amor a Dejah Thoris y la esperanza, todavía aferrada en mí, de poder verla de nuevo, evitó que levantase la cara delante de la diosa de los Primeros Nacidos y muriese como un caballero, enfrentándome a mis enemigos y derramando su sangre con la mía.

Después de arrastramos de tan ridícula manera unos doscientos pies, nuestra escolta nos obligó a detenernos.

-Que se levanten-dijo de nosotros una voz fina y trémula a aunque habituada a mandar

en el transcurso de los años.

-Alzaos-dijo uno de nuestros escoltas-, pero no miréis directamente hacia Issus.

-La mujer me agrada-exclamó la voz débil y temblorosa al cabo de unos momentos de silencio-. Me servirá el tiempo habitual. Al hombre podéis devolverlo a la isla de Shador, cercana a la costa septentrional del mar de Omean. Ahora permitid que la mujer se vuelva para mirar a Issus, sabiendo que los de las clases inferiores que contemplan la sagrada visión de su faz resplandeciente sólo disfrutan de tan espléndida dicha un año escaso.

Observé a Phaidor por el rabillo del ojo. Había palidecido mortalmente. Despacio, muy despacio, se volvió como atraída por alguna invisible e irresistible fuerza. Estaba tan cerca de mí, que me rozó un brazo con el suyo desnudo cuando vio por completo a Issus, Diosa de la Vida Eterna.

No pude ver la cara de la joven, en el instante en que ésta puso por primera vez sus ojos en la Suprema Deidad de Marte, pero sentí el escalofrío que corrió por ella en el tembloroso brazo que tocaba el mío.

-Debe ser fascinantemente hermosa -pensé yo-, para causar tanta emoción en el pecho de una criatura tan perfecta físicamente como Phaidor, la hija de Matai Shang.

-Dejad aquí la mujer. Retirad al hombre. Id.

Así habló Issus y la pesada mano del oficial cayó sobre mi hombro De acuerdo con sus instrucciones, volví a ponerme a gatas y salí arrastrándome de la Presencia. Así tuve mi primera audiencia con Issus, la que confieso que no me causó la menor impresión salvo el dolor que lo violento de la posición me produjo en mis doblados huesos.

Ya fuera de la cámara se cerraron las puertas detrás nuestra y se me ordenó que me incorporara. Xodar se reunió conmigo y juntos desanduvimos el camino dirigiéndonos a los jardines.

-Me perdonaste la vida cuando con facilidad pudiste quitármela-dijo después de que caminamos bastante trecho silenciosos-. Y te ayudaría si pudiera. Pero me será posible hacerte la vida aquí más soportable, aunque tu destino es inevitable. Nunca volverás al mundo exterior.

-¿Qué porvenir me espera? -pregunté.

-Eso depende principalmente de Issus. Mientras no mande que te llamen para enseñarte su rostro, vivirás años y años sometido a la forma de esclavitud más benigna que pueda conseguirte.

-¿Y por qué podría enviar a buscarme? -pregunté de nuevo.

-Se vale a menudo de los hombres de clases inferiores a fin de que la diviertan de varios modos Un luchador como tú, por ejemplo haría un buen papel en las ceremonias mensuales del templo. En ellas pelean hombres contra hombres o contra fieras para satisfacción de Issus y abastecimiento de su despensa.

-¿Come carne humana? -interrogué sin horrorizarme, ya que desde mi reciente trato con los Them Sagrados, estaba preparado para todo en aquel aún menos accesible cielo, donde sólo imperaba una sola omnipotencia y en el que las edades de mezquino fanatismo y de egoísmo ruin habían borrado los instintos humanitarios mucho más ricos que la raza quizá poseyó alguna vez.

Era un pueblo borracho de poderío y éxito, que consideraba a los demás habitantes de Marte como nosotros las bestias del campo y de la selva. ¿Por qué, pues, no habían de comer carne de los seres inferiores, si ignoraban sus modalidades y sentimientos, así como nosotros desconocemos los pensamientos íntimos y los sentimientos del ganado que sacrificamos para la mesa?

-La diosa, aparte de algunas golosinas, no come más que la carne de los Sagrados Them y de los barsoomianos rojos. La de los demás va a nuestras mesas, y los esclavos se contentaban con la de los animales.

No comprendí entonces que residía un significado especial en su alusión a otras golosinas. Pensé que se había llegado al límite de la glotonería en lo referente al menú de

Issus; pero todavía me faltaba mucho que aprender en cuanto a los abismos de crueldad y bestialidad en que puede caer un ser omnipotente en posesión plena de su grandeza.

Nos hallábamos ya en el último de los muchos aposentos y corredores que conducían a los jardines, cuando nos alcanzó un emisario.

-Issus desea ver otra vez a este hombre-exclamó-. La muchacha le ha dicho que es extraordinariamente hermoso y tan valiente que él solo dio muerte a siete Primeros Nacidos y apresó con las manos desnudas al propio Xodar, atándole con sus propios correajes.

Xodar no consiguió disimular su disgusto. Sin duda le desagradaba la idea de que Issus estuviera enterada de su derrota poco gloriosa.

Sin una palabra dio media vuelta, y ambos seguimos al oficial de vuelta hasta las puertas cerradas, por las que se entraba a la cámara de Issus, Diosa de la Vida Eterna.

Allí se repitió la anterior ceremonia, y de nuevo Issus me ordenó que me levantara. Durante unos minutos reinó en la estancia un silencio sepulcral. Los ojos de la deidad no se apartaban de mí.

De repente la delicada voz trémula rompió el silencio pronunciando, con tono de monótona canturía, las frases que en el curso de incontables edades fueron la sentencia de muerte para infinidad de víctimas.

-Dejad que el hombre se vuelva y que mire a Issus, sabiendo que los de las clase inferiores que contemplan la sagrada visión de su faz resplandeciente sólo disfrutan de tan espléndida dicha un año escaso.

Obedecí la orden esperando experimentar un efecto que únicamente la revelación de la gloria divina a los ojos mortales pudiera producir. Lo que vi fue una sólida falange de hombres armados parados delante de un estrado que sostenía un gran banco de madera de sorapo tallado. En aquel banco o trono se acurrucaba una mujer negra, evidentemente muy vieja. No le quedaba un solo cabello en la pelada cabeza, y con la excepción de dos amarillentos colmillos, carecía de dientes. A los lados de su afilada y aquilina nariz fosforescían dos ojos enterrados en el fondo de unas órbitas horriblemente hundidas. Tenía la piel de la cara llena de lívidas cicatrices y muy profundos surcos. Su cuerpo, tan arrugado como el rostro, no era menos repulsivo.

Unos brazos y piernas esqueléticos, unidos a un torso que parecía ser un abdomen deforme completaban la «sagrada visión de su belleza resplandeciente».

La rodeaban numerosas esclavas, y entre ellas Phaidor, blanca y temblorosa.

-¿Es ése el hombre que mató a siete de nuestros guerreros y ató con las manos desnudas al Dátor Xodar, sirviéndose de sus correajes? - preguntó Issus.

-Gloriosísima visión del amor divino, lo es-replicó el oficial que permanecía a mi lado.

-Traed al Dátor Xodar-ordenó.

Trajeron a Xodar de la habitación contigua.

Issus le miró, y en sus horribles ojos leí claramente un designio espantoso.

-¿Y eres tú un Dátor de los Primeros Nacidos? -aulló-. Por la desgracia que has acarreado a la Raza Inmortal serás degradado y puesto a la altura de los más bajos. Dejarás de ser Dátor para convertirte de ahora en adelante, y para siempre, en un siervo de los esclavos y cumplirás las órdenes de los individuos más ruines de cuantos sirven en los jardines de Issus. Despójate de tu armadura. Los cobardes y los esclavos no usan esos arreos.

Xodar se mantuvo imperturbablemente erguido Ni se le estremeció un músculo, ni el más ligero temblor sacudió su gigantesco cuerpo cuando un soldado de la guardia le arrancó con rudeza sus hermosas vestiduras.

-¡Fuera, fuera!-chilló la enfurecida viejecilla-, y en vez de morar en los luminosos jardines de mi palacio, ve a servir como esclavo de este esclavo que te conquistó en la prisión de la isla de Shador, en el Mar de Omean. Quitadlo de la vista de mis divinos ojos.

Despacio y sin bajar la frente salió el arrogante Xodar de la estancia. Issus se levantó,

descendió del estrado con paso vacilante y se dispuso a abandonar también la sala de audiencias. Girándose hacia mí dijo:

-Por el momento volverás a Shador. Más tarde se ocupará Issus de comprobar tu forma de combatir. Vete.

Entonces desapareció seguida de su séquito. Sólo Phaidor se quedó rezagada, a fin de correr a mi lado antes de que yo, acompañado de mi guardia, me dirigiera a los jardines.

-¡Oh, no me dejes en este terrible sitio!-balbució- Perdóname lo que te dije, mi Príncipe. No pensé en lo que decía. Sólo llévame de aquí contigo. Permíteme sufrir junto a ti tu encarcelamiento en Shador.

Sus palabras constituían casi una incoherente descarga de ideas, tal era la rapidez con que las pronunciaba.

-No entendiste el honor que te dispensé. Entre los them no hay matrimonio, al modo que existe en las clases inferiores del mundo exterior. Hubiéramos podido vivir eternamente juntos amándonos dichosamente. Ambos hemos mirado a Issus, y moriremos dentro de un año. Al menos vivamos este último año juntos y seamos felices en la medida en que lo puedan ser los condenados.

-Si me resultó difícil entenderte, Phaidor-respondí-, tú tampoco entiendes mis motivos, porque ignoras completamente los móviles que me guían y las costumbres y leyes sociales que yo acato. No quiero ofenderte, ni deseo despreciar el honor que me hiciste; pero lo que deseas es imposible. Pese a la desatinada creencia de los pueblos del mundo exterior, de los Sagrados Them y de los Primeros Nacidos, yo aún no he muerto. Mientras vivo mi corazón palpita por una sola mujer... la incomparable Dejah Thoris, Princesa de Helium. Cuando la muerte me llegue y mi corazón cese de latir, no sé lo que sucederá. En esto soy tan sabio como Matai Shang, Amo de la Vida y la Muerte sobre Barsoom, o Issus Diosa de la Vida Eterna.

Phaidor permaneció mirándome con atención durante un momento y en sus ojos, lejos de manifestarse enojo, vislumbré una patética expresión de desesperanzada tristeza.

-No te entiendo-dijo, y se separó de mi, encaminándose con calma a la puerta por la que se fueron Issus y su comitiva. Un instante más tarde la había perdido de vista.

CAPITULO X - La Isla Prisión de Shador

En los jardines exteriores, a los que el guarda me condujo entonces, encontré a Xodar rodeado de una turba de negros nobles que le insultaban y maldecían. Los hombres le abofeteaban y las mujeres le escupían.

Cuando yo aparecí, todos fijaban en mí la atención.

-¡Ah!-gritó uno-, ése es el que sin armas cogió prisionero al gran Xodar. Vamos a ver cómo lo hizo.

-Que ate a Thurid-opinó una hermosa mujer riéndose-. Thurid es un verdadero Dátor, que enseñará a ese perro lo que es enfrentarse a un hombre de verdad.

-¡Si, Thurid, Thurid! -vociferaron una docena de personas.

-Aquí está -exclamó otro.

Me volví en la dirección indicada y vi a un fornido negro vestido con lujo, que, provisto de resplandecientes galas y armas, se adelantaba hacia nosotros con porte noble y gallardo.

- ¿Qué sucede? -exclamó-. ¿Qué queréis de Thurid?

Pronto se lo explicaron una docena de voces.

Thurid clavó en Xador una mirada sañuda, entornando los ojos hasta reducirlos a casi dos finas líneas.

-¡Cobarde!-murmuró-. Y yo que pensaba que llevabas el corazón de un sorak en tu podrido pecho. A menudo me aventajaste en las reuniones secretas de Issus, pero ahora

en el campo de batalla, donde los hombres se enfrentan de verdad, tu débil corazón ha revelado sus ruindades al mundo entero. Cobarde, yo te aplastaré con mi pie.

Y, expresándose así, se dispuso a patear a Xodar.

Mi sangre entró en ebullición. Mientras el jactancioso guerrero había hablado me estuvo hirviendo, indignado por el trato cobarde que daba a su antes encumbrado compañero, caído en desgracia con Issus. No sentía amor por Xodar, pero jamás he presenciado una cobarde injusticia y la persecución de alguien sin que me ciegue la cólera y sin que realice actos provocados por el impulso del momento que en otra situación jamás haría.

Me hallaba muy cerca de Xodar cuando Thurid levantó el pie para soltar la cobarde patada. El degradado Dátor permanecía erguido e inmóvil como una imagen de talla. Aguardaba a recibir la agresión de su vengativo camarada y se disponía a soportar callado y con estoicismo los reproches y los insultos de los que antes eran sus camaradas.

Pero cuando Thurid se disponía a descargar en su víctima la brutal patada, yo me adelanté y le di en una espinilla un golpe tan violento y certero que libró a Xodar de la ignominia.

Hubo un instante de tenso silencio, y luego Thurid lanzando un rugido de rabia, se arrojó sobre mi garganta, como Xodar intento hacerlo en la cubierta del crucero. Los resultados fueron idénticos, pues yo me escurrí de sus tendidos brazos y cuando pasaba velozmente de largo, le asesté un tremendo directo en un lado de la mandíbula.

El corpulento sujeto giró como una peonza, se le doblaron las rodillas y se desplomó a mis pies.

La multitud miró con asombro, primero al postrado cuerpo del altivo Dátor, tumbado en el polvo de rubí del paseo, y después a mí., como negándose a creer que pudiera haber hecho tal cosa.

-¡Me pedisteis que atara a Thurid!-exclamé- ¡Atrás!

Entonces me incliné sobre el cuerpo caído, le quité sus correajes y até con fuerza los brazos y las piernas del individuo.

-Ahora, al igual que habéis hecho con Xodar, haced con Thurid. Llevadlo a Issus, así como está, atado con las correas de su propio arnés, para que pueda ver con sus propios ojos que hay entre vosotros alguien más grande aún que el Primer Nacido.

-¿Quién sois? -balbució la mujer autora de la idea de que yo atase a Thurid.

-Soy un ciudadano de dos mundos: el capitán John Cartel, de Virginia, Príncipe de la Casa de Tardos Mors, Jeddak de Helium. Llevad este hombre a vuestra diosa, tal y como os he dicho, y contadle que incluso el más poderoso de sus Dátores correrá igual suerte. Con las manos desnudas, sin espada larga ni corta, desafío a combate a la flor de sus paladines.

-Ven -dijo el oficial encargado de conducirme a Shador-; tengo órdenes terminantes que no admiten dilación. Xodar ven tú también.

Noté cierta variación en el tono que empleaba aquel hombre al dirigirse a Xodar y a mí. Era indudable que ya le inspiraba menos desprecio el degradado Dátor, en vista de la facilidad con que yo había dado su merecido al poderoso Thurid.

En cuanto a mí, el respeto que empezaban a tenerme, a pesar de mi condición de esclavo, se manifestaba claramente en el hecho de que durante nuestro camino de vuelta iba siempre a mí lado o detrás de mí, sin soltar de la mano su espada corta.

El regreso al Mar de Omean tuvo lugar sin incidentes. Bajamos por el tenebroso pozo en la misma jaula que nos había traído a la superficie; entramos en el submarino, que se sumergió en busca del túnel situado muy debajo del mundo exterior, lo recorrimos y subimos de nuevo al estanque que sirvió para introducimos en el maravilloso camino de Omean al Templo de Issus.

Desde el islote del submarino nos trasladaron en un pequeño crucero a la lejana isla de

Shador.

Aquí encontramos una pequeña cárcel de piedra y una guardia compuesta por media docena de negros. No emplearon ceremonias para encerramos: uno de los negros abrió la puerta del calabozo con una enorme llave, entramos en el cuarto, cerraron la puerta detrás de nosotros, chascó el cerrojo y con ese ruido me invadió el desconsolador sentimiento de desesperación que había experimentado antes en la cámara misteriosa de los Acantilados Dorados más allá de los jardines de los Sagrados Thern.

Entonces Tars Tarkas estaba junto a mí, pero en Shador me hallaba completamente solo en lo que a compañía grata se refería. Por eso eché mucho de menos al gran Thark y a mi preciosa amiga la joven Thuvia, la suerte de los cuales me preocupaba sobremanera. Aunque por cualquier milagro hubieran conseguido escaparse y refugiarse entre gentes hospitalarias, no podía esperar que me socorrieran, lo que seguramente hubiesen hecho gustosos de ofrecérseles ocasión para ello.

No podían adivinar el giro que había dado mi destino, porque ningún barsoomiano podía soñar que existiera un lugar como éste. Y aunque alguno tuviera noticia de él y conociere la exacta situación de mi cárcel, no conseguirían penetrar en el enterrado mar y enfrentarse a la poderosa flota de los Primeros Nacidos. No; mi caso era desesperado.

Sin embargo resolví no amilanarme en el duro trance, e incorporándome, deseché el sombrío pesimismo que intentaba adueñarse de mi alma. Con la idea de explorar el calabozo, dirigí en tomo mío una escrutadora mirada.

Xodar, inclinada la cabeza, estaba sentado en un bloque de piedra situado casi en el centro del cuarto. Desde que Issus le degradó guardaba un hosco silencio.

El edificio carecía de techo y sus paredes se levantaban hasta una altura de quince metros aproximadamente. A la mitad de esa distancia había un par de tragaluces provistos de gruesos barrotes. La prisión constaba de varias celdas, separadas entre sí por tabiques de veinte metros de altura. El triste aposento que ocupábamos era vasto y tenía dos puertas que comunicaban con las celdas contiguas. Como estaban abiertas, entré en el calabozo inmediato, por cierto vacío, y continué visitando las demás piezas, sin encontrar en ellas a nadie, hasta que por fin hallé en una a un joven marciano rojo que dormía tumbado en el banco de piedra, único mueble de la desmantelada habitación.

Evidentemente se trataba de otro prisionero. Mientras dormía me incliné sobre él y le miré. Tenía en la cara algo que me pareció familiar y que, no obstante, me produjo extrañeza. Sus facciones sumamente correctas y las proporciones escultóricas de su cuerpo le hacían hermoso, sin duda alguna. Para ser de raza roja. el color de su piel era poco acentuado, pero en otros aspectos resultaba un ejemplar típico de los suyos.

No le desperté, porque el sueño de los presos es un don inapreciable del que no se debe privar a quienes lo disfrutan. Hay prisioneros que si se los despierta bruscamente se convierten en bestias feroces, capaces de matar a sus mejores amigos.

Volví por tanto a mi celda y vi que Xodar continuaba sentado en la misma posición en que lo había dejado.

-¡Hombre! -exclamé-; de nada te servirá entristecerte de esta manera. No te avergüences de que te venciera John Carter. Ya viste la facilidad con que acabé con las artimañas de Thurid, tu rival, y también te consta que en la cubierta de tu crucero maté en combate limpio a tres de sus tripulantes.

-Ojalá me hubiera ocurrido lo mismo-dijo.

-¡Vamos, vamos!-exclamé-. Aún no está todo perdido. Ambos vivimos y sabemos pelear con valor. ¡A luchar, entonces, por la libertad!

Me escuchó con sorpresa.

-No digas estupideces-contestó-. Issus es omnipotente. Issus es omnisciente y ha oído las palabras que acabas de pronunciar. Tampoco ignora lo que ahora piensas. Es sacrilegio incluso pensar desobedecer sus mandatos.

-¡Estúpido! Yo me río de tu Issus-exclamé con impaciencia.

El se puso en pie, enfurecido.

-La maldición de Issus caerá sobre tu cabeza-gritó-. De aquí a un momento te destrozará, no sin condenarte a que mueras en la más tremenda agonía.

-¿Crees eso, Xodar? -le pregunté.

-Claro. ¿Quién puede dudarlo?

-Yo, y no sólo lo dudo, sino que lo niego-añadí-. ¡Ah! Xodar, tú afirmas que ella incluso conoce la manera de leer en mi pensamiento; pero por lo visto ignoras que los hombres rojos poseen esa facultad desde tiempo inmemorial, a la que añadir la de bloquear los suyos para que nadie pueda penetrar en el fondo de su mente. Aprendí el primer secreto hace años, y en cuanto al segundo, no tuve necesidad de aprenderlo, puesto que en todo Barsoom no hay nadie capaz de averiguar lo que se procesa en secreto en mi mente. Tu diosa no puede descubrir lo que pienso, y ni siquiera es capaz de hacerlo en tí cuando estás lejos de su presencia. Si le hubiera sido posible conocer mi opinión, temo que su orgullo hubiera sufrido un fuerte revés el momento en que por orden suya me volví para contemplar la «sagrada visión de su faz resplandeciente».

-¿Qué quieres decir? -murmuró el negro con voz afligida y tan bajo que apenas conseguí oírle.

-Que me pareció la más repulsiva, desagradable y horrenda de todas las criaturas que hasta entonces había visto.

Durante un minuto me miró con una estupefacción rayana en el espanto, luego, profiriendo un grito de rabia, se lanzó contra mí.

-¡Blasfemo!

No quise herirle, ni era necesario, tratándose de un hombre desarmado y, por lo tanto, totalmente inofensivo. Por eso me limité a cogerle la muñeca izquierda con mi mano del mismo lado y a ponerle el brazo derecho encima del hombro izquierdo, apretándole fuertemente la barbilla con mi codo, a fin de que doblara el cuerpo hacia atrás, lo que llevé a cabo fácilmente.

Así estuvo unos instantes, acobardado, sin dar rienda suelta a su cólera, impotente.

-Xodar -le dije-. Seamos amigos. Tal vez estaremos obligados a vivir juntos un año entero en el estrecho recinto de este lúgubre calabozo. Siento haberte ofendido, pero no pude ni soñar que siendo una víctima de la cruel injusticia de Issus, todavía creas en su divinidad. Voy a decirte algo más, Xodar, no con ánimo de herir tus sentimientos más profundos, sino con el de convencerte de que mientras residamos aquí seremos más árbitros de nuestros destinos que cualquiera de esos dioses a los que idolatras.

«Issus, ya lo ves, no me ha matado todavía, aunque acudió en su auxilio su fiel Xodar para librarle de las garras del impío que osaba burlarse de su incomparable belleza. No Xodar; tu Issus es una viejecilla mortal, y lejos de ella no puede hacerte el menor daño. Con tu conocimiento de esta extraña tierra y el mío del otro mundo, dos hombres esforzados como nosotros, si se lo proponen, lograran recobrar la preciosa libertad, y aunque sucumbamos en la empresa, siempre es preferible a llevar una existencia mísera hasta que se le antoje matamos a un tirano malvado, llámese diosa, o bruja o lo que tú quieras.

Cuando acabé de hablar, permití que Xodar se incorporase y le solté. El guerrero negro no renovó su ataque y se mantuvo callado. En cambio, se dirigió al bloque de piedra y, anonadado, sentóse en él sumiéndose un largo rato en hondas cavilaciones.

Al cabo de varias horas, oí un ruido sordo en la puerta que daba a la celda inmediata. La abrí y vi al joven marciano rojo, que a su vez nos miró con suma atención.

-¡Kaor!-exclamé, saludándole a la manera de la gente de su raza.

-¡Kaor!-respondió-. ¿Qué hacéis aquí?

-Aguardar la muerte, supongo-contesté con triste sonrisa.

-Yo también-me contestó-. Pero yo moriré antes. Pronto se cumplirá el año desde que admirara la radiante belleza de Issus, y por cierto que todavía no me explico cómo no caí

muerto de susto al contemplar por primera vez su ridícula y siniestra figura, ¡Qué tripa! Por mis antepasados que jamás hallé nada tan grotesco en el Universo. ¡Y pensar que a eso lo llaman Diosa de la Vida Eterna, Diosa de la Muerte, Madre de la Luna más próxima y cincuenta títulos por el estilo! ¡En fin! Para volverse loco de risa.

-¿Cómo vinisteis aquí? -le pregunté.

-Muy sencillo. Yo volaba en una aeronave individual con rumbo al Sur cuando se me ocurrió la peregrina idea de buscar el Mar Perdido de Korus, que la tradición coloca cerca del Polo Sur. Debo haber heredado de mi padre el genio aventurero, así como un hueco donde suele estar la protuberancia del respeto. Había llegado a la extensión del hielo eterno, cuando la hélice de mi aparato se agarrotó y tuve que tomar tierra para reparar la avería, pero antes de que me diera cuenta, el aire se llenó de aeronaves y centenares de estos diabólicos negrazos se bajaron de ellas, rodeándome.

«Me acometieron con las espadas desnudas, y por fin lograron apresarme, no sin que varios de ellos mordieran el polvo y probaran a qué sabe la hoja de acero que mi padre me regaló. Mucho me hubiera complacido que ese denodado caballero hubiese vivido para presencial cómo peleaba su hijo.

-¿Ha muerto vuestro padre? -le interrogué.

-Murió antes de que se rompiera mi cascara y me fuera posible salir a un mundo que me ha ofrecido bienes sin límites. Salvo la pena de no conocer a mi padre, he sido sumamente feliz. Ahora mismo, mi única tristeza consiste en que mi madre me llorará, como lleva llorando a mi padre diez largos años.

-¿Quién fue vuestro padre? -pregunté.

Iba a responderme, cuando de repente se abrió la puerta principal de nuestra celda y un corpulento carcelero entró y nos ordenó separarnos para pasar la noche, recluyendo al joven marciano en su calabozo, cuya puerta cerró y se guardó la llave en el cinto.

-Issus ha dispuesto-dijo refiriéndose a Xodar y a mí-que ambos estén encerrados en el mismo cuarto. Este cobarde esclavo ha de serviros humildemente -añadió mirando al ex Dátor con desprecio-. Si no se presta a ello, golpeadle sin compasión, pues Issus desea que amontonéis sobre él todas las afrentas y vejaciones que os plazca.

No dijo más y se fue.

-Xodar-murmuré-, ya has oído lo que manda Issus, pero no temas que por mi parte pretenda llevar a cabo sus crueles órdenes. Tú eres un valiente, Xodar y a tí te incumbe consentir o no que te humillen de esa manera, pero si yo fuera tú acudiría a mi energía y desafiaría a mis enemigos.

-He meditado acerca de eso, John Carter-dijo-, y también sobre las nuevas ideas que has imbuido en mi cerebro. Poco a poco he estado comparando las cosas de que me hablaste, y que me sonaron a espantosas blasfemias con las que he visto en mi vida pasada, sin atreverme a pensar por miedo a atraer sobre mí la maldición de la diosa, y ahora no me cabe duda de que Issus es un engaño y de que su divinidad no existe. Es tan divina como tú y yo. Además, te concedo que los Primeros Nacidos no son más sagrados que los Sagrados Them y que éstos en cuanto a santidad tienen la misma que los hombres rojos.

«Todos el conjunto de nuestra religión se basa en una creencia supersticiosa que, por desgracia nuestra, pesa sobre nosotros por obra de los que directamente nos dominan, y para cuyo beneficio y grandeza personales conviene que continuemos creyendo lo que a ellos les interesa hacernos creer. Pero ya estoy dispuesto a deshacerme de las ligaduras que me ataban y a desafiar a la misma Issus, a pesar de que no puedo imaginarme qué beneficio obtendremos de ello. Los Primeros Nacidos, dioses o mortales, son una raza poderosa, de las garras de la cual nos será imposible escapar. ¡Ah!, para nosotros no hay salvación.

-De otros atolladeros peores he salido con bien, amigo-repliqué-, y mientras tenga aliento no pierdo la esperanza de que huyamos de esta isla por muy retirada que se halle

en el mar de Omean.

-¡Ilusiones! ¿Acaso no te has fijado aún en las cuatro paredes de esta mazmorra? Palpa su resbaladiza superficie-añadió tocando la sólida roca de que se componían- y observa que no tiene la menor grieta ni el más ligero saliente que nos permita escalarla para llegar hasta lo alto.

Me sonreí.

-No te preocupes de eso, Xodar-respondí-. Te garantizo que treparé por ese muro y vendrás conmigo, si tú me ayudas con tu conocimiento de las costumbres de este país a elegir la ocasión oportuna para fugamos, y me guías al pozo que conduce desde la bóveda de este mar abismal a la luz y al aire puro del Dios verdadero.

-La noche es el mejor momento y el que nos ofrece la única probabilidad de escaparnos, bien remota por cierto. Entonces los hombres descansan, y sólo una docena de vigilantes dormitan en las cofas de los acorazados. En los cruceros y en las naves menores no se queda nadie de guardia porque los centinelas de los buques grandes bastan para enterarse de todo. Ahora es de noche.

-Pero-exclamé-¿Cómo puede ser de noche, si no está oscuro? Xodar se sonrió.

-Te olvidas-dijo-que nos hallamos muy lejos y debajo del suelo. La luz del sol nunca penetra aquí. En el fondo de Omean jamás se reflejan la luna ni las estrellas. La claridad fosforescente que ves ahora invadiendo esta gran caverna subterránea proviene de las rocas que forman su cúpula, y ni un instante falta en Omean, así como las olas, que tanta extrañeza te habrán producido, ruedan sin cesar en un mar salvaje.

«Cuando es de noche en el mundo de arriba y a la hora marcada, aquí abajo la gente, retenida en estos abismos por sus deberes, se entrega al reposo, aunque la luz sea la misma.

-Siento que nuestra evasión no presente mayores dificultades-exclamé, encogiéndome de hombros-, porque no tendrá mérito alguno hacer una cosa tan sencilla.

-Durmamos primero-aconsejó Xodar-, y al despertarnos mañana decidiremos el plan de fuga.

En efecto, nos echamos en el duro piso de piedra de nuestro calabozo y nos dormimos como lo hacen los hombres fatigados.

CAPITULO XI - Cuando reventó el infierno.

Al día siguiente, de madrugada, Xodar y yo empezamos a planear nuestros proyectos de evasión.. Primero dibujé en el suelo de piedra de nuestra celda un mapa aproximado de las regiones del Polo Sur, valiéndome para ello de los toscos instrumentos a mi disposición: una hebilla de mi arnés y el agudo filo de la maravillosa gema que había quitado a Sator Throg.

Con ese mapa deduje la dirección general de Helium y la distancia a que estaba de la abertura o entrada al mar de Omean. Luego tracé otro mapa de Omean, indicando marcadamente la posición de Shador y del hueco en la bóveda que conduce al mundo exterior, y por último estudié con detenimiento el sueño que había tenido para fijar en mi memoria sus menores detalles.

Gracias a Xodar me enteré de las costumbres y obligaciones de los guardias que patrullaban por Shador, y resultó que durante las horas destinadas al sueño no velaba en la prisión más que un solo hombre, quien recorría un sendero que pasaba alrededor de la cárcel, a una distancia de cincuenta metros del edificio en que vivíamos.

Xodar me dijo que el paso de los centinelas era muy lento, por lo que necesitaban cerca de diez minutos para hacer una sola ronda. Esto significaba que, en la práctica cada lado de la cárcel quedaba sin vigilancia, por lo menos, durante cinco minutos, tiempo invertido por el guerrero negro de guardia en recorrer el lado opuesto, con su lenta

marcha.

-Todos estos informes que me has pedido-añadió Xodar-nos serían muy útiles después que hayamos salido de aquí; pero nada de lo que me has preguntado tiene algo que ver con el asunto principal y más importante.

-Ya verás cómo lo logramos-le contesté riendo-. No te preocupes de eso.

-¿Cuándo intentaremos huir? -interrogó Xodar.

-La primera noche que esté anclada cerca de la costa de Shodar una embarcación de poco porte -repliqué.

-¿Y cómo sabrás que hay alguna nave anclada cerca de Shodar? Las ventanas están muy altas y lejos de nuestro alcance. -Descuida, amigo Xodar ¡mira!

De un salto me agarré a los barrotes de la ventana opuesta a nosotros y eché una rápida ojeada a la escena de afuera.

Varios buques pequeños y dos grandes acorazados se hallaban parados y a unos cien metros de Shador.

-¡Esta noche! -pensé. E iba a comunicar mi decisión a Xodar, cuando, sin previo aviso, abrieron la puerta del calabozo y apareció en ella un carcelero. Si éste me veía era indudable que desaparecería para siempre nuestras probabilidades de fuga, porque si tenían la más ligera idea de la asombrosa agilidad que mis músculos terrestres me proporcionaban en Marte, no dejarían de encadenarme.

El hombre que acababa de entrar se hallaba de pie, en el centro del cuarto, de modo que me daba la espalda.

A dos metros de mí estaba la parte superior del tabique que separaba nuestra celda de la inmediata. De él dependía exclusivamente mí salvación y mi porvenir. Si el carcelero se volvía, mi perdición era segura, pues no me quedaba ni el recurso de deslizarme sigilosamente hasta el suelo, toda vez que aquel hombre ocupaba una posición que no me permitía hacerlo.

-¿Dónde está el blanco? -gritó el guardián a Xodar-. Issus reclama su presencia.

Y se dispuso a volverse para ver si yo estaba en otro sitio de la celda.

Sin perder tiempo trepé por el enrejado de hierro de la ventana hasta que pude apoyar un pie en el reborde de arriba y entonces me solté de los barrotes para saltar a la parte más alta de la pared.

-¿Qué es eso? -oí preguntar con voz ronca al guardián negro, porque rocé con el metal de mi arnés la piedra del muro al caer en ella. Entonces me deslicé con presteza al suelo del cuarto contiguo.

-¿Dónde está el esclavo blanco? -repitió airado el calabocero.

-No lo sé-contestó Xodar-. Aquí estaba cuando entraste. Yo no soy su guardián. ¡Búscale!

El negro masculló entre dientes algo que no pude comprender y le oí correr el cerrojo de una de las puertas correspondiente a la cela de al lado. Presté atención y sentí el ruido de la puerta que cerraba tras él. Entonces salté de nuevo a lo alto del tabique y me dejé caer en mi celda, al lado del atónito Xodar.

-¿Viste cómo nos escaparemos? -le pregunté en voz queda.

-Vi de lo que eres capaz-repuso-; pero continúo sin saber de qué manera podré seguirte cuando superes estos espesos muros. Supongo que no pretenderás que te imite sin poseer tu asombrosa agilidad.

Oí que el guardián iba de celda en celda y que, por último, completada su ronda, entraba en nuestro calabozo. Cuando sus ojos se fijaron en mí se reflejó en ellos el asombro.

-¡Por la cascara de mi primer antepasado!-gruñó- ¿Dónde estuvisteis?

-En el sitio en que me encerraron ayer-contesté-. Aquí estaba cuando entraste hace poco. Mal andas de la vista, viejo.

El negro me miró entre colérico y abochornado.

-¡Ven!-exclamó-. Issus manda que te lleve a su presencia.

Efectivamente, me condujo fuera de la prisión, en la que se quedó. Antes de partir se unieron a nosotros varios guerreros, entre los que se hallaba el joven marciano rojo también prisionero en Shador.

El viaje que hicimos el día anterior al Templo de Issus se repitió. Los guardias se cuidaron de separarnos al joven rojo y a mí, por lo que no nos fue posible reanudar la conversación que interrumpimos la noche pasada.

La cara del joven me daba que pensar. Tenía la seguridad de que no me era desconocida, de que notaba en cada rasgo algo singularmente familiar para mí. Igual me ocurría con su porte, sus gestos y su manera de hablar. Hubiera jurado que le conocía y sin embargo, sabía también que no le había visto nunca.

Cuando llegamos a los jardines de Issus fuimos llevados fuera del Templo, en vez de conducimos a él. El camino serpenteaba entre encantadores vergeles y terminaba en una ciclópea muralla que medía cien metros de altura.

Unas puertas macizas facilitaban el paso a una pequeña planicie, circundada por los mismos frondosos bosques que había al pie de los Acantilados Aureos.

Una multitud de negros caminaba en la misma dirección que la seguida por nosotros, siempre custodiados por los guardias, y de ella formaban parte mis antiguos enemigos, los hombres plantas y los grandes monos blancos.

Las feroces bestias andaban entre el gentío como perrillos falderos y si estorbaban el paso a los negros, éstos les echaban a un lado violentamente o les golpeaban de plano con las espadas, apartándose los animales atemorizados.

Al fin llegamos a nuestro destino, un vasto circo situado en el sitio más distante de la llanura, como a medio kilómetro aproximadamente de los jardines amurallados.

Pasando por un pórtico de elevados arcos, los negros se apresuraron a ocupar sus asientos en las espaciosas gradas, mientras que nuestros guardias nos conducían a una entrada más pequeña, cerca de un extremo del edificio.

Por ella penetramos en una especie de patio que había al otro lado de las gradas, en el que encontramos gran número de prisioneros, reunidos allí bajo una fuerte escolta. Algunos de ellos estaban encadenados, pero la mayor parte se mostraba tan aterrada por la presencia de sus guardianes, que no tenía ni la más ligera intención de escaparse.

Durante el viaje desde Shador no tuve la ocasión de hablar con mi joven compañero de cautiverio; pero una vez dentro de aquel recinto enrejado, nuestros vigilantes relajaron la vigilancia, lo que me permitió acercarme al muchacho marciano de raza roja, por el que sentía tan extraña atracción.

-¿Cuál es el objeto de esta asamblea? -Le pregunté- ¿Vamos a combatir para diversión de los Primeros Nacidos, o se trata de algo aún peor?

-Esto es una parte de las fiestas mensuales de Issus-me contestó-, en las que los negros lavan los pecados de sus almas con la sangre de los hombres del otro mundo. Sí por casualidad, el negro muere, su infortunio demuestra que ha sido traidor a Issus, lo que constituye un crimen imperdonable. Si sale vivo de la lucha, se le reconoce inocente de la acusación que pesaba sobre él cuando se le sometió a la prueba de los ritos purificadores, que así llaman a estas carnicerías. Los tipos de combate varían. A veces, nos hacen pelear contra igual número de negros o con un número doble de ellos, y en varias ocasiones nos obligan a luchar individualmente contra las bestias feroces, mantenidas hambrientas. También, aunque es raro, se enfrenta a nosotros algún famoso guerrero.

-Y si lograras la victoria-interrogué-¿que ganamos con eso?... ¿La libertad?

El joven marciano se echó a reír.

-¿La libertad?... ¡Qué ilusión! Para nosotros no hay más libertad que la de la muerte. Nadie que entra en los dominios de los Primeros Nacidos los abandona con vida. Si demostramos que sabemos pelear, nos permitirán pelear de nuevo, y si no somos

hombres de valor...

Se encogió de hombros.

-¡Bah! Tarde o temprano tenemos que morir en la arena.

-¿Y tú has luchado a menudo? -le pregunté.

-Sí. Muy a menudo-repuso-. Es mi única alegría y he acabado con más de un centenar de estos infernales negros durante casi un año en estas fiestas sangrientas. Mi madre estaría orgullosa de mí si supiera lo bien que mantengo las tradiciones bélicas de mi padre...

-Tu padre debió ser un valeroso guerrero-dije-. En mi tiempo he conocido a muchos bravos capitanes de Barsoom... ¿Quién era?...

-¡Venid, miserables!-gritó la ronca voz de un guardia-. Dirigíos a la matanza.

Aquel alguacil nos empujó con brutalidad a la escalerilla que del patio en que hablábamos conducía a los calabozos subterráneos, situados debajo del circo.

El anfiteatro, como todo lo que yo llevaba visto en Barsoom, se hallaba construido en una gran excavación. Sólo los asientos más altos, que formaban el bajo pretil que rodeaba el pozo sobresalían del nivel del terreno. La misma pista también estaba hundida en el suelo.

Precisamente más allá de la fila inferior de asientos había, al nivel de la superficie de la arena, una serie de jaulas con sólidos barrotes de hierro, en las que nos metieron a empujones y puñetazos. Por desgracia, mi joven amigo no entró en la misma jaula que yo.

Delante de mí, pero a gran distancia se alzaba el trono de Issus. Allí se arrellanaba la horrenda criatura, rodeada de un centenar de doncellas, esclavas suyas, ataviadas con lujo y cubiertas de pedrería. Unas telas brillantes de muchos tonos y extraños dibujos, formaban el suave almohadón que tapaba el estrado sobre el que las muchachas adoraban reclinadas a la diosa. A los cuatro lados del trono, y a varios metros debajo de él, permanecían en rígida postura y alineados en apretadas filas la guardia de honor de Issus, mostrando sus relucientes y pasadas armaduras, y enfrente de los soldados, los altos dignatarios de la ridícula soberana, atezados negros cargados de riquísimas joyas, lucían en las cabezas la insignia de su rango, consistente en un aro de oro.

A la derecha e izquierda del trono se apiñaba desde lo alto al fondo del anfiteatro una compacta masa de seres vivientes. Había tantas mujeres como hombres, y cada una vestía el fastuoso traje propio de su condición y de su casa. A cada mujer negra la servían tres esclavas blancas, arrancadas de los dominios de los *thern* y de las moradas de los demás marcianos del mundo exterior. Los negros son todos nobles. En los Primeros Nacidos no hay pueblo, pues hasta el soldado raso es dios y tiene esclavos que le defiendan.

Los Primeros Nacidos no trabajan. Los hombres pelean y consideran un privilegio sagrado y un deber luchar y morir por Issus. Las mujeres no hacen nada, absolutamente nada. Las esclavas las lavan, visten y dan de comer. Algunas incluso poseen esclavas que hablan por ellas, y vi una que asistió sentada a los ritos, con los ojos cerrados mientras que una muchacha de su séquito la narraba los acontecimientos que se desarrollaban en la arena.

La primera fase de la ceremonia consistía en el tributo a Issus, el cual marcaba el fin de los pobres desgraciados que disfrutaron de la «divina gloria» de mirar a la diosa hacía un año. En aquella ocasión las víctimas iban a ser diez bellísimas muchachas, arrebatadas de las cortes de los altivos Jeddaks y de los templos de los Sagrados *Them.* Habían permanecido un año acompañando a Issus y les correspondía pagar con sus vidas el precio de este terrible favoritismo para servir al día siguiente de manjares en las mesas de los funcionarios palatinos.

Un enorme negro saltó a la pista, poniéndose junto al grupo de las doncellas, y las fue inspeccionando una a una palpándolas y golpeándolas las costillas. Después eligió la que le pareció mejor y la condujo delante del solio de Issus, dirigiendo algunas palabras a ésta

que no puede oír. Issus asintió con la cabeza. El negro levantó las manos en señal de acatamiento, cogió a la muchacha por la cintura y la sacó arrastrando de la arena, por una puertecilla situada debajo del trono.

-Issus comerá bien esta noche-dijo un prisionero a mi lado.

-¿Cómo? -pregunté.

-Sí, la carne de esa desventurada de la que ahora tira el viejo Thabis para llevarla a la cocina, será servida dentro de un rato en la mesa de la diosa. ¿No visteis con qué esmero eligió la más joven y tierna del grupo?

Yo prorrumpí en maldiciones contra el monstruo que se arrellanaba frente a mí en el fastuoso trono.

-¡Cálmate! -me aconsejó mi compañero-, que aún vas a ver cosas mejores si vives un mes más entre los Primeros Nacidos.

Entonces di media vuelta a tiempo de presenciar que se abría bruscamente la puerta de una gran jaula próxima, y que tres enormes monos blancos saltaban a la arena. Las muchachas, aterradas formaron un apretado grupo en el centro de la pista. Al fin los monos se fijaron en las despavoridas doncellas, y lanzando infernales aullidos de bestial frenesí, se arrojaron sobre ellas.

Me invadió una ola de demencial furia. La cruel cobardía de unos seres ebrios de poder, susceptibles de concebir en sus malvadas mentes tales abominables sistemas de torturas, estimuló hasta lo indecible mi ira y mi viril ímpetu. La nube roja que presagiaba la muerte de mis enemigos se puso delante de mis ojos. Causaba honda pena contemplar la escena. Una de las pobres jóvenes, de rodillas ante Issus, le tendía los brazos implorando piedad, pero la horrible deidad se limitó a mirarla con desdén, saboreando de antemano el placer de que pensaba gozar.

El guardia se hallaba descuidado junto a la puerta desatrancada de la jaula que se encontraba junto a la mía. ¡Qué necesidad había de barrotes ni obstáculos para conservar a las infelices víctimas en la arena del circo, sitio elegido por la voluntad de la diosa como teatro de la hecatombe!

De un solo golpe derribé al negro, dejándole en el suelo sin sentido. En seguida le arrebaté su espada, y blandiéndola, me precipité a la pista.

Los monos iban ya a caer sobre las doncellas; pero con un par de violentos saltos, propios de mis músculos terrestres, me puse sin vacilar en el centro del ruedo.

Durante un instante reinó en el vasto anfiteatro un profundo silencio, y luego un clamor salvaje salió de las jaulas de los sentenciados. Yo agitaba, sin cesar, en el aire mi larga espada, y un mono cayó sin cabeza a los pies de las aterrorizadas jóvenes. Los otros dos monos se dirigieron a mí, y cuando me disponía a hacerles frente, un imprevisto griterío del público respondió a las locas exclamaciones de los enjaulados. Con una mirada de soslayo me di cuenta de que unos veinte guerreros negros venían corriendo hacia mí por la reluciente arena. Entonces, de una de las jaulas situadas detrás de mí, surgió, como por ensalmo, la figura del joven rojo, que tan conocido me resultaba.

Mi valiente amigo se detuvo un momento ante los cautivos, con la espada en alto.

-¡Salid hombres del otro mundo!-gritó-. Vended caras unas vidas que pretenden quitamos cobardemente, y en el día del tributo a Issus, demostrad quiénes sois a este valiente guerrero que ha acudido en defensa de la inocencia. Saciad en una orgía de venganza el odio que acumuláis en los corazones y que la tarde de hoy jamás se borre de la memoria de estos negros mientras subsistan los ritos de Issus. ¡Venid! En las rejas de nuestras jaulas tenéis armas suficientes para combatir.

Sin esperar el resultado de su ardorosa arenga, el joven corrió denodadamente a mi lado. De cada jaula donde había hombres rojos salió un estruendoso vocerío en respuesta a la exhortación del muchacho. Los vigilantes de adentro fueron impotentes para contener a la rugiente muchedumbre y las ergástulas vomitaron a sus ocupantes, ansiosos de verter la sangre de sus verdugos.

Los prisioneros, siguiendo el consejo que acababan de darles, se armaron con las espadas que les iban a entregar para que tomasen parte con ellas en los cruentos combates, y un tropel de valerosos marcianos acudió en nuestro auxilio.

Los grandes monos, pese a su corpulencia y a sus siete metros de altura, mordieron el polvo, al filo de mi espada cuando el pelotón de guardias destinados a prenderme se encontraba todavía a alguna distancia de mí. Tras ellos corría, enfurecido, mi, joven amigo. A mi espalda estaban las muchachas, y como por salvarlas arriesgaba la vida permanecí impávido para sufrir mi inevitable y fatal destino, pero resuelto a dejar de mi sacrificio tal recuerdo que jamás se olvidara en la tierra de los Primeros Nacidos.

Me chocó la maravillosa velocidad del guerrero rojo al correr detrás de los negros, pues de ningún modo era natural en un marciano. Sus brincos y zancadas casi podían compararse a los que yo daba, gracias a mi agilidad y musculatura terrestre y por las cuales logré granjearme el respeto y la admiración del pueblo verde en la época de mi primera aparición en el planeta moribundo.

Los guardias aún no habían cumplido su misión, cuando él cayó sobre su retaguardia, y antes de que pudieran hacerle cara, pensando por la violencia del asalto que les atacaban una docena de hombres, yo me puse a su lado, orgulloso de su valentía, como si se tratase de la mía.

En la sangrienta pelea que se entabló, apenas sí puede hacer otra cosa que vigilar los movimientos de mis inmediatos enemigos, pero de vez en cuando eché una rápida ojeada a la reluciente espada y a la arrogante figura del varonil joven que se había apoderado de mi corazón, despertando en él incomprensibles sentimientos. Yo, sin darme cuenta, me enorgullecía de su valor.

En el hermoso rostro del joven se dibujaba una triste sonrisa, y en varias ocasiones lanzaba miradas retadoras a los adversarios, con los que luchaba sin descanso. En eso, y en otras cosas, su modo de pelear se parecía al que yo siempre puse en juego en el campo de batalla. Quizá fue esa vaga semejanza conmigo lo que me movió a encariñarme con el joven marciano mientras que la horrible carnicería causada por su espada en las filas de los negros me inspiraban un gran respeto hacia él. Por mi parte, yo combatía, como era costumbre en mí, según demostré en mis innumerables empresas bélicas, ahora esquivando una astuta acometida, ahora parándome bruscamente y apuntando con la espada el pecho de un contrario, antes de atravesar con ella el cuello de uno de sus compañeros.

Nosotros no perdíamos los ánimos, no obstante lo comprometido de nuestra situación, cuando a un gran pelotón de guardias de Issus se le ordenó tomar parte en la contienda. Lo hicieron así, irrumpiendo en la arena con salvajes alaridos y entonces los prisioneros armados no cejaron de atacarles por la derecha y la izquierda.

Durante media hora aquello fue como si hubiera reventado el infierno. Dentro del arenoso y cercado recinto peleamos en revuelta confusión, rugiendo y maldiciendo cual demonios ensangrentados, y siempre la espada del joven rojo flameó al lado de la mía.

Despacio, y no sin repetidas voces de mando, conseguí poner a los prisioneros en una especie de formación, algo así como un círculo, en el centro del cual se hallaban las doncellas condenadas a muerte.

Muchos habían caído ya de ambos bandos, pero los que llevaban la peor parte, eran sin duda, los guerreros de Issus. Prueba de ello fue que su jefe envió varios mensajeros a distintos sitios del circo, y que a poco de eso, los negros nobles desnudaron las espadas y saltaron a la pista. Indiscutiblemente consistía su plan en aniquilarnos por la superioridad numérica.

En un abrir y cerrar de ojos vi a la dolosa Issus en su trono. La horrenda viejecilla se inclinaba hacia adelante, y en su actitud, verdaderamente repugnante, así como en su marcado gesto de odio y rabia, pensé vislumbrar una expresión de temor. Fue su semblante lo que me inspiró el rasgo de audacia que ejecuté.

Sin perder tiempo ordené que cincuenta de los prisioneros se colocasen detrás de nosotros y formasen un nuevo círculo en tomo de las doncellas.

-Quedaos aquí y protegedlas hasta que yo vuelva -mandé.

En seguida, y dirigiéndome a los que constituían la línea exterior, exclamé:

-¡Muera Issus! Seguidme hasta su trono y allí obtendremos la venganza y castigaremos sus crímenes.

El Joven rojo, siempre junto a mí, fue el primero en repetir el grito «¡Muera Issus!», y luego a mi espalda y de todas partes surgió un ronco clamor: «¡Al trono! ¡Al trono!»

Nos adelantamos como un solo hombre, aunque éramos una irresistible masa combatiente, y pisando los cuerpos de nuestros enemigos, muertos o moribundos, fuimos acercándonos al fastuoso trono de la deidad marciana. Entonces se destacaron del público las hordas negras, capitaneadas por los más encumbrados próceres de los Primeros Nacidos, a fin de detener nuestros progresos. No lo lograron, pues dábamos buena cuenta de ellos como si se tratase de muñecos de cartón.

-¡A los asientos unos cuantos!-grité al aproximamos a la barrera de la pista-. Diez de nosotros bastan para llegar al trono.

Era que había visto a la casi totalidad de los guardias de Issus entrar en la arena para tomar parte en la batalla. Obedeciendo mi orden, los prisioneros se extendieron a derecha e izquierda por los asientos, haciendo con sus cortantes espadas en la apiñaba multitud una espantosa carnicería. Pronto, en el circo entero, no se oyeron más que los ayes de dolor de los heridos y los agonizantes, mezclados con los chasquidos de las armas y el frenético vocerío de los vencedores.

Hombro con hombro, el muchacho rojo y yo, a la cabeza de una docena de adeptos, íbamos ganando terreno debajo del trono. Los guardias que quedaban, reforzados por los altos dignatarios y la nobleza de los Primeros Nacidos, se interpusieron entre nosotros e Issus, la que sentada, sin disimular su angustia, en el tallado solio de sorapo, prodigaba con voz chillona las órdenes imperativas a sus secuaces, lanzando también furiosas maldiciones a los que osaban ultrajar su divinidad.

Las atemorizadas esclavas que la rodeaban nos contemplaban temblorosas y con los ojos muy abiertos, no sabiendo si desear nuestra victoria o nuestra derrota. Varias de ellas, sin duda hijas altivas de los más ilustres caudillos de Barsoom, arrancaron las espadas de las manos de los caídos y se arrojaron contra los guardias de Issus, quienes las pasaron a cuchillo; ¡mártires gloriosas de una causa digna de mejor suerte!

Los hombres que nos acompañaban peleaban con brío, pero nunca desde que Tars Tarkas y yo luchamos como leones aquella calurosa tarde en que en el fondo del mar muerto aguantamos delante de Thark el empuje de las huestes de Warhoom, había visto nada semejante en cuanto a abnegación e incansable resistencia como la que mi joven amigo desplegó a la hora de tan supremo trance bajo la mirada iracunda de la infame Issus, diosa de la Muerte y la Vida Eterna.

Uno a uno, los que nos estorbaban el paso para llegar al tallado trono de madera de sorapo, conocieron el gusto de nuestras espadas. Otros acudieron para tapar la brecha; pero centímetro a centímetro y metro a metro, acortábamos la distancia que nos separaba de nuestra meta.

De repente, sonó un grito en una sección del edificio: «¡Arriba, esclavos!» y esa invocación a la rebeldía, al principio repetida con miedo, fue adquiriendo cuerpo y se convirtió en infinidad de ondas sonoras que se difundieron por la totalidad del circo.

Durante un momento y como a consecuencia de un asentimiento común, dejamos de combatir para fijamos en la significación del nuevo suceso, y pronto comprendimos todo su alcance. Allí y allá las esclavas se lanzaban sobre sus amas con las armas que primero podían disponer. Una daga, arrancada del arnés de una dama y empuñada por una débil muchacha, se hundió en el seno de su dueña, causándola una herida mortal. Brillaron, esgrimidas por las doncellas, las espadas arrebatadas de manos de los

cadáveres, y cuantos adornos pesados eran a propósito para ello fueron utilizados como mazas por las débiles mujeres para saciar el largo tiempo sentido afán de venganza y para compensarse en parte de los infinitos ultrajes de que habían sido objeto en poder de sus crueles tiranos. Las que no encontraron otras armas se valieron para causar daño de sus fuertes dedos y de su brillante dentadura.

El espectáculo resultaba, en verdad, emocionante y grandioso, mas no me fue permitido contemplarlo porque en seguida nos vimos envueltos en el torbellino del combate y sólo la interminable algarabía de la turba mujeril nos recordaba la participación de ésta en la lid..:

-¡Alzaos esclavos! ¡Alzaos esclavos!

Ya nos separaba únicamente del trono de Issus una delgada fila de hombres. La diosa estaba lívida de espanto y de la boca se le escapaba una espuma amarillenta. Además parecía paralizada por el miedo. En ese momento no peleábamos más que el joven y yo, pues los otros habían caído y yo también estuve a punto de perecer por culpa de un bien dirigido tajo, que no acabó conmigo gracias a la oportuna intervención de mi intrépido compañero, quien con un golpe en el codo de mi contrario evitó que me cortara la cabeza.

El valiente muchacho corrió a mi lado y atravesó con su espada al corpulento negro que me atacaba antes de que pudiera descargarme otro mandoble por el estilo. No obstante, hubiera llegado mi última hora, debido a que mi acero se encajó en el esternón de un Dátor, más fornido aún que la generalidad de los Primeros Nacidos. Cuando aquel gigante cayó, tiré del arma con violencia, y sobre su ensangrentado cuerpo, miré a los ojos de quien con mano rápida me había librado de una muerte segura. Mi salvadora era Faidor, la hija de Matai Shang.

-¡Huye príncipe mío!-exclamó-. Es inútil que sigas luchando. La pista rebosa de cadáveres y cuantos pretendisteis asaltar el trono han muerto, excepto tú y ese joven rojo. Ya sólo te ayudan unos cuantos guerreros rodeados de enemigos y un escaso número de esclavas que apenas pueden tenerse en pie. ¡Oye! Casi no se siente el clamoreo bélico de las mujeres, porque de éstas quedan con vida muy pocas. Para cada uno de los tuyos hay diez mil negros en los dominios de los Primeros Nacidos. Escápate, pues, en busca del espacio libre y dirígete al mar de Korus. Con el esfuerzo de tu brazo no te será difícil ganar los acantilados Aureos y los frondosos jardines de los *Therns* Sagrados. Cuéntale tu historia a Matai Shang mi padre, quien te atenderá, y juntos podréis hallar la manera de socorrerme. Huye te digo, antes de que sea imposible hacerlo.

Pero no era esa mi intención, ni me parecía que valía la pena cambiar la hospitalidad de los Primeros Nacidos por la de los Sagrados *Therns.*

-¡Muera Issus!-grité, y el muchacho y yo reanudamos el combate. Dos negros perdieron la vida, traspasados sus pechos por nuestras invencibles espadas, y a continuación nos hallamos cara a cara diosa y yo. Issus, cuando me disponía a asestarle el golpe decisivo sanó como por encanto de su parálisis, y lanzando un agudo chillido, se levantó para huir. De improviso y precisamente detrás ella se abrió en el piso del estrado un negro y ancho boquete sobre el que saltó cuando el joven y yo la pisábamos los talones.

A su llamada se concentraron sus diseminados guardias y nos embistieron con furia. El joven recibió un golpe en la cabeza y se tambaleó mas no cayó al suelo porque yo le cogí con el brazo izquierdo, sin dejar por eso de hacer frente a la frenética turba de fanáticos ansiosa de vengar la afrenta inferida por mí a su diosa que en aquel instante desapareció de mi vista en la negra sima abierta casi a mis pies.

CAPITULO XII - Condenados a muerte.

Permanecí un instante erguido antes de que los negros me atacaran; pero con su primer empuje me obligaron a retroceder un paso o dos. Mi pie buscó el suelo, pero sólo

halló un espacio vacío. Era que estaba junto al boquete por el que Issus había desaparecido. Al instante procuré sostenerme en su borde; pero luego, con el joven medio desmayado en mis brazos, me sentí precipitado de espaldas la oscura sima.

Apenas nos hubo tragado la trampa, la abertura hecha como por milagro se cerró con igual presteza sobre nosotros y nos encontramos caídos e indefensos en una estancia débilmente iluminada, y situada sin duda debajo de la pista del circo. Cuando me levanté, lo primero que vi fue a la malvada Issus, que me contemplaba tras de los gruesos barrotes de una puerta enrejada existente a un lado del subterráneo.

-¡Mísero mortal!-dijo con su vocecilla estridente-. Sufrirás el espantoso castigo de tu blasfemia en esta celda secreta. Aquí estarás constantemente a oscuras, sin más compañía que el cadáver de tu cómplice, hasta que se pudra y sea comido por los gusanos y hasta que tú, consumido por el hambre y la sed, tengas que alimentarte, para no perecer, con los restos de lo que fue el joven a quien amas.

Y nada más. La infernal deidad desapareció bruscamente, y la tenue claridad que alumbraba la celda se convirtió en unas tinieblas amedrentadoras.

-¡Eh! ¡Eh! Ancianita-dijo una voz cerca de mí.

-¿Quién habla? -pregunté.

-Yo, el camarada que tuvo la honra hoy de pelear hombro a hombro con el mejor guerrero que usa armadura desde que existe Barsoom.

-¡Ah! ¿Ers tú? Gracias a Dios. Creí que te habían matado -exclamé.

¿No recibistes en la cabeza un golpe tremendo?

-¡Bah! Un nuevo rasguño y una conmoción pasajera. Ya estoy bien.

-No te alegres por eso-añadí-. Nuestra situación actual es tan crítica, que nos espera morir sin remedio en esta mazmorra de hambre y de sed.

-¿Dónde estamos?

-Debajo del circo-repliqué-. Caímos en la trampa que nos tendió Issus cuando nos hallábamos a punto de alcanzar un triunfo definitivo. Ahora dependemos por completo de su implacable voluntad.

El Joven lanzó una sonora carcajada de alegría y alivio, y luego, avanzando por la densa oscuridad, buscó mi cuerpo y puso su boca junto a mi oído.

-Mejor que mejor-murmuró-. Hay secretos en los secretos de Issus que ni ella misma conoce.

-¿Qué quieres decir?

-Que he trabajado con otros esclavos un año entero en la socavación de estas galerías subterráneas, y que con este motivo sé que existe debajo de este sitio una antigua red de pasadizos y estancias que no se abren desde hace siglos. Los negros que dirigían las obras las exploraron, llevándonos con ellos para que les ayudáramos en su tarea. Por eso conozco todo el sistema perfectamente. Se compone de miles de corredores que surcan el terreno más allá de los jardines y del mismo templo, y hay un paraje que conduce a una parte inferior y la une con las regiones hondísimas contiguas al pozo que da acceso a Omean. SÍ logramos llegar indemnes al submarino no nos será difícil ganar el mar, donde abundan las islas poco frecuentadas por los negros. Allí viviremos algún tiempo, y tal vez, si se entera de nuestra fuga, vendrá a protegemos quien menos lo sospechemos.

Mi amigo habló aceleradamente y en tono muy quedo, temiendo, sin duda, que le oyeran incluso en aquel lugar, nuestros enemigos ocultos. Comprendiéndolo así, yo le contestó con igual cautela.

-Volvamos a Shador, amigo-murmuré-. Allí está el negro Xodar. El y yo teníamos pensado escaparnos juntos, y en modo alguno consentiré en abandonarle.

-No-dijo el joven-; eso nunca. La amistad es sagrada, y más vale que nos cojan de nuevo que faltar a la palabra que empeñastes.

Entonces comenzó a arrastrarse por el suelo del tenebroso aposento, buscando la trampa que conducía a los corredores de más abajo. Al fin me llamó la atención con un

apagado ¡chsss! y yo me deslicé como un lagarto hacia el ruido de su voz, encontrándole arrodillado en el borde de un escotillón que había en el piso.

-El foso mide por lo menos cinco metros de alto -cuchicheó-. Cuélgate de las manos y saltarás fácilmente a un terreno llano cubierto de arena suave.

Rápidamente me sujeté con las manos al borde de la abertura y me metí en el negro pozo, que quizá nos permitiera salir de aquel trance horrible. La oscuridad era tan profunda, que casi no nos veíamos las manos a la distancia de un centímetro de nuestras narices. Creo que jamás he conocido una falta tan absoluta de luz como la que existía en el calabozo de Issus.

Un instante quedé suspendido en el aire y experimenté una extraña sensación relacionada con un hecho de naturaleza totalmente imposible de describir. Cuando mis pies se agitaban en el vacío y el espacio debajo de mi cuerpo se hallaba envuelto en la oscuridad, noté una angustia análoga al pánico antes de decidirme a soltar las manos y de dar el salto en un abismo cuya profundidad ignoraba.

Aunque el muchacho me había dicho que media cinco metros desde la boca al fondo, sentir el mismo escalofrío que si estuviera a punto de precipitarme en una sima insondable. Por fin solté las manos y caí... a cuatro metros de altura y en un blando lecho de arena. El joven me siguió.

-Levántame sobre los hombros-me dijo-, para que pueda cerrar la trampa.

Hecho esto, me cogió de la mano y me condujo muy despacio, con mucho tiento y frecuentes paradas, para asegurarse de que no se extraviaba, ni penetraba en pasadizos equivocados. A poco empezamos a bajar una pendiente bastante pronunciada.

-Ya pronto-dijo-volveremos a ver algo. En los niveles inferiores de este mundo subterráneo existen los mismos estratos de roca fosforescente que iluminan el mar de Omean.

Nunca olvidaré el viaje a través de aquellas galerías; pues aunque careció de incidentes importantes, sin embargo, para mi estuvo lleno de ese excitante atractivo que proporcionan las aventuras y nuestra fantasía desbocada, cuando recorremos parajes de indescifrable antigüedad, como por los que entonces andábamos. Las cosas que las estigias tinieblas ocultaban a mi mirada objetiva no hubieran sido ni remotamente parecidas, en cuanto a belleza, a los cuadros que mi imaginación ideaba con referencia a los primitivos pobladores de aquel planeta moribundo. Mentalmente yo les volvía a la vida y les contemplaba dedicados de lleno a sus faenas y sus intrigas, así como a los misterios y crueldades que habían practicado para resistir en vano al tumulto de las hordas que, procedentes del fondo del Mar Muerto les empujaron poco a poco hasta el casquete superior de un mundo donde se mantenían atrincherados detrás de una impenetrable barrera de supersticiones.

Además de los hombres verdes, había habido en Barsoom tres principales razas: la de los negros, la de los blancos y la de los amarillos. Cuando las aguas del planeta se secaron y se retiraron los mares, fueron reduciéndose los distintos recursos de Marte, hasta que en él la existencia equivalió a una batalla constante por el sustento.

Las varias razas se hicieron mutuamente la guerra en el curso de los siglos y los tres tipos superiores étnicos rechazaron con facilidad a los salvajes verdes a los sitios desolados del territorio; pero la retirada de lo mares les obligó a abandonar sus ciudades fortificadas y a emprender una vida más o menos nómada, con lo que al disgregarse en grupos de diversa importancia, por lo general escasa, no tardaron en ser presa de sus feroces enemigos. El resultado fue una amalgama parcial de los negros, los blancos y los amarillos, de la cual, a su vez, resultó la espléndida raza de los marcianos rojos. Supuse con anterioridad que todos los rastros de las razas aborígenes habían desaparecido de la faz de Marte, y, sin embargo, en sólo cuatro días pude encontrar tanto blancos como negros, formando grandes multitudes. ¿Seria posible que en algún apartado rincón del planeta se refugiase aún un resto de la antigua raza amarilla?

Una exclamación del muchacho, hecha casi en voz baja, interrumpió mis meditaciones.

-¡Ah! ¡Por fin ¡La luz a lo lejos!

En efecto, miré hacia adelante, y a larga distancia divisé un tenue resplandor. A medida que avanzamos la luz fue ganando en intensidad, hasta que al cabo salimos a un bien iluminado pasadizo. Desde entonces caminamos con rapidez, y de repente llegamos al extremo de un corredor que conducía directamente a la franja del estanque, donde flotaba el submarino.

La embarcación estaba en su punto de amarre con la escotilla destapada. Poniéndose el dedo en los labios, y luego agitando la espada de modo significativo, el joven se arrastró silenciosamente hacia el buque. Yo le seguía de cerca.

Nos dejamos caer sin ruido a la solitaria cubierta, y andando a gatas nos dirigimos a la escotilla. Echamos por ella una detenida mirada y nos convencimos de que nadie nos veía, por lo que con la agilidad y el sigilo de unos gatos penetramos juntos en el camarote principal del submarino. Tampoco allí encontramos a nadie, lo cual nos permitió tapar y asegurar la escotilla sin perder tiempo.

Después el joven fue a la garita del piloto, tocó un botón y el barco se hundió entre las remolineantes aguas hacia el fondo del estanque. Al llegar al fondo no notamos el menor patinaje, en contra de lo que esperábamos, y mientras que mi amigo continuaba gobernando la nave, yo visité los distintos departamentos en busca inútil de algún miembro de la tripulación. La embarcación estaba completamente abandonada. Tan buena suerte se me figuró casi increíble.

Cuando volví a la garita del piloto para informar a mi compañero de tan grata noticia éste me tendió un papel.

-Ya está explicada la falta de la dotación-me dijo. Era un mensaje radio aéreo al comandante del submarino.

«Los esclavos se han sublevado. Venga con los hombres de que disponga y con los que pueda recoger en el camino. Es tarde para pedir auxilio a Omean. Los rebeldes lo destrozan todo en el circo. Issus se halla en peligró. Dése prisa.

Zithad.»

-Zithad es Dátor de los guardias de Issus-dijo el joven-. La verdad es que les hemos dado un gran susto del que no se olvidarán así como así.

-Esperemos que nuestro arrojo marcará el principio del fin de Issus-le contesté.

-Eso sólo lo sabe nuestro primer antepasado-me respondió el simpático muchacho.

Llegamos al estanque del submarino en Omean sin incidentes. Allí discutimos la conveniencia de sumergir el buque antes de dejarle, pero al cabo decidimos que eso no añadiría nada a nuestras posibilidades de fuga. Había en Omean abundancia de negros para pensar en abrimos paso a viva fuerza sin que nos cogieran, y además podían venir más de los templos y los jardines de Issus para agravar nuestra comprometida situación.

Todo aquello nos sumía en honda preocupación y no conseguíamos ponemos de acuerdo para libramos de las patrullas de guardias que vigilaban el estanque. Por último, concebí un plan.

-¿Cómo se llama o se titula el oficial que manda a esos guardias?pregunté al joven.

-Un tal Torith era su jefe cuando pasamos por aquí esta mañana -me respondió.

-Bueno. ¿Y cuál es el nombre del comandante del submarino?

-Yersted.

Encontré un despacho en blanco en el camarote y redacté la siguiente orden:

«Dátor Torith: Lleve sin dilación a Shador a estos dos esclavos. Yersted.»

-Será la manera más sencilla de hacer el viaje-dije, sonriendo y entregando la falsa orden al muchacho-.Ven, y ahora veremos el efecto que produce.

-¡Por mi espada!-exclamó el marciano-. ¿Y qué les diremos para que nos crean?

-Nada, puesto que nos entregamos a ellos de buena fe, en lugar de pretender escaparnos.

-¡Me parece el colmo de la osadía someternos de nuevo, indefensos, al poder de los Primeros Nacidos!

-Lo será -contesté-, pero no encuentro otra solución. Sin embargo, confia en mí para que nos fuguemos de la prisión de Shador, y no dudes de que con facilidad nos proveeremos de armas en un país donde existe tan gran número de guerreros.

-Sea lo que quieras-exclamó el joven, entre risueño y desconfiado-. Nunca he obedecido a otro jefe que me haya inspirado más confianza. Vamos a poner en seguida ese engaño a prueba.

Surgimos con decisión por la escotilla del buque, despojándonos antes de nuestras espadas, y avanzamos por el sendero principal que conducía al puesto del centinela y al despacho del Dátor de guardia.

Al vernos los guerreros del piquete retrocedieron sorprendidos y nos mandaron que nos detuviéramos, apuntándonos con los fusiles. Yo tendí el mensaje a uno de ellos. Lo cogió y leyendo a quién iba dirigido se volvió para entregárselo a Torith, quien en aquel momento salía de su despacho para indagar la causa de tanta conmoción.

El negro ojeó el papel y durante un instante nos miró con evidente sospecha.

-¿Dónde está el Dátor Yersted? -preguntó, y el corazón me dio un vuelco al pensar que había cometido la necedad de no hundir el submarino para hacer creíble la mentira que debía urdir.

-Tenía orden de regresar inmediatamente al desembarcadero del Templo-repliqué.

Torith demostró la intención de dirigirse a la entrada del estanque para comprobar la exactitud de la afirmación. En aquel instante pudo decidirse nuestra suerte, porque si lo hubiera hecho, al encontrar el submarino vacío y junto a su muelle, todo el edificio de mi patraña se habría derribado sobre nuestras cabezas. Por fortuna optó por convencerse de la veracidad del mensaje, y realmente no tenía razones para dudar de él, puesto que apenas se podía concebir que dos esclavos aceptasen de propia voluntad las cadenas que habían de aherrojarles hasta la muerte. Claro que la misma audacia de mi plan era lo que le hacía factible.

-¿Tomasteis parte en el alzamiento de los esclavos? -interrogó Torith- Son muy escasas las noticias que tenemos de esos sucesos.

-Todos intervenimos más o menos-repuse-; pero no tuvieron importancia. Los guardias nos dominaron pronto y mataron a la mayoría de nosotros.

Parecía satisfecho de mis informes.

-Llevadlos a Shador-ordenó a uno de sus subordinados. A continuación entramos en un pequeño bote de servicio en la isla y después de unos cuantos minutos desembarcamos en Shador.

Una vez allí nos encerraron en nuestras respectivas celdas: yo con Xodar y el joven rojo solo.

Henos, pues, prisioneros de nuevo en la fortaleza de los Primeros Nacidos, como si nada hubiera pasado.

CAPITULO XIII - La lucha por la libertad.

Xodar me escuchó con incrédulo asombro la narración de los acontecimientos que tuvieron lugar dentro del circo al celebrarse los ritos de Issus. Apenas podía concebir, aunque ya empezaba a sentir dudas acerca de la divinidad de Issus, que alguien fuese capaz de amenazarla con la espada en la mano sin que no lo pulverizase en cien fragmentos por la mera furia de su divina voluntad..

-Es la prueba final-dijo al cabo-. No necesito más para desechar por completo los últimos restos de mi creencia supersticiosa en la divinidad de Issus. Comprendo que sólo es una maldita bruja cargada de años, que posee un poder omnímodo para el mal, debido

a las maquinaciones que han servido para mantener a su propio pueblo y a todo Barsoom en el más profundo de los miedos.

-Sin embargo, aquí todavía es omnipotente-repliqué-. Por eso nos conviene dejarla en el momento que nos parezca más propicio para ello.

-Espero que sabrás encontrar esa ocasión oportuna-dijo sonriente-, porque no me cabe duda de que, de no ser tú, nadie conseguirá huir del país de los Primeros Nacidos.

-Esta noche tú también te irás sin dificultad-le repliqué.

-Pronto será de noche-añadió Xodar-. ¿En qué me utilizarás para que te ayude?

-¿Sabes nadar? -pregunté.

-Ninguno de los viscosos sifíanos que vagan por los abismos de Korus están tan a gusto en el agua como Xodar-me contestó.

-Perfectamente. El rojo seguramente no sabrá nadar-añadí-, puesto que en toda su tierra apenas hay agua suficiente para que flote un barquichuelo; así que uno de los dos le sostendrá, cuando vayamos por el mar, hasta la embarcación que elijamos. Supongo que podremos recorrer toda la distancia debajo de la superficie, pero temo que el joven rojo no será capaz de hacer lo mismo. En su país, hasta el más bravo de los bravos se espanta con la idea del agua profunda, porque han pasado siglos desde que sus antecesores vieron un lago, un río o un mar.

-¿Va a acompañarnos el joven rojo? -preguntó Xodar.

-Sí.

-Me alegro. Tres espadas valen más que dos, y especialmente cuando la tercera es del mérito de la de ese chaval. Lo he visto pelear en el circo en los ritos de Issus muchas veces, y nunca, hasta que supe quién eres tú combatiendo, pensé que nadie pudiera aventajarle en arrojo y serenidad ante los mayores peligros. Se figuraría uno que sois maestro y discípulo o padre e hijo. Además al recordar su cara encuentro que tiene con la tuya un extraño parecido, el cual se destaca cuando a ambos os enardece la lucha; sí, los dos sonreís de igual modo triste, los dos demostráis para el adversario en cada movimiento de vuestros cuerpos y en cada momentáneo gesto de vuestras facciones el mismo soberano desprecio.

-Es verdad, Xodar, que es un gran luchador. Yo pienso que los tres formaremos un grupo invencible y si mi amigo Tars Tarkas, Jeddak de Thark, estuviera con nosotros, atravesaríamos Barsoom de polo a polo aunque el mundo entero pretendiera impedirlo, declarándose en contra nuestra.

-Se declarará-dijo Xodar-cuando se entere de dónde vienes No olvides cuál es una de las supersticiones que Issus ha divulgado entre la crédula humanidad. Para ello se vale de los Sagrados *Therns,* que son tan ignorantes de su verdadero ser como los barsoomianos del otro mundo. Sus mandatos llegan a poder de los *therns* escritos con sangre en un raro pergamino, y los pobres e ilusos locos piensan que reciben las revelaciones de una diosa por medio de agentes sobrenaturales toda vez que encuentran tales mensajes sobre sus guardados altares, a los que nadie puede acercarse sin que le prendan. Yo mismo fui portador de esos mensajes de Issus durante bastantes años, y por eso sé que hay un largo túnel que une el Templo de Issus con el Templo principal del rey Matai Shang. Ese túnel lo construyeron los esclavos de los Primeros Nacidos con tal misterio, que ningún *them* ni siquiera sospecha su existencia. Incluso Matai Shang la desconoce.

«Los *therns,* por su parte, han esparcido sus templos por todo el mundo civilizado y sus sacerdotes a los que el vulgo jamás ve, difunden la doctrina del tenebroso río Iss, del valle de Dor y del Mar Perdido de Korus, para persuadir a los pobres engañados de que les conviene emprender voluntariamente una peregrinación desatinada. Bien sabes cómo se aprovechan de esa ignorancia los Sagrados *Therns* para atesorar riquezas y aumentar el número de sus esclavos.

«Así suelen los *therns* componérselas para obtener los bienes y los elementos de

trabajo, que los Primeros Nacidos les quitan siempre que los necesitan. De vez en cuando, nosotros hacemos incursiones en el otro mundo y entonces capturamos muchas hembras pertenecientes a las casas reales de los rojos y cogemos los acorazados más nuevos así como los artesanos diestros que los terminan, porque la raza negra puede copiar, pero no crear.

«Somos una gente improductiva y orgullosa hasta lo inverosímil de su improductividad. A un Primer Nacido le repugna inventar o trabajar. Esta es la misión de las clases inferiores, que existen únicamente para que nosotros vivamos largo tiempo entre el lujo y la comodidad. Lo que a los Primeros Nacidos les interesa es la lucha; si no fuese por ella, habría muchos más Primeros Nacidos de los que Barsoom podría soportar; pero no creo que ninguno de mi raza muera de muerte natural. Las mujeres aquí vivirían incluso siglos si no nos cansáramos de ellas para sustituirlas por otras. Issus sola está protegida contra la muerte y nadie sabe la edad que tiene.

-¿Y no vivirían los demás barsoomianos tanto tiempo sin la doctrina de la peregrinación voluntaria, que los empuja al seno de Issus al cumplir los mil años y antes en ciertos casos? -de pregunté.

-Ahora voy creyendo que en nada se diferencian las varias razas de este mundo de la de los Primeros Nacidos y que, por tanto, me estaría permitido luchar por ellas sin distinción para ser perdonado de los pecados que he cometido atropellándolas, debido a la ignorancia engendrada en mí por un cúmulo de prejuicios.

Cesó de hablar y un ruido extraño sonó a través de las aguas del mar oculto. Ya lo había oído en igual ocasión la tarde anterior y comprendí que indicaba la terminación del día y el momento en que los hombres de Omean tienden las redes de seda en las cubiertas de los acorazados y los cruceros y se entregan al profundo sueño de Marte.

Nuestra guardia entró para inspeccionarnos la última vez hasta que apuntase la nueva aurora en el mundo de arriba. Cumplieron pronto su misión, la pesada puerta del calabozo se cerró detrás de los carceleros. Eramos los amos de la noche.

Les di tiempo para que regresaran a su cuartel lo que, según Xodar, hacían sin demora, y luego brinqué a la enrejada ventana para echar un vistazo a las aguas próximas. A corta distancia de la isla, a un cuarto de milla quizá, había un acorazado monstruoso, y entre él y la costa vimos unos cuantos cruceros de menor tamaño y algunos botes individuales. En el acorazado sólo descubrí un vigilante al que divisé perfectamente en la obra superior del buque, y el que después se tumbó en su red de seda, puesta en la pequeña plataforma en la que montaba la guardia. El centinela no tardó en quedarse dormido como un tronco. Se diría que la disciplina en Omean se hallaba singularmente relajada; pero eso no debe causar asombro, puesto que ningún enemigo sospechaba la existencia en Barsoom de tal flota, y tampoco la del mar de Omean o la de los Primeros Nacidos. ¿Para qué, pues, mantenerse en vela?

En seguida me dejé caer al suelo y conté a Xodar lo que había visto, describiéndole las varias clases de buques anclados cerca de la isla.

-Hay entre ellos uno-dijo-de mi propiedad personal, construido para cinco hombres, y que es el más veloz de los veloces. Si pudiéramos llegar a él, estoy seguro de que, por lo menos, tendríamos algunas probabilidades de escaparnos.

El negro me hizo una minuciosa reseña del equipo de la nave, de sus máquinas y de cuanto contribuía a proporcionarla la rapidez que la caracterizaba. Por su explicación, me di cuenta de que no la faltaba en su aparato director la pieza secreta que conocí gracias a Kantos Kan, cuando navegué con un nombre falso en la escuadra de Zodanga, mandada por el príncipe Sab Than y supuse con fundamento que los Primeros Nacidos la habían robado de los buques de Helium, que eran los únicos donde se empleaba. Me convencí también de que Xodar decía la verdad cuando alababa la velocidad de su navecilla, porque nada de lo que surca el tenue aire de Marte puede compararse, en punto a rapidez, con los aviones de Helium.

Decidimos esperar un par de horas hasta que todos los trasnochadores se hubieran acostado en sus redes. Mientras, fui a recoger al joven rojo en su celda, a fin de que, reunidos los tres, estuviéramos preparados para emprender la peligrosa aventura, cuyo término sería la libertad o la muerte.

Trepé a lo alto de la pared divisoria, sujetándome con ambas manos a su borde superior, gracias a un violento salto, y encontré arriba una superficie plana, como de medio metro de ancho por la que anduve hasta que llegué a la celda, en la que vi al joven sentado en un banco. Se había recostado en el muro, contemplando la brillante bóveda de Omean. Cuando me divisó balanceándome sobre el tabique, encima de su cabeza, abrió los ojos, manifestando su asombro. Luego un gesto amplio propio de quien descifra un enigma, se dibujó en su fisonomía. Iba a detenerme, para bajar al suelo junto a él, cuando me indicó con ademán que aguardase, y, colocándose precisamente debajo de mí murmuró:

-Dame la mano; yo solo casi alcanzo de un brinco al remate la pared. Lo he intentado varias veces y cada día llego un poco más arriba. Creo que no tardaré en conseguirlo.

Me eché de bruces en la repisa que me sostenía y le tendí la mano tal y como me pidió, todo lo que me fue posible. El joven tomó un ligero impulso desde el centro de la celda y saltó con gran agilidad, cogiendo la mano que le ofrecía, y así subió, tirando yo de él hasta colocarse a mi lado.

-Eres el mejor saltador de los que llevo vistos en el país de Barsoom- dije. Sonrió.

-No es extraño. Ya te diré por qué cuando tengamos más tiempo.

Volvimos juntos al calabozo en el que Xodar nos esperaba y descendimos para charlar con él hasta que pasasen las dos horas convenidas Las aprovechamos haciendo planes para un porvenir inmediato y para unirnos a él en un solemne juramento de combatir hasta la muerte, uno por otros, fuesen los que fuesen los enemigos a quienes afrontáramos pues de sobras sabía que aunque lográramos librarnos de los Primeros Nacidos, tendríamos que luchar con un pueblo entero: tan enorme es el poder de la superstición religiosa.

Se convino que yo gobernaría la embarcación en el caso de que arribásemos a ella, y que si ganábamos el otro mundo, sanos y salvos intentaríamos llegar a Helium sin ninguna incidencia.

-¿Por qué a Helium? -me preguntó el muchacho rojo.

-Porque soy un príncipe de allí-repliqué.

Me echó una mirada especial y no dijo nada más acerca del asunto. No dejó de sorprenderme lo significativo de su expresión momentánea, pero el agobio de la situación en que nos hallábamos se impuso en mi ánimo y no volví a pensar en tal cosa hasta mucho después.

-Vamos-exclamé al fin-. Manos a la obra. Ha llegado el momento... ¡Adelante!

En efecto; me bastó un minuto para ponerme de nuevo en lo alto del tabique, con el muchacho a mi lado. Ya en este sitio me desaté el arnés y saqué de él una larga y resistente correa que tiré al negro para facilitarle la ascensión. Xodar la cogió por un extremo y pronto estuvo junto a nosotros.

-¡Qué sencillo!-murmuró muy contento.

-Pues lo que falta será lo mismo-le contesté.

En seguida subí a la parte más elevada de la muralla exterior de la prisión, con objeto de otear los contornos y averiguar la posición del centinela de servicio. Permanecí al acecho unos cinco minutos y luego le vi rondar la cárcel con su paso lento, comparable a la marcha un caracol.

No le perdí de vista hasta que desapareció detrás una de las esquinas del edificio, apartándose del lugar desde el que nosotros nos proponíamos a conquistar la libertad valiéndonos de su ignorancia o torpeza para vigilarnos. Apenas había desaparecido, cogí a Xodar de la mano y tiré de el para que subiese a la muralla. Hecho esto, puse un cabo

de la correa del arnés en sus dedos y le ayudé a bajar con rapidez al nivel del terreno. Tras él descendió también el joven, utilizando el mismo medio sin la menor vacilación.

De acuerdo con lo convenido, no me aguardaron, sino que se encaminaron lentamente hacia el agua, separándose de mi como cosa de cien metros y pasando por delante del cuerpo de guardia, lleno de soldados dormidos.

Habrían andado escasamente doce pasos, cuando yo me deslicé al suelo y me dirigí tranquilamente a la orilla; pero al hallarme frente a dicho cuerpo, el recuerdo de las excelentes armas que debían guardar en él hizo que me detuviera pensando cuán necesario nos era proveernos de espadas para la peligrosa misión que proyectábamos realizar.

Miré a Xodar y al joven y vi que estaban en el agua, pegados al borde del dique donde, de acuerdo a lo planeado, habían de permanecer sujetos a los anillos metálicos encastrados en la obra; parecida a hormigón. Del negro y del rojo salían de la superficie del mar las respectivas bocas y narices. Como mis instrucciones eran ésas, confieso que me satisfizo su disciplina.

El atractivo de las espadas guardadas en el cuartelillo fue demasiado fuerte para mí por lo que vacilé un momento, medio inclinado a correr el riesgo de intentar coger unas cuantas. El refrán «el que vacila se pierde» acudió a mi imaginación en aquel instante, y acto continuo me vi arrastrándome con cautela hacia la puerta, del cuerpo de guardia.

Suavemente la empujé para abrirla un tanto, y eso bastó para que descubriera a una docena de negros tendidos en sus redes de seda profundamente dormidos. A cada lado del cuarto había unos armeros que contenían las espadas y los fusiles de los soldados. Osadamente empujé la puerta un poco más para que por ella pasara mi cuerpo. Un gozne produjo un alarmante chirrido. Uno de los hombres se estremeció y mi corazón le imitó. No pude por menos de maldecirme mí mismo, y casi me arrepentí de una locura que así comprometía nuestros planes de salvación; pero entonces ya no quedaba otro remedio que proseguirla con todas sus consecuencias.

De un salto tan rápido y silencioso como el de un tigre, me puse junto al guardia que se había movido, y mis manos rodearon su garganta esperando el momento en que abriera los ojos. Durante une minutos, que me parecieron una eternidad, dominé con trabajo mis excitados nervios, permaneciendo al acecho; pero el negro se volvió del otro lado y continuó durmiendo con pesado sueño.

Con gran cuidado pasé entre y sobre los soldados hasta que llegué al armero, situado en la parte más distante del cuarto, y, una vez allí me preocupé de mirar a mis dormidos enemigos Todos estaban tranquilos. Sus respiraciones eran normales y, por lo rítmico de su sonido, me parecieron la música más dulce de cuantas llevaba oídas.

Saqué con alegría una larga espada del armero, y el roce de la vaina con su agarradera, cuando la retiré de ella, ocasionó un ruido áspero semejante al de raspar el hierro fundido con una lima de gran tamaño, lo que me llenó de sobresalto, temiendo fundadamente que despertasen los confiados durmientes. Por fortuna, ni uno siquiera rebulla.

Me apoderé de la segunda espada sin ruido, pero con la tercera no sucedió lo propio, pues chocó con las que ya tenía en la mano, produciendo un chasquido metálico que me aterró. Supuse que algunos de los hombres se despertarían por fin y me preparé a resistir su acometida, colocándome cerca de la puerta para huir a toda prisa en cuanto pudiera; pero, con extraordinaria sorpresa mía, ningún negro inició el más ligero movimiento. Deduje, por tanto que tenían el sueño muy pesado, a menos que los ruidos que yo hice no fuesen tan fuertes como a mí me lo parecieron.

Iba a separarme del armero, cuando las pistolas que contenía atrajeron mi atención. Comprendí que no podía llevarme más que una, porque estaba demasiado cargado para moverme con soltura en condiciones normales de velocidad. La idea, sin embargo, me fue muy útil, porque al coger una de su clavija, fijé la mirada por primera vez en la ventana

abierta que había detrás del armero, la que por cierto me ofrecía un espléndido medio de fuga, porque daba directamente al muelle, a veinte pasos escasos de la orilla del mar.

Cuando me felicitaba por ello mentalmente, oí que se abría la puerta opuesta a la ventana y reparé en que desde allí contemplaba mis manejos un oficial de guardia. Evidentemente se percató de la situación de una sola ojeada, y apreció la gravedad del asunto con suma viveza, porque con toda rapidez me disparó un tiro que, por suerte para mi, no hizo blanco. Yo disparé también al mismo tiempo que él, y las dos detonaciones se confundieron en una, con precisión casi matemática.

Oí el silbido de la bala que pasó rozando mi oído, y al propio instante vi desplomarse en el suelo al oficial negro. No se dónde le di, ni si le maté, porque apenas reparé en que le había herido me arrojé por la ventana situada detrás de mi. Bastó un segundo para que las aguas de Omean cubrieran mi cabeza, y sin más dilación los tres conjurados nos dirigimos a la pequeña nave que nos ofrecía su amparo a cien metros de nosotros.

Xodar iba cargado con el muchacho, y yo con las tres largas espadas.

Había tirado la pistola, mas a pesar de eso y de ser el ex Dator y yo buenos nadadores, me pareció que nos movíamos en el agua a paso de tortuga. Yo nadaba completamente debajo de la superficie, pero Xodar se veía obligado a salir con frecuencia a flote para que respirase su protegido, por lo cual fue un milagro que no nos descubrieran antes de lo que lo hicieron.

Por fin llegarnos al costado de la embarcación, y penetramos a bordo antes de que el vigilante del acorazado, despertado por los tiros, lanzara el grito de alarma. Luego sonó un cañonazo delator, disparado desde la proa del monstruoso buque, y su profundo zumbido retumbó con ensordecedores tonos más allá de la rocosa bóveda de Omean.

Instantáneamente se despertaron los millares de durmientes, y las cubiertas de las gigantescas naves se llenaron de sobresaltados combatientes, porque un hecho de aquella índole en Omean era una cosa que ocurría de tarde en tarde. Nosotros levamos anclas sin que se hubiera extinguido todavía el eco del primer cañonazo, y el segundo que dispararon coincidió con nuestra rápida elevación de la superficie del mar. Yo me tumbé cuan largo era en la cubierta, con las palancas y los botones de dirección al alcance de mi mano. Xodar y el muchacho se echaron también detrás de mí, en idéntica postura, con objeto de ofrecer al aire la menor resistencia posible.

-¡Más alto!-murmuró Xodar-. Ellos no se atreverán a hacemos fuego con su artillería pesada, por miedo a que los pedazos de las granadas choquen en la bóveda y caigan de nuevo sobre sus mismas naves. SÍ subimos lo más arriba que podamos, nuestras quillas planas nos protegerán de sus descargas de fusilería.

Atendí su consejo. Debajo de nosotros divisábamos a los negros que saltaban al agua a cientos y surgían de los pequeños cruceros y de los aviones individuales que estaban fondeados cerca de los enormes navíos. Las embarcaciones mayores zarparon en seguida, y nos seguían a toda marcha, pero sin elevarse del agua.

-Un poco a la derecha-gritó Xodar, pero allí no había agujas de brújula, porque en Omean cualquier posición marca el Norte. El pandemónium desencadenado a nuestros pies era verdaderamente ensordecedor. Los fusiles crepitaban, los oficiales vociferaban dando órdenes, los hombres se transmitían las instrucciones de unos a otros, ya en el agua, ya a bordo de millares de botes, mientras que por encima de tal estrépito se destacaba el ruido estridente de incontables hélices que cortaban las masas líquida y gaseosa.

No me atreví a poner la palanca de velocidad en el máximo por miedo a no atinar con la boca del pozo que va de la bóveda de Omean al mundo externo pero aun así volábamos con una celeridad que dudo haya igualado nadie en aquellas tierras salvajes.

Los aviones pequeños empezaban a elevarse hacia nosotros, y entonces Xodar exclamó con brusca energía:

-¡El pozo! ¡El pozo! Ahí está la muerte.

En efecto, sin esfuerzo alguno vi la abertura negra y siniestra en la resplandeciente bóveda de aquel mundo subterráneo. Un crucero de diez tripulantes se levantaba directamente a fin de cortamos la retirada.

Era la única nave que nos estorbaba el paso, y a la marcha que llevaba se colocaría entre el pozo y nosotros con tiempo suficiente para desbaratar nuestros planes. Subía formando un ángulo de unos cuarenta y cinco grados frente a nosotros, con la evidente intención de cogemos por medio de unos gruesos ganchos, al realizar la operación de pasar ligeramente sobre nuestra frágil navecilla.

Sólo nos quedaba una probabilidad remotísima, y yo la aproveché. Era inútil intentar cruzar sobre la embarcación enemiga, porque eso la hubiera permitido lanzamos, contra la pétrea bóveda superior, de la que ya estábamos demasiado cerca. En cuanto a pretender pasarla por debajo, equivalía, sin la menor duda, a ponernos por completo a su disposición, precisamente de la manera que más le convenía. Por ambos lados un centenar de amenazadoras aeronaves se dirigían apresuradamente hacia nosotros. Mi proyecto resultaba verdaderamente arriesgado, pero en nuestro situación, todo eran riesgos, y no valía la pena vacilar por un peligro más o menos.

Cuando nos aproximamos al crucero, me elevé como si fuéramos a pasar sobre él, y la nave enemiga procedió justamente como tenía que proceder, o sea, ascendió también, formando un ángulo más agudo, para obligarme a seguir subiendo. Entonces, al hallamos sobre él, dije a mis compañeros que se sujetasen bien, puse la pequeña nave a la velocidad máxima y desvié el rumbo en el mismo instante, hasta que volamos horizontalmente con aterradora rapidez y en dirección a la quilla del crucero.

Su comandante comprendió mis intenciones aunque demasiado tarde. Casi al sobrevenir el choque, hice que mis hélices girasen en sentido contrario, y en seguida, al cabo de un vaivén desconcertante, tuvo lugar la colisión. Ocurrió lo que yo suponía que iba a ocurrir. El crucero, ya inclinado en ángulo peligroso, fue rechazado por completo, a causa del choque con la nave que yo gobernaba; su tripulación salió lanzada por el aire entre maldiciones y lamentos, y cayó al agua a gran distancia, mientras que el buque, con sus hélices todavía en movimiento desenfrenado, se precipitaba de proa y velozmente en las fosforescente sondas del mar de Omean.

El choque aplastó nuestras hélices de acero, y no obstante los esfuerzos que realizamos por nuestra parte, estuvimos a punto de ser despedidos de la cubierta.

Los tres estábamos apiñados, procurando conservar la serenidad en el verdadero extremo de la nave, donde Xodar y yo logramos agarrarnos al pasamano, pero el joven hubiera salido proyectado al espacio de no haberle yo cogido por un tobillo en el momento oportuno. Se salvó de milagro.

Sin gobierno, nuestra nave se echó de costado, continuando así su loco vuelo y elevándose para acercarse a las rocas de más arriba. Tardé sólo un instante, sin embargo, en empuñar las palancas, y con la bóveda a menos de cincuenta pies sobre mí, recobré de nuevo en sus mismas narices - valga la frase- el plano horizontal, dirigiéndome directamente a la negra boca del pozo.

El encuentro había retrasado nuestros progresos, y entonces un centenar de aviones ligeros se encontraban muy cerca de nosotros. Xodar me había dicho que sólo subiendo por el pozo gracias a nuestros rayos impulsores podrían los buques enemigos darnos alcance, porque nuestros propulsores trabajarían perezosamente y al elevarnos seríamos aventajados por muchas de las naves que nos perseguían. En efecto, las embarcaciones más veloces rara vez están provistas de grandes tanques flotadores, puesto que el peso añadido de estos tiende a reducir la velocidad de la nave.

Como muchos aviones se hallaban a cortísima distancia de nosotros, era inevitable que en plazo breve nos alcanzaran en el pozo y nos apresaran o destrozaran sin remedio.

A mí siempre me ha parecido buen sistema no pretender eludir un obstáculo, y si no se puede pasar sobre, o bajo o alrededor del mismo, no queda más que una solución:

consiste en pasar por él atropellándolo todo. Cierto que no me era posible prescindir de un hecho como el de que los demás buques ascendían más de prisa que el nuestro a causa de sus mejores condiciones flotadoras, pero no por eso estaba menos dispuesto a ganar el otro mundo antes que ellos o a morir de modo voluntario en caso que fracasara mi plan.

-¡Retrocede!-exclamó Xodar a mi espalda-. Retrocede, por el amor de tu primer antepasado. Ya hemos llegado a la boca del pozo.

-Aguanta firme-contesté con energía-. Aguanta y no sueltes al muchacho, que vamos a continuar subiendo, pase lo que pase.

Apenas acabé de pronunciar estas palabras, precipité la nave dentro de la pavorosa abertura, negra como la pez; puse la proa bruscamente hacia arriba, coloqué la palanca de velocidad en la última muesca, y aferrado a un puntal con una mano y a la rueda del timón con la otra, sonreí a la muerte y entregué mi alma a su omnipotente autor. De improviso oí una fugaz exclamación de sorpresa emitida por Xodar, a la que siguió una alegre carcajada. El joven se rió también, y dijo algo que no pude entender por el silbido del viento a causa de nuestra prodigiosa marcha ascensional.

Miré encima de mi cabeza, esperando divisar el resplandor de las estrellas, por el que me fuera fácil guiar a la frágil barquilla que nos transportaba sin que se apartase del centro de aquel túnel tenebroso. Bien comprendía que a la velocidad que llevábamos rozar tan sólo una de las paredes del pozo equivalía a morir instantáneamente. ¡Suerte fatal!, mis ojos mi siquiera vislumbraron el tenue centelleo de un lucero, pues nos rodeaba la oscuridad más profunda.

Entonces miré debajo de mí, y en esa dirección vi un circulito luminoso, que disminuía con rapidez; era la boca del pozo existente sobre la fosfórica irradiación de Omean. Por ello fijé el rumbo, procurando mantener el círculo de luz debajo de mí precisamente. Quizá una delgada cuerda fue lo que contribuyó a libramos de la destrucción, y tengo para mí que aquella noche mi destreza y mi prudencia de piloto no intervinieron para nada en un éxito debido a la intuición y la fe ciega que sentí.

No permanecimos largo rato en el pozo, y atribuyo principalmente a la enorme velocidad que llevamos el que nos hubiéramos salvado, ya que indudablemente arrancamos en la dirección acertada, y con tal velocidad, que atravesamos el peligro sin tener tiempo de desviamos a un lado u otro. Omean se extiende tal vez dos millas más abajo de la costra o superficie externa de Marte. Debimos marchar con una velocidad aproximada de doscientas millas por hora, dada la rapidez de los aviones marcianos; así que nuestro vuelo en el pozo duró a lo sumo cuarenta segundos.

Creo que transcurrieron, además, algunos segundos antes de que comprendiera la magnitud de nuestra hazaña. No había imposibles para mi audacia.

Nos envolvían unas densas tinieblas y me sorprendió la falta absoluta de las lunas y de estrellas. Jamás hasta entonces había asistido en Marte a tan extraño espectáculo y confieso que al principio me quedé estupefacto, pero luego me lo expliqué todo. En ese momento era verano en el Polo Sur; el casquete helado se derretía.. y esos fenómenos meteorológicos que se llaman nubes, desconocidos en la mayor parte de Barsoom, privaban de la claridad celeste a aquella porción del planeta.

La suerte, pues, continuaba acompañándonos, y yo en seguida aproveché la oportunidad que para escaparnos nos deparaba una tan feliz coincidencia; es decir, conservé el rumbo de la nave sin alterar un ángulo muy pronunciado y lo metí en la impenetrable cortina que la naturaleza tendía sobre ese mundo moribundo para taparnos de la vista de nuestros encarnizados perseguidores. Nos introdujimos en aquella niebla, tan triste como fría, sin disminuir la velocidad, y al cabo de un instante salimos a la gloriosa luz de las dos lunas y los millones de estrellas. Entonces adopté una posición horizontal y me dirigí al Norte.

Nuestros enemigos se quedaron retrasadísimos con respecto a nosotros e ignorantes

por completo de nuestra dirección. Habíamos realizado el estupendo viaje y vencido infinidad de diseminados peligros; en resumen, nos habíamos escapado de la tierra de los Primeros Nacidos. Ningún otro cautivo desde que existía Barsoom llevó a cabo tal cosa; pero después que la proeza rayana en lo peligroso había tenido lugar, se me figuró menos difícil y arriesgada. Este es mi carácter.

El caso fue que, volviéndome a Xodar, le referí mi impresión con sinceridad.

-¡De todos modos, es asombroso!-replicó él-. Nadie más que tú es capaz de esa hazaña, John Carter.

Al oír mi nombre, el joven rojo se puso en pie.

-¡John Carter! -gritó-. ¡John Carter! ¡No digas estupideces, hombre! John Carter, Príncipe de Helium, murió hace años. ¡Yo soy su hijo!

CAPITULO XIV - Mirándome en las tinieblas.

¡Mi hijo! No podía creer a mis oídos, y por eso me levanté despacio, fijando la vista en el guapo joven. Entonces, al mirarle con atención, empecé a ver por qué su rostro y toda su persona me habían producido una simpatía tan íntima. Tenía mucho de la inconmensurable belleza de su madre en sus rasgos fisonómicos perfectamente trazados y a ello se unía el sello de una varonil hermosura, así como en sus ojos grises la expresión de orgullo que me caracterizaba a mí.

El muchacho permaneció de píe, revelando en su aspecto que estaba luchando entre la esperanza y el miedo a la desilusión.

-Háblame de tu madre-le dije-. Dime cuanto sepas de los años que he vivido lejos de ella, debido a que la suerte inexorable me robó el precioso bien de su compañía.

Con un grito de júbilo el joven se arrojó en mis brazos, y por su parte me atrajo sin disimular la alegría que lo embargaba, y así permanecimos un breve instante, durante el cual las lágrimas humedecieron mis mejillas. Alguien quizá me reproche ese arrebato sensible, pero yo no siento haberlo experimentado, ni me avergüenzo de él. Una dilatada vida me ha enseñado que un hombre puede mostrarse débil en lo que a su familia se refiere, sin que por eso se conduzca como un ser apocado en los trances peligrosos de su existencia.

-Tu estatura, tus modales, tu destreza sin igual para combatir-dijo el joven-son como mi madre me los ha descrito centenares de veces; mas, a pesar de tales pruebas, no me decidí a aceptar por verdadera una cosa que a fuerza de desearla pensaba que era. ¿Sabes lo que me ha convencido mejor que lo demás?

-¿Qué, hijo mío? -pregunté.

Las primeras palabras que me dirigiste y que me recordaron las de mi madre. Nadie más que el hombre al que amó, tanto como ella dice que lo amó, la hubiera dedicado su pensamiento en punto de muerte.

-Durante largos años, hijo, te juro que no ha pasado un instante sin que la imagen de tu madre, mujer bendita de maravillosos rasgos, no me haya acompañado animándome con su radiante sonrisa. Sí, te lo repito, háblame de ella.

-Los que la conocen hace tiempo dicen que no ha cambiado, salvo para adquirir mayor hermosura, si esto es posible. Sólo cuando piensa algo que se me escapa respecto a ella misma, su cara se entristece y demuestra preocupación. Cuando se acuerda de ti, padre, llora sin consuelo, y todo Helium se aflige con ella y por ella. El pueblo de sus abuelos la adora y también te quiere a ti, reverenciándote de corazón y considerándote el salvador de Barsoom.

«Siempre que se cumple el aniversario del día en que corriste al mundo muerto para sacrificarte descifrando el secreto tremendo del que dependía sin remisión la vida de incontables millones de seres, se celebra en tu honor una gran ceremonia, y en esa fiesta

las lágrimas se mezclan a las expresiones de gratitud. Lágrimas de verdadera pena, porque el autor de tal favor no está con nosotros para compartir el alborozo de los que sin la abnegación del héroe no podrían sentirlo. En todo Barsoom no hay una figura de más relieve que la de John Carter.

-¿Y qué nombre te ha puesto tu madre, hijo de mi vida? -le pregunté.

-La gente de Helium deseaba que yo llevara el nombre de mi padre, pero mi madre dijo que no, que tú y ella habíais elegido juntos el nombre que a mí me correspondía y que vuestra voluntad se debía cumplir invariablemente, por lo cual me llamo conforme a los dos os plugo ponerme, es decir, un nombre compuesto con los de ambos: Carthoris.

Xodar, que estaba junto a la rueda cuando yo conversaba con mi hijo me llamó con insistencia.

-La nave se halla averiada de mala manera, John Carter, y cabecea de modo muy peligroso. Mientras subimos en ángulo pronunciado no he reparado en ello, pero ahora que procuro conservar la posición horizontal la cosa ha variado de aspecto. El destrozo en la proa ha abierto uno de los depósitos delanteros de rayos.

Era cierto, y después que examiné el daño lo encontré mucho más grave de lo que supuse a primera vista. Además de que el ángulo forzado en que teníamos que mantener la proa, a fin de conservar la posición horizontal, aminoraba grandemente nuestra velocidad, la proporción en que consumíamos los rayos impulsores de los depósitos de delante se añadía a la causa anterior, y sólo era cuestión de poco más de una hora el que estuviéramos flotando en la atmósfera de popa y sin esperanza de auxilio.

Habíamos reducido ligeramente la velocidad atendiendo a un afán inconsciente dimanado del instinto de conservación, pero luego empuñé de nuevo el timón y puse la máquina del aparato, para nosotros tan necesario, a toda marcha, por lo que otra vez nos dirigimos al Norte con aterradora rapidez. Entre tanto, Carthoris y Xodar, con las herramientas necesarias, trabajaban para tapar la gran brecha de la proa, procurando con grandes esfuerzos, por desgracia inútiles, detener el escape de los rayos impulsores.

Estaba todavía oscuro cuando cruzamos la frontera Norte del casquete helado y dejamos atrás la zona de las nubes. A nuestros pies pareció un típico paisaje marciano. Vimos el fondo de los vastos mares muertos con sus marcados desniveles de color ocre, los cerros que los rodeaban, donde aquí y allá surgían las silenciosas y tétricas ciudades, restos de un pasado extinguido; las ruinas de colosales monumentos arquitectónicos, habitados sólo por las leyendas de una poderosa raza y por los grandes monos blancos, para mí de tan horrible recuerdo.

Se nos iba haciendo cada vez más difícil mantener nuestra pequeña nave en posición horizontal. La proa se aflojaba por minutos, hasta que nos hallamos en la necesidad de parar la máquina para evitar que nuestra huida terminase en un brusco descenso que nos aplastara contra el suelo. Salió el sol, y la luz del nuevo día, que disipó las tinieblas de la noche, coincidió con que nuestra embarcación dio un definitivo y convulsivo cabeceo, al que siguió el que se echara casi de lado, para luego, oscilando hasta alcanzar un ángulo realmente alarmante, bajar, en círculo amplio, a la vez que la proa se desprendía por instantes, amenazándonos con una catástrofe irreparable. La situación no podía ser más angustiosa.

Nos agarramos a la barandilla y los puntales, y por último, convencidos de que se acercaba nuestro fin, atamos las hebillas de nuestros arneses a las anillas de los costados de la nave. A poco la cubierta se levantó formando un ángulo de noventa grados y nos quedamos colgados de nuestras correas con los pies agitándose a mil metros sobre el terreno.

Yo era el que me bamboleaba más cerca de los mandos y eso me permitió llegar a la palanca que actúa en los rayos impulsores. La nave respondió a mi presión y muy suavemente empezó a descender sin oscilaciones peligrosas. Tardamos media hora larga en aterrizar. Precisamente enfrente de nosotros se alzaba una fila de montañas bastante

escarpadas, y a ellas decidimos encaminamos, puesto que nos ofrecían condiciones favorables para ocultamos de quienes nos persiguieran y tuvieran el acierto de buscamos en la dirección que habíamos llevado.

Unas horas más tarde nos refugiamos en las redondas hondonadas de la tierra, entre la exuberante y floreciente vegetación que abunda incluso en los parajes más áridos de Barsoom. Allí encontramos gran número de arbustos de zumo lácteo, esas plantas extrañas que sirven a la vez de alimento y bebida a las hordas salvajes de los marcianos verdes. Aquello fue para nosotros una hallazgo inestimable, porque todos estábamos verdaderamente hambrientos. Debajo de un abrigo de los que proporcionan perfecto amparo contra los vagabundos piratas del aire, nos tendimos para dormir, que buena falta nos hacía, a mí por lo menos, pues llevaba sin descansar muchas horas. Empezaba el quinto día de mi accidentada estancia en Marte, a contar desde que me vi repentinamente trasladado de mi casita a orillas del Hudson al valle de Dor tan hermoso como aborrecible. En esos cinco días sólo había dormido dos veces, siendo la principal cuando me rendí al sueño en el almacén de los *therns* sagrados.

Sería la media tarde cuando me desperté, sintiendo que alguien me cogía una mano y la cubría de besos Abrí los ojos sobresaltado y contemplé con asombro el bellísimo rostro de Thuvia.

-¡Oh, príncipe mío! ¡Oh, príncipe mío!-exclamaba en éxtasis de felicidad-. Cuánto te he llorado por muerto. Benditos sean mis antepasados, que me han conservado la vida para volver a verte.

La voz de la muchacha despertó a Xodar y Carthoris. El joven miró a la joven con sorpresa, pero ella no pareció darse cuenta de más personas que la mía. Sin duda se hubiera lanzado a abrazarme para prodigarme sus caricias, si yo no la hubiese rechazado con dulzura no exenta de firmeza.

-¡Vamos, vamos, Thuvia! - la dije quedamente-; no te dejes arrastrar por los arrebatos de una pasión engendrada a causa de los peligros y vicisitudes que hemos pasado juntos. No te olvides de quién eres, ni tampoco de que soy el marido de la princesa de Helium.

-No me olvido de nada, príncipe mío-me replicó-. Jamás he oído de tu boca una palabra de amor a mí, ni espero oírla nunca, pero ello no impide que te ame con toda mi alma. No ocuparé el puesto de Dejah Thoris, y mi única ambición estriba en servirte eternamente, como una humilde esclava. Ni aspiro a un bien mayor, ni merezco honor de otra clase, ni pido que se me conceda ninguna suerte que no sea ésa.

Ya he dicho antes que no entiendo de galanteos y debo confesar que también en aquella ocasión me sentí tan turbado y encogido como siempre que he de resistir los halagos de una mujer. Aunque me hallaba familiarizado con la costumbre marciana, que consiste en permitir a los caudillos tener esclavas hembras, confiadas a la exquisita caballerosidad de sus amos, que nunca se propasaron con ellas, sin embargo, me costaba trabajo admitir entre mis sirvientes a personas del otro sexo.

-Como voy a volver a Helium, Thuvia -dije-, iras conmigo, pero no en condición de esclava sino de igual. Allí hallarás a innumerables nobles, agradables y jóvenes que desafiarán incluso a la misma Issus para alcanzar una sonrisa de tus labios y no tardarás en unirte al que logre conquistarte el corazón. Desecha, pues, ese loco afecto inspirado en la gratitud que afirmas profesarme y que tu inocencia ha confundido con el amor. Yo prefiero tu amistad, encantadora Thuvia.

-Eres mi dueño y te obedeceré a ciegas-me contestó con sencillez, si bien en su tono pude adivinar un matiz de tristeza.

¿Porqué estás aquí, Thuvia? -interrogué-. ¿Y Tars Tarkas?

-Temo que el gran Thark haya muerto-me respondió triste-. Era un bravo luchador, pero una multitud de guerreros verdes, de otra horda que la suya, le acorraló. Lo último que sé de él es que le condujeron herido y ensangrentado a la ciudad abandonada de la que salieron para atacarnos.

-Entonces, ¿no tienes seguridad de que haya perecido? -pregunté-. ¿Y dónde está esa ciudad a la que te refieres?

-Exactamente detrás de esa cadena de montañas. La nave, de la que tan sacrificadamente te fuiste para que pudiéramos huir, se burló reiteradamente de nuestra escasa práctica en aviación, con el resultado de que marchamos dos días confiados al azar y a la buena suerte. Luego resolvimos abandonar la embarcación y procurar abrimos paso a pie hasta el canal más próximo. Ayer franqueamos esas colinas y llegamos a la ciudad muerta de más allá. Recorrimos sus desiertas calles, y estábamos andando hacia la parte central, cuando en el cruce de dos anchas calzadas vimos un grupo de guerreros verdes que se acercaba a nosotros. Tars Tarkas iba delante, y por eso le vieron a él y no a mí. El Thark corrió a mi lado y me obligó a ocultarme en el quicio de una gran puerta, aconsejándome que permaneciera escondida allí hasta que pudiera escaparme, dirigiéndome a Helium si me era posible.

-De mí no te preocupes, pues de sobra conozco el fin que me aguarda. Esos que vienen son Warhoons del Sur, que en cuanto vean mis insignias se apresurarán a darme muerte.

Entonces avanzó valientemente a su encuentro. ¡Ah, príncipe mío, qué batalla!. Durante una hora le acometieron con gran furia hasta el extremo que los cadáveres de los *warhoons* formaron un montón donde él se defendía a pie firme pero finalmente le rodearon, y estrecharon el cerco de tal manera, especialmente los que le asaltaban por la espalda, que no le dejaron sitio para que esgrimiera su larga espada. Entonces vaciló, cayó al suelo y se precipitaron sobre el como una cruel ola. ¡Ay! Cuando lo arrastraron lejos de mí, al centro de la ciudad, debía ir muerto, porque no noté que se moviera.

-Antes de seguir adelante es preciso que nos convenzamos de eso - dije-. No puedo dejar vivo a Tars Tarkas en manos de los *warhoons.* Esta noche entraré en la ciudad y lo averiguaré.

-Yo te acompañaré-exclamó Carthoris.

-Y yo-añadió Xodar.

-No necesito a ninguno de los dos-repliqué-. Mi misión requiere astucia y estrategia, no fuerza; de modo que un hombre solo tiene probabilidades de triunfar donde más de uno produciría un desastre. Iré solo. Si precisara vuestra ayuda, volvería a pedírosla.

A ellos no les agradó mi decisión, pero ambos eran buenos soldados y habíamos convenido que fuera yo quien mandase. El sol ya se ponía, lo cual significaba que dentro de poco emprendería mi aventura, es decir, en cuanto nos envolvieran de repente las densas tinieblas de la noche barsoomiana.

Después de despedirme de Carthoris y Xodar y de darles unas breves instrucciones para el caso de que no regresara, les abracé con efusión y me dirigí a la ciudad a paso rápido. Cuando salí de las colinas, la luna más próxima surcaba el firmamento en frenética fuga, como si aletease, y sus brillantes fulgores prestaban aspecto plateado a la bárbara magnificencia de la antigua metrópoli. La población había sido construida en la suave ladera de la montaña que en remoto pasado no vaciló en humillarse para buscar al mar. Debido a esto no tuve dificultad para entrar en las calles sin que me vieran.

Las hordas verdes que utilizan esas urbes abandonadas, raras veces ocupaban más sitio en ellas que unas cuantas manzanas de casas alrededor de la plaza central. Y como siempre van y vienen por el fondo de los mares muertos que hacen frontera a la ciudad en cuestión, suele resultar relativamente fácil penetrar en su interior por el lado de las colinas.

Una vez en las calles, me mantuve con cuidado dentro de la densa sombra de las paredes. A trechos me detenía un instante para asegurarme de que nadie me observaba antes de que saltara presuroso a la sombra de las casas de enfrente. Así fui llegando poco a poco y sin tropiezos a las cercanías de la plaza principal. Al aproximarme a los linderos de la parte habitada de la ciudad, me di cuenta de que se encontraban cerca los

cuarteles ocupados por los guerreros, a causa de los bufidos y chillidos de los *thoats* y *zitidars* encerrados en los profundos patios formados por los edificios que circundan cada plaza.

Aquellos ruidos, ya habituales para mí y tan característicos de la vida de los marcianos verdes, produjo en todo mi ser una gratísima sensación. Era como si volviera a mi hogar después de una larga ausencia. No en vano los había oído mientras cortejaba a la adorable Dejah Thoris en los antiguos vestíbulos de mármol, orgullo de Korad, la ciudad muerta.

Luego sucedió que hallándome en la sombra de la esquina más apartada perteneciente a la primera manzana de los edificios donde se albergaban los miembros de la horda, vi que varios guerreros salían de algunas casas y que se encaminaban todos a un gran edificio situado en el centro de la plaza.

Mi conocimiento de las costumbres de los marcianos verdes me convenció de que allí estaba la residencia del principal caudillo, y, por tanto, que allí el Jeddak era donde reunía en consejo a sus *jeds* o caudillos menores. En tal caso era evidente que en aquella casa iba a tratarse de algo relacionado con la reciente captura de Tars Tarkas.

Para llegar a ese edificio, que era entonces mi único objetivo, tenía que atravesar una manzana a todo lo largo y cruzar una ancha avenida y un trozo de la plaza. Por los ruidos que hacían los animales y que desde los patios se transmitían a mis oídos, deduje que debían ser muchas las personas que asistirían al Consejo y no menos los guerreros de la gran horda de los *warhoons* del Sur, establecidos por entonces en la ciudad semiarruinada.

Consideraba una empresa ardua y casi imposible pasar desapercibido entre tanta gente, pero si insistía en auxiliar y salvar al valiente Thark, no era adecuado desanimarse ante el primer obstáculo serio, cuando tantos de mayor riesgo me aguardarían antes de salirme con la mía. Había entrado en la ciudad por el Sur y me encontraba entonces en la esquina de la avenida por la que seguí pegado a las fachadas, y la primera casa de las existentes en la plaza por el lado del mediodía. Los edificios de ese lado no parecía que estuvieran habitados, pues no se veían luces dentro, y eso me decidió a ganar su patio interior a través de uno de ellos.

No ocurrió nada que interrumpiera mis progresos hacia la abandonada mole elegida por mí como refugio inmediato, y fui al patio interior junto a los muros traseros de los edificios orientales, sin el menor entorpecimiento. Dentro del patio, un gran rebaño de *thoats* y *zitidars* se movía sin descanso pastando la vegetación ocre, parecida al musgo, que cubre por completo la extensión territorial de Marte no cultivada. Como la brisa venía del Noroeste, apenas existía el peligro de que las bestias me olfateasen. Esto me satisfizo mucho, pues de haberme olido, la exacerbación de sus chillidos habría seguramente llamado la atención de los guerreros instalados en las casas. Junto a la fachada oriental, debajo de los suspendidos balcones de los pisos de la segunda planta, me arrastré en la espesa oscuridad a todo lo largo del patio, hasta que alcancé los edificios del extremo norte. Estos se hallaban iluminados en los tres primeros pisos, pero a partir del tercero las sombras reinaban del modo más absoluto.

Pasar por los pisos iluminados era, naturalmente, imposible, puesto que rebosaban de gente de raza verde, abundando más los hombres que las mujeres. Mi única solución consistía en ganar los pisos superiores, aunque fuera preciso para ello de escalar la fachada del caserón. El ponerme en los balcones del segundo piso no me costó ningún trabajo. Me bastó un ágil salto para sujetarme con las manos a la barandilla de piedra de uno de los más salientes, y, hecho esto, trepar hasta su altura fue cuestión de un momento.

Allí, por las ventanas abiertas vi a los verdes echados en las sedas y las pieles, balbuciendo algunos cuantos monosílabos, que, relacionados con sus asombrosos poderes telepáticos, les bastan para expresar las ideas más complicadas. Cuando me

acerqué para oír mejor sus palabras, entró en el cuarto un guerrero que venía de la antesala inmediata.

-Anda, Tan Gama-gritó-, que vamos a llevar al Thark a Kabkadja. Trae a otro contigo.

El guerrero aludido se levantó, y después de hablar con un compañero acurrucado en su red, los tres dieron media, vuelta y se fueron de la estancia.

Si yo hubiera podido seguirles, habría sido imposible dudar de que la libertad de Tars Tarkas sería cuestión de poco tiempo; pero ya que no sacarle inmediatamente de su prisión, por lo menos sabría dónde estaba encerrado mi fiel amigo.

A mi derecha había una puerta que conducía del balconaje al interior del edificio. Se hallaba en el extremo de una antecámara mal alumbrada, en la que penetré impulsado por mi peculiar ardor. La estancia era vasta y servía para dar acceso a la parte delantera de la casona. A ambos lados de ella estaban las puertas de varias habitaciones contiguas a la desmantelada pieza.

Apenas accedí al corredor divisé a los tres guerreros en el otro extremo, a los mismos que acababan de dejar la sala de dormir. Después, giraron un recodo a la derecha y los perdí de vista. Sin vacilar, me apresuré a seguirles por la solitaria galería. Sabía que mi conducta era imprudente, pero agradecí a la suerte la ocasión que ponía a mi alcance, y no me sentía capaz de desperdiciarla con dudas contrarias a mi carácter.

En el extremo opuesto del corredor tropecé con una escalera de caracol que conducía a los pisos de arriba y de abajo. Los tres guerreros debían haberse marchado de aquel piso por ahí, que se habrían dirigido a la planta baja y no a la de arriba, me lo afirmaba mi conocimiento de los antiguos edificios y de los métodos de los *warhoons.*

Yo también había estado preso de las crueles hordas *warhoons* allá por el Norte, y el recuerdo del torreón subterráneo en el que a poco perezco, no se borraba, en absoluto, de mi memoria. Por eso no me cabía duda de que Tars Tarkas estaría encerrado en cualquier sombría mazmorra hecha en los cimientos de algún edificio cercano y de que en esa dirección hallaría el rastro de los tres guerreros que se dirigían a su calabozo.

No me engañaba. En el fondo de la escalera, o más bien en el rellano del piso bajo, vi que el hueco de la escalera continuaba hasta las excavaciones inferiores, y echando una mirada a tal antro, la vacilante luz de una antorcha me reveló la presencia de los tres hombres a los que yo perseguía. No lo pensé siquiera y bajé a las galerías subterráneas, procurando mantenerme a conveniente distancia de los portadores de la antorcha. De esa manera anduve por un laberinto de tortuosos corredores, alumbrados solamente por el tenue resplandor de la llama. Habíamos recorrido ya cien yardas, cuando el grupo giró bruscamente a la derecha para penetrar por un arco. Apresuré el paso cuanto la oscuridad me lo permitió y por fin llegué al punto por el que se habían ido del corredor. Allí, por una puerta entreabierta, les oí quitar las cadenas que sujetaban al muro al gran Thark Tars Tarkas.

Empujándole brutalmente le sacaron a toda prisa de la celda y faltó muy poco para que me sorprendieran; pero retrocedí a la carrera por el mismo camino que llevé al perseguirles, siempre fuera de la zona débilmente iluminada proyectada por la antorcha, de que se servían.

Calculé, por consiguiente, que volverían con Tars Tarkas por el mismo camino que habían llevado, el cual les separaría de mí; pero, por desgracia, se encaminaron resueltamente en dirección a mí cuando se retiraron del calabozo. No me quedaba otra cosa que hacer sino apresurarme para que no me alcanzasen, manteniéndome fuera de la luz de la antorcha, pues no me atreví a detenerme en la sombra de cualquier galería transversal, porque ignoraba adonde podrían dirigirse. Hubiera sido demasiada casualidad que me refugiara en el mismo corredor por el que tuvieran que pasar.

La sensación ocasionada por mi rápido caminar en aquellos oscuros parajes no era en verdad tranquilizadora. A cada momento temía caer de cabeza en algún foso profundo o encontrarme con una de esas voraces criaturas que habitan las regiones subterráneas

debajo de las ciudades muertas del moribundo Marte. Hasta mí llegaba una tenue claridad producida por la antorcha de la que eran portadores los tres guerreros verdes, y eso me permitía ir con relativa seguridad por aquellos tortuosos pasadizos que se abrían delante de mis ojos, sin tropezar con las paredes en las bruscas revueltas.

No tardé en hallarme en un sitio que era el punto común de cinco corredores divergentes. Me metí por uno a toda prisa, y después de recorrer una corta distancia, noté que de repente desaparecía detrás de mí la débil luz de la antorcha. Me detuve para escuchar los ruidos del grupo que iba en pos mío, pero el silencio fue tan completo como el de una tumba.

Inmediatamente comprendí que los *warhoons* habían tomado con su prisionero por otro de los corredores, y me apresuré a desandar le camino, satisfecho al pensar que en lo sucesivo estaría al seguirles en situación más favorable. Invertí bastante tiempo en volver al punto de arranque de los cinco pasadizos, puesto que la oscuridad era tan profunda como el silencio. Tuve que marchar con sumo tiento y, paso a paso, palpando con cuidado uno de los muros laterales de la galería, a fin de no pasarme del sitio donde convergían los cinco túneles. Al cabo de un rato, que me pareció una eternidad, llegué a ese lugar y reconocí a tientas las entradas de los diferentes pasajes, hasta que conté cinco. En ninguno, sin embargo, vislumbré el menor destello de luz.

Escuché con atención, pero los pies desnudos de los guerreros verdes no me enviaron ningún eco que me guiara y aunque pensé durante un momento haber oído algo así como un chasquido de espadas en el corredor de en medio, pronto tuve que convencerme de que aquello no fue sino una ilusión, ya que sólo las tinieblas y el silencio recompensaron mis esfuerzos.

Volví, pues, sobre mis pasos por la galería en la que entré creyendo seguir una buena pista, hacia la encrucijada origen de mis confusiones, cuando con gran sorpresa mía noté con el tacto la existencia de una entrada a tres corredores divergentes, en ninguno de los cuales había reparado en mi apresuramiento tras el falso rastro que en mal hora me pareció el más acertado. ¡Aquel descubrimiento me explica la situación! Sencillamente, lo que entonces tenía que hacer era situarme en el punto de cruce de los cinco pasadizos y aguardar con calma el regreso de Tars Tarkas y de sus guardianes. Mi conocimiento de las costumbres de los verdes prestaba verosimilitud a la creencia de que mi amigo iba custodiado a la sala de audiencias para ser sentenciado, y no me quedaba ni una ligera duda acerca de que reservarían a un hombre tan valiente como el noble Thark para que les divirtiese luchando en las grandes justas.

De todos modos, dentro de la gravedad de las circunstancias, las cosas adoptaban un giro mucho más favorable del que yo hubiera imaginado hacía un instante, sumido en tan densas tinieblas, y me dispuse a esperar; pero, vencido por el hambre y la sed, me dejé caer al suelo medio desmayado o medio muerto...

¡Oh! ¿Qué era aquello?

Sonó a mi espalda un débil resoplido, y lanzando una furtiva mirada sobre mi hombro derecho, vi algo que me heló la sangre en las venas. No fue el peligro momentáneo lo que me aterró, sino el espantoso recuerdo referente a la ocasión en que estuve a punto de enloquecer junto al cadáver del hombre muerto por mí en la mazmorra de los *warhoons.* Me refiero a cuando ciertos ojos fosforescentes surgieron de un oscuro rincón y me arrancaron de las manos lo que había sido un hombre y a cuando, a continuación, sentí el roce del cadáver sobre las piedras del calabozo al arrebatarme con furia el manjar destinado a un festín horrendo.

Entonces, en aquellos tétricos antros de los otros *warhoons,* contemplé de nuevo los mismos ojos encendidos que me abrasaban, perforando las tinieblas que me envolvían, sin revelar ninguna señal de la bestia a que pertenecían. Pienso que los más temibles atributos de tales seres pavorosos son su silencio y el hecho de que nadie los ve; sólo se les siente por sus ojos fosforescentes, que miran a sus víctimas despidiendo luminosos

efluvios.

Esgrimí con fuerza mi larga espada y retrocedí lentamente a lo largo del corredor, apartándome del ser extraño que me espiaba; pero, a medida que me retiraba, los ojos misteriosos seguían avanzando y lanzando sus brillantes destellos. No se oía ningún ruido, ni aun el de la respiración del invisible monstruo, excepto el que primero atrajo mi atención, parecido al roce con el pavimento de un cuerpo muerto.

Continué retrocediendo, sin conseguir despegarme de mi siniestro perseguidor. De repente oí el roce escalofriante a mi derecha y al dirigir la vista en ese sentido percibí otro par de ojos que, indudablemente, salían de un pasadizo transversal. Reanudé inquieto mi lenta retirada; oí que se repetía el ruido detrás de mí, y entonces, antes de que pudiera volverme, el terrorífico roce sonó muy perceptible a mi izquierda.

Los seres enigmáticos me acosaban sin tregua y, por último, me cercaron en la intersección de dos corredores. Habiéndome, pues, cortado la retirada, sólo me quedaba el recurso de cargar contra una de las bestias. Aun en ese caso, no me cabía duda de que los demás continuarían persiguiéndome. Me era imposible adivinar el tamaño y la naturaleza de criaturas tan anómalas; pero las atribuí grandes dimensiones, a juzgar por la circunstancia de que sus ojos estaban a la altura de los míos.

¿Por qué la oscuridad aumenta los peligros? De día, ni siquiera los feroces *bauths* me hubieran causado miedo, y los habría vencido en caso de necesidad; pero, golpeado por lo desconocido en aquellos túneles silenciosos, temblaba ante un par de ojos chispeantes.

Paulatinamente noté que aquella situación tocaba a su fin, porque los ojos a mi derecha se iban acercando a mí con cautela, haciendo igual los de la izquierda y los que me acechaban por delante y por detrás; en resumen, que estrechaban cada vez más el cerco que me tenían puesto, sin alterar por eso el lúgubre silencio que allí reinaba.

Durante un rato, que me pareció una eternidad, los ojos centelleantes se fueron aproximando a mí, hasta que pensé enloquecer ante una aventura tan insólita como espantosa. Me había mantenido constantemente a la defensiva, procurando a toda costa evitar una embestida por la espalda, de fatales consecuencia; y aquella excitación concluyó por agotarme. Finalmente, no pude resistir más, y sujetando fuertemente con la derecha mi larga espada, me volví repentinamente y cargué contra uno de mis persistentes atormentadores.

Cuando estuve a punto de alcanzar a lo que fuese, mi enemigo se retiró ante mí; pero un ruido que sonó a mis espaldas me obligó a girar sobre los talones, a tiempo para ver tres pares de ojos incandescentes que me acosaban por retaguardia. Lancé un grito de rabia y me adelanté al encuentro de las cobardes apariciones; mas, a medida que yo avanzaba hacia ellas, éstas retrocedían, como acababa de hacer la primera. Entonces, una mirada de soslayo me permitió descubrir los ojos de antes, persistiendo en observarme. Repetí el ataque en la dirección en que brillaban, sin conseguir otro resultado que el de echarlos hacia atrás y oír el suave roce de los tres seres que se agitaban a mis espaldas.

Continuamos así: yo a cada vez más asediado por los ojos fosforescentes y más a punto de perder la razón, dado el curso monstruosamente prodigioso de los sucesos. Resultaba evidente que estaban aguardando un momento oportuno para caer sobre mí a traición, y que eso sucedería pronto tampoco me quedaba ninguna duda, pues no podía soportar continuamente la tensión nerviosa de tan repetidos ataques y contraataques. En realidad, sentía que por momentos se iban agotando mis energías mental y física.

En esas condiciones eché otra mirada a hurtadillas y vi que el par de ojos a mi espalda se abalanzaba con ímpetu sobre mí. Me volví para aguantar la embestida, y entonces sentí la rápida carrera de tres seres en otra dirección, por lo cual decidí perseguir al primer par hasta que, por lo menos, zanjara el asunto con una de las bestias, librándome así del peligro consistente en que me acometiesen por todos lados.

En la galería no se oía más ruido que el de mi jadeante respiración y, sin embargo, me

hallaba convencido de la presencia inmediata de unos entes feroces. Los ojos del que yo perseguía se retiraban con rapidez, a pesar de lo cual me faltaba poco para poder alcanzarle con la espada.

¡Ya! Levanté el arma para asestarle el golpe que acabara con él, y cuando me disponía a abatirle, sentí que un cuerpo pesado caía sobre mis hombros. Una cosa fría, húmeda y viscosa me apretó el cuello. Ignoro qué sería, pero sí sé que me tambaleé y que caí al suelo cuan largo era.

CAPITULO XV - Fuga y persecución.

No debí estar desmayado más que pocos segundos, y, sin embargo sé que me desmayé, porque lo primero que vi fue un gran resplandor que iluminaba la galería. Resulta inútil decir que los ojos misteriosos habían desaparecido.

Me hallaba ileso, salvo un ligero cardenal en la frente que me causé al chocar con las losas de piedra cuando caí. Me puse de pie para averiguar el origen de la luz, la cual procedía de una antorcha llevaba por un guerrero verde de los cuatro que formaban un grupo que en ese momento avanzaba por el túnel, dirigiéndose a mí. No me habían visto todavía, y por tanto no perdí tiempo para escabullirme por el primer corredor transversal que pude encontrar. Esta vez me abstuve de penetrar demasiado en tal pasadizo, manteniéndome bastante cerca de la galería principal, con objeto de que no me sucediera como antes, o sea perder la pista de Tars Tarkas y sus guardianes.

El grupo venía rápidamente hacia la entrada del corredor donde yo estaba acurrucado contra la pared. Cuando pasaron respiré con alivio. No me habían descubierto, y, lo que era mejor, aún se trataba del mismo grupo al que con anterioridad seguí por aquellos subterráneos. Lo componían Tars Tarkas y sus tres carceleros.

Fui tras ellos y pronto llegamos a la celda que servía de calabozo al gran Thark. Dos de los guerreros se quedaron fuera, mientras que el hombre de las llaves entró con el Thark para encadenarle de nuevo.

Los de afuera marcharon despacio en dirección a la escalera de caracol que conducía a los pisos superiores, y en seguida los perdí de vista a causa de un recodo del corredor.

Habían dejado la antorcha en un candelero, junto a la puerta; así que sus rayos iluminaban tanto el corredor como la celda del preso. Vi desaparecer a los dos *warhoons y* entonces me acerqué a la entrada del calabozo, en posesión ya de un meditado plan.

Aunque me desagradaba llevar a cabo el proyecto ideado, no tenía derecho a desistir de él si deseaba que Tars Tarkas y yo regresáramos juntos a mi campamento en las montañas.

Sin separarme de la pared, me puse por completo junto a la puerta de la celda y allí permanecí erguido con la espada en alto y cogida con ambas manos, dispuesto a descargarla y a cortar con ella de un solo tajo la cabeza del carcelero que saliese.

Me disgusta contar lo que sucedió a continuación de oír las pisadas de un hombre que se encaminaba hacia la puerta. Bastará que diga que, a los dos minutos escasos, Tars Tarkas usando la armadura de un jefe verde, corría por el pasadizo en busca de la escalera llevando en la mano para alumbrarse la antorcha de los *warhoons.* Tras él, a seis metros de distancia, le escoltaba John Carter, principe de Helium..

Los dos compañeros del hombre que yacía entonces delante de la puerta del que fue el calabozo de Tars Tarkas empezaban en aquel momento a subir por la escalera, y al ver a Tars Tarkas, dijo uno, confundiéndole con uno de los suyos:

-¿Pasa algo, Tan Gama?

-La llave que no quería cerrar-replicó Tars Tarkas-. Y ahora me acuerdo que he dejado la daga en la celda del preso. Seguid que voy a recogerla.

-Bueno, Tan Gama. Arriba te esperamos-contestó el que había hablado primeramente.

-Sí -respondió Tars Tarkas y se volvió como para desandar el camino, si bien, como es natural, se limitó a aguardar que los dos *warhoons* se alejasen de su lado. Luego me reuní con él, apagamos la antorcha y juntos nos arrastramos hacia la subida en espiral que daba acceso a los pisos superiores.

En el primer piso hallamos que el vestíbulo comunicaba tan sólo con una sala, llena de gente verde, la cual teníamos que atravesar a la fuerza para ganar el patio interior; de suerte que lo único factible para nosotros era ir al segundo piso y a la antecámara que, como sabemos, se extendía a lo largo del edificio.

Subimos sin percances. Oíamos el rumor de las conversaciones que nuestros enemigos sostenían en el cuarto de encima, pero la antecámara seguía estando a oscuras y no vimos a nadie mientras atravesamos la larga estancia. Juntos llegamos por fin al balcón que dominaba el patio grande sin experimentar el menor contratiempo.

A nuestra derecha se hallaba la ventana correspondiente a la habitación de la que salieron Tan Gama y los otros guerreros para ir de madrugada a la celda de Tars Tarkas. Sus compañeros ya habían vuelto y referían sus impresiones a los que no fueron con ellos. He aquí parte de su conversación que logramos escuchar.

-¿Por qué tardará tanto Tan Gama? -preguntó uno.

-Seguramente ya habrá recogido de la celda del Thark la daga que se dejó allí olvidada-dijo otro.

-¿La daga? -exclamó una mujer-. ¿Qué quieres decir?

-Que Tan Gama dejó su daga en el calabozo del preso-explicó el que había hablado primero-y se separó de nosotros donde principia la escalera para ir a recogerla.

-Tan Gama no tiene daga esta noche-añadió la mujer- Se le rompió en la batalla que sostuvimos por la mañana con el Thark y me la dio para que la compusiese. Mírala, aquí la tengo.

Efectivamente, al expresarse así, sacó la daga en cuestión de entre las sedas y las pieles del lecho. Los guerreros se pusieron en pie.

-Esto es un misterio-exclamó uno.

-Eso mismo pensé cuando Tan Gama nos abandonó tan bruscamente.

Incluso me pareció que su voz sonaba de un modo raro.

-¡Vamos! ¡Vamos en seguida a los subterráneos!

No necesitábamos oír más. Me desaté el arnés hasta convertirlo en una sola correa, bajé a Tars Tarkas al patio, y en un instante me puse a su lado de un salto.

Apenas habíamos cambiado una docena de palabras desde que me presenté a Tars Tarkas a la puerta de su celda y contemplé a la luz de la antorcha la expresión de profundo asombro en la cara de mi leal amigo.

-Desde ahora aprenderé a no maravillarme de ninguna hazaña hecha por John Carter -me dijo.

Y nada más. No era preciso que me manifestase su gratitud por la prontitud con que arriesgué mi vida para salvar la suya, ni que me revelase con frases la alegría que acababa de experimentar.

Aquel rudo caudillo verde había sido el primero que me acogió, claro que a su manera el día en que tuvo lugar mi sorprendente entrada en Marte. De esto ya habían pasado veinte años. Es cierto que me recibió con la lanza levantada y rebosante de odio el corazón, cuando cargó contra mí con furiosa ira montado en su corpulento *thoat,* mientras yo permanecía de pie e impávido al lado de la incubadora de su horda allí en el fondo del mar muerto que bañó antaño los muros de Korad. En cambio, luego, no contaba entre los habitantes de dos mundos con un amigo mejor que el Jeddak de los Thark Tars Tarkas.

Una vez en el patio, nos detuvimos a la sombra, debajo del balcón, para concertar brevemente un plan de huida.

-Ahora somos cinco los que formamos el grupo, Tars Tarkas-le dije- Thuvia, Xodar, Carthoris y nosotros dos. Necesitaremos, pues, cinco *thoats* para escapamos.

-¡Carthoris!-exclamó-. ¿Tu hijo?

-Sí; le hallé en la zona de Shador, una isla del mar de Omean, situada en la tierra de los Primeros Nacidos.

-No conozco ninguno de esos sitios, John Carter. ¿Están en Barsoom?

-Arriba y abajo, amigo mío; pero aguarda a que nos pongamos a salvo para enterarte de la más extraña aventura de cuantas hasta el momento tienen noticia los *barsoojnianos* del mundo externo. Ocupémonos antes de coger *los thoats* que nos van a facilitar la fuga al Norte sin dar tiempo a que esta gente descubra que la hemos engañado.

Sin problemas llegamos a los portones del extremo del patio, por los que era preciso sacar los *thoats* a la calle de al lado. No fue tarea fácil manejar a cinco de esas grandes y salvajes bestias tan naturalmente indómitas y bravas como sus amos, y a los que sólo se sujeta empleando la crueldad y la fuerza bruta.

Al acercarnos a ellas notaron un olor que no conocían y nos rodearon lanzando chillidos de rabia. Sus largos y macizos cuellos echados hacia atrás sostenían las enormes cabezas y con las bocazas muy abiertas parecían querer devorarnos. Son unos animales de aspecto terrible, y cuando se encabritan, resultan tan peligrosos como lo da a entender su apariencia. El *thoat* tiene de altura cinco metros más qué un hombre corpulento. Sus lomos y costados son suaves y pelados, de color pizarroso oscuro que se convierte en amarillo fuerte en sus ocho patas, que terminan en unos pies descomunales sin cascos ni uñas. La tripa es blanca como el armiño. Una cola ancha y lisa, más gruesa en la punta que en la raíz, completa la descripción de la cabalga dura característica de los marcianos verdes; corcel de guerra ideal para un pueblo belicoso.

Como a los *thoats* sólo se les guía por medios telepáticos, no necesitan riendas ni bridas, por lo cual nuestro objeto entonces era encontrar dos que obedecieran nuestras órdenes mentales. Antes de que nos acometieran conseguimos dominarlos lo suficiente para evitar que nos atacaban en masa, si bien el estruendo de sus relinchos nos hacía temer que llamasen la atención de los guerreros, atrayéndolos al patio para averiguar lo que sucedía.

Por fin logré ponerme al lado de uno de los brutos más rebeldes, el que supo quién era yo apenas me monté a horcajadas en su lustroso lomo. Un momento después Tars Tarkas se apoderó y montó en otro animal y entre los dos condujimos tres o cuatro más hacia las altas murallas.

El Thark iba delante, e inclinándose hacia las aldabas abrió la puerta de par en par, mientras yo impedía que los *thoats* sueltos se desmandasen para volver a la manada. A continuación ambos cabalgamos a lo largo de la calzada en nuestras robadas monturas, dirigiéndonos al límite meridional de la ciudad, sin preocuparnos de cerrar la puerta por donde salimos.

Nuestra evasión, como se ve, no tuvo nada de interesante, ni nos abandonó la buena suerte; de modo que cruzamos los suburbios de la aniquilada población y llegamos al campamento sin haber observado el más leve indicio de persecución.

Con un silbido ahogado, que era la señal convenida, informamos al resto del grupo de nuestra aproximación, y poco después fuimos recibidos por nuestros amigos con la mayor alegría.

Dedicamos escasos minutos a relatar la reciente aventura. Tars Tarkas y Carthoris cambiaron el solemne y seco saludo común a todo Barsoom, pero instintivamente noté que el Thark quería a mi hijo y que Carthoris correspondía a su afecto.

Xodar y el Jeddak verde fueron ceremoniosamente presentados y sin más preámbulos subimos a Thuvia al *thoat* más manso; Xodar y Carthoris montaron en sendas cabalgaduras y el grupo entero partió a marcha rápida hacia el Este. Frente al extremo más lejano de la ciudad tomamos la dirección norte corriendo silenciosamente por el fondo del mar muerto, bajo los claros rayos de las dos lunas, para escapar de los *warhoons y* los Primeros Nacidos, en busca de los peligros y las aventuras que nos

deparara el destino.

A media mañana del siguiente día nos detuvimos para que descansaran nuestras monturas y reposásemos nosotros. Trabamos las bestias, pero permitiéndolas moverte con lentitud para que paciesen la vegetación musgosa color ocre que constituye para ellas el alimento y la bebida. Thuvia se prestó gustosa a vigilar mientras los demás dormían una hora.

Me pareció que acababa de cerrar los ojos, cuando sentí que me ponía la mano en un hombro y oí su dulce voz avisándome de un nuevo e inminente riesgo.

-¡Alzate, príncipe mío!-murmuró-. Viene dándonos caza algo que parece un grupo numeroso de jinetes.

La muchacha me indicó con un dedo la dirección que habíamos traído. Yo me levanté sin perder tiempo y miré hacia donde señalaba Thuvia, pero no divisé más que una línea oscura, casi imperceptible en el remoto horizonte. Desperté a los demás. Tars Tarkas, cuya gigantesca estatura nos dominaba a todos, fue quien confirmó el aviso de la joven:

-Sí, es un numeroso grupo de jinetes-dijo-que avanzan hacia aquí a la carrera.

Urgía proceder con rapidez. Corrimos a nuestros *thoats,* los destrabamos y montamos en ellos con la prisa que el caso requería.

Inmediatamente reanudamos la fuga siempre con orientación norte, hostigando a las bestias para que desarrollaran la mayor velocidad posible dentro de su peculiar lentitud.

El resto del día y la noche entera siguiente marchamos a través de los desolados campos con nuestros perseguidores pisándonos los talones, comiéndonos el terreno. Insensible, pero con seguridad, iban acortando la distancia que les separaba de nosotros, y a punto de anochecer estaban lo suficientemente cerca para permitirnos ver que eran marcianos verdes. Toda la larga noche la pasamos oyendo el ruido estridente de sus metálicos arreos.

Cuando salió el sol el segundo día de nuestra huida, la horda perseguidora se hallaba a media milla de nosotros por retaguardia y al vemos lanzaron al unísono un loco y triunfal clamoreo. Varias millas frente a nosotros se extendía una fila de colinas, las cuales constituían el borde septentrional del mar muerto, que por entonces atravesábamos. Si conseguíamos llegar a aquel fragoso paraje, indudablemente aumentaríamos las probabilidades en nuestro favor para librarnos de la persecución de que éramos objeto; pero la cabalgadura de Thuvia, a pesar de llevar la carga más ligera mostraba visiblemente su agotamiento. Yo marchaba al lado de la joven, y de repente el animal se tambaleó y se apoyó en el mío. Comprendí que iba a desplomarse, y antes de que cayera le quité a la muchacha del lomo y la puse en mi *thoat,* a la grupa, aconsejándola que se agarrara a mí con fuerza.

La doble carga aumentó el cansancio de mi ya rendida bestia, y esto hizo que disminuyera notablemente su velocidad importunándonos a todos, puesto que los demás no quisieron dejarnos atrás. En aquel pequeño grupo no había ningún egoísta, no obstante pertenecer sus individuos a distintas razas, patrias y religiones. Por añadidura, uno de ellos, yo, era de otro planeta.

Nos faltaba poco para alcanzar las colinas; pero los *warhoon* se hallaban ya tan cerca, que perdí la esperanza de conseguirlo a tiempo. Thuvia y yo caminábamos los últimos porque nuestra bestia casi no podía consigo misma. De improviso sentí que los ardientes labios de la doncella se posaban en mi hombro desnudo, besándome.

-Por tu bien, príncipe mío- murmuró.

Y a continuación se soltó de mi cintura y se dejó caer al suelo. Me volví y vi que se había tirado del *thoat* a propósito, para servir de presa a los infernales demonios que nos acosaban figurándose sin duda que mi cabalgadura, aligerada de su peso podría ponerme a salvo en los riscos de la próxima sierra. ¡Pobre niña! ¡Qué mal sabía quién era John Carter!

Di la vuelta al *thoat y* le metí prisa mentalmente, resuelto a recoger a Thuvia para que

reanudase con nosotros la fuga, a no abandonarla cobardemente. Carthoris se percató de lo que sucedía porque miró hacia atrás con oportunamente, y en el mismo instante en que llegué junto a Thuvia, se unió a mí para auxiliarme en tan crítica situación. Para ello echó pie a tierra, colocó a la joven en la grupa de su bestia, puso ésta en la dirección de los montes y la golpeó de plano en el lomo con la hoja de su espada, intentando luego hacer lo mismo con la mía.

El valiente acto del bravo joven me llenó de orgullo y me compensó con creces del riesgo que nos amenazaba. En efecto, ya era imposible pretender huir. Los *warhoons* casi nos pisaban los talones. Tars Tarkas y Xodar notaron nuestra ausencia y acudían presurosos a socorrernos. Todo indicaba un espléndido fin de mi segunda jornada en tierras barsoomianas. Yo lamentaba perecer sin haber visto de nuevo a mi amada princesa, estrechándola entre mis brazos; pero si estaba escrito en el libro del Destino que eso no ocurriera, era oportuno poner al mal tiempo buena cara y demostrar a los malvados *warhoons* del sur la furia de mis armas de manera que les quedara recuerdo de ello en el futuro durante veinte generaciones. Eso pensé en los breves momentos de que dispuse para meditar, antes de que me cegara mi habitual furia batalladora.

Como Carthoris se hallaba entonces desmontado, me apeé yo también de mi fatigada montura y me puse a su lado para resistir la carga de los rugientes demonios verdes. En seguida Tars Tarkas y Xodar se bajaron en línea con nosotros, para presentar un frente único.

Los *warhoonis* se encontrarían tal vez a unos cincuenta metros de nosotros, cuando sonó encima de nuestras cabezas una sorda explosión y casi en el mismo instante estalló una granada en las filas de nuestros contrarios. Se produjo en ellas gran confusión, pues unos cien guerreros mordieron el polvo. Los *thoats,* sin jinetes, se precipitaron enloquecidos entre los muertos y los heridos. Los guerreros desmontados fueron pisoteados en el pánico que se originó. Desapareció toda apariencia de orden en las filas verdes, quienes miraron a lo alto para averiguar la causa de tan inesperada agresión, terminando por declararse en completa derrota y por retirarse despavoridos. No tardaron en alejarse de nosotros con igual o mayor velocidad de la desarrollada para perseguirnos.

Los míos y yo miramos hacia donde había sonado el salvador disparo y vimos que precisamente entonces surcaba majestuosamente el aire, sobre los picos de las enhiestas colinas, un gran acorazado. Su cañón de proa volvió a hablar su mortal lenguaje, y otro proyectil explotó entre los *warhoons* fugitivos.

Cuando la nave aérea se aproximó a nosotros, no pude reprimir un frenético grito de entusiasmo, pues ostentaba en sus costados la para mí inolvidable divisa de Helium.

CAPITULO XVI - Arrestados.

Cuando Carthoris, Xodar, Tars Tarkas y yo contemplábamos absortos la magnífica nave que tanto significaba para nosotros, vimos que una segunda y una tercera coronaban las cimas de las montañas y se deslizaban con gracia en pos de su hermana.

Al poco, unos veinte aviones individuales se destacaron de las cubiertas superiores correspondientes a los buques de mayor porte, y al cabo de un instante descendieron haciendo largos rizos al campo donde nos hallábamos. Casi en seguida nos encontramos rodeados por numerosos marineros armados, y un oficial se adelantó hacia nosotros para preguntarnos quiénes éramos; pero de improviso puso los ojos en Carthoris, lanzó una exclamación de sorpresa, corrió junto al joven y, colocándole una mano en el hombro, dijo:

-¡Vos! ¡Carthoris, mi Príncipe! ¡Kaor! ¡Kaor! Hor Vastus saluda al hijo de Dejah Thoris, princesa de Helium, y de su marido John Carter. ¿Dónde has estado, príncipe mío? Todo Helium se apenaba por tí; y qué terribles han sido las calamidades que cayeron en la

poderosa nación de tus grandes y gloriosos antepasados desde el día fatal en que abandonaste nuestra tierra.

-No me aflijas, mi buen Hor Vastus -interrumpió Carthoris-, y regocíjate porque, además de regresar yo, para consuelo de mi amada madre y de mi pueblo, siempre leal, viene conmigo el que fue ídolo de Barsoom, su paladín heroico y su, salvador, John Carter, príncipe de de Helium.

Hor Vastus dirigió la vista al sitio que le señalaba Carthoris y su mirada tropezó en mí, ocasionándole mi presencia tan viva sorpresa que estuvo a punto de desmayarse por la emoción.

-¡John Carter! -exclamó sin querer prestar crédito a sus ojos-. ¡Oh, príncipe mío! ¿Dónde estuvistes?... Pero... no...

Calló bruscamente, como temeroso de que sus labios acabaran de formular la pregunta.

El leal subdito no quería obligarme a confesar la terrible verdad, es decir, que yo regresaba del seno de Iss, el río del Misterio, de la costa del Mar Perdido, de Korus y del valle de Dor.

-¡Oh, príncipe mío! -continuó, como si no pensase que había cortado su salutación-, basta con que hayás vuelto, después de todo. Y permite ahora que la espada de Hor Vastus sea la primera en honrarse rindiéndote los honores de tu rango.

Con estas palabras, el noble oficial sacó la espada de su vaina y la tiró al suelo delante de mí.

Quien conozca las costumbres y el carácter de los marcianos rojos apreciará el hondo significado que aquel sencillo acto poseía para mí y para cuantos lo presenciaron. Aquello equivalía a decir:

-Mi espada, mi sangre, mi vida, mi alma te pertenecen; haz de todo eso lo que gustes. Hasta la muerte, y después de la muerte, no admitiré que nadie mande en mí más que tu. Con razón o sin ella tu voluntad será mi ley, y a quien te levante la mano le contestará siempre mi espada.

Este es el Jurameinto de Fidelidad que los guerreros prestan en ocasiones a los Jeddaks que por sus méritos y sus hazañas caballerescas logran inspirar el entusiasmo y el amor de sus adeptos. Jamás calculé que tan sublime tributo se rindiera a una persona como yo. Allí no había más que una persona educada. Me incliné, recogí del suelo la espada, levanté el puño a mis labios y luego, aproximándome a Hor Vastus, le entregue el arma para que la envainase, dando a mi proceder un solemne acto.

-Hor Vastus -dije poniéndole una mano en el hombro-, agradezco en cuanto vale este impulso de tu generoso corazón. Estoy seguro de que precisaré en lo sucesivo de la espada que me ofreces; pero acepta antes que John Carter te jure no ha de pedirte nunca que la saques sino en defensa de la Verdad, la Justicia y el Derecho.

-No lo dudo, mi príncipe-me respondió-; y por eso no vacilé en echarte a los pies mi adorado acero.

Mientras hablábamos, otros aviones iban y venían del suelo al acorazado, y después despegó de éste un bote más grande, capaz para el transporte de doce personas quizá, que aterrizó suavemente cerca de nosotros. En cuanto tomó tierra, saltó a tierra desde su cubierta un oficial, quien adelantándose hacia Hor Vastus, le saludó.

-Kantos Kan desea que el grupo de extranjeros, al que habéis socorrido, sea llevado inmediatamente a bordo del *Xavayrian-dijo.*

Al aproximamos a la pequeña embarcación me fijé con atención en las personas que me rodeaban y por primera vez eché de menos a Thuvia. Pregunté a unos y otros y llegué a convencerme de que nadie había visto a la joven a partir del instante en que Carthoris castigó a su *thoat* para que corriese desenfrenadamente hacia las colinas, esperando así librarla de caer en manos de los *warhoons.*

Sin esperar más, Hor Vastus envió una docena de exploradores aéreos en varías

direcciones para que la buscasen. Todos suponíamos que no debía estar muy lejos, dado el poco tiempo que hacía que faltaba de nuestro lado. Nosotros pasamos a la cubierta del buque encargado de recogemos, y un momento después nos hallábamos en el *Xavayrian.*

El primer hombre que nos recibió fue el propio Kantos Kan. Mi antiguo amigo ocupaba ya el puesto más elevado en la escuadra de Helium, pero seguía siendo el mismo valiente camarada que compartió conmigo las penalidades sin cuento de las mazmorras de Warthoom. Las terribles atrocidades de los Grandes Torneos, y más tarde los peligros de la liberación de Dejah Thoris en la ciudad hostil de Zodanga.

Por aquel entonces yo era un advenedizo desconocido, procedente de un extraño planeta, y él un simple *padwar* en la flota de Helium. Ahora él mandaba la escuadra de Helium, «Terror de los Cielos», y yo poseía los títulos de Príncipe de la Casa de los Tardos Mors y de Jeddak de Helium.

No me preguntó de dónde venía. Como Hor Vastus, temía conocer la verdad y evitaba con cuidado preguntarme lo más mínimo acerca de mis aventuras. No le cabía duda de que la verdad se descubriría tarde o temprano, mas entre tanto le satisfacía saber que yo me encontraba otra vez junto a él. Dispensó a Carthoris y Tars Tharkas la más cariñosa acogida y tampoco les interrogó con respecto a los lugares en que habían estado. A Carthoris, en particular, lo colmó de atenciones.

-No te puedes imaginar, John Carter-me dijo- todo lo que Helium quiere a tu hijo. Ponemos en él toda la adoración que su noble padre nos inspira y concentramos en su persona el amor que a su pobre madre tenemos. Cuando se supo que se había perdido, le lloraron sinceramente diez millones de súbditos.

-Kantos Kan, te he oído llamar pobre a la madre de este joven. ¿Qué significa esa palabra, cuyo siniestro significado no quiero tomar en cuenta? -murmuré. El marino me llevó aparte.

-Durante un año-me explicó-, desde que se perdió Carthoris, Dejah Thoris enfermó de pena y se agravó su melancolía. El golpe anterior, cuando no volvistes de la estación atmosférica planetaria, se iba amortiguando por causa de los deberes de la maternidad, ya que tu hijo rompió su blanca cáscara la misma noche que desaparecistes. ¡Lo que ella sufrió todo Helium lo sabe, porque todo Helium sufrió con ella la pérdida de su señor! Pero cuando el muchacho se extravió no le quedó nada, así que, a medida que se sucedían los fracasos de las expediciones para encontrarle y que su paradero continuaba siendo un misterio nuestra amada Princesa se iba consumiendo de pena, y todos nos convecimos por fin de que, sin remedio, se iría a reunir con sus seres queridos al siniestro y temido valle.

«Como último recurso, Mors Kajak, su padre, y Tardos Mors, su abuelo, se pusieron al frente de dos poderosas armadas y salieron hace un mes para explorar centímetro a centímetro todo el hemisferio norte de Barsoom. Transcurrieron dos semanas sin que se tuvieran noticias de ellos, y hace poco empezaron a correr rumores referentes a que ambos y sus tropas han perecido en un terrible desastre.

«Mientras tanto, Zat Arras no dejaba de insistir en sus demanda matrimoniales, con las que la importunaba desde que desapareciste. Ella le odiaba y le temía, y sin el apoyo de su padre y su abuelo no le era fácil resistirse a un personaje tan poderoso, pues, como recordarás, Zat Arras es todavía Jed de Zodanga, cargo que le concedió Tardos Mors cuando no aceptastes ese señalado honor.

«Dejah Toris y Zat Arras tuvieron hace seis días una reunión secreta. Nadie sabe lo que allí hablaron, pero al día siguiente la Princesa desapareció y con ella una docena de sus guardias palatinos: de sus servidores domésticos, incluyendo a la hija de Tars Tarkas. Sola, la mujer verde. A nadie revelaron sus intenciones, si bien eso sucede siempre con los que emprenden la peregrinación, voluntaria, de la que jamás se regresa. Es, pues, muy verosímil suponer que Dejah Thoris ha ido en busca del helado seno de Iss y que sus fieles sirvientes decidieron acompañarla.

«Zat Arras se hallaba en Helium al ocurrir este suceso, y ahora manda la flota que se dedica a buscarla. Su misión resulta estéril hasta este momento y me figuro que lo seguirá siendo.

A medida que Hor Vastus me refería tan fatales noticias, los exploradores del *Xavayrian* volvían a poco a poco a la magnífica nave. Ninguno traía la menor noticia de Thuvia. Yo estaba ya muy triste a causa de la desaparición de Dejah Thoris, y a eso se añadió una especie de remordimiento por la suerte de Thuvia. Me creía responsable del bienestar de la doncella, a la que suponía hija de algún importante varón de Barsoom, y a la que me proponía devolver a los suyos sin escatimar sacrificios.

Estaba a punto de pedir a Kantos Kan que reanudase las pesquisa cuando una nave procedente del buque almirante de la escuadra trajo al *Xavayrian* un ayudante de Zat Arras con un mensaje para Kantor. Mi amigo leyó el despacho y se volvió a mí para decirme:

-Zat Arras manda que le lleven los prisioneros ante él. Tengo que obedecerle. Es el jefe supremo en Helium, a pesar de lo cual haría mejor en portarse con más cortesía y caballerosidad viniendo aquí para saludar con los honores que le corresponden al salvador de nuestro pueblo.

-De sobra sabes, amigo mío-le dije sonriendo-, que Zat Arras tiene motivos para odiarme y que nada le agradaría tanto como humillarme y matarme, si puede. No le privemos de ese gusto, ya que el Destino se lo proporciona, y vamos a ver si posee valor para aprovecharse de su situación favorable.

Llamé a Carthoris, Tars Tharkas y Xodar, entramos en la pequeña nave con Kantos Kan y el ayudante de Zat Arras, y en un momento llegamos a la cubierta del buque insignia.

Cuando nos acercamos al Jed de Zodanga, éste no mostró la menor intención de reconocerme o de saludarnos, y ni siquiera la presencia de Carthoris le arrancó una frase benévola. Su actitud fue fría, altanera y arisca.

-Kaor Zat Arras-le dije cortésmente; pero no me contestó.

-¿Por qué conservan las armas estos prisioneros? -preguntó a Kantos Kan.

-No son prisioneros, Zat Arras-explicó el oficial-. Dos de ellos pertenecen a la familia mas noble de Helium; Tars Tarkas, Jeddak de Thark, es el mayor aliado de los Tardos Moors, y el otro es un amigo y compañero del Príncipe de Helium. lo cual basta para merecer mi estima.

-Eso a mí no me importa-replicó Zat Arras-. Otra cosa me interesa conocer de estos atrevidos peregrinos y no sus nombres. Dí, John Carter, ¿de dónde venís?

-Vengo precisamente del Valle de Dor y de la Tierra de los Primeros Nacidos, Zat Arras-contesté.

-¡Ah! -exclamó con evidente satisfacción-. ¿No lo niegas, entonces? ¿De modo que habéis estado en el seno de Iss?

-He estado en un país de esperanzas falsas, en un valle de torturas y engaños y con mis compañeros me he escapado de las horribles garras de un sinfín de dementes. Vengo a Barsoom al que salvé de una destrucción inevitable, para salvarle de nuevo, pero esta vez de una muerte todavía más espantosa.

-¡Calla, blasfemo!-gritó Zat Arras-. No pienses librar tu miserable vida cobarde John Carter, inventando tales patrañas...

No pudo seguir. Nadie insulta impunemente a John Carter llamándole cobarde y embustero, y Zat Arras volvió a saberlo en aquella ocasión, porque antes de que tuviera tiempo de hacer un gesto para que me detuvieran, yo me abalancé y le apreté la garganta con ambas manos.

-¡Venga del Cielo o del Infierno, Zat Arras, siempre encontrarás en mí al John Carter de siempre, y cuenta que jamás me insultó un hombre sin que en seguida no me pidiera perdón!

Para convencerle de mi afirmación comencé a doblarle hacia atrás, poniéndole la rodilla en el pecho, a la vez que le oprimía el cuello con mayor fuerza todavía.

-¡Sujetadle!-exclamó el Jed, y una docena de oficiales se apresuró a obedecerle.

Kantos Kan se acercó a mí y me dijo al oído:

-Desiste te lo ruego. De lo contrario, todos saldremos perdiendo, pues no podré presenciar que esa gente te maltrate sin acudir a ayudarte. Mis subordinados, sin excepción, me secundarían y estallaría un motín que quizá terminara en una revolución. Por el bien de Tardos Mors y de Helium, desiste.

En vista de sus consejos solté a Zat Arras, y, volviéndole la espalda, me dirigí a la escala del buque.

-Vamos, Kantos Kan -dije-, el príncipe de Helium quiere regresar al *Xavayrian.*

Nadie me lo impidió. Zat Arras permaneció lívido y tembloroso entre sus oficiales. Algunos de ellos le miraron con desprecio e hicieron la intención de aproximarse a mí, mientras que un aviador veterano, hombre de confianza de Tardos Mors, me dijo en voz baja cuando pasé junto a él:

-Cuéntame entre tus amigos más leales, John Carter.

Le di las gracias y seguí andando. Me embarqué en silencio y poco después pisé de nuevo la cubierta del *Xavayrian.* Quince minutos después recibimos orden del buque almirante para que nos dirigiéramos a Helium.

Nuestro viaje se realizó sin contratiempos. A Carhoris y a mí nos invadían los más negros pensamientos. Kantos Kan no ocultaba su pesimismo previendo las calamidades que sobrevendrían a Helium si Zat Arras se obstinaba en mantener la cruel tradición de condenar a muerte a los fugitivos del valle de Dor. A Tars Tarkas le afligía la pérdida de su hija. Sólo Xodar se hallaba tranquilo, pues fugitivo y sin patria, no podía estar peor en Helium que entre los suyos.

-Esperemos al menos que no moriremos sin teñir de sangre roja las hojas de nuestras espadas-exclamó.

Era un deseo natural y que probablemente vería cumplido. Aprecié que la oficialidad del *Xavayrian* estaba dividida en dos bandos cuando llegamos a Helium. Los había que procuraban confraternizar con Carthoris y conmigo siempre que se les presentaba la ocasión, y tampoco faltaba un grupo, de igual número, que se comportaba con nosotros de modo huraño o circunspecto. No dejaban de tratamos con cortesía, pero evidentemente no se desprendían de su supersticiosa creencia relativa a la doctrina de Dor, Iss y Korus. No les censuraba sabiendo de sobra cuan fuerte es el arraigo de una creencia, por ridícula que sea, incluso en la mentalidad de las personas más inteligentes.

Al volver de Dor habíamos cometido un sacrilegio: refiriendo nuestras aventuras allí y contando las cosas como eran, ultrajábamos la fe de sus padres. Nos consideraban, por tanto, blasfemos y herejes. Aun los que todavía nos profesaban verdadero amor y nos demostraban su lealtad, pienso que lo hacían con la reserva en el fondo de sus corazones de poner en duda nuestra veracidad. Realmente resulta muy duro cambiar una creencia antigua por otra nueva, a pesar de las mejores promesas que ésta pueda ofrecer; pero aún es más difícil, si no imposible, rechazar una religión como un cúmulo de falsedades, sin tener a mano algo que impacte en la credulidad del pueblo.

A Kantos Kan no le pareció bien que le narráramos nuestras aventuras entre los *therns y* los Primeros Nacidos.

-Basta -nos dijo-. Bien está que yo me juegue la vida ahora y luego protegiéndoos de Zat Arras, pero no me exijáis que agrave mis pecados escuchando lo que desde niño me han enseñado que es una horrenda herejía.

De sobras comprendía que, más tarde o más temprano, nuestros amigos y nuestros enemigos tendrían que declararse abiertamente. Cuando llegáramos a Helium el conflicto empeoraría de mucho más, y si Tardos Mors continuaba ausente, temía que Zat Arras nos hiciera sufrir el peso de su aversión, puesto que asumía el mando en la nación

privada de su soberano. Tomar partido contra él equivalía a un delito de alta traición. La mayoría de las tropas obedecería sin duda al núcleo principal de sus oficiales, y sabía que muchos de los más altos y poderosos jefes de las fuerzas terrestres y aéreas secundarían a John Carter frente a los dioses, los hombres y los diablos.

Por otra parte, la gran masa de la población reclamaría con energía que nos aplicaran el castigo de nuestro sacrilegio. La perspectiva se mostraba negra desde cualquier punto de vista que se la mirara; pero como de mi mente no se apartaba el recuerdo de Dejah Thoris, ahora comprendo que al grave problema de mi situación en Helium le prestaba atención muy escasa.

Ante mí, noche y día surgían, como en una pesadilla espantosa, las terribles penurias por las que mi amada Princesa estaría pasando seguramente; los repugnantes hombres planta, los feroces monos blancos. A veces me tapaba la cara con las manos, procurando en vano borrar de la imaginación tan horripilantes escenas.

Al amanecer llegamos sobre la torre escarlata, a un kilómetro de altura, que separa a la Helium mayor de su ciudad gemela, y cuando descendíamos con amplios círculos a los diques de la Armada, vimos que una enorme multitud llenaba las calles y aguardaba impaciente. Helium estaba enterada por radioaerograma de nuestra llegada.

De la cubierta del *Xavayrian,* los cuatro, Corthoris, Tars Tarkas, Xodar y yo, fuimos trasladados a una nave más pequeña, que nos condujo a nuestro alojamiento dentro del Templo de la Recompensa.

Allí se distribuye la Justicia marciana a los buenos y a los malos; allí se premia al héroe y se condena al traidor. Fuimos llevados al Templo desde el desembarcadero situado en el tejado, por lo que no pasamos entre la muchedumbre, según es costumbre. Siempre había visto que a los prisioneros de alta categoría y a los enemigos renombrados se les obligaba a ir de la Puerta de los Jeddaks al Templo de la Recompensa por la ancha Avenida de los Antepasados, a través de un inmenso gentío, ya entusiasmado o colérico.

No ignoraba que Zat Arras procuraba apartar al pueblo de nosotros, temiendo que por su cariño a Carthoris y a mí prorrumpiera en demostraciones de afecto, las cuales disiparan el horror supersticioso que nuestro supuesto crimen pudiera inspirarle. No era empresa difícil adivinar sus planes, pero su carácter siniestro lo evidenciaba el hecho de que sus más fieles servidores nos acompañaron durante el vuelo al Templo de la Recompensa.

Nos instalaron en unas habitaciones situadas en el lado sur del Templo, desde el que se dominaba la Avenida de los Antepasados en toda su extensión hasta la Puerta de los Jeddaks, a ocho kilómetros de distancia. La gente en la plaza del Templo y en las calles, en un radio de dos kilómetros o cosa así, permanecía tan apiñada que formaba una masa compacta. Guardaba mucho orden, pues no sonaban ni aplausos ni denuestos, y cuando nos divisó en la ventana del piso superior, muchos se taparon la cara con los brazos y lloraron.

Después, a la tarde, Zat Arras nos mandó un mensajero para informarnos de que compareceríamos ante un tribunal de nobles imparciales, que se constituiría en la gran sala del Templo al primer zoda (1) del día siguiente, o sea a las 8,40 de la mañana, hora terrestre.

(1) Siempre que el capitán Carter ha empleado medidas de tiempo, distancia, peso, etc., las he traducido a sus equivalentes terrestres con la mayor exactitud posible. Sus notas contienen muchas tablas marcianas y un gran número de datos científicos, ahora en poder de la Sociedad Astronómica Internacional, que se ocupa en clasificar investigar y comprobar ese vasto caudal de notables y valiosos informes. He creído que no añadiría nada al interés de la historia del capitán Carter ni a la suma total de conocimientos humanos conservar un estricto contacto con el manuscrito original en estas materias, a cmnbio de confundir al lector y de apartar su atención de la narración principal. Sin embargo, para quienes les interese, explicaré que el día marciano tiene algo más de

veinticuatro horas treinta y siete minutos de duración. (día terrestre). Los marcianos lo dividen en diez partes iguales, que empiezan a contar a eso de las seis de la mañana (hora de la Tierra).

Las zonas se dividen en cincuenta periodos más cortos, cada uno de los cuales se compone a su vez de doscientos períodos de tiempo muy breves, casi equivalentes al segundo terrestre.

La tabla del tiempo barsoomiano que aquí se da es una parte de la más completa insertada en el manuscrito del capitán.

TABLA

Doscientos tais	*Un xat.*
Cincuenta xats	*Una zoda.*
Diez zodas	*Una revolución de Marte sobre su eje.*

CAPITULO XVII - La sentencia de muerte.

A la mañana siguiente, breves momentos antes de la hora de la convocatoria, una fuerte guardia, montada por dos ayudantes de Zat Arras, se presentó en nuestro alojamiento para conducimos a la gran sala del Templo.

Entramos en la estancia de dos en dos, y nos dirigieron directamente a la amplia Ala de la Esperanza, que así se llama la plataforma en el centro de la sala. Delante y detrás de nosotros marchaban los guardias armados, mientras que tres filas de robustos soldados zodangueses, formados a ambos lados de la plataforma, impedían la entrada a la tribuna.

Cuando llegamos al especio cercado vimos por primera vez a los encargados de juzgarnos. Según la costumbre de Barsoom, el tribunal se componía de treinta y un jueces, elegidos supuestamente entre lo más noble de la nación, puesto que se trataba de castigar a personas de alto rango. Con gran sorpresa mía, no vi a un solo amigo entre ellos. En realidad eran todos de Zodanga, lo que equivale a decir que me odiaban, puesto que a mí debía su derrota a manos de las hordas verdes y su subsiguiente vasallaje a Helium. ¿Cómo esperar, pues, justicia de aquellos hombres para John Carter, su hijo y el gran Thar, Jefe de las tribus salvajes que asolaron las calles de Zodanga, quemando, matando y saqueando?

En torno nuestro estaba atestado por completo el vasto coliseo circular. Allí había representaciones de todas las clases y edades, así como de los dos sexos. Al entrar en el salón, el zumbido de las conversaciones se acalló repentinamente, y hasta que nos detuvimos en la plataforma, o Trono de la Rectitud, un silencio de muerte envolvió a diez mil espectadores.

Los jueces se hallaban sentados en amplio círculo, siguiendo la periferia de la elevación circular. Se nos señalaron unos asientos con los respaldos hacia un pequeño estrado situado en el centro exacto de la plataforma mayor. Este sitio daba frente a los Jueces y el auditorio. El estrado más pequeño servía para que cada uno de nosotros lo ocupara mientras se veía su caso.

El mismo Zat Arras se arrellanaba en el sillón dorado del magistrado presidente. Cuando nos sentamos y se retiraron los guardias al pie de los escalones que conducían a la plataforma, se levantó y me llamó por mi nombre.

-John Carter-gritó-, ocupa tu puesto en el Pedestal de la Verdad para que te juzguen imparcialmente según vuestros actos, y sepas la recompensa que por ellos has ganado.

Luego, volviéndose al público en distintos sentidos, refirió las circunstancias que se daban en mí, de cuyo valor dependía la recompensa que me otorgarían.

-Sabed, ¡oh, jueces y pueblo de Helium!-dijo-, que John Carter, antes príncipe de Helium, ha regresado, según manifestación propia, del valle de Dor e incluso del mismo Templo de Issus, y que, en presencia de muchas personas respetables de este país ha

blasfemado e injuriado al Santo Iss, al valle de Dor, al Mar Perdido de Korus a los Sagrados *Therns* y hasta a la divina Issus, diosa de la Muerte y de la Vida Eterna. No necesitáis saber más, y os bastará contemplarle con vuestros propios ojos de pie sobre el Pedestal de la Verdad, para convenceros de que, en efecto, ha estado en esos celestiales lugares, de los que ha salido para afrenta de nuestras veneradas costumbres y para violar la santidad de nuestra antigua religión.

«El que murió una vez no debe vivir de nuevo, y el que lo intente debe morir sin remedio. Jueces, vuestra obligación, no puede ser más sencilla. ¿Qué recompensa merece John Carter, con arreglo a los actos que ha cometido?

-¡La muerte!-contestaron los jueces al unísono.

Entonces un espectador se puso en pie y, levantando la mano en alto, exclamó:

-¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

Era Kaltos Kan. Todos los ojos se fijaron en él cuando atravesó por en medio de la guardia de Zodanga para subir a la plataforma.

-¿Qué clase de justicia es ésta? -preguntó a Zat Arras-. Ni se ha oído al acusado, ni se permite a nadie declarar en su favor. En nombre del pueblo de Helium pido que se de trato imparcial y noble a nuestro querido Príncipe.

Salió del público un estruendoso clamoreo: «¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!»

Y Zat Arras no se atrevió a negarla.

-¡Hablad!-rugió, encarándose conmigo-, pero no blasfeméis contra lo que todo Barsoom considera sagrado.

-¡Pueblo de Helium!-dije, dirigiéndome a los espectadores y prescindiendo en mi discurso de los jueces o esbirros del cruel Zat Arras-. ¿Cómo podrá John Carter esperar justicia de la gente de Zodanga? Sería locura pedírsela, y por eso somete su caso al pueblo de Helium, sin solicitar de ellos ni piedad ni benevolencia. No es su propia causa la que defiende, sino la vuestra, la de vuestra mujeres e hijas y la de las hembras que todavía no han nacido. Lo que quiere John Carter es salvarlas de las atrocidades sin cuento que ha visto acumuladas sobre las hermosas barsoomianas en el lugar que los hombres llaman el Templo de Issus; es salvarlas del mortal y vampiresco abrazo de los hombres planta, de las garras de los grandes monos blancos de Dor, del yugo infame de los Sagrados *Therns* y de todo lo que el frío e inhóspito Iss arrastra consigo, arrancándolo de los felices hogares, en los que reina el amor y la dicha. No hay aquí nadie desconocedor de mi historia; de cómo vine a este mundo de otro planeta, pasando a fuerza de torturas y privaciones de prisionero de los guerreros verdes al puesto más elevado de este glorioso país. Nadie osará pensar que John Carter ha mentido en alguna ocasión con intenciones aviesas, ni dicho nada capaz de perjudicar al pueblo de Barsoom, ni con ánimos de ofender a la ligera la extraña religión que ha respetado sin entenderla.

También desafío a cuantos me oyen y a cuantos barsoormanos existen, si no reconocen que deben su vida a un solo acto espontáneo mío, por el que me sacrifiqué y perdí, quizá para siempre, a mi amada princesa, a la que todos adoráis y por cuya ausencia os entristecéis con razón. Por eso, pueblo de Helium, creo tener derecho a pediros que me escuchéis, que confiéis en mi, que me permitáis serviros y libraros en adelante de las infamias de Dor e Issus, como os preservé antaño del aniquilamiento total. Cuando yo permití a los verdugos de Zodanga que se apoderaran de mí, Zat Arras me arrebató la espada para que los suyos no me teman. ¿Os prestaréis a su inicuo juego?

-¡Viva John Carter, príncipe de Helium!-gritó en el público un gran noble, y la multitud, cual un eco fiel, repitió su frase de manera que el edificio tembló con el estruendo del vocerío.

Zat Arras comprendió de sobra que no le convenía oponerse a un sentimiento como el expresado entonces por el pueblo en el Templo de la Recompensa, y por eso me dejó hablar con los de Helium por espacio de dos horas.

Cuando acabé, Zat Arras se levantó y, dirigiéndose a los jueces, dijo con voz que

pretendía fuese serena:

-Nobles míos: ya habéis oído la defensa de John Carter; se le han dado los medios pertinentes para probar su inocencia, caso de que no fuera culpable, y en lugar de utilizarlos, ha preferido blasfemar contra nuestras más sacrosantas tradiciones. ¿A qué le sentenciáis, caballeros?

-¡A muerte! El blasfemo e impío debe morir-gritó uno de los jueces poniéndose en pie, y al instante los treinta Jueces restantes le imitaron y alzaron las espadas como señal de la unanimidad de su veredicto.

Si el pueblo no oyó la exhortación de Zat Arras, sí se enteró de la sentencia emitida. Un imprevisto murmullo surgió y adquirió luego creciente fuerza, hasta convertirse en un ruidoso clamoreo, y entonces, Kantos Kan, que no había abandonado la plataforma desde que se situó a mi lado, hizo con la mano un resuelto ademán, como para imponer silencio, y cuando creyó que sería oído, habló al pueblo con tono grave:

-No os cabrá duda de la suerte que los hombres de Zodanga tienen reservada al héroe de Helium; pero falta averiguar si los hombres de Helium se avienen a aceptar esa sentencia como definitiva. Que cada uno proceda según su propio corazón. En cuanto a Kantos Kan, jefe de la escuadra de Helium, ésta es su respuesta a Zat Arras y a sus pecuaces, los jueces de la enemiga Zodanga.

Y soltándose la espada de la cintura, la tiró, dentro de su vaina, a mis pies.

En seguida, los soldados, los oficiales, los nobles y los ciudadanos de Helium, arrollaron a los sicarios de Zat Arras y se abrieron paso entre ellos, llegando al Trono de la Rectitud. Cien hombres subieron a la plataforma y cien aceros cayeron al suelo delante de mí, a modo de supremo homenaje a la persona del salvador de Barsoom.

Zat Arras y sus partidarios estaban furiosos, pero no se atrevían a tomar ninguna medida violenta. Yo fui llevando una a una todas las espadas a mis labios, y luego se las entregué a sus dueños, colocándoselas con mi propia mano en el cinto.

-Vamos-dijo Kantos Kan-, y escoltemos a nuestros príncipes hasta su palacio.

En efecto, los amigos fieles nos rodearon, y algunos se inclinaron en los escalones que separaban la plataforma del suelo.

-¡Alto!-exclamó Zat Arras-. Soldados de Helium, no permitáis que ningún prisionero deje el Trono de la Rectitud.

El Templo no había otra fuerza armada y organizada que la guardia de Zodanga, por lo que Zat Arras confió en que sus órdenes se cumplirían inmediatamente; pero no pensó en la indignación que su conducta promovió apenas los guardias avanzaron hacia el trono.

En cada sector del coliseo salieron a relucir las espadas, y los hombres se lanzaron amenazadoramente sobre los de Zodanga. Alguien gritó con férvido entusiasmo:

-¡Tardos Mors ha muerto! ¡Mil años de vida a John Carter, nuestro Jeddak!

Al oírle y notar la actitud de enojo con que los de Helium se disponían a contrarrestar los planes siniestros de Zat Arras, comprendí que sólo un milagro evitaría que estallase una revuelta que desembocaría en una guerra civil.

-¡Oídme!-exclamé, saltando de nuevo al Pedestal de la Verdad-. Que nadie se mueva hasta conocer mi proposición. Una gota de sangre derramada aquí por un bando u otro sumiría a Helium en los horrores de una espantosa lucha cuyos resultados ni los más inteligentes pueden prever. En ese conflicto combatirían los hermanos contra los hermanos, y los padres contra los hijos. La vida de ningún hombre vale esos sacrificios. Yo antes de eso preferiría someterme a la traidora voluntad de Zat Arras, si así evito a Helium los estragos de tan sangrienta conflagración.

«Ceded, pues, unos y otros en vuestros enfrentamientos infundados y aplacemos el asunto hasta que vuelva Tardos Mors o Mors Kajak, su hijo. Si ninguno ha regresado en el plazo de un año, se celebrará un segundo juicio. El procedimiento tiene precedentes.»

A continuación, aludiendo a Zat Arras, dije en voz alta:

-A menos que no seas un loco rematado, y conste que mucho temo tal cosa,

aprovecharás la ocasión que te brindo antes de que sea demasiado tarde. Cuando un sin fin de espadas acometan a los soldados de Zodanga, nadie en Barsoom, ni el mismo Tardos Mors, será capaz de prever las consecuencias. ¿Qué me contestas? Habla pronto.

El Jed de Zodanga, amo provisional de Helium, respondió en tono alterado, volviéndose al revuelto auditorio:

-¡Detened las manos, hombres de Helium!-empezó a decir, sin conseguir disimular la rabia que sentía-. El Tribunal ha dictado ya su sentencia, pero falta fijar el día de la ejecución. Yo, Zat Arras, Jed de Zodanga, apreciando los reales parentescos del prisionero y sus pasados servicios a Helium y Barsoom, le concedo un año de vida, si antes no han regresado de su expedición vuestros legítimos soberanos. Marchaos tranquilamente a vuestras casas, ¡Yo os lo mando!

Nadie se movió. Todo el mundo guardó un profundo silencio y clavó la mirada en mí como aguardando una señal de ataque.

-¡Despejad el templo!-mandó Zat Arras, encolerizado, a uno de sus oficiales.

Temiendo el resultado de querer llevar a la práctica ese propósito, me adelanté al borde de la plataforma, e indicando con la mano la entrada principal, ordené a la turba que se fuera, y el gentío me obedeció como un solo hombre, desfilando mudo y amenazador entre los soldados de Zat Arras, Jed de Zodanga, que se consumía de rabia, conteniéndose.

Kantos Kan, con los amigos que me habían jurado fidelidad, continuaba conmigo en el Trono de la Rectitud.

-Vamos -me dijo Kantos Kan-, te escoltaremos hasta tu palacio, príncipe amado. Vamos, Cathoris y Tars Tarkas. Sígueme, Xodar.

Y con un gesto de desdén en sus finos labios para Zat Arras, volvió la espalda, y bajó las gradas del Trono, pisando el Ala de la Esperanza.

Nosotros cuatro y el centenar de leales que nos acompañaban fuimos tras él, sin que ni una mano nos detuviera, aunque no pocos ojos contemplaron con furia impotente nuestra marcha triunfal a través del Templo.

En las avenidas se apiñaba la muchedumbre, que nos abrió paso respetuosamente, y muchas espadas fueron arrojadas a mis pies cuando atravesé la capital de Helium para ir a mi palacio, situado en un distante arrabal. Allí mis antiguos esclavos me abrazaron las rodillas me besaron las manos al saludarme. A ellos no les importaba dónde había estado, contentos por mi regreso.

-¡Ah, amo mío-dijo uno, sollozando-, si nuestra divina princesa estuviera aquí, qué felices seríamos todos!

Las lágrimas acudieron a mis ojos y me obligaron a volver la cabeza para disimular la emoción que me dominaba. Carthoris lloró sin empacho cuando los esclavos le recibieron con expresiones de afecto y frases de tristeza por la pérdida de su madre. Hasta entonces Tars Tarkas no tuvo conocimiento de que su hija Sola había acompañado a Dejah Thoris a su última y penosa peregrinación, porque a mí me faltaba corazón para contarle lo que por Kantos Kan sabía.

Con el estoicismo propio de los marcianos verdes, no dio la menor señal de sufrimiento, pero, sin embargo, me constaba que su pena era tan profunda como la mía. Como marcado contraste con los de su raza, poseía en forma bien desarrollada todas las características de bondad humana, o sea las cualidades del amor, la caridad y la amistad.

Triste y sombría en exceso fue la reunión con que celebramos el acontecimiento de nuestro regreso en el gran comedor del palacio de los príncipes de Helium. Asistimos al banquete cien personas de rango, sin contar los miembros de mi pequeña corte, porque Dejah Thoris y yo sosteníamos una casa propia de nuestra clase regia.

La mesa, según la costumbre de los marcianos rojos, era triangular puesto que la familia se componía de tres individuos. Carthoris y yo presidíamos el banquete, cada cual en el centro del lado correspondiente y a la mitad del tercer lado se hallaba desocupado el

sillón de honor de Dejah Thoris, delicada obra de ebanistería, en la cual colocamos el lujoso atavío nupcial de la princesa y sus maravillosas joyas. Detrás del sillón permanecía de pie una esclava como en los días en que su señora ocupaba su puesto en la mesa y necesitaba sus servicios.

Tal era la costumbre en Barsoom y tuve que aceptarla, conteniendo la angustia, aunque mi corazón se acongojaba al contemplar el puesto vacío de mi amadísima princesa, que con sus risas y su charla hubiera proporcionado a la fiesta la nota alegre de que carecía.

A mi derecha se hallaba Kantos Kan, y a la derecha del sillón vacante se sentaba en una enorme silla mi aliado Tars Tarkas, ante una parte más elevada de la mesa que hice construir años atrás a petición del gigantesco y corpulento guerrero. El sitio de honor en un festín marciano es siempre a la derecha de la señora de la casa, y ese lugar lo reservaba Dejah Thoris, sin excepción, al gran Tark cuando venía a visitarnos. Hor Vastus estaba, según su jerarquía, al lado de Carthoris. Se habló poco durante la comida, pues fue una reunión melancólica y triste.

La pérdida de Dejan Thoris ponía un sello de dolor en nuestras almas, a lo que se añadía la inquietud por la suerte de Tardos Mors y de Mors Kajak, y la preocupación por el porvenir de Helium si resultaba cierta la muerte de su ilustre Jeddak.

De improviso nos llamó la atención un ruido de voces distantes, como si mucha gente gritase a la vez, aunque no pudimos precisar si con furor o con regocijo. El tumulto se fue acercando poco a poco. Un esclavo entró de prisa en el comedor para informamos de que una gran muchedumbre se agolpaba delante de las puertas del palacio. Otro vino a la zaga del primero llorando y riendo como un loco.

-¡Dejah Thoris ha aparecido!-exclamó-. ¡Ha llegado un mensajero de la princesa!

No quise oír más. Los ventanales del comedor daban a la avenida donde mi mansión estaba edificada, pero entre ellos y yo se interponía la mesa. Para no perder tiempo en rodearla, de un brinco pasé por encima del obstáculo y de los convidados y me precipité al balcón de la fachada, desde el que vi a quince metros debajo de mí en el césped rojizo del suelo, un agitado gentío en torno a un gran *thoat* sobre el que cabalgaba una mujer, con la cara oculta entre velos. La bestia marchaba con paso tardo hacia mi casa. Salté a la calle, en el colmo de la impaciencia, y corrí con presteza junto a la mujer misteriosa. Al aproximarme a ella descubrí que se trataba de Sola.

-¿Dónde está la princesa de Helium? -pregunté.

La muchacha verde se bajó con presteza de su robusta montura y se arrojó en mis brazos.

-¡Oh, príncipe mío, príncipe mío!-sollozó-. Se ha ido para siempre. Vivirá cautiva eternamente en la desolada luna menor. ¡Los piratas negros de Barsoom la han raptado!

CAPITULO XVIII - La historia de Sola.

Una vez dentro del palacio, conduje a Sola al comedor, y cuando hubo saludado a su padre, a la manera solemne de la gente verde, me contó la historia de la peregrinación y captura de Dejan Thoris. - Hace siete días, después de su conferencia con Zat Arras, Dejah Thoris intentó escapar de palacio aprovechando las sombras de la noche. Aunque yo no sabía nada acerca del resultado de su entrevista con Zat Arras, sabía que algo había ocurrido y que ese algo la producía el más intenso de los pesares, por lo que cuando la vi queriendo huir de su casa, no necesité que me contaran sus planes.

«Desperté rápidamente a una docena de sus guardias más leales, les expliqué los temores que sentía, y unánimemente se comprometieron a seguir a su amada princesa adonde fuese, incluso al Sagrado Iss y al Valle de Dor. La alcanzamos a corta distancia del palacio. Con ella iba la fiel *Woola,* la lebrela, y nadie más. Cuando nos divisó fingió

enojarse y nos ordenó que retrocediéramos, pero por primera vez la desobedecimos, y al convencerse de nuestra firme resolución en cuanto a no dejarla emprender sola la larga y última peregrinación, lloró y nos abrazó, con lo que reanudamos todos juntos la marcha hacia el Sur.

«Al día siguiente, tropezamos con una manada de pequeños *thoats* que nos proporcionó monturas y el poder continuar el viaje con rapidez. Caminamos muy de prisa, sin apartamos de la dirección trazada, y a la mañana del quinto día avistamos una gran escuadra de acorazados con rumbo al Norte. Sus tripulantes nos vieron antes de que pudiéramos buscar refugio, y pronto estuvimos rodeados por una turba de negros. La guardia de la princesa peleó heroicamente hasta el fin, pero pronto fué arrollada y masacrada. Solo Dejah Thons y yo nos libramos de la matanza.

«Cuando ella comprendió que se hallaba en las garras de los piratas negros, intentó quitarse la vida; pero uno de los negros le arrancó la daga y luego nos ató a las dos para que no pudiéramos servimos de nuestras manos.

«La flota continuó hacia el Norte después de capturamos. Se componía en total de unos veinte enormes acorazados, sin contar cierto número de pequeños y veloces cruceros. Aquella misma tarde, uno de los buques exploradores, que se había adelantado al grueso de la escuadra, volvió con una prisionera: una muchacha roja a la que habían cogido en una sierra, en las mismas barbas-aseguraron-de una flotilla de tres naves de Helium.

«Por las frases de las conversaciones que pudimos oír, era evidente que los piratas buscaban sin descanso a un grupo de fugitivos que se les habían escapado varios días atrás. También nos enteramos de la importancia concedida por ellos a la captura de la joven, lo cual se ponía de manifiesto considerando el detenido e interesante dialogo que sostuvo con ella el jefe de la encuadra en cuanto la llevaron a su presencia. Más tarde la ataron y la colocaron en el camarote en que estábamos Dejah Thoris y yo.

«La nueva cautiva era maravillosamente hermosa y contó a Dejah Thoris que hacía muchos años había emprendido voluntariamente la fatal peregrinación, abandonando la corte de su parte, el Jeddak de Ptharth.

«Era Thuvia, la princesa de Ptharth, la que preguntó a Dejah Thoris quién era, cayendo de rodillas ante ella cuando lo supo. Luego besó las aherrojadas manos de mi señora y la dijo que aquella misma mañana había estado con John Carter, el príncipe de Helium, y con Carthoris, su hijo.

«Dejah Tnoris, al principio, no quiso creerla; pero al fin, cuando la doncella le contó todas sus extrañas aventuras desde que había encontrado a John Carter, y lo que hicieron éste, Carthoris y Xodar en el país de los Primeros Nacidos, comprendió que John Carter no podía ser sino su amado príncipe de Helium, y añadió resueltamente:

-No existe en Barsoom nadie más que John Carter capaz de realizar las hazañas que acabas de contarme.

«A continuación, Thuvia habló a Dejah Thoris de su amor a John Carter y de la fidelidad de éste a la elegida de su corazón. Dejah Thoris desfalleció y rompió en un amargo llanto, maldiciendo a Zat Arras y a la suerte cruel que la sacó de Helium pocos días antes del regreso de su querido señor.

-No os censuro porque le améis, Thuvia-dijo-; y que vuestro afecto es puro y sincero lo deduzco de la inocencia de vuestro relato.

«La flota continuaba hacia el Norte, acercándose a Helium; pero al poco, los que la dirigían comprendieron en el curso de la noche que John Carter estaba definitivamente a salvo de su poder, y decidieron volver al Sur. A poco del cambio de rumbo entró un guardia en nuestro camarote y me arrastró a la cubierta.

-En el país de los Primeros Nacidos no hay sitio para una verde -exclamó, y me dio un terrible empujón que me despidió con violencia de la cubierta de la nave. Sin duda, le pareció aquel procedimiento el más propio para librar a los suyos de mi presencia,

privándome a, la vez de la vida.

«Pero intervino en mi favor un destino favorable, y por un milagro escapé de la caída con leves contusiones. El buque se movía entonces con lentitud, y al ser arrojada por la borda, en medio de las tinieblas que nos envolvían, me estremecí pensando en lo horrible de mi suerte inmediata, puesto que la embarcación había volado todo el día a cientos de kilómetros sobre el suelo; mas cuál no sería mi sorpresa al caer sobre una tupida alfombra de vegetación, distante unos diez metros de la cubierta del buque. En realidad, la quilla del acorazado debía rozar entonces la superficie del terreno.

«Permanecí aquella noche en el lugar donde caí, y a la mañana siguiente busqué una explicación a la afortunada coincidencia que me permitió librarme como por milagro de tan espantosa muerte. Al salir el sol contemplé un vasto panorama, formado por el fondo de los mares muertos y de unas abruptas colinas que se, extendían a lo lejos, delante de mí. Me hallaba en el pico más alto de la cadena montañosa. La flota, en la oscuridad de la noche anterior, casi voló a ras de las crestas, y en el preciso instante en que estaba más cerca de éstas, fue cuando el guardia negro me lanzó fuera del buque, con el deliberado propósito de matarme.

«Unas cuantas millas al oeste de donde yo me hallaba, había un gran canal, y al llegar junto a él noté con satisfacción que pertenecía a Helium. Allí me proporcionaron un *thoat,* y lo demás es fácil de adivinar.

Durante unos minutos nadie habló, ¡Dejah Thoris en poder de los Primeros Nacidos! La idea me anonadó, pero en seguida surgió en mí la habitual llamarada interna de confianza propia que me conducía al logro de mis victorias. Me puse en pie, erguí el cuerpo, levanté la espada y juré solemnemente sacar a mi princesa del cautiverio, o vengarla.

Salieron de sus vainas más de cien espadas y sus poseedores, o sea un numeroso grupo de valerosos guerreros, se subieron a la mesa, prometiéndome ayudarme en la empresa incluso hasta perder en ella las vidas y las propiedades. Di las gracias a tan leales amigos, y dejando a Carthoris con ellos, me retiré a la sala de audiencias con Kantos Kan, Tars Tarkas, Xodar y Hor Vastus, discutiendo juntos los detalles de la expedición hasta muy entrada la noche. Xodar estaba convencido de que Issus dejaría a Thuvia y Dejah Thoris para que la sirvieran un año.

-Durante ese espacio de tiempo no correrán ningún peligro inminente- agregó-y podremos preparamos para llevar a cabo con éxito nuestra arriesgada misión.

Se confió a Kantos Kan y Xodar lo concerniente a equipar la escuadra, adaptándola al objeto de penetrar en Omean. El primero convino en proporcionar los buques que fueran precisos sacándolos de los diques con la mayor rapidez posible, y Xodar se encargó de dotarlos de propulsores para la navegación marítima. Por una feliz casualidad, el negro, en su país, había tenido a su cuidado la reparación de los acorazados enemigos apresados por los piratas para que pudieran prestar servicio en Omean, y se hallaba familiarizado con la construcción de los elementos adecuados que el caso requería.

Se calculó serian necesarios seis meses para completar tan complejos preparativos, teniendo en cuenta que convenía guardar el mayor secreto, a fin de evitar que el proyecto llegase a oídos del odioso Zat Arras. A Kantos Kan no le cabía duda respecto a las desenfrenadas ambiciones de éste, y que sólo el título de Jeddak de Helium le satisfaría.

-Creo -dijo-que hará lo indecible por estorbar la vuelta de Dejah Thoris, lo cual pondría cerca del trono a la persona que más aborrece. En cambio, desembarazándose de ti y de Carthoris, nada le impedirá ocupar el puesto de Jeddak. Así que te aconsejo que ambos desconfiéis de todo mientras ese hombre posea en Helium el poderío de que ahora disfruta.

-¡Hay un medio de prescindir de él absolutamente y para siempre- exclamó Hor Vastus.

-¿Cuál? -pregunté. Se sonrió.

-Aquí me limitaré a exponerlo en voz baja, pero algún día lo expondré desde la cúpula del Templo de la Recompensa y lo pregonaré a todos los vientos para que me oiga la

muchedumbre, congregada a mis pies.

-¿Qué quieres decir? -interrogó Kantos Kan.

-Que proclamaré a John Carter Jeddak de Helium -contestó Hor Vastus en voz baja.

Relampaguearon los ojos de mis compañeros y unas francas sonrisas de regocijo animaron sus semblantes cuando cada uno de ellos fijó en mí su mirada inquisitiva. Yo volví la cabeza.

-No, amigos míos-respondí sonriendo-; muchas gracias, pero no puede ser. Eso, por lo menos, es prematuro. Cuando sepamos si Tardos Mors y Mors Kajak se han ido para no volver, si yo estoy aquí me uniré a vosotros para ver lo que el pueblo de Helium decide respecto a su nuevo Jeddak, y, desde luego, el elegido contará con mi lealtad y mi espada, sin solicitar para mí mismo tan señalado honor. Mientras, Tardos Mors es Jeddak de Helium y Zat Arras su representante.

-Como gusteis, John Carter; pero...-dijo Hor Vastus-¿quién está ahí? -murmuró señalando la ventana que dominaba los jardines.

Apenas su boca pronunció esas palabras, cuando se halló en la parte de afuera del amplio balcón corrido.

-Por allí se va-gritó con excitación-. ¡Guardias! ¡A ése! ¡A ése! ¡Por allí!, Guardias!

Acudimos a su lado y divisamos el bulto de un hombre que corría velozmente a través del césped, para desaparecer en las sombras nocturnas.

-Estaba en el balcón cuando le vi por primera vez-exclamó Hor Vastus ¡Pronto! ¡Sigámosle!

Todos bajamos a los jardines; pero aunque los registramos minuciosamente durante horas enteras con la guardia de palacio, no hallamos el menor rastro del atrevido merodeador.

-¿Quién podrá ser, Kantos Kan? -preguntó Tras Tarkas.

-Un espía de Zat Arras-respondió el interpelado-. Nuestro enemigo cuenta con muy buenos espías.

-Este llevará a su amo noticias de gran interés-dijo Hor Vastus chanceándose.

-Espero que sólo habrá oído lo que tratamos acerca del nuevo Jeddak- exclamé-; pero si ha descubierto nuestros planes para auxiliar a Dejah Thoris, esto significará la guerra civil, ya que intentará desbaratarlos y nosotros nos opondremos a ello. Aun contra Tardos Mors me volvería si pretendiera tal cosa. Para salvar a la princesa no vacilaré en sumergir a todo Helium en sangre, si a costa de la sangre vertida se alcanzara su libertad. Quizá yo sucumba sin conseguirlo y para esa eventualidad os ruego, amigos míos, que juréis proseguir la empresa y devolver a mi amada, sana y salva, al cariño de los suyos en la corte de su glorioso abuelo.

Por el puño de su espada me juró cada uno hacer lo que yo pedía. Se convino que los acorazados necesitados de reforma se reunieran en Hastor, otra ciudad heliumética, situada al suroeste. Kantos Kan entendía que los diques de allí podrían, sin abandonar su trabajo habitual, modificar a la vez, por lo menos, seis grandes unidades. Como era jefe supremo de la escuadra, nadie le impedía disponer a su antojo de la flota que mandaba, haciendo en las naves los cambios que estimara oportunos y luego distribuirlas en las partes más remotas del Imperio, hasta que llegara el momento de lanzarlas a la conquista de Omean.

Nuestra conferencia terminó muy avanzada la noche, y en ella cada uno de los comprometidos recibió instrucciones precisas, así como se estudiaron los menores detalles del plan a seguir.

A Kantos Kan y Xodar les incumbía la modificación de los buques, y a Tars Tarkas ponerse en comunicación con los de Thark y conocer la opinión de su pueblo respecto a su vuelta de Dor. Si era favorable, iría a Thark inmediatamente para dedicarse por completo a reunir una gran horda de guerreros verdes, la que, según nuestro plan, sería enviada directamente en transportes al valle de Dor y el Templo de Issus, mientras que la

flota penetraría en Omean y destruiría la escuadra de los Primeros Nacidos.

A Hor Vastus se le confió la delicada misión de organizar una fuerza secreta de hombres combatientes, dispuestos a seguirme donde yo quisiera llevarlos. Como calculamos que necesitaríamos más de un millón de hombres para tripular las mil grandes embarcaciones y los transportes de las tropas verdes, así como los buques destinados a escoltarnos, no era fácil tarea la que mi amigo tenía que desempeñar.

Luego que se fueron mis aliados, di a Carthoris las buenas noches, y como estaba muy cansado, me retiré a mis habitaciones, me bañé y me eché en un lecho de seda y pieles, esperando disfrutar de un reposo bien merecido tras todos los sobresaltos que llevaba pasados durante mi nueva estancia en Barsoom; mas también entonces experimenté un penoso desengaño.

No sé el tiempo que dormí; pero sí que al despertarme de repente me vi rodeado por media docena de robustos sujetos, amordazado y con los brazos y las piernas fuertemente atados. Trabajaron con tal rapidez y destreza, que me pusieron por completo fuera de combate antes de que me despejara del todo.

No pronunciaron ni una sola palabra, y en cuanto a mí, la mordaza me impedía emitir el más ligero sonido. Silenciosamente, me levantaron y me obligaron a dirigirme a la puerta de la estancia. Cuando pasamos junto a la ventana, por la que la luna más distante proyectaba sus brillantes fulgores, vi que mis aprehensores tenían, todos, tapadas las caras con tiras de seda, lo cual me impidió averiguar quienes eran.

En cuanto llegaron conmigo al corredor me condujeron hacia un entrepaño secreto de la pared, que daba acceso, por un pasadizo, a los sótanos del palacio. Siempre creí que esa salida no la conocía nadie más que yo; imagínese de mi sorpresa cuando el jefe de la banda, sin vacilar un instante, se detuvo frente al entrepaño en cuestión, tocó el botón oculto que abría el hueco secreto, me hizo pasar por él, delante de sus secuaces, y después de entrar detrás de nosotros lo cerró con asombrosa seguridad.

En seguida bajamos a los sótanos y los atravesamos por galerías tortuosas, de las que yo mismo ignoraba la existencia, hasta que por último me convencí de que nos hallábamos más allá del recinto de mi casa y de que el subterráneo se elevaba para llevamos de nuevo a la superficie. Entonces el grupo se paró ante un muro blanco. El jefe dio en él con el puño de la espada tres golpes breves y rápidos y luego, tras una pausa, otros tres, seguidos de dos más a continuación de una corta pausa. Un segundo después se separó la pared y me empujaron a un aposento profusamente iluminado, en el que había sentados tres hombres ricamente ataviados. Uno de ellos se volvió a mí con una sonrisa sardónica en sus finos y crueles labios. Era Zat Arras.

CAPITULO XIX - Oscura desesperación.

¡Ah!-dijo Zat Arras-, ¿a qué afortunada circunstancia debo el gusto de esta inesperada visita, príncipe de Helium?

Mientras me hablaba, uno de sus esbirros me quito la mordaza de la boca, pero yo no contesté a Zat Arras y me limité a mirar impávido, sin pronunciar una sola palabra, al feroz Jed de Zodanga. No dudo de que mi expresión indicaba a las claras el desprecio que aquel hombre me merecía.

Los ojos de las personas que contemplaban la escena se fijaron primero en mí y luego en mi rival, hasta que, por último, en el rostro de éste se pintó el más vivo enfado.

-Vayanse-dijo a los que me habían llevado a su presencía, y cuando no quedamos en la estancia más que él, yo y dos de sus confidentes, exclamó dirigiéndose a mí con tono glacial y deliberadamente mesurado, como si quisiera pesar el valor de sus palabras:

-John Carter, por la fuerza de la costumbre, por la ley religiosa y por la sentencia de un tribunal imparcial, estáis condenado a muerte. El pueblo no podrá salvarte y sólo yo soy

capaz de tal cosa. De mí depende en absoluto que vivas o mueras, y si decidiera lo último creo que sería lo más acertado. Ahora bien, si recobrases tu libertad dentro de un año, con arreglo a la suspensión concedida, no es de temer que la gente insista en el cumplimiento de la sentencia que se te ha impuesto. Sin embargo, yo deseo favorecerte y te pondré en libertad dentro de dos minutos, con una condición. Tardos Mors no volverá nunca a Helium, ni Mors Kajak, ni Dejad Thoris. Helium, de aquí a un año, tendrá que elegir un nuevo Jeddak. Yo aspiro a ese título. Cuenta a todo el mundo que defiendes la candidatura de Zat Arras y quedarás de inmediato en libertad. Esta es mi palabra.

Sabía que en el corazón cruel de Zat Arras existía el firme proposito de matarme, porque una vez desaparecido yo, era indudable que con facilidad vería cumplidas sus ambiciones. Libre, me sería posible seguir buscando a DeJah Thoris; pero si yo perecía, quizá mis compañeros no lograsen llevar a cabo nuestros planes. Así, negándome a acceder a su petición, era sumamente probable que, además de no impedir su triunfo, firmaría la condena de mi princesa, entregándola sin remedio de los horrores de las hecatombes en honor de Issus.

Vacilé un momento, pero sólo un momento. La altiva hija de mil Jeddaks, hubiese preferido la muerte a un pacto tan deshonroso como aquél, y John Carter no iba a hacer por Helium lo que su princesa no hubiera hecho. Por eso me volví a Zat Arras.

-Toda alianza es imposible-exclamé-entre un traidor a Helium y un príncipe de la Casa de los Tardos Mors. No creo, Zat Arras, que el gran Jeddak haya muerto.

Zat Arras se encogió de hombros.

-Pienso, John Carter, que tu parecer se modificará si reflexionas un instante y que te interesa meditar con calma acerca de lo que os he propuesto. Zat Arras por eso se complace en otorgarte un plazo prudencial para que estudies la generosa oferta que te hace. En el silencio y la lobreguez de una mazmorra podrás, en el curso de esta noche, decidir si te conviene rechazar de plano la solución que se te brinda, bien entendido que de lo contrario, jamás volverás a ver la luz del día. Además, nunca sabrás en qué minuto os arrebatará la vida la mano misteriosa de uno de mis verdugos, empuñando una daga afilada que te privará para siempre de la esperanza de recobrar el calor y la alegría del mundo externo.

Zat Arras dio una palmada cuando dejó de hablar Los guardias volvieron. Zat Arras me señaló con un ademán.

-¡Al calabozo!-exclamó.

Esto fue todo. Cuatro hombres me sacaron del aposento, y con una lámpara de radium portátil, alumbraron el camino, escoltándome a lo largo de interminables túneles, cada vez más debajo de la ciudad de Helium.

Al fin nos detuvimos en una estancia de regulares dimensiones, en las paredes de la cual vi distintos juegos de anillos. A cada uno de éstos estaba sujeta una cadena en cuyo otro extremo había un esqueleto humano. Uno de mis guardianes pegó un puntapié al más próximo de aquellos macabros despojos, y abriendo un enorme candado, fijo en un descarnado tobillo, me puso la argolla de hierro en una de mis piernas. Luego se fueron, llevándose la luz con ellos.

Me hallé sumido en la más densa oscuridad, y durante unos cuantos minutos no oí más que el ruido de los arreos militares, que se amortiguaba poco a poco, hasta que al fin el silencio fue tan completo como la oscuridad. Quedé solo con mis tétricos compañeros los esqueletos y los muertos, de los que probablemente compartiría la triste suerte.

Ignoro el tiempo que permanecí prestando atención en medio de las tinieblas; pero como nada alteraba la horrenda quietud del lugar finalmente me dejé caer al suelo, apoyé la cabeza en el muro de piedra y me dormí profundamente.

Debí estar en esa situación varias horas, y cuando me desperté encontré delante de mí a un muchacho que, en pie, me contemplaba con atención. Tenía en una mano una linterna y en la otra una vasija conteniendo un alimento parecido a las gachas, que era la

comida reglamentaria en las cárceles de Barsoom.

-Zat Arras te envía sus saludos-dijo el joven-, y me manda que te informe de que, a pesar de estar completamente enterado de la conspiración para proclamarte Jeddak de Helium, sin embargo, no se muestra inclinado a retirar la proposición que te ha hecho. Para conseguir la libertad no tienes más que atender mi consejo y comunicar a Zat Arras que aceptas los términos de su propuesta.

Yo me limité a negar con la cabeza. El joven tampoco añadió nada, y después de colocar en el suelo la escudilla con la comida, se fue, llevándose la luz.

Durante un largo período de tiempo vino el mismo joven a mi calabozo dos veces al día, dándome igual encargo de parte de Zat Arras, y como con insistencia intenté entablar con él una conversación sobre otras cosas, sin conseguirlo, porque permanecía mudo, desistí con disgusto de mi propósito.

Dediqué meses enteros a buscar el modo de comunicar a Carthoris mi apurada situación, mientras que con paciente tenacidad rozaba con la pared un mismo eslabón de la gruesa cadena que me sujetaba, esperando desgastarlo y poder seguir a mi juvenil carcelero por los serpeantes túneles, hasta un sitio de donde me fuera fácil la huida.

Además me consumía la ansiedad por conocer cómo se desarrollaban los preparativos de la expedición, para socorrer a Dejad Thoris. Tenía la seguridad de que Carthoris no habría dejado el asunto de la mano, en el caso de que estuviera libre, porque nada tendría de particular que se hallara también en poder de Zat Arras.

No ofrecía la menor duda que el espía de Zat Arras había oído nuestra conversación referente a la elección de un nuevo Jeddak, y recordaba que cinco minutos antes discutimos los detalles del plan trazado para salvar a Dejah Thoris así que razonadamente era de temer en el supuesto de que Zat Arras los conociera, que mi hijo, Carthoris, y mis amigos Kantos Kan, Tars Tarkas, Hor Vastrus y Xodar hubiesen sido víctimas del miserable usurpador, asesinados por sus esbirros, si no estaban también prisioneros.

Decidí hacer por lo menos una tentativa para averiguar algo, y con ese fin adopté la siguiente táctica la primera vez que vino a mi celda el muchacho el cual, por lo que había observado, era un buen joven y tenía aproximadamente la estatura y la edad de Carthoris. Tampoco me pasó inadvertido que lo estropeado de sus arreos no correspondían a la apostura y orgullo de su porte. Con estos datos como base abrí las negociaciones con él, en el curso de su inmediata visita.

-Te muestras conmigo sumamente bondadoso, pese a mi mísera condición de cautivo-le dije-, y como noto que me queda poco tiempo de vida, quiero, antes que sea demasiado tarde, darte una prueba tangible de mi aprecio y mi gratitud, en recompensa por la generosidad que te distingue. Me has traído diariamente el alimento con puntualidad y esmero, preocupándote de que estuviera limpio y fuese abundante y nunca me dijistes nada injurioso ni humillante, pretendiendo aprovecharte de mi condición indefensa. Lejos de eso, me has tratado constantemente con la cortesía impropia de un enemigo, y eso, sin duda, basta, sobre todo lo último, para que te demuestre la cordialidad de mis sentimientos y mi deseo de que conserves de mí algún recuerdo de poca monta.

En la armería de mi palacio hay muy buenos arneses, armas de calidad y lujosos arreos militares. Ve allí y elige lo que más te agrade. Yo te las regalo para que las uses en memoria mía, sin pedirte en cambio más que me digas si has cumplido mi deseo. ¿Me prometes hacerlo así?

Los ojos del muchacho chispeaban de alegría mientras yo hablaba, y le sorprendí contemplando mis arreos, tan valiosos en comparación con los suyos. Durante un momento se mantuvo ensimismado antes de empezar a hablar, y en ese instante casi se me paralizo el corazón, debido a que dependía mi futura suerte de su respuesta.

-Y si voy al palacio del príncipe de Helium con este encargo, ¿no se reirán de mí, y en

lugar de atenderme para que se cumpla la promesa, no me arrojarán de allí al medio de la calle, entre los insultos y la risa? No, no puede ser, aunque le agradezco la intención. Además, si Zat Arras sospechara únicamente que he oído su proposición, me mataría sin compasión.

-Piensa, chico, que no corres ningún riesgo-le insté-. Puedes ir de noche a mi casa, con una nota mía para Carthoris, mi hijo, la que naturalmente leerás antes de entregarla, para convencerte de que no contiene nada contrario a Zat Arras. Mi hijo será discreto, y nadie más que los tres conoceremos el asunto. Este, al fin y al cabo, es muy sencillo, y ni el más exigente hallará en él nada condenable.

De nuevo permaneció silencioso y meditabundo.

-Hay allí un puñal con puño de pedrería, arrancado por mí del cuerpo de un Jeddak del Norte. Cuando vayas por el arnés procura que Carthoris te lo regale. Con ambas cosas y cualquiera otra que se te antoje, no habrá en todo Zodanga un guerrero que te aventaje en equipo. Tráeme material para escribir la primera vez que vengas y pronto estarás ataviado como corresponde a tu nacimiento y a tu tipo.

Siempre pensativo y mudo, el joven dió media vuelta y se marchó de la celda. No podía adivinar cuál sería su decisión, y durante horas enteras estuve sentado, aguardando con impaciencia el desenlace del asunto. Si aceptaba el mensaje para Carthoris, ello significaba que mi hijo vivía y estaba libre, y si el joven se me presentaba usando el arnés y la espada, no habría duda de que Carthoris había recibido mi nota, enterándose por él de que yo estaba aún vivo. El hecho de que el portador de la nota fuera uno de Zodanga, bastaría para explicar a Carthoris el apurado trance en que me hallaba, sometido al poder de un rencoroso rival.

Con la natural expectación, que apenas pude disimular, oí la aproximación del joven al llegar la hora de su regular visita. Nada me dijo aparte de su acostumbrado saludo, pero al poner en el suelo a mi lado la vasija con la comida, coloco junto a ella los efectos necesarios para escribir.

Mi corazón estuvo a punto de desfallecer de alegría. Había ganado la partida. Miré un momento los utensilios fingiendo sorpresa, aunque pronto permití que se dibujara en mi rostro una expresión de hondo contento, y luego, recogiéndolos, escribí una orden para que Carthoris entregara a Parthak el ames que eligiese y la espada tan querida por mí. Esto fue todo. A pesar de su sencillez, era suficiente para que mi hijo y yo nos entendiéramos.

Puse el escrito, abierto, encima del piso. Parthak la cogió sin pronunciar una palabra y se marchó.

Por lo que yo podía calcular, llevaba trescientos días encerrado en la mazmorra, lo cual significaba que si íbamos a auxiliar a Dejan Thoris era urgente proceder sin tardanza, ya que si no estaba muerta se aproximaba su fin, con arreglo al plazo fatal concedido por Issus a quienes tenían la dicha de contemplarla.

La siguiente vez que oí un ruido de pisadas me dispuse a ver con alegría la entrada de Parthak en mi celda usando el arnés y la espada; imagínese mi asombro y mi pena cuando observé que quien me traía la comida no era el taciturno y juvenil carcelero.

-¿Qué ha sido de Parthak? -pregunté; pero el individuo aquel no me contestó, y apenas depositó en el suelo la escudilla salió de la celda, dejándome sumido en la más negra desesperación.

Transcurrieron los días... ¿cuántos?, y mi nuevo asistente continuaba cumpliendo su obligación sin proferir ni una sola frase ni responder a mis preguntas, a pesar de la insistencia con que se las hice.

No me quedaba otro recurso que reflexionar acerca del motivo de la desaparición de Parthak, relacionándola con la nota que le di para que me sirviera indirectamente. Después de mi extinguida alegría estaba peor que antes, pues seguía ignorando si Carthoris vivía, ni si Parthak, para granjearse el favor de su amo, me había permitido

proceder como lo hice, a fin de llevarle mi nota en prueba de lealtad y fidelidad.

Pasaron treinta días desde el en que entregué la nota al joven de Zodanga, trescientos treinta conté desde la fecha de mi encarcelamiento. Por mi cálculo no le quedaba de vida a Dejah Thoris sino unos treinta días escasos, y se acercaba para ella el horrendo trance de pisar en los Ritos de Issus la arena del circo.

Como un terrible cuadro cruzó con rapidez por mi mente el recuerdo de la pavorosa hecatombe. Me tapé la cara con las manos y a costa de grandes dificultades conseguí contener las lágrimas que se agolpaban en mis ojos, pese a mi habitual entereza.

Me aterraba la idea de que mi amada Princesa -¡una criatura tan hermosa!-fuera entregada para que la destrozasen a los feroces monos blancos, de tan terrible recuerdo. ¡Cómo expresar mi estado de ánimo! Una cosa tan horrible no podía prevalecer, y, sin embargo, la razón me decía que dentro de treinta días mi incomparable Princesa moriría en el coliseo de los Primeros Nacidos bajo las garras de unas bestias inmundas y salvajes, que su cuerpo ensangrentado sería arrastrado por el lodo y el polvo hasta que finalmente una pequeña parte de ella fuera recogida para servir de alimento en las mesas de la nobleza negra. Pienso que hubiera enloquecido a no ser por el ruido de los pasos de mi huraño carcelero, que distrajeron mi atención de los espantosos pensamientos que se apoderaban de mi mente. De repente concebí una desesperaba resolución. Tenía que hacer un esfuerzo supremo para escaparme, empleando la astucia para matar al vigilante, confiando luego a la suerte el que me condujera felizmente al mundo exterior.

La idea se convirtió pronto en acto. Me eché en el suelo de la celda junto a la pared, en una postura violenta y forzada como si estuviera muerto después de una lucha o de terribles convulsiones. Mi proyecto consistía en sujetar al carcelero por el cuello con una mano cuando se inclinara hacia mí y darle un tremendo golpe con el extremo vuelto de mi cadena, que para ese objeto tenía agarrado con firmeza en la mano derecha.

El hombre sombrío se iba aproximando a mí poco a poco, y luego noté que se detenía delante de mí. Lanzó una exclamación balbuciente y sin ninguna inquietud se puso a mi lado. Sentí que se arrodillaba para observarme de cerca, y entonces mi diestra apretó con furia el cabo de la cadena. Llegó el instante en que se inclinara, hacia mí y yo debía aprovecharlo para entreabrir los ojos, buscar su cuello, agarrarlo y darle al mismo tiempo el golpe certero y decisivo.

La cosa sucedió como yo la había imaginado, pero fue tan breve el intervalo entre abrir los ojos y dejar caer la cadena, que no pude detenerme, aunque en aquel fugaz instante reconocí que la cara pegada a la mía era la de Carthoris, mi amado hijo.

¡Dios! ¿Qué hado cruel y maligno había fraguado tan espantoso desenlace? ¿Qué diabólica serie de circunstancias había llevado a Carthoris a la mazmorra donde yo agonizaba, en el preciso momento de nuestras vidas en que me disponía a matarle ignorando su identidad? Una providencia bienhechora, pero a mi juicio tardía, me privó del sentido y caí desmayado sobre el yerto cuerpo de mi único vástago.

Cuando comencé a volver en mí noté que una mano fría y firme me apretaba la frente. Tardé unos minutos en abrir los ojos, durante los cuales intenté reunir los hilos sueltos de muchos pensamientos y recuerdos que cruzaban fluctuando por mi abrumado cerebro. Por fin surgió en él el desolador recuerdo de lo que constituyó mi último acto consciente, y entonces no me atreví a afrontar la situación por miedo al espectáculo que esperaba contemplar. ¿Quién sería la persona queme auxiliaba tan solícitamente? Sin duda Carthoris vino acompañado de alguien a quien yo no había visto. Bien; los hombres fuertes saben hacer frente a lo inevitable y yo debía sobreponerme a la catástrofe. Por eso suspiré y abrí los ojos.

Inclinado hacia mí se hallaba Carthoris, con un gran cardenal en la frente, donde recibió el golpe de la cadena, pero vivo, ¡vivo, gracias a Dios! No le acompañaba nadie. Le tendí los brazos: él se arrojó en ellos con efusivo júbilo, y jamás se ha elevado al cielo una plegaria ferviente de gratitud desde ningún planeta como la que en las simas del

moribundo Marte, envié al Eterno Misterio por la salvación, de mi hijo.

El breve instante en que vi y reconocí a Carthoris antes de que la cadena cayese, debió ser lo suficiente para aminorar la fuerza del golpe.

Carthoris me dijo que había estado sin sentido un rato, cuya duración no podía calcular.

-¿Cómo viniste aquí? -le pregunté asombrado de que me hubiera encontrado sin un guía.

-Supimos de tí, padre mío, por tu buena ocurrencia envíandonos al joven Parthak, quien nos contó que vivías en el peor de los cautiverios. Hasta que ese joven fue a pedimos su arnés y su espada, te tuvimos por muerto; pero cuando leímos tu nota, obedecimos lo que en ella se nos mandaba: permitimos a Parthak elegir en la armería los arreos que le gustasen., y una vez cumplidla la promesa que indudablemente le hiciste, juzgué que mi compromiso con él había finalizado. Por eso comencé a interrogarle deseoso de que me facilitara informes acerca de tu situación, pero el joven, a pesar de su alegría, viéndose ataviado con magnificencia, siguió siendo leal a Zat Arras, y se encerró en un inquebrantable mutismo. Finalmente le di a escoger entre la libertad y una celda en los subterráneos de palacio, siendo el precio de la libertad la información completa referente al lugar donde estabas preso y la manera de llegar hasta ti, mas el de Zodanga se mantuvo en su obstinado silencio. Desesperado, no insistí, por mi parte, y le encerré en el calabozo donde todavía se consume. No le han conmovido ni las amenazas, ni las torturas, ni los halagos, y se limita a contestar a nuestros interrogatorios que cuando quiera que Parthak muera, ahora o dentro de mil años, ningún hombre podrá decir con razón: «Un traidor se ha ido al desierto.»

«Finalmente, Xodar, con su peculiar sutileza y astucia, trazó un plan susceptible de proporcionamos los informes que se negaba a facilitarnos.

«Con arreglo a él, Hor Vastus se prestó a ponerse la armadura de un soldado de Zodanga y a que le encadenasen en la misma celda ocupada por Parthak. Quince días languideció nuestro noble amigo en la oscuridad de los subterráneos, pero no en vacío. Lentamente ganó la confianza y la amistad del joven zodangues, y por fin, hoy mismo, Parthak, creyendo hablar a un compatriota y camarada de infortunio, reveló a Hor Vastus el punto exacto en que te hallabas.

«Necesité muy poco tiempo para encontrar los planos secretos de Helium -entre tus papeles oficiales, pero me costó más trabajo llegar hasta aquí pues ya sabes que todas las galerías del subsuelo se unen unas con otras, que sólo hay una entrada para las correspondientes a cada sección y a la inmediata, y que las de la parte superior distan muy poco de la superficie del terreno. Como es natural, las entradas que dan paso a los túneles contiguos a los subterráneos de los edificios del gobierno están siempre guardadas, y por eso, aunque llegué sin obstáculos hasta los sótanos del palacio donde habita Zat Arras, tropecé para penetrar en ellos con un soldado de Zodanga. Allí le dejé detrás de mí, pero sin alma en el cuerpo.

«Ya conoces cómo vine hasta aquí, sin sospechar que junto a mi padre corría el riesgo de ser muerto.»

Carthoris terminó su relato con una franca carcajada. Mientras hablaba había estado trabajando en la cerradura que sujetaba mis grilletes, y después, con una exclamación de alegría, dejó caer al suelo el extremo de la cadena, lo que me permitió erguirme de nuevo, libre de los atormentadores hierros que me esclavizaron casi un año. Mi hijo era portador para mí de una espada larga y un puñal, y armados ya los dos, emprendimos el viaje de regreso a nuestro palacio. En el punto donde terminaban los subterráneos de Zat Arras encontramos el cadáver del guardia muerto a manos de Carthoris. Todavía no había sido descubierto, y a fin de aplazar más las investigaciones consiguientes y para seguir engañando a la gente, trasladamos el cuerpo a corta distancia de allí, escondiéndole en una cueva de la galería principal soterrada, perteneciente a una finca adyacente.

Al cabo de media hora llegamos al subsuelo de mi palacio y pronto tuvimos la

satisfacción de penetrar en la sala de audiencias, en la que hallamos a Kantos Kan, Tars Tarkas, Hor Vatus y Xodar, quienes nos aguardaban con impaciencia.

No perdimos el tiempo en inútiles cambios de impresiones, ni en que yo relatase los incidentes de mi cautiverio, pues lo que yo deseaba saber era cómo se venían desarrollando los planes acordados hacía cerca de un año.

-Nos han entretenido mucho más de lo que pensábamos-repuso Kantos Kan-. El hecho de tenerlos que mantener secretos para ocultárselos a Zat Arras los ha retrasado terriblemente, puesto que los espías de Zodanga abundan en todas partes. Sin embargo, estoy completamente seguro de que ni una sola palabra de nuestros proyectos ha llegado a oídos de ese canalla. De noche se junta en los grandes diques de Hastor una flota compuesta de mil acorazados fuertemente armados, los más grandes que hasta ahora han existido en Barsoom, cada uno equipado para navegar en el cielo de Omean y en las aguas del misterioso mar. En cada acorazado hay cinco cruceros de diez hombres, diez fragatas de cinco hombres y cien embarcaciones individuales; en resumen, ciento diez y seis mil naves provistas de propulsores acuáticos y aéreos. En Thark están los transportes para los guerreros verdes de Tars Tarkas, novecientos magníficos buques, sin contar los destinados a escoltarlos. Hace siete días que se hallan listos, pero esperábamos con la confianza de que de esa manera dábamos ocasión a que regresaras a tiempo para la expedición. Por fortuna, hemos acertado actuando así.

-¿Y cómo es, Tars Tarkas-pregunté-, que el pueblo de Tharin no ha infligido el castigo tradicional a los que vuelven del seno de Iss?

-Los míos enviaron una comisión de cincuenta caudillos a hablar aquí conmigo-me contestó Thark-. Somos un pueblo justo, y cuando les conté la historia de mis aventuras, convinieron como un solo hombre en que su conducta respecto a mí dependería de la de Helium con John Carter. Entre tanto, y a petición suya, ocupé otra vez el trono, como Jeddak de Thark, gracias a lo cual pude entrar en negociaciones con las belicosas hordas vecinas, consiguiendo que se comprometieran a constituir el núcleo de las fuerzas terrestres expedicionarias. He cumplido, pues, lo pactado. Doscientos cincuenta mil combatientes reunidos desde el helado casquete norte a la glacial zona del polo Sur, y que representan mil tribus diferentes, de cien hordas salvajes y batalladoras, llenarán esta noche la gran ciudad de Thark, dispuestas a invadir la tierra de los Primeros Nacidos cuando reciban la orden, y a pelear hasta que se les diga ¡basta! Sólo piden que se les consienta llevarse el botín a sus respectivos territorios en cuanto haya terminado la matanza y el saqueo. Esta es mi palabra.

-¿Y tu, Hor Vastus? -pregunté-. ¿Qué noticias me traes?

-Un millón de hombres, diestros y veteranos, procedentes de los angostos canales de Helium, tripulan los acorazados, los transportes y los convoyes- me replicó-. Todos han jurado lealtad y discreción, y han sido reclutados en varios distritos para no despertar sospechas.

-¡Bien!-exclamé-. Nadie ha faltado a su deber. Y ahora, Kantos Kan, ¿no convendría salir en seguida para Hastor y disponer las cosas a fin de emprender la marcha antes de que anochezca?

-Sí, príncipe; nos urge proceder sin tardanza-contestó Kantos Kan-. Ya el pueblo de Hastor se pregunta la causa de que una flota tan enorme, con sus aguerridas tripulaciones, se congregase en sus diques, y mucho temo que Zat Arras sepa algo del asunto. Un crucero nos espera arriba, en el embarcadero del palacio; vamonos...

Sonó una descarga de fusilería en los jardines de mi mansión, interrumpiendo lo que mi noble amigo decía.

Juntos nos precipitamos al balcón, a tiempo para ver que una docena de mis guardias desaparecían en las sombras de un distante jardín persiguiendo a un fugitivo, y que debajo precisamente de nosotros, sobre el rojizo césped, un puñado de soldados, fieles a mí, rodeaban el caído cuerpo de un hombre. Mientras les observábamos levantaron al

muerto, y por orden mía lo trajeron a la sala de audiencias, en la que entonces nos encontrábamos. Cuando colocaron el cadáver a mis pies, me fijé que era el de un joven rojo en la flor de la vida, y que usaba una armadura sencilla, como la de los guerreros inferiores. No obstante, me imaginé que aquel hombre quizá había pretendido disimular su personalidad.

-Otro espía de Zat Arras-dijo Hor Vastus.

-Eso parece-respondí, y sin más mandé a mis servidores que retirasen el cadáver.

-¡Esperad!-exclamó Xodar-. Con tu venia, príncipe, pediré que me traigan un paño y un poco de aceite de *thoat.*

Di mi consentimiento, y uno de los soldados salió de la estancia, volviendo poco después con las cosas que Xodar había pedido. Entonces, el negro se arrodilló junto al muerto, mojó un pico del pañuelo en el aceite y frotó un momento con él la cara del espía. Luego se volvió a mí sonriendo e indicándome su obra. Miré y observé con asombro que donde Xodar había aplicado el aceite, el rostro del cadáver era blanco, tan blanco como el mío. Hubo más, pues Xodar cogió con la mano la negra cabellera del personaje misterioso y se la arrancó con un violento tirón, dejando al descubierto un pelado cráneo.

Los guardias y los nobles formaron corro en torno del muerto, tendido en el pavimento marmóreo. Muchas fueron las exclamaciones de asombro e interrogación lanzadas por nosotros cuando el acto de Xodar confirmó las sospechas que él y yo habíamos concebido.

-¡Un *thern!*-murmuró Tars Tarkas.

-Peor que eso, quizá-replicó Xodar-. Pero veamos...

El negro sacó su daga y cortó con ella una bolsita que colgaba del arnés del *them,* de la cual extrajo un anillo de oro, con una enorme gema engastada. Aquella joya era igual a la que yo quité a Sator Throg.

-¡Era un *them* sagrado!-exclamó Xodar-. Por suerte para nosotros, no ha podido escaparse.

El oficial de la guardia entró en la estancia muy agitado.

-¡Príncipe!-dijo-. He de informarte que el compañero de este individuo se nos ha escapado. Creo que debía estar en connivencia con algunos de los guardianes de la puerta, y por eso he dispuesto prenderlos. Xodar le tendió el aceite de *thoat y* el paño:

-Con esto no habrá espía que os engañe.

Yo ordené en seguida un registro secreto de la ciudad, porque cada noble marciano cuenta con un servicio propio de vigilancia, y media hora después vino el oficial de guardia a comunicarme el resultado. La realidad confirmó nuestras peores suposiciones: la mitad de los centinelas encargados de custodiar la puerta aquella noche, habían sido *therns* disfrazados de rojos.

-¡En marcha!-grité-. No hay tiempo que perder. A Hastor inmediatamente. Los *therns* sin duda intentarán detenernos en el borde meridional del casquete helado, y si lo consiguen, desharán nuestros planes y destruirán por completo la expedición.

Diez minutos más tarde surcamos el espacio a toda velocidad hacia Hastor, preparados a comenzar la campaña, salvando a Dejah Thoris o pereciendo en la empresa.

CAPITULO XX - La batalla aérea.

Dos horas después de abandonar mi palacio en Helium, y a eso de la medianoche, Kantos Kan, Xodar y yo llegamos a Hastor. Carthoris, Tars Tarkas y Hor Vastus habían ido directamente a Thark en otro crucero. Los transportes estuvieron listos para partir a los pocos momentos, y marchaban lentamente hacia el Sur. La flota de acorazados tenía que alcanzarles en la mañana del día siguiente.

En Hastor lo encontramos todo dispuesto, y tan perfectamente había preparado Kantos

Kan los menores detalles de la campaña, que a los diez minutos de nuestro arribo el primer buque de la escuadra salía sin contratiempo de su dique, y a continuación, en el espacio de breves minutos, las grandes unidades flotaban graciosamente, envueltas en sombras, formando un largo y delgado cordón, que se extendía muchas millas en dirección al sur.

Hasta que no entramos en el camarote de Kantos Kan no me ocupé de averiguar la fecha en que estábamos, pues en realidad ignoraba el tiempo que había permanecido encerrado en los calabozos de Zat Arras. Cuando Kantos Kan me lo dijo, comprendí con profundo pesar mi equivocación al apreciar la duración de mi estancia en la tenebrosa mazmorra. Estuve allí trescientos sesenta y cinco días, y era demasiado tarde para salvar a Dejah Thoris. La expedición, por tanto, dejaba de ser auxiliadora para adquirir una misión vengativa. No le comuniqué a Kantos Kan mi convencimiento de que cuando penetráramos en el Templo de Issus, por desgracia ya no existiría la princesa de Helium, porque, en cuanto a que hubiese muerto, en ese momento no me era posible asegurarlo, desconociendo el día exacto que contempló por primera vez la «belleza» de Issus. ¿Para qué entristecer a mis amigos con mis cuitas personales, que bastante venían compartiendo conmigo en el curso de mi vida marciana?

Decidí, pues, guardarme mis penas y no dije nada a nadie acerca de mis fundadísimos temores. La expedición serviría para mucho si enseñaba al pueblo de Barsoom la verdad de la terrible ilusión en la que había creído ciegamente durante incontables edades, librando así cada año a millares de seres del espantoso fin que les aguardaba al concluir su peregrinación voluntaria. Si conseguía entregar a los hombres rojos el alegre valle de Dor, no debía ser considerada inútil, y en la tierra de las almas perdidas entre las montañas de Otz y la barrea helada, se recordará que existía un extenso territorio que no necesitaba riego para dar cosechas muy abundantes. Allí, en el fondo de mi mundo moribundo, estaba la única comarca naturalmente productiva de toda su superficie; allí había sólo lluvias y rocíos; allí exclusivamente se conservaba un mar abierto de abundante caudal, y todo aquello lo disfrutaban unas feroces bestias, privando de tanta belleza y su fertilidad sin parangón a los millones de barsoomianos civilizados, a pesar de que ellos eran los malditos restos de dos razas antaño grandes. Si finalmente lograba derribar el muro de la superstición religiosa, que mantenía alejados a los rojos de aquel El Dorado, dejaría un honroso e inmortal al recuerdo de las virtudes de mi amada princesa, y su martirio no habría sido estéril para la prosperidad de Barsoom.

A la mañana del segundo día avistamos la gran flota de los transportes y las demás embarcaciones auxiliares, cuando empezaba a rayar el alba, y pronto nos pusimos lo bastante cerca de ella para cambiar señales. Debo decir aquí que los radio-aerogramas se usan raras veces en tiempo de guerra o para la transmisión de despachos secretos, por que, como a menudo una nación descubre una clave distinta o inventa un nuevo aparato sobre telefonía sin hilos, sus vecinos no cejan en sus esfuerzos hasta que son capaces de interceptar y traducir los mensajes. Esta lucha entablada en el curso de varias generaciones produjo las consecuencias prácticas de agotar todas las posibilidades de la comunicación inalámbrica, y ningún pueblo se atreve a transmitir despachos de importancia por ese procedimiento.

Tars Tarkas se puso al habla con todos los transportes. Los acorazados pasaron entre ellos para tomar una posición en cabeza, y las escuadras combinadas avanzaron con lentitud hacia el casquete helado observando la superficie con atención para prevenir cualquier obstáculo que los *therns,* a cuyo país nos aproximábamos, pudieran oponernos.

A gran distancia del núcleo de la escuadra iban unas veloces patrullas de aeronaves individuales para protegemos de una sorpresa, y otras de igual clase nos flanqueaban, mientras que a retaguardia, a treinta kilómetros detrás de los transportes, prestaba idéntico servicio un número menor de tales embarcaciones. Formados así seguimos avanzando hacia la entrada de Omean durante varias horas, y de repente, uno de los

exploradores vino del frente para informarnos que ya veía la cima parecida a un cono, atalaya de los abismos de Omean. Casi en el mismo instante otra fragata se destacó del flanco izquierdo y se dirigió a toda marcha al buque almirante.

La velocidad que traía revelaba la importancia de su misión informadora. Kantos Kan y yo le esperamos en el puente de la cubierta de proa, que corresponde al puente de los acorazados terrestres. Apenas el pequeño aparato se posó en el amplio embarcadero de nuestra majestuosa nave, su tripulante corrió a nuestro lado, subiendo la escalerilla del puente.

-Una gran escuadra de acorazados al sur sudeste, mi príncipe -exclamó-. Deben ser varios miles y vienen directamente hacia nosotros.

-Por algo estaban los espías *them* en el palacio de John Carter -me dijo Kantos Kan-. Tus órdenes, príncipe.

-Disponed que diez acorazados guarden la entrada de Omean dispuestos a no permitir que ninguna nave hostil penetre en el pozo o salga de él. Esa división embotellará la armada de los Primeros Nacidos.

«Formad el resto de los acorazados haciendo una V enorme, con vértice que señale directamente a la flota enemiga, y mandad a los transportes, rodeados de sus convoyes, que sigan de cerca a los buques grandes hasta el momento que la V haya entrado en la línea de los contrarios, y luego marchad a toda velocidad para ocupar una posición conveniente sobre los templos y los jardines de los *thern.* Mientras, nuestra cuña extenderá sus ramas, y los buques de cada una de ellas atacarán con furia a las fuerzas adversarias y las harán retroceder, abriéndose paso entre sus filas y coadyuvando a la misión de las tropas de desembarco. Estas asaltarán las fortalezas de los *thern y* masacrarán a éstos tan ferozmente, que jamás la olvidarán en el futuro.

No había sido hasta entonces mi intención distraerme del objetivo principal de la campaña, pero había que zanjar el asunto con los *thern* inmediatamente y para siempre, so pena de no tener tranquilidad mientras estuviéramos cerca de Dor y de ver sumamente reducidas nuestras probabilidades de seguridad cuando volviésemos del otro mundo.

Kantos Kan saludó y se separó de mí para transmitir sus instrucciones a sus ayudantes. En un plazo de tiempo increíblemente corto se modificó la formación de los acorazados con arreglo a mis órdenes; los diez designados para vigilar la entrada de Omean salieron para su destino, y los transportes y convoyes se agruparon para lanzarse por la brecha que hiciéramos en la línea enemiga.

Di la orden de marchar a toda máquina y la escuadra surcó el aire como si estuviera formada por galgos, de modo que a los pocos momentos divisamos a simple vista los buques de nuestros contrarios Estos formaban una línea recortada en toda la distancia a que alcanzaba la vista en ambas direcciones, en un fondo de tres buques. Tan imprevista fué nuestra acometida, que les cogió desprevenidos por completo, y, por lo inesperada, se pareció a un relámpago en un cielo despejado.

Todas las fases de mi plan se ejecutaron maravillosamente. Nuestras enormes naves penetraron profundamente en las compactas filas de los *thern, y* después, al abrirse la cuña, apareció un ancho hueco por el que los transportes se precipitaron a los templos de mis adversarios, que se divisaban a lo lejos, resplandeciendo a la luz del sol. Cuando los *them* se dieron cuenta de la situación, ya cien mil guerreros verdes habían invadido sus patios y jardines, mientras que otros ciento cincuenta mil, se dedicaban desde las embarcaciones que volaban más bajo a aniquilar a tiros a los soldados *them,* agrupados en las murallas o que pretendía defender los templos. Entonces las dos gigantescas flotas entablaron una titánica lucha aérea mientras que en tierra se llevaba a cabo la más sangrienta batalla de cuantas habían presenciado los vergeles *them.* Lentamente se fue cerrando la tenaza de Helium, y a continuación comenzó el cerco de la línea enemiga, siendo esta maniobra característica de la estrategia barsoomiana. En tomo de cada división enemiga se movían los buques mandados por Kantos Kan, que al fin casi

formaron un círculo perfecto, y como entonces marchaban a extraordinaria velocidad, ofrecían al adversario un blanco muy difícil. Uno tras otro, los acorazados de los *them* eran destrozados o se rendían, y, por último, la ya destrozada escuadra intentó con desesperada acometida romper la formación de los vencedores, lo que equivalía a querer coger un soplo de aire con la mano.

Desde mi sitio en la cubierta, al lado de Kantos Kan, vi que las naves de los *them* iban paulatinamente dando la terrible caída que anunciaba su total destrucción, y nosotros proseguimos estrechando, sin apresuramos, nuestro asedio implacable hasta cernimos sobre los jardines donde peleaban como leones nuestros aliados los verdes, a quienes se comunicó la orden de embarcar. La cumplieron con precisión, elevándose los transportes y ocupando al cabo una posición en el centro del círculo.

Por entonces había terminado prácticamente el fuego de los *thern,* los que, como ya llevaron su merecido, se resignaron a dejamos seguir en paz nuestro camino. Sin embargo, nuestra misión no por eso se iba a desarrollar con facilidad, pues apenas reanudamos la marcha en dirección a la entrada de Omean, divisamos en el norte una gran mancha negra que se destacaba en el horizonte. No podía ser más que una escuadra de guerra.

¿De quién era y contra quién se dirigía? Eso, de momento, ni siquiera podíamos imaginárnoslo. Cuando se puso a la distancia adecuada de nosotros, el operador de Kantos Kan recibió un radio-aerograma, que inmediatamente tendió a mi compañero. Este lo leyó y me lo entregó con mano firme.

«Kantos Kan-decía-. Rendios en nombre del Jeddak de Helium, porque estáis en mi poder.»

Lo firmaba Zat Arras.

Los thern debían haber cogido y traducido el mensaje, porque, tan pronto como lo recibimos, reanudaron con brío las hostilidades, alentados por los inesperados aliados que venían a favorecerles.

Antes de que Zat Arras estuviera lo suficiente cerca de nosotros para que le fuera posible atacarnos, volvimos a combatir con la flota *thern,* pero mi rival, en cuanto se puso a tiro, comenzó a disparar sobre mis buques con su artillería pesada. Por desgracia, bastantes de mis naves sufrieron graves averías y algunas quedaron inútiles a causa del implacable bombardeo de que eran objeto.

La situación se hacía insostenible, y por eso dispuse que los transportes descendiesen de nuevo a los Jardines de los *thern.*

-Llevad hasta el final vuestra venganza-fue mi mensaje a las tropas verdes-, porque de noche no tendréis ocasión para ello, ni contrarios a quienes masacrar.

Entonces me fijé en que los diez acorazados encargados de vigilar el pozo de Omean, venían hacia nosotros a toda velocidad, disparando sin cesar sus baterías de popa. No había más que una explicación para aquello. Indudablemente, les perseguía una flota hostil. ¡Ah, los acontecimientos empeoraban por momentos, y mi expedición casi podía considerarse fracasada! Ninguno de los hombres que tripulaban mi armada volvería a atravesar el fatal desierto de hielo. ¡Cuánto deseé tener a Zat Arras al alcance de mi espada larga antes de morir! El era el único causante de nuestro desastre.

Cuando observé con atención a los diez buques en fuga, aparecieron a mi vista los enemigos que les perseguía con vertiginosa rapidez. Se Trataba de una gran escuadra. Al principio no quise dar crédito a mis ojos, pero al fin tuve que admitir la espantosa realidad que nos amenazaba, pues la armada que *se* disponía a embestimos era nada menos que la de los Primeros Nacidos, la que yo creía embotellada en el profundo mar de Omean, ¡Qué serie de calamidades e infortunios! ¡Qué maldito sino pesaba sobre mí desde que concebí la idea de salvar de la muerte a mi bien amada Princesa! ¿Sería posible que la maldición de Issus tuviera eficacia? ¿Que hubiera, en realidad, algo malvadamente divino en aquella momia repugnante?

Rechacé enérgicamente la absurda superstición, e irguíendome con entereza, corrí a la cubierta inferior para repeler, en unión de los míos, el abordaje de un buque *them,* que osaba abordarnos. En la salvaje matanza del combate cuerpo a cuerpo recobré la antigua confianza en mí mismo, y al sucumbir un *them y* otro *them* por obra de mi acero, casi me convencí de que alcanzaría el triunfo final, pese a las desventajas del momento. Mi presencia entre mi gente la alentó de tal modo que cargó contra los soldados blancos con absoluto aplomo, y en muy poco tiempo se cambiaron los papeles, pasando nosotros de abordados a abordadores. Luego invadimos las cubiertas del acorazado enemigo, y poco después tuve el orgullo de ver arriar el pabellón de éste en prueba de derrota y de vergonzosa rendición.

Después me reuní con Kantos Kan, quien contempló con impaciencia lo que sucedía en la cubierta inferior, como si aquello le inspirase una idea feliz. Inmediatamente dio una orden a uno de sus ayudantes y, obedeciéndola, los colores del Príncipe de Helium ondearon en cada punto de la nave capitana. La tripulación de mi barco lanzó un clamor de júbilo, el cual fue repetido por la de las demás embarcaciones a medida que aparecieron mis enseñas en sus obras muertas.

No esperó más Kantos Kan para dar el golpe. Una señal legible para todos los marineros de las flotas inmersas en la tremenda lucha, apareció a lo largo del buque almirante.

«Hombres de Helium, por el Príncipe de Helium contra todos sus enemigos»-leí.

Y ¡oh, sorpresa!, uno de los buques de Zat Arras enarboló mi bandera. En algunos se llevaron a cabo violentas luchas ente los soldados de Zodanga y los marineros de Helium, pero finalmente mis colores ondearon en todos los acorazados, que siguieron a Zat Arras detrás de nosotros, menos en el que mandaba personalmente.

Mi rival había traído cinco mil buques. El cielo estaba negro con las tres enormes flotas. La de Helium llevaba ya las de ganar, y la batalla tenía que resolverse en incontables episodios aislados. Dada la aglomeración de unidades aéreas en aquel espacio de cielo, resultaba casi imposible realizar cualquier maniobra de conjunto.

El buque de Zat Arras se hallaba junto al mío; así que me era posible ver las facciones de su jefe desde donde yo me encontraba. La artillería zodanguesa nos hacía un pesado fuego, al que contestamos con igual ferocidad. Poco a poco se fueron aproximando las dos naves, hasta que las separaron escasos metros. Los bicheristas y los abordadores se alineaban en las bordas contiguas de ambos. Nos preparábamos al lance decisivo con nuestro odiado enemigo.

Sólo había cinco metros entre las dos poderosas unidades cuando se esgrimieron los primeros bicheros. Yo me precipité a la cubierta para estar con mis hombres al iniciarse el abordaje, y precisamente cuando los barcos se abordaron con un ligero choque, me abrí paso entre las filas de los míos para ser el primero que pisara la cubierta del buque de Zat Arras. Sin vacilar, saltó detrás de mí la flor de los combatiente de Helium. Mis leales y enardecidos soldados, en el colmo del entusiasmo, acometieron a sus contrarios con tal violencia, que en vano intentaron detenerlos los de Zodanga.

Pronto cedieron los zodangueses ante aquella ola arrolladora, y cuanto mis hombres limpiaron las cubiertas de abajo subí al puente donde se hallaba Zat Arras.

-Eres mi prisionero, Zat Arras-exclamé-. Ríndete y te perdonaré la vida.

Creo que mi enemigo vaciló un instante entre acceder a mi oferta o hacerme frente con la espada desnuda, pero su indecisión duró escaso tiempo, pues tiró al suelo las armas, me volvió la espalda y corrió al lado opuesto del alcázar. Antes de que yo, repuesto de mi asombro, pudiera detenerlo, se abalanzó sobre la borda y se arrojó de cabeza al enorme abismo extendido a nuestros pies. Y así terminó el malvado Zat Arras, Jed de Zodanga. Aquí y allá proseguía la singular refriega. Los *them* y los negros se unieron contra nosotros, y en cualquier lugar que un buque de éstos se encontraba a otro de los Primeros Nacidos, se entablaba una batalla brutal, debiendo a esto, según entiendo,

nuestra salvación. Como mejor pude, y procurando que no los interceptasen los enemigos, envié a todos nuestros buques despachos ordenándoles que se retiraran de la lucha lo más rápidamente posible, para ocupar posiciones al oeste y sur de los combatientes, y también mandé un explorador aéreo a los guerreros verdes que peleaban en los jardines, para que embarcasen en los transportes sin perder tiempo.

Mis instrucciones les ordenaron, además, que cuando estuvieran luchando con una nave adversaria la dirigieran con habilidad y rapidez a un buque de su enemigo hereditario, maniobrando de modo que ambas se enzarzaran y la embarcación de Helium quedara libre para retirarse. Esta estratagema produjo magníficos efectos, y antes de que el sol se pusiera tuve la alegría de ver que cuanto quedaba de mi una vez poderosa armada se hallaba reunida a veinte kilómetros al sudoeste del lugar donde se destrozaban con furiosa saña los blancos y los negros.

Xodar, entonces, se trasladó a otro acorazado, y al frente de cinco mil buques de gran porte y de los transportes, marchó directamente al Templo de Issus.

Carthoris y yo, con Kantos Kan, continuamos mandando el resto la flota, con la que hicimos rumbo a Omean.

Nuestro plan consistía en intentar hacer un asalto combinado a Iss al amanecer el siguiente día. Tars Tarkas con los guerreros verdes, Hor Vastus con los rojos, guiados por Xodar, aterrizarían en los parques de Issus y en las llanuras vecinas, mientras Carthoris, Kantos Kan y yo conduciríamos la fuerza menor desde el mar de Omean a la morada de la infame vieja, por los túneles y las galerías que Carthoris conocía tan bien.

Entonces supe por primera vez la causa de que mi división de acorazados se apartasen de la boca del pozo. Sucedió que, cuando llegaron a ella, ya había salido de su mar subterráneo la casi totalidad de la escuadra pirata. Veinte naves colosales arremetieron a los míos, y aunque éstos presentaron batalla sin vacilar, procurando detener la muerte que salía de la negra sima, la desigualdad de sus elementos era demasiado grande y se vieron obligados a huir los de Helium.

Con suma prudencia nos acercamos a la tenebrosa boca, de negras entrañas. A una distancia de varias millas, dispuse que la escuadra se detuviera, y desde allí Carthoris partió en una nave individual a conocer el sitio. Tardó quizá media hora en volver para informamos que por aquel lugar no se divisaba ninguna señal del enemigo, ni siquiera una insignificante patrulla; así que avanzamos velozme y en silencio hacia la misteriosa entrada de Omean.

En la abertura del pozo hicimos alto un momento para que todos buques llegasen de sus puntos de partida previamente designados, y luego, con el acorazado almirante, penetré con decisión en el negro abismo siguiéndome una a una mis naves, en sucesión perfecta.

Habíamos decidido correr todos los riesgos imaginables con tal de llegar al templo por el camino subterráneo, y por eso no dejamos vigilancia en la boca del pozo. Para nada nos hubiera sido útil adoptar esa precaución, pues no teníamos fuerzas suficiente para oponemos a la gran escuadra de los Primeros Nacidos, si a ésta se le ocurría atacarnos. El éxito de nuestra irrupción en Omean dependía exclusivamente de la audacia con que realizábamos la operación, la probabilidad de que los piratas de guardia no se dieran cuenta enseguida de quiénes eran los que descendían bajo la bóveda de su enterrado mar. En el caso de que nos tornaran por los suyos, nuestra operación sería un éxito.

Por fortuna, el asunto fue así. En realidad, cuatrocientos barcos de mi escuadra, compuesta de quinientas unidas se posaron indemnes en la superficie de Omean, antes de que sonase el primer disparo. La batalla fue breve, pero dura, si bien nuestro triunfo no dejó lugar a dudas a causa de que los negros, con la despreocupación de su innegable poderío, no disponían más que de un puñado de buques viejos y estropeados para defender su puerto principal.

Por consejo de Carthoris, desembarcamos los prisioneros, con escolta, en una de las

islas mayores, y después empujamos los restos navales de los Primeros Nacidos al pozo, donde conseguimos meter a varias naves, para atascar su interior. Hecho esto, nos precipitamos con ánimo de victoria, sobre el resto de nuestros maltrechos contrarios, y les obligamos a elevarse e introducirse por el paso a Omean donde, sin duda, se enredaron con las naves ya encerradas allí.

Comprendimos que de momento éramos los amos de la situación y que aún tardaría bastante tiempo en regresar a Omean el grueso de la armada negra, lo cual nos proporcionaba una amplia oportunidad para internamos en los pasadizos subterráneos que conducen a Issus. Una de las primeras medidas que adopté fue tomar en persona, a la cabeza de un grupo de hombres, la isla del submarino, de la que me apoderé sin apenas resistencia por parte de la pequeña guarnición instalada en ella.

Encontré al submarino en su estanque, y sin demora puse una fuerte guardia en él y en la isla, donde esperé la llegada de Carthoris con los demás. Entre los primeros figuraba Jented, el comandante del submarino. Me reconoció y se acordó de las tres jugarretas que le hice durante mi cautiverio con los Primeros Nacidos.

-Parece -le dije- que hemos cambiado los papeles. Hoy estás en manos del que antes fue tu triste esclavo.

Sonrió con expresión burlona, a la que atribuí un extraño significado.

-Veremos, *veremos,* John Carter-replico-. Te esperábamos y estamos preparados para recibirte.

-Pues nadie lo diría-contesté-, vista la facilidad con que habéis cedido a la primera embestida.

-Nuestra escuadra, sin duda, os busca en vano-dijo-, pero no tardará en volver, y entonces las cosas tomarán otro giro... para John Carter.

-No sabía nada de eso-añadí, y claro que él no comprendió mi intención, y que se limitó a mirarme asombrado.

-¿Han ido a Issus muchos prisioneros en vuestro maldito barco, Jented? -le interrogué.

-Muchos-asintió.

-¿Os acordáis de una mujer a la que los hombres llaman Dejah Thoris?

-Vaya. Es sumamente bella, y además la esposa del primer mortal que se ha escapado del poder de Issus durante las incontables edades de su divinidad. Dicen que Issus no la perdona ser la esposa de uno y la madre del otro que levantó las manos contra la diosa de la Vida Eterna.

Me estremecí temiendo la cobarde venganza que Issus habría tomado sobre la inocente Dejah Thoris por el sacrificio de su esposo y su hijo.

-¿Y donde está ahora Dejah Thoris? -pregunté, disponiéndome a oír la respuesta que más podía apenarme, a pesar de lo cual, como la amaba tanto, no quise privarme de que me hablara de ella alguien que acababa de verla. Sin duda los labios de Jented iban a comunicarme la fatal nueva, y, no obstante, pensaba que en lo sucesivo estaría más cerca de mi adorada.

-Ayer se celebraron los ritos mensuales de Issus-replicó Jented-, y la vi ocupando su sitio de costumbre a los pies de Issus.

-¡Cómo!-grité- ¿No ha muerto aún?

-¡Ah, no!-contestó el negro-. Todavía no se ha cumplido el año de que contemplara en su divina gloria la faz radiante...

-¿Es posible? -le interrumpí.

-Y tanto-insistió Jented-. Sólo han transcurrido, a lo sumo trescientos setenta u ochenta días.

Brotó en mi cerebro una idea luminosa, ¡Estúpido de mí! Con dificultad conseguí contener la manifestación exterior de mi desmedido júbilo. Me había olvidado de la gran diferencia existente entre los años marciano y terrestre.

Los diez años terrestres que pasé en Barsoom equivalían a cinco años y noventa y seis

días de los de Marte, cuyos días son cuarenta y un minutos más largos que los nuestros, y cuyos años cuentan seiscientos ochenta y siete días. ¡Llegaba a tiempo! ¡Llegaba a tiempo! Las palabras surgieron de mi mente repetidas veces, hasta que al cabo debí pronunciarlas perceptiblemente, ya que Jented meneó la cabeza.

-¿A tiempo de salvar a la princesa? -me preguntó; y sin aguardar mí respuesta, añadió en tono convencido-: No, John Carter, no; Issus no cede lo que es suyo. Sabe que acudes en su socorro, y antes de que los pies de un vándalo pisen el pavimento de su Templo sagrado, si tal calamidad pudiera ocurrir, Dejah Thoris iría para siempre adonde nadie es capaz de seguirla ni de auxiliarla.

-¿Quieres decir que morirá si insisto en buscarla? -pregunté.

-Solo en último extremo-me replicó-. ¿No has oído hablar nunca del Templo del Sol? Pues allí la conducirán si es preciso. Ese pequeño edificio está en el patio interior del Templo de Issus y alza su esbelta aguja sobre las torres y los minaretes de las grandes construcciones que lo rodean. Debajo, en el subsuelo, se extiende el cuerpo principal del santuario, consistente en seiscientas ochenta y siete estancias circulares, unas encima de otras. A cada cámara da acceso un angusto corredor que atraviesa la compacta roca desde las excavaciones más hondas.

«Como todo el templo del Sol gira una vez durante la revolución anual de Marte alrededor de dicho astro, y sólo en una ocasión al año la entrada de cada estancia separada coincide con la abertura del corredor que la comunica exclusivamente con el mundo externo, podrás juzgar lo imposible que resulta penetrar en aquel lugar. Allí pone Issus a quienes incurren en su enojo, sin que, sin embargo, estime conveniente prescindir de ellos en seguida. También, para castigar a un noble de los Primeros Nacidos, suele encerrarle un año en una estancia del Templo. A menudo encarcela a un verdugo con el condenado, para que la muerte de éste en el día fijado revista con anticipación los más horribles caracteres, y además se complace en disponer que dejen en la celda del preso el alimento preciso para su sustento el tiempo que a la diosa le plazca hacer durar aquella angustia.

«He aquí cómo morirá Dejah Thoris, sin que nadie la libre de su sino fatal, el primer día que un pie extranjero profane la morada de Issus.»

Así que, aunque había realizado esfuerzos casi milagrosos y me faltaba poco para llegar hasta mi divina princesa, iba a fracasar en el momento decisivo. Me parecía que estaba tan lejos de ella como cuando me hallaba en las orillas del Hudson, a cien millones de kilómetros de distancia.

CAPITULO XXI - Entre olas y llamas.

Los informes de Jented me convencieron de que debía proceder sin tardanza y llegar sin demoras al Templo de Issus antes de que las fuerzas mandadas por Tars Tarkas lo asaltaran al amanecer. Una vez más allá de sus aborrecidos muros, quizá pudiera arrollar a la guardia de la diosa y librar a mi amada princesa de su cautiverio, sacándola de su encierro, puesto que en ese momento dispondría detrás de mí de medios apropiados para ello.

En cuanto Carthoris y los otros se reunieron conmigo, empezamos el transporte de nuestros hombres por el pasadizo sumergido a la boca del túnel que va desde el estanque del submarino al recinto del Templo en la parte que éste tiene dentro del agua. Se necesitaron varios viajes, pero finalmente todos volvimos a juntamos, sanos y salvos, para dar comienzo a la decisiva empresa. Allí había cinco mil hombres vigorosos y decididos, verdaderos veteranos, pertenecientes a las razas más belicosas de los marcianos rojos. La flor de Barsoom se hallaba a mi lado.

Como sólo Carthoris conocía las escondidas vueltas y revueltas de los túneles, no

pudimos dividir el grupo y atacar el templo por varios puntos a la vez, lo que hubiera sido lo más conveniente, y, en vista de eso, resolvimos que nos condujera, cuanto antes mejor, al sitio más próximo al centro del templo.

Cuando estábamos a punto de abandonar el estanque para entrar en los corredores, un oficial me llamó la atención acerca de las aguas en las que flotaba el submarino Al principio me parecieron sencillamente agitadas por el movimiento de un cuerpo de gran tamaño existente debajo de su superficie, y en seguida pensé que otro submarino subía del fondo para perseguirnos; pero luego observamos que el nivel de las aguas se elevaba, si no con extraordinaria rapidez, sí incesantemente, y que pronto sobrepasaría los bordes del estanque para inundar el suelo de la cueva.

Tardé algún tiempo en comprender la terrible importancia de aquel imprevisto incidente. Carthoris fue el primero que se dio cuenta por completo de la situación, con las causas y los motivos que lo ocasionaban.

-¡De prisa!-exclamó-. Si malgastamos el tiempo estamos perdidos. Las bombas de Omean han cesado de trabajar. Quieren cogernos como a ratones en una ratonera. Debemos ganar los pisos inferiores de los subterráneos antes que las aguas, o no lo conseguiremos nunca. ¡Vamos!

-Muestra el camino, Carthoris. Te seguiremos.

Obedeciéndome, el joven saltó a uno de los corredores, y en columna de dos los soldados le siguieron en buen orden, penetrando cada compañía en el túnel, dirigida únicamente por su *dwar o* capitán.

Aún no había abandonado la última compañía la estancia, cuando el agua llegaba ya a los tobillos de mis hombres, los cuales empezaban a dar señales de impaciencia. Totalmente desacostumbrados a tal elemento, excepto en las cantidades suficientes para la bebida y el aseo, los marcianos rojos, instintivamente, la temían por sus formidables abismos y amenazadora actividad, y que se mantuvieran serenos, a pesar de que les lamía las piernas y comenzaba a girar en tomo suyo, demostraba a las claras su valor y su disciplina.

Fui el último en abandonar la sala del submarino, y como iba a retaguardia de la columna, hacia el corredor, marchaba con el agua hasta las rodillas. La galería también estaba inundada de igual modo, pues su suelo se hallaba a nivel con el de la estancia adonde conducía, y durante varios metros no se notaba la menor elevación.

La marcha de las tropas por el túnel fue tan rápida como lo permitía el número de hombres que se movían en un paraje tan angosto; pero no era lo bastante acelerada para permitirnos ganar terreno a la invasora corriente. Como el nivel del pasadizo aumentaba poco a poco en altura, con las aguas sucedía lo propio, y ello me hizo comprender, yendo al final de mi pequeño ejército, que nos amenazaba por esa causa una gran catástrofe.

Finalmente comprendí el motivo de aquello, consistente en que, dada la escasa extensión de Omean, al subir las aguas hacia la cima de su bóveda, la velocidad de la ascensión aumentaba en razón inversa del espacio, cada vez menor, a llenar.

Mucho antes de que la cola de la columna estuviera próxima a llegar a las galerías superiores, situadas sobre los parajes peligrosos, me convencí de, que las aguas nos alcanzarían con arrolladora fuerza, y en tal cantidad que, probablemente, la mitad de la expedición sería aniquilada. Cuando pensaba acerca de alguna manera para salvar el mayor numero posible de soldados, me fijé en un corredor divergente que parecía hallarse en empinada pendiente con relación a la galería inundada, y a mi derecha. Las remolineantes aguas me llegaban ya a la cintura, y los hombres de las compañías inmediatas a mí comenzaban a sentir pánico. Había que hacer algo en seguida, o, de lo contrario, se precipitarían sobre las unidades más avanzadas, dominadas por el terror, ocasionando la muerte de muchos cientos debajo de las olas, y atascando el túnel, sin que quedara la menor esperanza de salvación para los que venían detrás.

Levantando la voz cuanto pude, mandé a los *dwars* de las compañías que me

precedían:

-¡Atrás los últimos veinticinco *utans!* ¡Atrás! Creo que hay aquí un camino para escapar, ¡Retroceded y seguidme!

Mis órdenes fueron obedecidas por unos treinta *utans,* así que tres mil hombres se volvieron, y chapoteando contra la corriente, se apresuraron a ganar el corredor que yo les había indicado. Cuando el primer *dwar* penetró en el con su *utan,* yo le insté a que atendiera puntualmente mis instrucciones y le previne que en modo alguno saliera al aire libre y se encaminara al templo propiamente dicho, dejando los subterráneos, sin que yo estuviera a su lado, «y ya sabéis que si no me veis más será porque haya muerto».

El oficial me saludó y alejóse. Los soldados desfilaron rápidamente ante mí y entraron en la galería divergente que yo esperaba les conduciría a la salvación. El agua me llegaba al pecho. Los hombres se tambaleaban, y no pocos vacilaban y se caían. Sostuve a muchos y les ayudé a ponerse de pie, pero la tarea era excesiva para una persona sola. Las tropas comenzaban a ser barridas por la violencia del torrente y no conseguían avanzar. Al fin, el *dwar* del décimo *utan* se cuadró en mi presencia. Era un valeroso militar, llamado Gus Tus, y ambos, juntos, establecimos en nuestra entonces aterrorizada gente una apariencia de orden y ayudamos a muchos, que de lo contrario se hubieran ahogado.

Djor Kantos, hijo de Kantos Kan, y un *padwar* del quinto *utan* se nos unieron cuando a su unidad le tocó penetrar en el hueco por el que los soldados huían. Sin embargo, no perdimos un hombre de los cientos que pasaron de la galería principal al otro corredor.

Cuando el último *utan* desfiló delante de nosotros, las aguas, en su constante subida, nos llegaban al cuello; pero, aún así, nos cogimos de las manos y permanecimos firmes hasta que todos los hombres se hallaron relativamente a salvo en el nuevo pasadizo. Allí encontramos un desnivel hacia arriba inmediato y marcado, de manera que a los doscientos metros nos colocamos encima de la capa líquida.

Durante unos cuantos minutos continuamos subiendo por la acentuada pendiente, la cual, pensaba, nos llevaría pronto y con seguridad a las galerías superiores, circundantes del Templo de Issus. ¡Ah! Cuán cerca estaba del más cruel de los desengaños.

De repente oí un grito «¡Fuego!», pronunciado muy lejos y delante de mí. Le siguieron, casi simultáneamente, un sin fin de gritos de terror y las voces de mando apresuradas de los *dwars y padwars,* quienes, sin duda, intentaban sacar a sus soldados de algún grave peligro. Finalmente, nos trajeron la noticia.

-¡Han incendiado las galerías de arriba estamos entre las llamas y las olas! ¡Auxilio, John Carter! ¡Nos asfixiamos!

En efecto, en el mismo instante nos azotó la cara una especie de columna de denso y negro humo, la que nos obligó a retroceder, medio ciegos y sofocados, para buscar refugio contra sus daños.

No quedaba otro recurso que hallar, si era posible, un nuevo medio para escapar. El fuego y el humo resultaban mil veces peores enemigos que el agua, y por eso me lancé a la primera galería, para librarme ante todo del humo asfixiante que nos agobiaba.

De nuevo me mantuve a un lado, mientras que los soldados retrocedían de prisa por el camino que habían seguido. Unos dos mil hombres debían haber vuelto a la primitiva dirección, cuando la corriente cesó; pero como no estaba seguro de que todos se hubieran salvado, pues quizá algunos habrían ido más allá del punto inicial de las llamas, para convencerme de que ningún infeliz corría el riesgo de sufrir una muerte espantosa, avancé con rapidez por la galería hacia la zona incendiada, la que vi arder delante de mí despidiendo resplandores siniestros.

Se sentía un calor sofocante y la tarea era extremadamente penosa, pero al fin llegué a un sitio donde el fuego iluminaba el corredor lo suficiente para ver que ni un solo hijo de Helium quedaba entre mí y aquella inmensa y devoradora hoguera. Lo que había en ella y más allá no lo sabía, ni ningún ser humano habría osado atravesarla. Parecía un infierno

de sustancias químicas imposibles de conocer.

Una vez satisfecho mi sentido del deber, me volví y regresé corriendo por el pasadizo que tantas ilusiones me produjo. Entonces descubrí con horror que tenía cortada la retirada en aquella dirección, puesto que a la entrada del túnel se levantaba un fuerte enrejado de acero, evidentemente sacado de sus soportes y colocado allí con el propósito de impedirme la huida.

No podía dudar de que los Primeros Nacidos estaban al tanto de nuestros principales movimientos, en vista del ataque de su escuadra a nuestras fuerzas del día antes, ni de que la paralización de las bombas de Omean en el momento psicológico dependiera de la casualidad. También el comienzo de una combustión química en el corredor por el que marchábamos hacia el Templo de Issus, tenía que obedecer a un plan maduramente adoptado. Después, la interposición de la verja de acero para ponerme de manera efectiva entre las llamas y las olas, parecía indicar que unos ojos invisibles me acechaban sin descanso. Se comprenderá que para acudir en socorro de mi amada Dejah Thoris me era preciso vencer, ante todo, a unos enemigos que se ocultaban en las sombras. Mil veces me reproché el haber caído incautamente en aquella encerrona, a pesar de constarme que los peligros abundaban en las tenebrosas galerías. Entonces juzgué que hubiera sido mucho mejor conservar las fuerzas intactas y dar un asalto concertado al Templo por el lado del valle, confiando a la suerte y a nuestra gran habilidad combatiente la derrota del ejército negro y la consiguiente liberación de mi Dejah Thoris.

El humo del fuego me obligaba a seguir retrocediendo por el pasadizo en dirección a las aguas, que oía surgir entre las demás tinieblas. Como mi gente se llevó la última antorcha, el paraje sólo estaba iluminado por la radiación de las rocas fosforescentes, propias de aquellas regiones abismales. Esta circunstancia me convenció de mi proximidad a las galerías superiores, situadas directamente más allá del Templo.

Finalmente, sentí que las aguas me azotaban los pies. A mi espalda, la humareda se espesaba por minutos. Sufría lo indecible, y comprendí que sólo me quedaba un recurso, que era elegir la muerte más fácil de las dos que me amenazaban. Consecuente con esta decisión, me dirigí por la galería a las frías aguas de Omean, tan cercanas, para arrojarme a sus pavorosos abismos en busca... ¿de qué?

El instinto de conservación es fuerte, aun cuando uno, sin temor y en posesión de las más valiosas facultades razonables, sabe que la muerte, positiva e imperturbable, le corta el paso. Por eso yo me puse a nadar lentamente, esperando que mi cabeza tocase en el techo del corredor, lo que significaría que habría llegado al fin de mi fuga y al sitio donde debía hundirme para siempre en una tumba insondable. Sin embargo, con gran sorpresa, fuí a parar a un muro por completo liso antes de llegar al sitio en que las aguas tocaban el techo del pasadizo. ¿Estaría equivocado? ¡No! Pronto me convencí de que había seguido la galería principal y de que todavía quedaba un espacio libre entre la superficie de la masa líquida y la rocosa techumbre. Luego me acorde de mi marcha por el estrecho túnel que recorrieron Carthoris y la cabeza de la columna hacía media hora. A medida que nadaba, mi corazón, a cada brazada, se aliviaba, pues bien sabía que me acercaba cada vez más a un paraje en que, indiscutiblemente, tendría que ser menor la profundidad de las aguas que por adonde yo iba. Para mí, era indudable que pronto sentiría de nuevo bajo mis pies un terreno firme, y eso me hizo cobrar esperanzas en cuanto a llegar al Templo de Issus para reunirme con la tierna prisionera que languidecía allí.

De improviso, cuando más ilusiones me hacía, di un golpe brusco con la cabeza en las rocas de encima. Me había sucedido, pues, lo peor, o sea ir a parara a uno de los raros sitios donde un túnel marciano baja de repente a un plano inferior. No ignoraba que más allá volvería a elevarse; pero eso carecía para mí de valor, debido a que desconocía cuál era su longitud, totalmente debajo de la superficie anegada.

Tan solo me restaba una remota probabilidad de salvación, y la aproveché. Llené de aire los pulmones, me zambullí en el agua y nadé con brío a lo largo de la sumergida

galería, sin miedo a sus negruras ni a la frialdad horrible que en ella experimenté. De cuando en cuando levantaba una mano, y, por desgracia, siempre que lo hacía tocaba sobre mi cabeza la roca desesperanzadora. Ya mis pulmones empezaban a rendirse con el esfuerzo que realizaban, y para mí no había otra solución que la de sucumbir fatalmente, sin que ni por asomos se me ocurriera otra perspectiva más favorable. Ni siquiera creía posible volver de nuevo al punto en que las aguas, como se recordará, sólo me llegaban al cuello.

La muerte me miró a la cara; mas yo, realmente, no me acuerdo del instante preciso en que sentí en mi frente el beso helado de sus labios letales.

Hice un frenético esfuerzo acudiendo a mis energías casi agotadas, y me enderecé, medio desmayado, por última vez, no pensando encontrar para que mis torturados pulmones respirasen sino un elemento extraño y mortífero; sin embargo, en lugar de eso, sentí que una ráfaga de aire vivificador penetraba en mi pecho, produciéndome una inefable delicia. ¡Me había salvado!

Unas cuantas brazadas más me llevaron a un sitio donde mis pies tocaron el suelo, y pronto me vi por completo fuera del agua; entonces eché a correr como un loco por el túnel adelante, buscando cualquier puerta que me condujera ante Issus. Si ya no podía salvar a Dejah Thoris, por lo menos estaba decidido a vengarla, y ninguna vida me satisfaría a cambio de la suya, como no fuese la de la diosa infame, causa para Barsoom de tan crueles sufrimientos.

Antes de lo que yo esperaba me hallé en lo que me pareció ser una imprevista salida al Templo de arriba. Estaba en el lado derecho del pasadizo, y probablemente se llegaría por ella a varias entradas del edificio. Para mí tanto valía un camino como otro. ¿Acaso sabía yo adónde se iba por ninguno de ellos? Por eso, sin pensar qué quizá me descubrirían y rechazarían, me adelanté con rapidez por la pronunciada pendiente, y empuje la puerta, situada en el extremo del declive.

Esta cedió lentamente, y antes de que hiciera más resistencia me lancé a la habitación inmediata. Aunque todavía no amanecía, la estancia se hallaba iluminada brillantemente. Su único ocupante descansaba tendido en un lecho de corta altura junto a la pared opuesta a la puerta, y aparentemente dormía. Por las colgaduras y el suntuoso mobiliario del aposento, creí que éste pertenecía a alguna sacerdotisa o tal vez a la misma Issus.

Tal pensamiento activó la circulación de la sangre en mis venas. ¡Ah, si la fortuna se me mostraba tan propicia y me ponía en las manos sola e indefensa, a la aborrecible y engañadora vieja! Con aquel rehén nada me sería imposible en lo sucesivo. Sigilosamente me acerqué de puntillas a la persona acostada. Avancé hacia la durmiente con gran cautela; pero sólo había cruzado la mitad de la sala, cuando el bulto se movió y se puso en pie, mirándome, al ir a arrojarme sobre él.

Al principio se reflejó una expresión de terror en las facciones de la mujer, y luego sustituyeron al miedo la incredulidad, la esperanza y la gratitud.

El corazón me saltaba del pecho y las lágrimas me llenaban los ojos cuando me dirigí a la dama en cuestión. Las palabras que debieron ser ecos de mi alegría y brotar de mi boca cual un torrente impetuoso, quedaron ahogadas en mi garganta. Sí, abrí los brazos y en ellos recogí, desfallecida, a mi adorada Dejah Thoris, señora de Helium.

CAPITULO XXII - Victoria y derrota.

¡John Carter! ¡John Carter!-sollozó mi amada apoyando en mi hombro su bellísima cabeza-, aún ahora apenas creo lo que mis ojos están viendo. Cuando la joven Thuvia me dijo que habías vuelto a Barsoom la oí sin creerla, porque me pareció que tal felicidad sería imposible para quien, como yo, llevaba sufriendo en la soledad y el silencio diez largos años. Al fin, cuando comprendí que era cierto y me enteré del horrible lugar en que

te habían cogido prisionero, no mantuve ilusiones en cuanto a que pudieras salvarme.

«Como pasaban los días y transcurrían las lunas y las lunas sin que tuviera de ti la menor noticia, me resigné con mi triste suerte; y ahora que has venido, casi me parece un sueño tanta buena suerte. Durante una hora he oído el ruido del combate en el interior del palacio, y no supe lo que significaba, si bien el corazón me decía, contra toda lógica, que quizá se tratase de los hombres de Helium, capitaneados por mi príncipe. ¿Y Carthoris, nuestro hijo?

-Estaba conmigo hace una hora escasa, Dejan Thoris-contesté-. Y debe ser él a quien oíste batallar con su gente, dentro del recinto del templo.

-¿Dónde está Issus? -pregunté de repente.

Dejah Thoris se encogió de hombros.

-Me envió con una escolta a esta estancia antes de comenzar la lucha, que todavía no ha terminado, y me dijo que mandaría a buscarme más tarde. Parecía muy enojada y algo temerosa, hasta el punto que nunca la vi tan vacilante y asustada. Sin duda, sabía ya que John Carter, príncipe de Helíuim, venía a rendirla cuentas del cautiverio de su amada.

El estruendo de la lucha, los chasquidos de las armas, el griterío de las masas y el ruido de innumerables pisadas llegaban a nosotros desde las distintas partes del templo. Comprendía que era necesaria mi presencia en el teatro de la acción y, sin embargo, no me atrevía a dejar sola a Dejah Thoris, ni a exponerla conmigo a los riesgos y al torbellino de la batalla.

Al fin me acordé de los túneles que acababa de abandonar. ¿Por qué no esconderla allí hasta que yo volviera, manteniéndola en seguridad mientras fuese preciso en aquel horrible lugar?

-¡Oh, John mío, no te separes ahora de mi lado ni siquiera un momento!-dijo-. Me aterra la idea de quedarme sola otra vez donde esa infame mujer pueda descubrirme. No sabes cómo es. Nadie es capaz de imaginar su ferocidad cruel, si no ha presenciado un año entero sus fechorías cotidianas. Casi he tardado todo ese tiempo en comprender las cosas que he visto con mis propios ojos.

-Pues bien, no te dejaré, princesa mía-le respondí.

Dejan Thoris permaneció callada un instante y luego rozó mi cara con la suya, besándome.

-Vete, John Carter-exclamó-. Nuestro hijo está allí, y los soldados de Helium pelean por la princesa de su país. Tú debes estar donde ellos, y yo no debo pensar en mí, sino en tu misión de padre y jefe. Jamás me interpondré en tu camino. Ocúltame en los subterráneos, y vete.

La llevé por la puerta que me permitió llegar a ella, a las estancias de abajo, y después la abracé con apasionado transporte sintiendo desgárrarseme el corazón. En realidad, padecía el pesado agobio causado por un lúgubre presentimiento. A pesar de eso, me sobrepuse a mi dolor, la conduje al negro antro, la besé de nuevo y cerré la puerta sin vacilar.

Hecho esto, ya libre de flaquezas, atravesé el salón, dirigiéndome al lugar del combate, y tras cruzar media docena de cámaras, me hallé con júbilo en la vorágine de una encarnizadísima lucha.

Los negros se agolpaban a la entrada de un vasto aposento, y allí intentaban contener el irresistible empuje, de un grupo de hombres rojos, empeñados en invadir la sagrada zona del templo.

Dado el sitio de donde yo procedía, me encontré detrás de los negros, y sin pararme a calcular su número, ni lo insensato de mi decisión, me arrojé contra ellos por retaguardia, esgrimiendo con furia mi larga e invencible espada.

Al tirarles la primera estocada exclamé en voz alta: «¡Por Helium!», y luego descargué tajos a un lado y otro, sobre los sorprendidos guerreros, mientras que los rojos, alentados por el sonido de mi voz, redoblaron sus esfuerzos, gritando con entusiasmo:

-¡John Carter! ¡John Carter!

En efecto, antes de que los negros se repusieran de su pasajera confusión fueron arrollados, penetrando los míos en el aposento asaltado y defendido con fiera resistencia.

El combate que se entabló a continuación merecería que lo relatara un inspirado cronista, pues los anales de Barsoom, pese a la inhumana fiereza de sus combativas razas, no registraron hasta entonces una página tan sangrienta. Quinientos hombres rojos y otros tantos negros se despedazaron aquel día en unos cuantos metros de terreno. Nadie clamaba piedad, ni la mostraba, y peleaban como por común acuerdo, como para determinar de una vez para siempre su derecho a la vida con arreglo a la ley de la supervivencia del más fuerte.

Me pareció que todos sabían cómo del resultado de la batalla dependía definitivamente las relativas posiciones en Barsoom de las dos razas rivales. Fue un desafío de lo viejo y lo nuevo, pero ni por un momento me inspiró dudas la solución del conflicto. Con Carthoris a mi lado peleé por los hombres rojos de Barsoom y por la total liberación de su odiosa esclavitud a una superstición tan horrible como estúpida.

Nos movimos yendo y viniendo por el aposento teatro de la lucha, hasta que la sangre nos llegó a los tobillos y los cadáveres de los guerreros que caían formaron montones, sobre los que nos subíamos con frecuencia. Fuimos a las grandes ventanas, desde las que se dominaban los jardines de Issus, y contemplamos un espectáculo que trajo a mi alma una oleada de exaltación.

-¡Mirad! ¡Mirad, Primeros Nacidos!-grité.

La lucha cesó un instante, y todos los ojos se volvieron a la par en la dirección indicada por mí. Los negros vieron entonces lo que jamás un Primer Nacido supuso que ocurriría.

A través de los jardines, de lado a lado, había una ondulante línea de tropas negras, mientras que más allá, y obligándola a retroceder incesantemente, una gran horda de guerreros verdes, montados en salvajes *thoats,* lanzaba sus gritos de guerra. Cuando nosotros los observamos, un caudillo, más fiero y bárbaro que los suyos, venía al frente cabalgando desde la retaguardia, y, cuando ocupó su puesto de jefe, dio con voz de trueno una orden a su terrible legión.

Era Tars Tarkas, Jeddak de Tark. Mi valiente amigo enristró su lanza de metal, de veinte metros de largo, y los tharkeños le imitaron, lo que interpretamos que era la señal de carga. Cien metros separaban a los verdes de la línea negra. A otra exclamación del gran Tark, y con un grito salvaje y aterrador, los guerreros verdes cargaron. Al principio los soldados de Issus se mantuvieron firmes, pero aquello duró poco y las indomables bestias, guiadas por sus temibles jinetes, pasaron por encima de ellos.

Detrás de la caballería entraron en acción los *utans* de la infantería roja. La horda verde puso al templo un estrecho cerco; los rojos asaltaron su interior y nosotros nos dispusimos a reanudar la interrumpida batalla, pero nuestros enemigos habían desaparecido.

Mi primer pensamiento fue para Dejah Thoris. Grité a Carthoris que había encontrado a su madre y eché a correr hacia la cámara donde la dejé, seguido de cerca por mi hijo. Detrás de nosotros iba el pequeño grupo superviviente de la sangrienta pelea.

En cuanto entré en la estancia comprendí que alguien estuvo allí durante mi ausencia. Una prenda de seda tirada en el suelo lo demostraba claramente. Además, recogimos un puñal y varios adornos metálicos, que por la disposición como se hallaban colocados indicaban que debieron ser arrancados a su poseedor en el curso de una lucha, pero lo peor de todo era que la puerta por donde se entraba a los subterráneos en los que oculté a mi princesa se hallaba entornada.

De un salto me puse junto a ella, y abriéndola de par en par traspuse su umbral con loco ímpetu. Dejah Thoris no estaba allí. La llamé por su nombre repetidas veces y en voz alta, sin que nadie me respondiera.

No recuerdo lo que hice o dije, pero sí que por un momento pisé el borde de la locura.

-¡Issus!-vociferé-, ¡Issus! ¿Dónde está Issus? Registrad el Templo hasta dar con ella,

pero que nadie la toque mientras John Carter no lo mande.

-¡Carthoris! ¿Por donde se va a la cámara de Issus?

-Por ahí -exclamó el joven.

Y sin pararse a saber si yo le había oído, penetró con inaudita decisión y no menor rapidez en las entrañas del Templo. Aunque caminaba de prisa, yo, no obstante, iba junto a él, instándole a que se diera prisa.

Por fin llegamos a una gran puerta tallada, por la que entró Carthoris como un huracán, a corta distancia de mí. En el aposento inmediato contémplamos la escena a la que yo había asistido con anterioridad el trono de Issus con las reclinadas esclavas y alrededor los guardias de la diosa. Los soldados ni siquiera tuvieron, tiempo para rechazarnos, porque nuestra acción contra ellos fué aniquiladora. De un solo tajo partí a dos de las primera fila y luego, a causa del peso y la aceleración de mi cuerpo pasé a través de las dos líneas restantes y salté al estrado, poniéndome delante del lujoso trono de sorapo.

La repulsiva criatura que lo ocupaba lanzó un grito de terror e intentó huir y meterse en una trampa existente detrás de ella, pero aquella vez no me dejé burlar por tan ridículo subterfugio, y antes de que se levantara la sujeté por un brazo. Vi entonces que la guardia iniciaba desde todos los lados una acometida combinada para prenderme, mas yo desenvainé mi puñal y, apoyando su punta en el pecho de la. vieja, ordené a los negros que se detuvieran.

-¡Atrás!-rugí- ¡Atrás! En cuanto alguien ponga su pie en esta tarima, clavaré mi daga en el corazón de vuestro ídolo.

Mis enemigos vacilaron brevemente. Después un oficial dispuso que retrocedieran, y en aquel instante penetraron en el salón del trono, procedentes de las galerías exteriores, más de mil rojos mandados por Kantos Kan, Hor Vastus y Xodar. Los de Helium acudían presurosos a protegernos.

-¿Qué ha sido de Dejah Thoris? -pregunté al ente miserable caído en mi poder.

Issus dirigió en torno suyo una mirada aviesa para abarcar la situación en que se hallaba, y creo que en el primer momento no se hizo cargo por completo de la realidad de las circunstancias, o sea que el Templo había sido tomado por asalto por los hombres del otro mundo. Cuando se percató de su derrota, debió también comprender todo lo que el hecho en sí representaba para ella: la pérdida de su poder, la humillación, la demostración del engaño del que tantos siglos fue víctima su propio pueblo.

Faltaba únicamente una cosa para completar el efecto del cuadro; que entonces estaba viendo, y ese detalle lo añadió el noble más encumbrado de su reino, el sumo sacerdote de su religión, el primer ministro de su gobierno.

-¡Issus, diosa de la Muerte y de la Vida Eterna!-exclamo-, muéstrate a los tuyos en el colmo de tu justísima cólera, y con un solo gesto de tu mano omnipotente hiere de muerte a los que te insultan e injurian. Castígales de manera ejemplar, ¡Issus, tu pueblo confía en tí! ¡Hija de la Luna Menor, tú sola eres todopoderosa, tú sola puedes salvar a tus fieles y subditos! ¡Oyeme! Estamos aguardando tu voluntad. ¡Mata!

Entonces sucedió que la vieja se volvió loca y, presa de terrible insania, sollozó y gimió en primer lugar para después morderme, arañarme y escupirme, dando rienda suelta a su furia, tan impotente como ridicula. A continuación prorrumpió en carcajadas diabólicas que me helaron la sangre en las venas. Las muchachas de su séquito, agrupadas en el estrado, lloraban y pretendieron huir, pero entonces la enloquecida momia se arrojó sobre ellas y las maltrató despiadadamente, llenándolas de insultos. Una baba amarillenta brotaba de sus lívidos labios. ¡Dios!, ¡producía miedo verla!

Por último, la sacudí con fuerza esperando devolverla siquiera un minuto a la realidad.

-¿Qué ha sido de Dejan Thoris? -repetí.

La falsa diosa, cogida por mis férreos dedos, balbució unas frases incomprensibles, y luego en sus ojillos semicerrados brilló un imprevisto resplandor de maldad y astucia.

-¿Dejah Thoris? ¿Dejah Thoris?

Y luego su risa macabra y escalofriante lastimó mis oídos una vez más.

-¡Ah, sí, Dejah Thoris! Ya me acuerdo. Y Thuvia... y Phaidor la hija de Matai Shang. Todas están enamoradas de John Carter. ¡Ja ja! Qué situación tan ridícula. Juntas meditarán durante un año dentro del Templo del Sol, pero cuando ese año termine, no tendrán nada que comer. ¡Oh! Qué divino entretenimiento. La vieja se relamió con deleite los agrietados labios. -No tendrán nada que comer... y se devorarán unas a otras. ¡Ja, ja!

Lo horrible de aquella suposición me paralizo casi. A esa espantosa suerte había sido condenada mi princesa por la infame Issus. Temí el desenfreno de mi rabia, y como un gato sacude una rata, sacudí yo a la famosa Diosa de la Vida Eterna.

-Anula tus ordenes -exclamé-. Llama a la condenada y date prisa, si no quieres morir.

-Es demasiado tarde. ¡Ja, ja!

La bruja reanudó sus lamentos y lloriqueos. Entonces yo, fuera de mí, o poco menos, levanté mi puñal sobre su hediondo seno, pero algo detuvo mi mano, y ahora me alegro de que sucediera tal cosa. Hubiese sido terrible quitar la vida a una mujer con mi propia mano. En lugar de matarla, se me ocurrió un castigo más apropiado para la tal deidad.

-¡Primeros Nacidos!-exclamé dirigiéndome a los que estaban de pie dentro de la estancia-. Acabáis de ver la impotencia de Issus; los dioses son omnipotentes, luego Issus no es diosa. Issus es una vieja cruel y malvada que os ha engañado y jugado con vosotros en el transcurso de las edades. ¡Tomadla! John Carter, Príncipe de Helium, no mancillará su mano con la sangre de tan vil ser.

Sin añadir más, empujé a la rabiosa alimaña que media hora antes era considerada divina, y la vieja pasó de su magnífico trono a poder de sus desengañados y vengativos subditos.

Notando que Xodar se hallaba entre los oficiales rojos, le llamé para que me condujera con presteza al Templo del Sol, y sin esperar a saber la suerte que los Primeros Nacidos reservaban a su diosa, salí de la cámara como un torbellino con Xodar, Carthoris, Hor Vastus, Kantos Kan y otros veinte nobles de Helium.

El negro nos llevó rápidamente por las dependencias interiores del templo, hasta que nos encontramos en el patio central, un gran espacio circular pavimentado con mármol transparente de sorprendente blancura. Ante nosotros se alzaba un edificio dorado, cubierto de maravillosos y exquisitos dibujos e incrustado de diamantes, rubíes, zafiros, turquesas, esmeraldas y otras mil desconocidas gemas de Marte, que aventajan en hermosura y pureza de luces a las más estimadas piedras preciosas de la Tierra.

-Por aquí-gritó Xodar, conduciéndonos a la entrada de un túnel que se abría en el patio más allá del Templo. Precisamente a punto de penetrar en el subterráneo, oímos un ruido sordo y prolongado, procedente del sitio que acabábamos de dejar, y enseguida un oficial rojo, Djor Kantos, *padwar* del quinto *utan,* salió por una puerta inmediata, dando voces de alarma.

-¡Deteneos! Los negros han incendiado el Templo decía-. Está ardiendo por los cuatro costados, ¡Apresuraos a llegar a los jardines de fuera, o de lo contrario pereceréis sin remedio!

Mientras hablaba, observamos que el humo penetraba por la docena de ventanas correspondientes al emplazamiento del Templo del Sol, y que a lo lejos, sobre el minarete más alto de la morada de Issus, se alargaba un alarmante penacho también de humo.

-¡Atrás! ¡atrás!-grité a los que me acompañaban-. Xodar, indícame el camino, y vete. Yo solo llegaré adonde esté mi princesa.

-Sígueme, John Carter-me contestó Xodar, y sin aguardar mi respuesta se internó en el túnel situado a nuestros pies. A su zaga, y pisándole los talones, recorrí media docena de galerías a cual más lóbrega, y por fin fuimos a parar a un cuarto de piso llano, situado en el extremo de un corredor más ancho que los anteriores. La estancia en cuestión se hallaba brillantemente iluminada.

Unos gruesos barrotes nos impidieron continuar, y tras ellos contemplé a mi adorada

princesa con Thuvia y Phaidor. Cuando ella reparó en mí, se precipitó al obstáculo que nos separaba. Ya el aposento había empezado a ejecutar su lento movimiento giratorio, de modo que un trozo de la abertura en la pared del templo estaba opuesto al extremo enrrejado del corredor. Poco a poco se iba cerrando el intervalo y faltaban muy escasos instantes para que se cerrase del todo, a continuación de un pequeño crujido. Esto equivalía a que, durante un largo año *barsoomiano,* el aposento realizaría su lento movimiento de rotación, hasta que, cumplido el plazo fatal, el hueco del muro volviese a coincidir con el extremo del pasadizo. ¡Pero entre tanto, que cosas tan horrendas sucederían en la celda!

-Xodar-exclamé-, ¿no es posible parar este espantoso mecanismo?

¿No hay nadie que posea el secreto de estos barrotes infernales?

-Temo que no, mas no por eso dejaré de hacer cuanto esté a mi alcance. John Carter, espérame aquí.

Apenas se fue me acerqué a la verja para hablar con Dejah Thoris y estrechar sus queridas manos, y así permanecimos acariciándonos hasta el último momento.

Thuvia y Phaidor se aproximaron a nosotros, pero cuando la primera comprendió nuestro deseo de soledad se retiró discretamente. No así la hija de Matai Shang.

-John Carter-me dijo-, esta será la última vez que verás a cualquiera de nosotras. Dime que me amas y moriré feliz.

-Yo sólo amo a la princesa de Helium-repliqué con sencillez-. Lo siento, Phaidor, pero ya lo sabes hace mucho tiempo.

La *thern* se mordió los labios y se alejó de mi lado, no sin echar a Dejah Thoris una mirada de furibundo rencor. Desde entonces se mantuvo algo distanciada, aunque no tanto como yo lo hubiera deseado, puesto que ansiaba conversar en privado con mi incomparable bien amada antes de volver a perderla, quizá para siempre.

Un breve rato permanecimos de pie, hablando en voz baja, y a cada minuto iba haciéndose más pequeña la abertura del muro. Pronto, ni siquiera tendría la extensión suficiente para contener la esbelta figura de Dejah Thoris. ¡Oh, por qué Xodar no *se* daba prisa! Sobre nosotros oímos los amortiguados ecos de un gran tumulto producido por una multitud de negros, rojos y verdes, huyendo del fuego que consumía al Templo.

Una bocanada de aire nos trajo de arriba un humo negro que nos cegó momentáneamente. La humareda aumentó en densidad, mientras esperábamos a Xodar. De pronto sonaron unos gritos en el extremo del corredor, y unas pisadas de gente que venía corriendo.

-Retírate, John Carter, retírate-gritó una voz-; hasta las galerías están ardiendo.

En un momento surgieron del humo doce hombres, que se colocaron a mi lado. Eran Carthoris, Kantos Kan, Hor Vastus y Xodar, con unos cuantos nobles que me habían seguido al patio del templo.

-No hay esperanza, John Carter, no hay esperanza-exclamó Xodar-. El que tiene las llaves ha muerto y las llaves no las hemos encontrado en su cadáver. Nuestra única misión es sofocar el incendio y confiar a la suerte volver a ver viva y sana a la princesa dentro de un año. He traído suficientes provisiones para su sustento, y cuando la hendidura se haya cerrado herméticamente, el humo no podrá penetrar por ella. Démonos prisa a apagar el fuego, y creo que las salvaremos de perecer.

-Idos si queréis y llevaos a los demás-repliqué-. Yo me quedaré aquí al lado de mi princesa hasta que la compasiva muerte me libre de esta angustia fatal. La vida es para mí una carga.

Mientras yo hablaba, Xodar estuvo echando un gran número de conservas a la celda giratoria. Un instante después, la hendidura no midió más en cuanto a anchura que un par de centímetros. Dejah Thoris se mantuvo junto a ella todo lo que le fue posible, murmurando palabras de aliento y consuelo, e instándome a que la salvara.

De pronto vi detrás de ella. el hermoso rostro de Phaidor, que, por lo contraído,

revelaba en la *thern* la existencia de un odio feroz. Nuestras miradas se cruzaron y ella me dijo:

-No pienses, John Carter, que se desprecia con tanta facilidad el amor de Phaidor, la hija de Matai Shang, ni esperes volver a estrechar entre los brazos a tu Dejah Thoris. Aguarda, aguarda el término del año que ahora comienza, y sabe que cuando el ineludible plazo haya terminado, serán los labios de Phaidor los que te den la bienvenida y no los de la Princesa de Helium. ¡Mira! Tu amada va a morir.

En efecto, sin concluir de pronunciar las odiosas frases, Phaidor levantó un puñal con ánimo de cumplir su amenaza, pero entonces sucedió una cosa inesperada: Thuvia intervino, y cuando el arma mortífera iba a caer sobre el pecho indefenso de la reina de mis amores, la abnegada doncella se interpuso entre ambas. Una cortina de espeso humo nos impidió asistir a la tragedia que se desarrollaba dentro de la celda, pero finalmente escuchamos un grito de espanto y un quejido de dolor. Sin duda había habido una víctima.

El humo se desvaneció, pero ya estaba cerrada del todo la misteriosa abertura, sustituida por una blanca pared. Durante un año entero, que a mí me parecería una eternidad, la horrible estancia ocultaría su secreto a los ojos de los hombres.

Mis amigos quisieron llevarme de allí.

-Dentro de un minuto será demasiado tarde-dijo Xodar-. Tenemos, en realidad, muy escasas probabilidades de salir con vida a los jardines externos. He ordenado que se paren las bombas, y de aquí a cinco minutos las galerías estarán inundadas. Si no queremos morir ahogados como ratones en una trampa, debemos salir de prisa y atravesar a toda prisa el Templo incendiado.

-Idos-repetí-y dejadme morir en este rincón al lado de mi princesa, sin la que para mí no hay felicidad en el mundo. Cuando saquen su cuerpo de este horrendo lugar, transcurrido el plazo fatal, aquí se hallará esperándole el cadáver de su señor.

De lo acontecido después sólo conservo un confuso recuerdo. Recuerdo vagamente como si hubiera luchado con mucha gente que se apoderó de mí y me transportó a la fuerza. Realmente no sé nada, y jamás he pretendido preguntarlo. Además, nadie de los que estuvieron allí aquel día desea excitar mi tristeza aludiendo a los hechos que tan honda herida han causado en mi corazón.

¡Ah!, si yo pudiera conocer la verdad exacta, qué carga más espantosa me quitaría de los hombros. Vano deseo, puesto que el tiempo únicamente nos dirá cual fue el pecho atravesado por la daga de la asesina.

FIN